

ANABEL GARCÍA

CATARSIS I



CATARSIS

Anabel García

Libro 1

Primera edición: Junio 2017

©Anabel García, 2017.

©Luis Royo/Represented by Norma Editorial, por imagen portada.

ISBN: 978 – 84 – 697 – 4162 - 7

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Prólogo

«**L**os ángeles caídos son espíritus celestes que en tiempos ancestrales fueron dignos de coexistir junto a Dios.

Hubo algunos que se revelaron ante circunstancias que ellos creyeron injustas y otros que simplemente quisieron ostentar Su Grandeza. Lo cierto es que todos fueron expulsados del paraíso prometido por desobediencia y falta de lealtad, sin discriminación.

El ya de sobra conocido Satán formó un reino paralelo donde todos aquellos que no estuviesen de acuerdo con las normas del cielo eran bienvenidos. Allí fue donde la mayoría de estos ángeles fueron a parar, vagando entre las llamas del infierno para toda la eternidad.

¿Pero qué sucedió con aquellos ángeles desterrados que no quisieron estar ni en el cielo ni el infierno?

Cuenta la leyenda que se han dedicado a merodear entre los seres humanos desde entonces, unas veces haciendo el bien y otras el mal. Aunque una gran mayoría se dedicó a enseñar al hombre trucos celestiales que éste no debería haber sabido jamás y que no trajeron más que grandes desgracias a la Tierra al caer sobre ellos la ira de Dios.

Y así se sucedieron los años, los siglos y los milenios.

Reciben varios nombres según la cultura en las que nos hallemos, por ejemplo en la nuestra les reconocemos como *demonios* y se les puede

encontrar con múltiples formas, en distintos lugares y situaciones.

Nunca podremos estar seguros si aquella persona que apareció en nuestra vida en un momento dado era ángel o demonio, lo que sí podemos saber con certeza es que no pertenecía a este mundo... por todo ello ten cuidado y no bajes la guardia».

Miles de escalofríos recorren mi cuerpo y un estremecimiento absoluto se apodera de mi poca cordura al leer en la pantalla de mi viejo móvil la explicación más lógica que le da *Google* a lo que me sucedió anoche.

—¡Ay Dios mío que voy a estar poseída por un diablo de estos! —
Recorro mi habitación arriba y abajo sin poder parar, mientras me santiguo convulsivamente.

Mira que me esfuerzo en ser buena persona, en no hacer daño a nadie, siempre buscando el bien común... pues nada, me ha tenido que visitar un demonio mientras dormía... ¡a mí!

¿Y por qué a mí? ¿No hubiese sido más fácil que buscara a una mujer algo más lujuriosa que yo, o al menos con más curvas? Si prácticamente soy una monja púdica ¡solo me falta el hábito!

Lanzo el móvil con desdén sobre la cama donde momentos antes me hallaba soñando con tórridas escenas cuyos entregados protagonistas eran un hombre demasiado fogoso y una servidora, que por cierto, hace un rato de monja tenía poco.

«Voy a ducharme, pero además con agua muy fría, a ver si se me pasa este calentón del que soy víctima» pienso mientras dejo caer las dos piezas de mi escueto pijama de verano por el suelo de camino al baño.

Una vez enjabonada, mientras me enjuago con agua tibia, mis manos

dejan de limitarse a limpiar la espuma de mi cuerpo para pasar a acariciar mi piel con una devoción que nunca antes había sentido. Cierro los ojos inconscientemente.

Mis dedos, de repente expertos en la materia, recorren cada curva de mi anatomía con suma destreza y entonces unos ojos de color anaranjado, muy extraños, hacen su aparición en mi mente. Los reconozco al instante, pues anoche me hicieron jadear hasta la extenuación. Saboreo cada roce, ansiando más, mucho más, pero entonces...

—¡No! ¡Déjame! —Grito, abriendo los ojos de golpe.

Observo temblorosa mis manos, que momentos antes me daban un placer exquisito, aunque involuntario. Entonces, invadida por el pánico y por algo más que me niego a admitir, salgo de la ducha despavorida.

Corro por el pasillo hasta mi cuarto, me visto con lo primero que pillo, que no es sino un vestido blanco de gasa que tenía sobre la silla, porque me lo puse el otro día y todavía no lo había colocado en su sitio. Y sin peinarme ni leches, me largo de casa a toda prisa, pegando un portazo.

«¿A que estoy poseída de verdad?» voy pensando de camino al bar.

«Lo que estás es falta de amor, es normal que sueñes con este tipo de cosas llevando tanto tiempo de sequía» me contesto a mí misma, para intentar recobrar la calma.

«Bueno, si lo peor que te hace este demonio es no dejarte ni respirar entre orgasmo y orgasmo... no es que sea tan malo ¿no?»...

Sujeto mi cabeza con ambas manos y comienzo a correr hacia el trabajo, a ver si así no pienso más.

¡Ay Jesús, ya lo que me faltaba!



Capítulo 1

Dicen que toda historia que se precie tiene un buen principio y un emocionante final... por eso creo que la mía no debe preciarse demasiado, pues no sabría definir exactamente el punto exacto en el que todo comenzó y evidentemente espero tardar mucho en saber cuál será el final.

—¡Noa!

Podría decirse que todo comenzó aquel día en que le vi por primera vez en el instituto, cuando él se dignó a devolverme la mirada, de repente todo mi mundo se tornó de color rosa y miles de arcángeles comenzaron a cantar gloriosamente a mi alrededor, con arpas doradas incluidas, elevándome con ellos a los cielos.

—¡Noa vuelve al mundo joder, que se está enfriando la tortilla de Tomás!

De pronto me doy cuenta de que no estoy en los cielos, ni de lejos, me encuentro nuevamente soñando despierta en el pequeño bar de mi tío y éste me observa desde la barra con cara de pocos amigos.

—Mira que nunca he despedido a nadie y no me gustaría que la primera fuese de mi propia sangre ¡pero es que te lo estás ganando a pulso niña! —Me amenaza con el dedo.

—¡Lo siento tío!

Cojo a toda prisa el plato que contiene el apetitoso pincho de tortilla para salir corriendo con él hacia la zona de las mesas, con tan mala suerte de que uno de mis zuecos se queda atascado entre las patas de un taburete y de una mesa, tiro de él con fuerza y es entonces cuando el zapato sale volando por los aires... seguido de mi cuerpo... ¡y de la tortilla!

—¡Me cago en la inútil de la muchacha! —Bufa mi tío colérico tras de mí, mientras yo contemplo el bochornoso espectáculo desde el suelo.

Dicho espectáculo consiste básicamente en el pobre señor Tomás que se observa atónito a sí mismo de arriba a abajo, rebozado por completo en tortilla y mi tío limpiándolo con varias servilletas de papel que saca convulsivamente del servilletero plateado, mientras me dedica una exquisita retahíla de insultos varios.

—¡Perdón Tomás, yo...! —Me incorporo de un salto, perdiendo así el otro zueco que me quedaba puesto, y me apresuro yo también a coger servilletas para ayudar a mi tío en la insustancial limpieza del pobre anciano, que todavía no sabe muy bien cómo reaccionar.

—¡Lárgate de aquí chiquilla! —Me increpa mi tío Jesús con los ojos rojos de ira a la vez que me aparta del cliente —no quiero ni verte.

Me quedo petrificada, mirándole con cara de cachorrillo abandonado, es un truco que siempre me funciona y espero obtener el mismo resultado esta vez.

—¡Desaparece de mi vista o te estrangulo! —Ruge enfurecido.

Sin dudarle y asustada por el tono cruel que ha usado, tomo la puerta, no sin antes tirar bruscamente mi mandil al suelo para expresar claramente mi total indignación por lo sucedido, y salgo corriendo como si no hubiese mañana, a lo *Forrest Gump*, pero en versión olímpica.

Cuando llevo un buen rato manteniendo una velocidad de vértigo, soy consciente de que me falta el aire, pues los pulmones me arden y estoy comenzando a hiperventilar.

—¿Niña dónde vas corriendo así, acaso te persigue el diablo? —Me pregunta una mujer entrada en años y en carnes que está saliendo de un portal a mi derecha.

—¡Más o menos! —Respondo aminorando la marcha.

Aprisiono mi tripa entre los brazos para intentar con ello recobrar el aliento, agachándome a la vez para calmar el ardor que me produce el tremendo cansancio que me ha invadido de repente y es entonces, al bajar la vista hacia el suelo, cuando me doy cuenta de que estoy descalza y de que tengo los pies ensangrentados.

«¿En serio? Es que esto solo me puede pasar a mí... ¿pero por qué seré tan despistada?» me reprocho.

Miro a mi alrededor para descubrir que he llegado hasta la playa de La Caleta, así que desde el casco antiguo, que es donde se encuentra «*El Manzano*», el mítico bar de mi tío, hasta aquí, me he dado una buena carrerita

¡y encima descalza!

«¿A lo mejor me lo podrían convalidar como penitencia?».

Por ello decido sentarme en el muro de piedra que separa la playa del paseo marítimo y descansar un poco para, ya de paso, observar el atardecer gaditano, a ver si esto me tranquiliza, porque últimamente no consigo dar pie con bola.

Al sentarme, coloco mi vestido blanco doblado tras las rodillas para que no se me vean las vergüenzas y me sitúo a favor del viento para que el pelo que se ha escapado de la coleta no me haga cosquillas en la cara.

Mientras estoy en el bar siempre llevo el pelo recogido en una cola de caballo alta o en un moño, pues lo tengo demasiado largo y además ondulado, y si a esto le sumamos que no soy nada mañosa para las legendarias artes de peluquería y maquillaje, a lo que yo apodo *chapa y pintura*, pues obtendremos una *mujer mú desaliñá*, como me llaman las clientas de mi tío.

—¡Qué desaprovechada estás, mi alma! —Farfullan las mujeres del barrio al pasar.

Respiro profundamente, ya estoy preparada. No he visto demasiadas cosas en mi vida porque jamás he salido de aquí, pero estoy segura de que no hay nada más bello en el mundo que un atardecer en Cádiz.

Al compás del sol descendiendo sobre el océano Atlántico, mientras va tiñendo el cielo de los característicos colores ocres del ocaso, las lágrimas recorren también mis mejillas.

Una vez que el sol ha desaparecido tras la mar, los llantos lo hacen del mismo modo, pues la brisa marina acariciando mi rostro, junto con el incipiente calorcito del mes de mayo, provocan que me sienta algo mejor. El

contacto con la naturaleza siempre me recarga la energía.

Ni siquiera estoy enfadada con mi tío, él hace todo lo que puede, en realidad es muy buena persona, un grandullón de pueblo que mucho ladra y poco muerde. Lo que ocurre realmente es que estoy indignada con mi situación, me encuentro en un callejón sin salida y eso me agobia muchísimo.

Mis padres murieron en un accidente aéreo cuando era tan solo un bebé de un añito, fallecieron el mismo día de mi primer cumpleaños. Mis familiares no pudieron, o más bien no quisieron, hacerse cargo de mí después de la tragedia, por eso me llevaron a un centro de acogida.

Me criaron unos padres adoptivos a los que retiraron la custodia cuando cumplí los cinco años, es más, nunca los volví a ver debido a la orden de alejamiento, ni siquiera sé quiénes son, pues según mis investigaciones, huyeron del país. Vete tú a saber en qué andaban metidos.

Desde entonces mi tío Jesús se hizo cargo de mí, él era el hermano mayor de mi madre. A día de hoy estoy segura de que fue él quien denunció a mis queridos padres adoptivos y al hacerlo recayó sobre él mi tutela. Gracias a Dios yo no recuerdo nada.

Aún no estoy demasiado segura de que mi tío se enorgullezca de haberlo hecho, pues desde entonces su vida se convirtió en un auténtico calvario. Un hombre joven, soltero y destrozado por la muerte de su hermana pequeña a cargo de un bar y de una niña de cinco años... Prometedor.

Con todo lo ocurrido sería lógico que mi carácter fuese agrio, o que estuviese siempre triste, compadeciéndome de mí misma porque nunca me quiso nadie, pero sorprendentemente no es así, puede parecer surrealista, pero siempre intento buscar el lado positivo de las cosas, pues soy de las que creen que si algo sucede es por algún motivo.

«¿Que cual es el motivo por el que he tirado la tortilla encima del pobre Tomás?»... todavía no lo sé, pero probablemente para que viniese a ver este atardecer tan bello.

—¿Noa?

Esa voz de sobra conocida hace que me gire de un brinco para buscar nerviosa su procedencia.

¡Y ahí está!

—¡Alejandro! —Exclamo mientras salto del muro cayendo de bruces contra la arena de la playa.

«¡Jolín qué leche he *apretao!*» me lamento.

—¡Nena! —Abre sus brazos y espera a que yo me levante del suelo y corra hacia él, pues va vestido de calle y supongo que no quiere ensuciarse con la arena de la playa.

Advierto entonces que mis pies ensangrentados hacen acto de presencia, pues me dan unos calambrazos muy fuertes al ponerme en pie, pero aún así corro cojeando para refugiarme entre sus brazos, el único lugar en el mundo donde me siento a salvo.

Cuando llego a su altura me abrazo con fuerza contra su pecho, acurrucándome en su regazo, mientras él me envuelve algo inseguro. Por fin ese olor que tanto he echado de menos, su tacto, su calor... ¡Por fin él!

—¿Qué ocurre Noa, por qué no estás en el bar?

Su pregunta hace que me dé cuenta de que no ha ido a buscarme allí nada más llegar... ¿qué haría en la playa?

—Un pequeño accidente. —Susurro sin apartarme de su cuerpo.

—¿Otro? ¿Qué ha sido esta vez? ¿Y qué haces descalza? —Me separa de su cuerpo para observar con cara de asco mis pies hinchados y llenos de sangre seca.

—Da igual bésame, ya estás aquí, ya nada importa —musito enamorada de él como el primer día, o incluso más.

—¡Claro que importa Noa! Si no prestas más atención a lo que haces tu tío te despedirá y entonces ¿cómo vamos a pagar la hipoteca? —Sus preciosos ojos azules hacen mella en mí, quiero desnudarme ahora mismo y que me bese entera, lo necesito, hace ya casi tres meses que se marchó y el sexo telefónico se me queda muy corto.

—Podría irme a Madrid contigo, allí hay muchos bares donde puedo trabajar y no estaríamos tanto tiempo separados —lloriqueo exagerando un poco el drama.

—Ya hemos hablado de esto mil veces Noa —aprisiona mi rostro entre sus manos para mirarme tiernamente a los ojos —el apartamento es muy pequeño y casi nunca estoy allí, viajo al extranjero todas las semanas y no conoces a nadie, además está en muy mala zona ¿quieres que algún desalmado te pegue un susto?

—Es que —baluceo no demasiado convencida —lo único que quiero es estar contigo Alejandro.

—Pues ya estás conmigo ¿no?

—Supongo... —técnicamente hablando sí.

—Pues en estos días que estemos juntos, en vez de dedicarte a discutir a todas horas, como sueles hacer siempre, podrías intentar hacerme feliz, para variar un poco. —Me da un cachete en el trasero, sonriente.

—Es lo único que quiero, que seas feliz, ya lo sabes.

—Así me gusta nena, ven aquí, que me miras con esos ojos verdes y no me puedo resistir.

Me aprisiona entre sus brazos musculosos para introducir su ávida lengua hasta mi garganta y dejarme con ello prácticamente sin respiración. Anhela tanto el estar conmigo como yo con él, nos necesitamos mucho...

—Tengo tantas ganas de follarte, morena, que te lo haría detrás de este coche ahora mismo ¿te dejas? —Sus ojos se han tornado negros de lujuria e intenta envalentonado levantar mi vestido.

—¿Y si nos descubren? —Pregunto avergonzada, apartando como puedo sus manos de mi ropa y comprobando a la vez que, a pesar de que ha anochecido, a nuestro alrededor sigue cruzando gente desde la playa hacia el paseo.

—¡Qué remilgada te has vuelto, ya no me quieres tanto como antes! — Protesta decepcionado.

—¡Noa!

Antes de poder recriminarle que el hecho de no permitir que me la meta tres veces entre dos coches mientras la gente desfila por nuestro lado no significa quererle menos, mi amiga Susana aparece en escena, aliviando así mi incipiente enfado.

Levanta la mano para que la vea.

—¡Hola cariño! —Le saludo mientras cruza de acera para acercarse a nosotros.

—Ya estamos todos —protesta Alejandro a propósito para que ella le escuche, pues está a nuestro lado.

—Yo también te quiero imbécil —le responde mi amiga sin ni siquiera mirarle.

—Chicos haya paz, por favor —les pido.

—¿Qué ha pasado Noa? He ido a tomarme un café al bar y tu tío estaba que echaba chispas, te hemos estado llamando al móvil pero no contestabas — me regaña mientras nos damos dos besos.

«Me cachis, el móvil».

—Me lo dejé en el bar... —le comunico encogiéndome de hombros.

—¿Cómo no? —Protesta hastiado mi novio.

—Pues pásate por allí antes de irte a casa porque Jesús se está volviendo loco buscándote —me informa mientras se aleja —y a ver si cortas ya con este memo, no te merece.

—¡Ya te gustaría a ti, zorra! —Le grita Alejandro, tremendamente enojado por su comentario.

—¡Sh! ¡Por favor! —Le doy un tirón del brazo para que se calle, porque la gente a nuestro alrededor le observa alarmada.

—No quiero que vuelvas a ver a esa ramera ¿entendido? —Ruge mientras se marcha a pasos agigantados, tremendamente enfadado y no sé muy bien hacia dónde.

Conclusión. Mi novio, al que hace más de tres meses que no veo, aparece para que mi mejor amiga le insulte y después desaparezcan ambos como el Guadiana. Por cierto, dejándome sola y descalza.

¡Viva mi vida!

Capítulo 2



Alejandro y yo nos conocimos en el instituto cuando teníamos quince años, con lo cual llevamos la friolera de doce años saliendo, aunque si contamos los días que realmente hemos estado juntos, no llegaríamos ni a dos.

Él es surfista profesional. Sí, aunque no resulte del todo creíble, hay gente que se dedica profesionalmente al surf, persiguiendo las olas y esas cosas. Lo malo es que las tablas e inscripciones a torneos cuestan bastante dinero, y los hoteles en los que se hospeda no son precisamente baratos, por no hablar de los viajes.

Para ser francos, su actividad no reporta demasiados beneficios, por no decir ninguno, pero él es un espíritu libre y cada vez que gana un trofeo se siente realizado como persona y muy agradecido conmigo. Me trata como a una princesa y nunca he querido cortarle las alas, por eso trabajo en el bar de sol a sol, para que él sea feliz.

Creo firmemente que cuando decida asentarse y formar una familia estaré segura de que es lo que realmente desea, no tendrá dudas, como les ocurre a

los maridos de mis amigas, porque yo siempre lo di todo por él. Así es que el Karma regresará a mí con todas sus fuerzas. El amor verdadero es así, si él es feliz, yo lo soy también, somos uno solo. Dos latidos en un corazón. ¡Qué bonito!

Pienso en todo esto mientras camino descalza de vuelta al «Manzano». Acabo de estar con Alejandro y ya me muero de ganas por volver a tocarlo, si solo se va a quedar dos días en Cádiz no pienso desaprovechar ni un solo momento, pero antes debo contarle a mi tío que sigo viva y coger mi móvil para llamar a mi novio.

—¡Noa!

Mi tío Jesús corre hacia mí con lágrimas en los ojos en cuanto atravieso la puerta del bar. Acaba de cumplir hace poco sesenta y cinco años, pero han sido muy vividos. Tiene el pelo canoso y sus ojos castaños enmarcados siempre por ojeras debido a la ingente cantidad de horas que pasa trabajando, de hecho no sé ni por qué tiene casa, pues vive aquí.

Yo soy el único familiar que le queda, ya que su hermana pequeña, o sea mi madre, murió y sus padres no tardaron en seguirla un año después, los médicos supusieron que fue debido a la pena. Lo siento por ellos, pero nunca pude perdonarles que me diesen en adopción, aunque mi tío intentase excusarlos alegando que creyeron que eso sería lo mejor para mí.

—Tío te pido disculpas, yo...

—No, perdóname tú cariño, he sido un bruto.

Me aprisiona entre sus brazos rechonchos y sudorosos para besarme la cara sin parar.

—Siempre estoy en *los mundos de Yupi*, intentaré no ser tan despistada,

te lo prometo... —«una vez más» pienso para mí.

—Eres muy joven mi niña y casi nunca sales, te pasas el día aquí metida trabajando, así que lo mínimo que puedes hacer es estar en las nubes, ¡yo ya me habría largado muy lejos! Pensándolo mejor ¿por qué no lo haces?

—¿El qué, marcharme? —Pregunto asombrada, pestañeando muy rápido, pues no sé exactamente a qué se refiere.

—Sí, largarte de aquí para vivir tu propia vida y no la de tus padres.

Me dejo caer lánguidamente en la silla que tengo a mi lado, casi no hay clientes y los que están más cerca son de confianza, además no nos escuchan. Permanezco en silencio, pensativa durante unos instantes.

Es cierto que vivo en casa de mis padres y que no he tocado sus cosas, todavía están intactas, como las dejaron aquella mañana que se fueron. Me gusta oler la ropa de mamá, y echarme un poco del perfume de papá, aunque ya casi no quede nada de ellos, aún así, soy feliz imaginando cómo hubiese sido mi vida si aquel avión no se hubiese estrellado. Si algún día los viese entrar por la puerta, como tantas veces he soñado...

—¿Y dónde iba a ir? —Digo finalmente, con los ojos encharcados en lágrimas.

—¿No te gustaría formar tu propia familia con Alejandro? —Se sienta frente a mí y coge mis manos entre las suyas por encima de la mesa. Ambos somos conscientes de que él no ha sido un buen confidente femenino nunca.

—Sí.

—Pues ya es hora niña, mañana cumples 28 años, ¡se te va a pasar el arroz! —bromea para romper el hielo, le incomodan las escenas sentimentales.

—Él no se ve preparado todavía, insiste en que antes debemos pagar la

hipoteca del piso de Madrid porque los niños conllevan muchos gastos...

—¡Excusas! —Me interrumpe enojado —¿cuánto queda para eso, veinte años?

Yo miro hacia abajo avergonzada, ni yo misma sé qué alegar al respecto, simplemente porque no lo entiendo.

—Noa no quiero meterme donde no me llaman —utiliza ahora un tono más dulce —pero... ¿no crees que deberías ponerte un poco más seria con él? Ese muchacho tiene muchos pájaros en el cerebro, debe buscar un trabajo en condiciones y sentar la cabeza de una vez, ya lleva demasiados años buscando cosas entre las olas...

Yo suelto una carcajada al escucharle.

—¡Buscando su gran ola, tío! —Le corrijo.

—¡Pues como carajo se diga! ¡Que se ponga a trabajar ya coño, que lleva doce años viviendo del cuento!

—Te prometo que esta noche lo hablaremos. —Me levanto de la mesa llena de esperanzas renovadas y es entonces cuando él descubre horrorizado mis pies.

—¡Por los Clavos de Cristo! —Exclama señalando mis pies con gran exageración y dramatismo.

—No es nada —le hago una señal para que baje el tono porque va a asustar a todo el mundo.

—¿Pero tú te has visto como tienes los pies chiquilla? ¡No gano para disgustos contigo! Vamos ahora mismo al hospital.

—¿Qué hospital ni qué leches? ¿Y qué haces con esta gente, los vas a

echar? —Señalo a los clientes para que me oigan y así le de apuro echarlos del local.

—Esta gente se marcha a su casa que ya es hora —indica tan pancho.

—Pero tío tengo que irme a casa ahora mismo, he quedado para cenar con Alejandro —supongo yo, pues se ha largado sin decirme nada —llevamos tres meses sin vernos y no pienso pasarme la noche esperando a que me atiendan en urgencias.

¡Pues dicho y hecho!

Acabo ingresada en el Puerta del Mar con un gotero antibiótico en vena porque mis pies han decidido despellejarse justo en el bendito momento en que el médico me examinaba. Y para rematar la faena, mi tío permanece toda la noche haciendo guardia junto a la puerta en plan *vieja del visillo* para que no me escape.

Menos mal que mientras estoy compadeciéndome de mi desgracia en la escueta habitación del hospital, por cierto, compartida con un octogenario que no para de toser y toda su familia, no han parado de llegar wasap de ánimo de mi adorado Alejandro, tipo:

«¿Dónde cojones estás? Porque para hacerme pajas me hubiese quedado en Madrid».

¿El lado bueno de todo esto? Espera que lo piense y te lo cuento...

Capítulo 3



A primera hora del sábado por fin me dan el alta y salgo disparada, bueno, todo lo disparada que puede salir alguien con los pies en carne viva y vendados. Llego cojeando hasta el coche de mi tío y me monto en el asiento del copiloto sin mediar palabra.

—Ya me lo agradecerás. —Musita mientras conduce su centenario *Peugeot* a paso de tortuga.

Yo ni le contesto, me dedico a observar por la ventanilla el paisaje y a morderme la lengua hasta sentir el sabor de la sangre.

Detiene el coche delante de mi casa y salgo pegando un portazo.

—¡Noa!

Me detengo, pero no me giro para mirarle.

—Feliz cumpleaños.

Cierro los ojos con fuerza, respiro profundamente y continúo mi camino

sin contestarle.

Entro en mi habitación sin hacer ruido y observo cómo Alejandro duerme plácidamente en mi cama, sin ser consciente de que le estoy contemplando. Ha venido el fin de semana para darme una sorpresa y al final se la he dado yo a él.

Me gustaría decir que tiene una cara angelical, pero para ser sinceros está roncando como un cerdo salvaje, con la boca abierta y con restos de baba reseca resbalando por su mandíbula.

De pronto abre los ojos y me sobresalto.

—¿Qué haces ahí pasmada? —Gruñe de mala gana.

—Mirando lo guapo que eres cuando duermes.

—Ven aquí.

Da un tirón seco de mi brazo y me lanza sobre su pecho, retira mis braguitas a un lado y me penetra sin dudarlo, haciéndome bastante daño al no estar lubricada. Clava sus dedos en mi cadera fuertemente para poder manejarme a su antojo. Cuatro movimientos rápidos. Tres gruñidos roncacos y se corre en mi interior.

—¿Sigues tomando la píldora, no? —Bufa en medio de sus jadeos.

—Sí sí, claro... —balbuceo algo atontada.

Cuando termina de gemir, sale de mi interior para darme la espalda y en menos de dos segundos está roncando de nuevo.

«¿Qué ha sido esto?» pienso para mis adentros, paralizada y todavía a cuatro patas sobre el colchón.

Serán las enormes ganas que tenía de estar conmigo después de tres

meses, el pobre no ha podido aguantar más. Además, al estar dormido ni se ha acordado de que es mi cumpleaños, ni tampoco de que tengo los pies mal, ni de ser dulce... Después me preguntará y me felicitará. Sí, estoy segura.

Me voy a duchar, cojeando. Me quito los vendajes con sumo cuidado, pues no pienso pasarme el fin de semana como una momia. Después de la ducha me pongo las cremas cicatrizantes que me han dado las enfermeras y ya me duele mucho menos.

Salgo con un camisón verde de raso y encaje que me compré especialmente para el día de nuestro reencuentro, es muy sexy. Me meto en la cama junto a él y le abrazo, quedándome dormida a su lado. Por fin estamos juntos. Qué buen regalo de cumpleaños, no podría pedir nada más.

Pasado tan solo un breve instante, suena su móvil y él se apresura a cogerlo, como si el aparato anunciase el fin del mundo.

—Sí —contesta soñoliento pero muy nervioso —te dije que no estaría operativo hasta el lunes y hoy es sábado —me mira, pero me hago la dormida —claro que está aquí, además a mi lado, ¿dónde iba a estar? —Susurra en bajo, molesto. Alguien habla al otro lado de la línea, pero no distingo muy bien si hombre o mujer —pues es lo que hay, si no te gusta te vas. —Cuelga de mala gana.

Se levanta de la cama para ir al baño, donde se encierra. Le escucho hablar de nuevo, esta vez parece algo más sereno. Cuando vuelve, se sitúa a mi espalda para levantar mi camisón lentamente, sospecho que me está intentando penetrar por detrás, incluso creo que lo que pretende realmente es que no me despierte.

Me entran unas ganas enormes de llorar, esto es una humillación. Pero justamente cuando efectivamente siento su punta en mi entrada, un odio mortal

se apodera de mi persona.

—¿Qué coño crees que haces?! —Le grito colérica mientras le empujo para apartarlo de mí.

Me cubro rápidamente con las sábanas. Él no sabe cómo reaccionar, su corderita mansa le está plantando cara, y está alucinando.

—¿Ibas a violarme Alejandro?! —Estoy tan dolida que no sé ni lo que digo.

—¿Qué?! ¿Estás loca? ¿A qué viene esto? —Me recrimina enojado —no puedo violarte si somos novios.

Ni siquiera escucho lo que dice. Su expresión de horror me hace recapacitar, a lo mejor he sacado un poco las cosas de quicio al estar de mal humor por cómo se han desarrollado los últimos acontecimientos.

—Lo siento. —Claudico.

—Estás un poco histérica ¿no? —Sonríe.

Yo le miro algo reticente, pero él me abraza y me da un beso.

—Venga gírate que te quiero dar por detrás.

Entonces sí que se despierta en mí la bestia que llevo dentro, le vuelvo a empujar, pero esta vez se cae de la cama de espaldas, pegándose un buen golpe en la cabeza con la mesilla de noche.

—¡Lárgate de mi casa! —Grito histérica perdida.

No tardo en escuchar la puerta de la calle, que es lo que me saca de mi estado de shock.

Cierro los ojos con fuerza. Respiro profundamente unas cuantas veces para intentar con ello serenarme, pues mi corazón palpita tan rápido que está

al borde del colapso. Los abro.

Me doy cuenta de que estoy realmente perturbada cuando descubro que hay varias cosas de cristal rotas por el suelo. Esto jamás me había sucedido antes, lo juro. Es como si otra persona hubiese tomado posesión de mí. Yo suelo ser siempre un remanso de paz, incluso con los clientes borrachos del bar.

No doy crédito a lo sucedido.

Se ha ido.

¿Dónde ha ido?

¿Lo quiero saber?

¿Me importa?

¿Siento alivio?

¿Siento pena?

¿Quiero que vuelva?

Descubro entonces que no puedo odiarme más a mí misma, ni siquiera lo odio a él, pero no me odio por echarlo, sino por tenerlo en mi vida.

¿Qué estoy haciendo?

¿Qué estoy consintiendo?

¿Qué es esto?

¿Lo quiero?

¿Quién soy?

¿En qué me he convertido?

¿De quién es la única culpa?

Corro por inercia hasta la puerta de entrada para echar el cerrojo, porque así no podrá abrir con sus llaves. No puedo ni siquiera llorar, estoy paralizada, esto no es posible, el que hasta ahora creía mi amor, él era mi vida... ¿qué me ocurre?

Puede que tenga un mal día...

¿Y si estaba enamorada de una ilusión que yo misma he construido? Pero no es posible ¡es él, el de siempre! Es Alejandro. Entonces debo ser yo, debe ser por culpa de la medicación que me han dado en el hospital.

Esa llamada sería de alguien del trabajo, porque si no todo mi mundo se derrumbaría bajo mis pies.

Porque sin él yo no sería nada.

Marco a toda prisa un número de teléfono en mi móvil.

—Te invito a desayunar —intento sonar calmada.

—¡Felicidades canija! —Canturrea al otro lado de la línea la voz que siempre consigue hacerme feliz.

—Gracias, en media hora te espero en el bar.

Me visto rezando a la Virgen del Rocío para que Alejandro no vuelva y ha obrado el milagro, no ha dado señales de vida, «¿dónde se habrá ido el *desgraciao*, si aquí no conoce a nadie?» pienso enojada.

Cuando llego al bar, lo primero que hago es correr a darle un beso a mi tío, que enseguida pierde su pose de falsa indignación para ablandarse y mirarme con cara de oso de peluche.

—Perdóname tío, últimamente estoy insoportable, pero tienes razón en

todo lo que me dices, soy una cabezota —admito.

—Y una ciega.

—Uy sí, eso es lo peor —asumo.

—Estás perdonada gordita.

Me llama gordita porque siempre está con la guasa de que estoy demasiado delgada. A los andaluces les gustan las mujeres con curvas y a mí no me sobran por más que coma.

—¿Cómo están tus pies? —pregunta preocupado.

—Muchísimo mejor, los calmantes y las cremas están obrando milagros.

—Deberías permanecer en reposo —me aconseja mientras yo pongo los ojos en blanco.

Susana no tarda en llegar, con su larga melena morena al viento, su minifalda vaquera y sus taconazos, todos los hombres se vuelven a su paso.

—¡*Japy birtay!* —Sonríe, bromeando con un falso acento inglés y con todo su arte gaditano, mientras me abraza con fuerza.

—*Yu are de ná* —la contesto y las dos nos partimos de la risa.

Nos sentamos en una de las mesas de la terraza, al sol, porque se está muy a gustito escuchando el cantar de los gorriones y porque así mi tío no cotillea nuestra conversación.

—Prométeme que no vas a abrir la boca con todo lo que te cuente, Su. —
Le pido.

—Soy una tumba, ya lo sabes, la duda ofende. —Hace el gesto de cerrarse una cremallera en la boca.

Somos amigas desde los cuatro años, íbamos al colegio juntas y nunca nos separamos hasta que terminamos el instituto, que ella se fue a estudiar la carrera de medicina a Sevilla y yo me quedé aquí a trabajar con mi tío, porque no se pudo permitir pagarme los estudios. Pero, incluso esos años que estuvimos separadas, siempre mantuvimos el contacto. Y ahora que ha vuelto para trabajar en el hospital, no hay día que no nos veamos.

—Creo que Alejandro tiene un lío con alguien —le suelto.

Ella escupe el café por la mesa a modo de aspersion y tose a la vez porque se ha atragantado al hacerlo.

—¡Joder! —Intenta pronunciar entre tos y tos, abanicándose teatralmente con una mano.

Cuando se ha recompuesto un poco, enjuga sus lágrimas con una servilleta y después limpia la mesa con otra.

—¿Y qué te hace pensar que *Mr. Perfecto* te esté poniendo los cuernos?
—Pregunta intentando aparentar calma.

—El sexo es... más patético que nunca. —No pienso entrar en detalles.

Entonces va y suelta una carcajada.

—¿Por qué será que no me sorprende?

—¡Susana para ya! Estoy preocupada de verdad.

—Pues yo creo que es lo mejor que te podría pasar tía.

—¿Por qué? ¿A qué te refieres? —Alucino.

—Pues a que eres demasiado noble para dejarle tirado, sufres de un extraño sentimiento de protección hacia él que nunca he entendido, me niego a creer que ames a esa rata de cloaca.

—Yo le quiero —o al menos le quería... hasta esta mañana.

—¿Si fuese él quien te dejase a ti no te sentirías tan mal? —ahora me recuerda a la bruja mala de algún cuento.

No le contesto. Dudo que no me sintiese mal, pero si he de ser sincera, ahora mismo me sentiría aliviada.

—Serías libre al fin, me da lo mismo que lo mismo me da, el resultado será que te librarás de él y el fin justificará los medios. —Alega encogiéndose de hombros tranquilamente.

—¿Siempre has querido que lo dejemos? —Me sorprende que lo tenga tan claro cuando yo misma estoy hecha un lio. A lo mejor es cierto que desde fuera de una relación las cosas se ven más nítidas que estando dentro.

—¡Obvio! Nunca me gustó para ti, tú te niegas a reconocerlo, pero es un gusano, y mira que los pobres gusanos no tienen culpa de nada.

Sorprendentemente hoy creo que me he dado cuenta. Parece que me han quitado una venda enorme de mis ojos sin saber cómo ni por qué.

—No puedo dejarle porque el sexo sea malo Su. —Intento tirarle de la lengua a ver si me da más razones para auto convencerme de cortar la relación.

—Pero sí porque tenga una amante ¿no? —Me plantea, entrecerrando sus inteligentes ojos marrones para estudiar mi reacción.

—¡Claro! —Contesto sin dudar.

—¡Pues vamos a descubrir el pastel amiga mía! Déjalo todo en mis manos. —Se levanta de la mesa, poniéndose las gafas de sol, se agacha para darme un beso en la mejilla y se va por donde ha venido.

Permanezco aquí sola, sentada al sol, aspirando el intenso olor a azahar que impregna el ambiente, admirando las preciosas buganvillas de color fucsia que cuelgan del balcón de la casa de enfrente y meditando sobre todo esto. La brisa acaricia mi rostro, me siento en paz.

De pronto un hormiguelo sube por mis piernas... Creo que una nueva Noa está despertando de su letargo, me siento liberada solo de imaginarme sin él, sin sus ataduras. Me considero una mujer valiente, alguien dispuesta a luchar, y no una garrula de pueblo a la que engaña cualquiera, que mucho me temo que es lo que llevo siendo toda mi vida.

Imagino cómo serían las cosas si vendiese el piso de Madrid y tuviese dinero para mí, para poder vivir donde quisiera, para comprarme ropa, para ir a la peluquería, simplemente para no tener que dar explicaciones a nadie... ¡Ay Dios qué maravilla!

Capítulo 4



Susana ha ido a buscarme al bar sobre las cinco de la tarde y nos hemos venido al centro comercial Bahía Sur. Como yo no dispongo nunca de dinero, me ha obligado a aceptar su original regalo de cumpleaños. Se trata de un espectacular peinado semi recogido que define mis ondas a la perfección. Un divino maquillaje ahumado que resalta mis ojos verdes como nunca, haciéndolos enormes. Y como colofón final, un conjunto de ropa ajustadísima que todavía no estoy demasiado segura si me entusiasma o me horroriza. La conclusión es que se ha gastado un indecente dineral en mí.

—Susana nunca hubiese imaginado llevar un *tutú* a los veintiocho años.
—Me sujeto la más que corta tela negra y brillante entre mis dedos para contemplarla una vez más, ya que me ha obligado a llevarlo puesto y a meter

la ropa que traía puesta en el maletero de su coche.

—¡No seas paleta! Es lo que se lleva ahora y además es un pecado mortal no enseñar al mundo esas espectaculares piernas que tienes.

—¡Oh sí, soy un taponcito muy mono!

—Noa tienes un cuerpo de infarto, 160 centímetros no es ser tan pequeña ¿sabes? Además tus piernas son largas y torneadas, tu culo respingón y las tetas ya las quisiera yo para mí ¡así que no te quejes guapa!... ¡Mira! Esos tacones te darán la altura que te falta para ser una auténtica *top model* —tira de mi brazo al pasar por delante del escaparate de una tienda.

—¡No voy a permitir que te gastes más dinero!

—¡Que te lo crees tú, vamos! —Me empuja al interior de la zapatería.

Si hubiese sido inteligente, hubiera alegado mi dolor de pies antes que el innecesario gasto de dinero y a lo mejor hasta la hubiese convencido, pero como ha sido al revés ahora no se tragará lo de mis heridas.

Sorprendentemente no me duele al andar con los zapatos que ha elegido. Cosa que hubiese agradecido sobremanera para poder continuar con mis *sneakers*.

Y así hemos pasado el resto de la tarde, desde mi punto de vista, despilfarrando, desde el punto de vista de mi amiga, invirtiendo en mi salud espiritual. Ella tampoco se ha quedado corta, pues ha llenado el coche de bolsas, aparte de todo lo que lleva puesto encima, joyas incluidas.

¿Qué se sentirá gastando tanto dinero sin necesidad de llevar la cuenta?

Ahora son las diez de la noche y estamos en la discoteca *Holiday*, he oído hablar tanto de este sitio que me resulta familiar, aunque jamás haya venido.

—¿Estás bien cumpleañosera? —Me pregunta Susana demasiado sonriente mientras me pasa mi copa.

—¿No tendría que estarlo, doctora Gómez? —Doy un trago y me apoyo ligeramente en la barra para intentar en vano tapar mi culo, ése que todos miran.

—No has hablado en toda la tarde de tu querido *Romeo*. —Se burla.

Hace aproximadamente una hora que mi amiga le ha llamado desde mi móvil para invitarle a mi cumpleaños, que por lo visto se celebra aquí, así que supongo que estará aún más cabreado.

—Como me has confiscado el móvil no he podido hacerlo —le saco la lengua —supongo que tendré miles de llamadas tuyas, aunque déjale, que le vendrá bien sufrir un poco, cuando me vea así le va a dar un infarto... — Sonríó porque creo que nunca me ha visto así de guapa, no parezco ni yo.

—¡Error!

Mi amiga me pasa el móvil de mala gana para que compruebe que no tengo ni una llamada, ni un mensaje, ni nada. Mi cara de decepción debe de ser un poema.

—¿Hasta cuándo piensas aguantar Noa?

Me coge la mano y me lleva hacia la pista, allí hay un grupo de chicos que no tardan en rodearnos y ponerse a bailar con nosotras.

—¡Eres una puta!

Resuena por encima de la música.

Yo doy un salto por el susto, no sé qué pasa, pero enseguida descubro a Alejandro detrás de mí, lleva la ropa desastrosa, está despeinado y

tambaleándose de lado a lado.

—¿A mí no me dejas tocarte pero te restriegas contra todos estos tíos? —
Me sujeta por el brazo haciéndome daño mientras me grita.

—¡Alejandro estás borracho, suéltame! —Intento zafarme.

—¡A saber lo que haces cuando estás sola, pedazo de zorra!

—¡Suéltala cabrón! —Susana está intentando separarnos.

Entonces el gran hijo de su madre la pega un puñetazo y ella cae al
suelo...

Capítulo 5



—¿Noa?

—¡Susana!

Me encuentro en posición horizontal, deduzco que tendida sobre algo.

¡Oh Dios mío! Ver el ojo morado de mi amiga justamente delante de mí es lo mejor que me ocurría desde hace mucho tiempo. Según la vi caer al suelo, con la fuerza con la que le golpeó ese malnacido, la creí muerta, y por eso me he desmayado, seguro.

Me lanzo a su cuello para abrazarla y asfixiarla a besos.

—Pensaba que lo único que no sería capaz de perdonarle a Alejandro sería una infidelidad, nunca creí que hubiese algo peor, ahora estoy segura de que me equivocaba. —Admito llorando como una magdalena contra su cuello.

—Anda que vaya mierda de cumpleaños —bromea ella, con las lágrimas asomando también a sus ojos.

Se aparta un poco para dejar de estar reclinada sobre mí, pues parece, por su gesto, que esa postura le hace daño, aunque no me lo diga.

—Tengo que pedirte perdón Noa, te traje aquí porque había pagado a una prostituta para seducir a tu novio y que te dieras cuenta de una vez por todas de que se liaba con cualquiera. —Confiesa mi amiga apretando los dientes — solo quería que lo vieres con tus propios ojos.

Yo cierro los ojos con fuerza, no sé si me duele su confesión o me da igual.

—Está bien, olvídalo. —Me incorporo de la camilla donde estoy echada, observando extrañada todo a mi alrededor, sin comprender muy bien dónde estamos, pues todo es blanco y parece la sala de un hospital, pero evidentemente no lo es, porque hay ¿música? —¿dónde estamos tía?

—En la sala de urgencias de la discoteca —se acerca más a mí para susurrarme al oído —por cierto, el médico está cañón.

—¿Cómo puedes pensar en eso ahora? ¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

—Que la policía se ha llevado a tu querido novio...

—¡Mi novio! ¡No lo digas ni en broma! ¡Ése energúmeno ya no es nada mío!

Ella suelta una carcajada triunfal.

—¡Bueno al menos este ojo morado ha merecido la pena! —Se lo señala exageradamente.

—Disculpen señoritas —carraspea alguien a nuestra espalda.

Un hombre joven con bata blanca y que verdaderamente es muy guapo nos interrumpe, se está poniendo unos guantes de plástico y le pide a Susana amablemente que abandone la sala porque tiene que hacerme un reconocimiento. Ella sale sin dudar, no sin antes pedirle al doctor.

—*Doc* cuídemela bien ¿eh? —lo peor es que él la sonrío con picardía.

«¿*Doc*?... ¿¡Perdona?!»...

Ésta se ha debido beber algo mientras yo estaba inconsciente.

Pues una vez que estamos solos, el susodicho *doc* coge mi camilla y la empuja hasta la sala contigua para dejarme allí completamente a oscuras, por lo que no me encuentro nada cómoda.

—Será solo un momento señorita, ahora mismo vuelvo.

—¡No no no no, espere!

Ni siquiera he terminado la frase y ya no hay nadie aquí, no veo absolutamente nada.

¡Qué miedo!

Me incorporo.

—Un euro por tus pensamientos joven —musita una voz de anciana que provoca automáticamente que mi corazón se dispare.

—¡Quién es! —Exclamo asustada, mientras muevo mis brazos por delante de mi cuerpo para que nadie me roce.

—¿Quién eres tú Noa? —¡Sabe mi nombre!

Su voz parece proceder del techo, es como una grabación, no la escucho desde ningún sitio de la sala en particular, podría decirse que se asemeja a algo espiritual porque habla muy despacio y con eco.

—¿Quién es usted? ¿Y cómo sabe mi nombre? —Comienzo a asustarme de verdad. Rodeo mis rodillas con ambos brazos para sentirme algo más resguardada.

—Insisto en que la pregunta correcta es ¿quién eres tú y quién puedes llegar a ser? Y sobre todo si tienes valor para serlo, para salir a la luz, o si por el contrario vas a seguir escondida y pasar desapercibida el resto de tu vida, como has hecho siempre, una más entre la muchedumbre, malviviendo sin pena ni gloria.

—¿Malviviendo sin pena ni gloria dice?

—Hoy es el día de tu cumpleaños Noa. Hoy es 6 de Mayo, el día en el que todo comenzó y todo terminó... El día en el que todo comienza y todo termina. ¡Bienvenida a *Catarsis*!

—¿¡Cómo...?! —No he terminado ni siquiera de formular la pregunta, cuando la camilla donde estoy acurrucada y tiritando de miedo, se parte en dos para que me caiga estrepitosamente al suelo.

Lo extraño es que el suelo no llega nunca, es decir, que llevo cosa de media hora cayendo al vacío y gritando como una posesa, intentando inútilmente agarrarme a algo, pero nada, no hay manera, no hay absolutamente nada a lo que agarrarse.

Hasta me ha dado por pensar que el falso doctor me haya metido en alguna especie de sala de realidad virtual de caída libre, o que la graciosa de Susana me haya preparado alguna sorpresa de cumpleaños rara... Joder, pero es que siento el vacío de verdad en el estómago.

Y finalmente aterrizo.

Los porrazos que me pego en la espalda, en el trasero, en la cabeza, en las piernas, en los brazos y en todo mi cuerpo en general, certifican que efectivamente llevo todo ese tiempo bajando no sé muy bien desde dónde, pero sí, me estaba cayendo de verdad.

Incluso una vez tendida sobre el suelo boca arriba continúo gritando durante un rato.

—¡Jesús, María y José! —Exclamo aquí tirada, observando boquiabierta que me encuentro en medio del campo más verde que nunca jamás he visto en toda mi vida, me atrevería a decir que incluso es fluorescente.

Continúo en mi postura, no me atrevo a moverme, con la leche que me he pegado debo tener todos los huesos rotos, ¡me da pánico hasta pestañear!

El cielo es también de un color demasiado azul, de un azul muy brillante, por lo que pienso que me deben haber metido drogas en la bebida, o debo haber muerto, porque hasta hace un rato era de noche...

De pronto escucho unas pisadas que se acercan y pienso «¡por fin estoy salvada!». Sea quien sea me llevará al hospital más cercano para que me curen, o me hagan algo, da igual lo que sea, total, peor que tirada en medio del campo llena de fracturas óseas no voy a estar ¿no?

Pues según se van acercando los sonidos de las pisadas, me voy mosqueando más, porque parecen bastante diferentes a lo que yo tengo entendido por pasos... humanos. No sé muy bien por qué, pero mi sexto sentido me indica que me quite de la mitad del camino a la voz de ya, así que una inevitable sensación de angustia invade mis piernas y en una milésima de segundo me levanto rápidamente del suelo para esconderme tras una gran roca que de pronto descubro a mi derecha. No me preguntes si ha aparecido misteriosamente o ya estaba ahí, no quiero saberlo.

Permanezco escondida, mientras observo incrédula todos los miembros de mi cuerpo, están completamente ilesos, indoloros. Muevo alegremente todos los dedos y en mi rostro se dibuja una inevitable sonrisa, pues ya me imaginaba en silla de ruedas.

Me atrevería a afirmar que hasta me noto más ágil, con ganas de correr y saltar, con lo que odio yo el gimnasio... ¡estoy alucinando! Incluso parece que me hayan dado rayos uva, estoy morena y la piel me brilla. Esto es muy raro, en serio, creo que me he muerto y estoy en alguna especie de paraíso surrealista.

Las pisadas han ido acercándose hasta que llegan prácticamente a mi altura, por fin podré saber de quién se trata. Asomo un ojo cautelosamente por el vértice de la roca y ¡lo que descubro me hace sufrir un cataclismo cerebral!

Gracias al cielo que en un arrebató de cordura de última hora me tapo la boca con ambas manos para no dejar escapar ningún sonido, apoyo la espalda sobre la roca y me hago una pelota, rezando a todos los santos, con los ojos cerrados con fuerza, para que no me descubran.

Se han detenido justamente delante de la roca, hablando en un idioma muy extraño y señalando hacia el bosque, porque digo yo que me habrán olido, aunque milagrosamente, después de un rato han proseguido su camino sin más. No sé si soy capaz de ponerme en pie porque estoy completamente en shock y me tiemblan las piernas.

¿Una especie de tortugas gigantes de dos metros, pero sin caparazón, iban andando y conversando tranquilamente por el camino...?

—¿Dónde cojones estoy? ¡Susana sácame de aquí ya! —Grito llorando y mirando al cielo.

Una flecha pasa rozándome el pelo y entonces me agazapo de nuevo, cubriéndome la cabeza entre los brazos. Miro hacia el suelo y veo junto a mis pies un mechón de pelo larguísimo cortado limpiamente, como si hubiese sido con tijeras. Agarro entonces el pelo de mi cabeza rápidamente para comprobar horrorizada que me falta más de la mitad.

—¿Pero qué más cosas horrendas me van a pasar?! —Lloriqueo.

Un arquero enorme, rubio y parecido a *Robin Hood*, bueno, el traje verde se parece al de *Robin*, pero el pelo largo y rubio se asemeja más bien al de *Légoles* del Señor de Los Anillos, aunque éste no sea tan guapo, más quisiera él, y yo. Se me planta delante para mirarme con cara extraña, como si fuese yo una de esas tortugas verdes.

—Mamdkwfhweuiigtjkgvn kjefkwe kejJllj. —Me dice.

—¿Perdona? —Le contesto con el ceño fruncido, todavía agachada.

—Idioma español —se indica a sí mismo. —Hola criatura, mi nombre es Cedrik y soy del clan arquero. —Imagino que me está repitiendo lo que me ha dicho anteriormente.

—¡Oh, qué original, del clan arquero! —Le imito sarcástica. —Lo que me interesa es si eres bueno o malo porque ¡me acabas de lanzar una flecha! —Le recrimino con mi pobre mechón de pelo cortado en la mano.

Él ni siquiera parece arrepentido, pasa de mí literalmente «¡qué mal educado!». Da un increíble salto de dos metros para desaparecer tras la roca y aparecer de nuevo en menos de un segundo, cosa que provoca que yo no pueda cerrar la boca.

—¿Cómo has hecho eso? —Balbuceo señalando sus pies, anonadada.

Lleva una cosa gris gigantesca y muy fea entre sus brazos que tira delante de mí sin el menor esfuerzo.

—Iba a matarte. —Gruñe en plan «yo *Tarzán*, tú *Jane*».

Cuando soy plenamente consciente de que acaba de dejar delante de mis pies una especie de jabalí rocoso muerto, y de que además éste iba a matarme... comienzo a gritar como una energúmena en apuros y corro hacia el

bosque, no me preguntes por qué, simplemente es lo único que se le ocurre hacer a mi virtuoso cerebro. Y es en ocasiones como estas cuando me alegro de no haber ido a la universidad.

Antes de darme cuenta, me encuentro acorralada por cinco cosas gigantescas y grises, que si muertas ya asustaban, ¡vivas ni te cuento! Tienen los dientes enormes y retorcidos hacia arriba, deben llegarme hasta la cintura, me están devorando con esos ojos asesinos despiadados... «¡ay Dios, voy a morir sin la mitad de mi pelo y llevando un tutú!». No puedo parar de gritar.

—¡Susana me cago en tu madre, para ya con el juegucito del *carajo*, que esto ya me está dando mucho miedo! —Lloriqueo mirando al cielo, como si mi amiga me estuviese observando desde allí, mientras los cinco jabalíes pedregosos me cierran el cerco gruñendo.

Es que me la estoy imaginando tronchada de la risa mientras me ve desde algún sitio, déjala, que la venganza será terrible.

Todo esto ya de por sí da un miedo espantoso, pero es que encima ha comenzado a sonar una música ambiental de suspense, tipo *Sicosis*, a todo volumen, que me está terminando de rematar el poco juicio que yo tenía de serie. «¿De dónde coño sale la música?» me pregunto mirando nerviosa a mi alrededor. Ya lo único que me faltaba para terminar de volverme loca es que se pongan los cinco jabalíes a bailar el *Hakuna Matata*... ¿te imaginas?

Entonces mi querido *Légolas* aparece como un rayo de sol en medio de las tinieblas y de un ágil salto se planta a mi lado, lanza cinco flechas certeras y se los carga a todos, sin apuntar ni nada.

—¡Ole! —Exclamo alucinada, dando palmas y saltitos, y porque todavía no tengo demasiada confianza con él, que si no, le bailo unas alegrías, todo es cuestión de tiempo.

La música se ha detenido. Vuelve a reinar el silencio.

—Regla número uno. No adentrarse nunca sola en el bosque, no te alejes del camino ¿de acuerdo? —Gruñe molesto mientras corre hacia el sendero y yo le sigo cual corderito manso.

—Sí por supuesto, entendido.

Me retiro el pelo de la cara al caminar, entonces me detengo en seco al comprobar ¡que tengo de nuevo en la cabeza la parte que me había cortado la flecha!

—¡Ostras! —Exclamo alucinada acariciando mi pelo nuevo largo y más sedoso que nunca.

—¿Qué ocurre criatura? —El arquero saca una flecha de la aljaba de su espalda rápidamente y se sitúa a mi lado, apuntando hacia el bosque.

—No es nada malo, tranquilo, es que me ha crecido el pelo que me habías cortado con tu flecha y...

—¡No me asustes con estupideces criatura! Si cae la noche sobre nosotros correremos un grave peligro, hay que llegar a la aldea cuanto antes.

No voy a ser yo quien le lleve la contraria, pero con la luz que hay en el cielo podemos estar a años luz de que caiga la noche... ¿o es que tan lejos estará la aldea? No sé si este hombre se habrá dado cuenta de que llevo tacones de aguja...

Llevamos un buen rato caminando. Todavía no doy crédito a que no me duela nada, no hay ni rastro de mis heridas, además no puedo parar de mirar asombrada mi pelo largo, suave, brillante y con los rizos definidos a lo *Candy Candy*. ¡Muero por un espejo!

Como llevo un buen rato caminando tras mi acompañante, porque de esta

manera me muestra dónde debo pisar y dónde no, voy pensando que es cuanto menos curioso que siempre lleve tres flechas en la aljaba, da igual las que dispare, siempre hay tres. Empiezo a no hacerme preguntas y eso me asusta.

—¿De qué pueblo eres criatura? —Interrumpe mis pensamientos.

Mira que me han llamado cosas ¿¡pero criatura!?

—Me llamo Noa y soy de Cádiz.

—¿Cádiz? —Se detiene para mirarme muy extrañado —¿Qué es eso, algún tipo de beldades? No conozco esa civilización.

—¿Beldades, que son las beldades?

—¿No sabes lo que es una beldad?! ¿Pero en qué mundo vives?

—¿Y tú no sabes lo que es Cádiz, ni las chirigotas? ¡Pues lo mismo te digo *Légolas!*

—¿Por qué me llamas *Légolas*?

—Porque te pareces a un personaje de una película.

—¿Qué es una película?

—¿Estás de coña, no? —Pongo los ojos en blanco.

—No sé qué es un coña tampoco, hablas muy extraño criatura.

—¡Oh, sí, estás de coña! —Seguro que me está vacilando, eres un actor, hijo.

—¿Te salvo la vida dos veces, ni siquiera me lo agradeces y encima osas burlarte de mí? Ten cuidado porque podría abandonarte a tu suerte ahora mismo y no sé por qué, pero algo me dice que en poco tiempo te encontraría muerta.

«Noa de mi vida muérdete la lengua, muérdete la lengua».

Sorprendentemente consigo morderme la lengua y no contestarle todo lo que me hubiese gustado, pero en este caso tiene razón y si aparecen tortugas gigantes, o jabalíes rocosos, aunque sean virtuales, la verdad es que prefiero tenerle cerca y si el precio es estar calladita, pues que así sea.

—¿Qué vas a hacer conmigo? —Pregunto al cabo de un rato.

—Te llevaré al poblado y allí decidirán qué hacer contigo.

—¿Quién lo decidirá?

—Los sabios.

—Imagino que los sabios lo son porque lo saben todo, entre otras cosas, qué hacer conmigo.

—Así es.

No sé cuánto tiempo habrá transcurrido desde que comenzamos nuestra andadura porque en el cielo no logro ver nunca el sol, tan solo es azul, no hay sol. Lo más extraño de todo, incluso más que los seres tenebrosos del bosque, es que no me canso. Aún sigo creyendo que estoy muerta, pues llevo puestos los infinitos tacones de aguja que me regaló Susana mientras subimos y bajamos montañas... y nada de nada, ni una sola molestia, ni una sola ampolla... nada. Lo que no tengo demasiado claro todavía es si estoy en el cielo, o en el infierno.

—Ya hemos llegado a *Nhacúm*. —Me informa orgulloso.

—¿*Nhacúm*?

Levanto la vista del suelo pedregoso para descubrir bajo la colina sobre la que nos encontramos, una pequeña aldea formada por varias casas con techos de paja amarilla. Parecen las típicas de los dibujos animados.

—Aquí no llueve nunca ¿no? —Bromeo.

—No.

—¿Me tomas el pelo?

El arquero pasa de mí y se adelanta con paso grácil en dirección a la aldea. Parece algo más relajado. Pero yo ahora estoy mucho más tensa ¿a dónde voy a ir? Porque este hombre supongo yo que tendrá una casa, una mujer, unos hijos, y no me voy a meter en casa de nadie con todo el morro a *gorronear...*

Me tapo los ojos con las manos. Quiero desaparecer. Definitivamente estoy en el infierno, en uno muy cuqui, eso sí, porque no todo el mundo lleva *tutú* y tacones de marca estando en el infierno.

—¿No vienes criatura Noa? —Me pregunta *Légolas*.

—Si no tengo casa ¿dónde voy a ir?

—A la posada —se encoje de hombros.

—Tampoco tengo dinero.

—Aquí todos tenemos dinero de sobra cuando estamos en modo reposo, mírate el fardo. —Me indica la falda.

—¿¡Qué?!

Meto reticente las manos por debajo de mi mugrienta falda y descubro sorprendida que tengo un saquito de ante marrón atado a mi cintura «¿qué demonios es esto y de dónde ha salido?». Miro en su interior.

—¡Madre mía, hay un montón de monedas de oro!

Me pongo a saltar como una niña de cuatro años el día de los Reyes.

—¡Es oro! ¿Oro de verdad?

Entonces el arquero suelta una carcajada.

—¿De dónde te has escapado criatura Noa?

—¡Joder tengo oro!

—Y yo tengo mucha hambre, vamos.

Prosigue su camino hacia el pueblo mientras yo acaricio una de las brillantes monedas, embobada. Y de pronto el cielo se torna negro, sin atardecer ni nada, negro azabache en menos de un segundo.

—Esto sí que es caer la noche —murmuro.

Entramos en la posada y casi me caigo de culo ante lo que ven mis ojos.

—¡Oh Dios mío!

Capítulo 6



No creo ser capaz de poder describir con palabras lo que tengo delante cuando atravieso la gran puerta de madera de lo que el arquero llama posada, pero lo voy a intentar.

Todo está oscuro, únicamente bañado por una tenue luz amarillenta, por lo que no se distinguen demasiado bien los detalles, aunque tampoco creo que haga demasiada falta, a grandes rasgos nos podemos hacer una ligera idea.

Creo que no siento tanto miedo porque justo al abrir el gran portón de madera ha comenzado a sonar una música alegre y jovial que invita a bailar, o al menos a reír.

A mano derecha y nada más entrar me encuentro con mis amigas las tortugas gigantes, sentadas apaciblemente alrededor de la mesa, tomando unas cervezas enormes, mientras charlan y se ríen tan tranquilas. Por cierto, llevan pantalones de pana marrones.

Yo me resguardo inmediatamente contra la espalda de mi acompañante para que nadie me descubra, avanzo hacia el interior de este extraño zoológico

sin comprender todavía por qué no salgo huyendo.

A mi izquierda hay una mesa algo más grande llena de tejones ¡con ropa también! ¡Hablando! ¡Y bebiendo en copas de vino!

«Joder qué bien conseguidos están los disfraces y la puesta en escena ya ni te cuento...» intento auto convencerme.

Llegamos al centro de la estancia y de pronto aparece ante nosotros un mapache enorme, que camina perfectamente erguido sobre sus dos patas traseras, con lo cual es más alto que yo. Lleva un mandil con cuadritos rojos y puntillas de lo más mono, atado a la cintura. Ha salido a recibirnos amablemente, el arquero le dice algo al oído y entonces el animal nos acompaña hasta una mesa un poco más apartada del resto. Yo continúo caminando tras él, boquiabierto, observando cómo comen y beben todos los animales aquí presentes, parecen personas.

—¡Bienvenida a la posada de *Nhacúm*, señora! —Me indica el mapache con un gesto divertido mientras tomo asiento —¿Qué va a tomar?

No sé qué pedir, pues si me decido por la carne a lo mejor se siente ofendido... ¿Qué comerá esta *gente*? Echo una rápida ojeada a las demás mesas para intentar descubrir qué comen, pero no distingo nada en concreto.

—¡Tráigame lo mismo que al arquero! —Me apresuro a responder, muy orgullosa de mi ingenio.

—Pues un par de paletas de cochinito Harry, por favor —enfatisa mi acompañante mientras me recrimina con la mirada, ya que no he mostrado mis buenos modales con el señor mapache —y dos buenas jarras de cerveza —añade.

—¡Marchando! —Dice el mapache del mandil mientras se marcha.

—¡Gracias! —Exclamo demasiado sonriente para que Cedrik no me odie.

Una ardilla, no menos alta que yo, con un vestido color escarlata, el típico de posadera de toda la vida, trae las cervezas y mientras las deja sobre la mesa, le guiña un ojo descaradamente al arquero, pasándole su pelirroja cola suave y pomposa por la barbilla, mientras a él le falta poco para babear...

—¿En serio?! ¿Te lo montas con ardillas? —Pregunto cuando ella se marcha, poniendo cara de repugnancia.

A ver, no me malinterpretéis, no es que tenga nada en contra de las ardillas, y encima estos animales están bastante... humanizados, pero ¡joder, es una ardilla!

—¿Tienes algo en contra de esta gente, criatura Noa? Te han acogido sin preguntar. Te están dando comida y te van a dar cobijo para pasar la noche ¿quién crees que eres tú para que ellos no te parezcan dignos? —Me pregunta irritado y realmente haciéndome sentir *un pelín* mal.

—No tengo nada en contra de nadie, es solo que... nunca había visto animales actuando de manera normal y me resulta raro.

—¿Con *normal* te refieres a actuar como tú? ¿Se supone que todos debemos actuar como tú porque si no, no seríamos normales? ¿Acaso en tu tierra todos actuáis igual?

—No, supongo que no...

—¿Entonces despreciáis al que se comporta de manera diferente, al que es desigual? —Inquiere.

No sé qué contestar, pues en realidad mi mundo es mucho peor que éste, para qué nos vamos a engañar.

—Puede —mi voz de pito denota la inseguridad que me ha invadido.

—Criatura Noa, *Nhacúm* está bajo el mando del serafín Gressim, desconozco bajo qué mandato estará tu pueblo, pero aquí todos somos iguales. Hay que procurar el bien del prójimo, siempre.

—¿Y esos jabalíes rocosos qué? No parecían procurar mi bien precisamente.

—No son habitantes del reino, son depredadores de los bosques, ellos son sirvientes del mal.

De pronto traen una bandeja llena de comida. Madre mía qué bien huele y qué buena pinta tiene, con esto tengo para comer durante tres semanas... espera un momento.

—¿Sirvientes del mal? —Pregunto arrugando la nariz.

—No podemos hablar de eso ahora —susurra —come que se enfría, no creo que hayas probado jamás nada tan delicioso.

—No pienses que me voy a olvidar de los sirvientes del mal, *Légolas* —le amenazo con un trozo de carne.

Pone los ojos en blanco mientras muerde una de las paletillas con todas sus ganas.

—Ya me empiezo a arrepentir de haberte rescatado en el bosque.

Capítulo 7



Una luz cegadora entra de pronto por el ojo de buey que tengo justo encima de mi cabeza, enfocándome de lleno en la cara. Me sobresalto porque no sé qué ocurre ni dónde estoy. Observo impresionada todo a mi alrededor. Las paredes son de madera, el suelo también y yo estoy en una pequeña cama ¿de paja?

Me incorporo de la camita, que más bien me recuerda a alguna especie de nido y al hacerlo me doy con el techo en la cabeza. Entonces es cuando recuerdo que estoy en los maravillosos *mundos de Yupi*, ésos donde tantas veces me he transportado cuando estaba en la Tierra y ahora resulta que los estoy viviendo de verdad.

«En serio, las pastillas que me hayan echado en la copa deben ser buenísimas, porque todo parece tan real...».

—¿Hola? —Me asomo por un agujero que hay en una de las cuatro paredes, por el que cabe mi cabeza de milagro y casi me muero del susto al mirar hacia abajo.

¡Ostras!

¡Estoy en la rama de un árbol!

¡Pero un árbol kilométrico!

¡Ay Dios mío!

Me meto corriendo en el nido de paja y me hago un ovillo, abrazando mis rodillas, mientras una pregunta ronda mi mente «¿cuándo y cómo leches habré subido yo aquí?».

Observo mis pies y compruebo que sigo llevando los tacones de aguja, cierro los ojos negando con la cabeza. Ya era completamente imposible que subiera a este árbol sobria y en plena noche, que cupiese por ese agujero también me extraña bastante, pero que además lo hiciese con los tacones y el tutú... ¡¿Qué clase de broma es esta?!

Ahora caigo. Alguien me ha debido traer aquí y después han puesto la casa por encima, que estoy segura de que es de cartón piedra, para que yo crea que he entrado por ese agujero minúsculo y se rían de mí otra vez ¡qué cachondos! Se piensan que soy tonta.

—¿Criatura Noa estás bien?

Es extraño que un hombre al que conozco de hace apenas veinticuatro horas, supongo, sea capaz de tranquilizarme tanto.

—No estoy segura —grito sin mover ni una uña.

En menos de un segundo asoma su cabeza por el agujero.

—¡Vamos, los sabios te esperan!

—¿A mí?

—¡Claro! Ellos lo saben todo, ya te lo dije.

Desaparece de mi vista como si nada.

«Pues a ver si saben donde venden unas deportivas y unos vaqueros» pienso, ya que no he enseñado más el culo en toda mi vida. Menos mal que a última hora me dio por ponerme en la tienda unos *shorts* debajo del indecente tutú.

Me levanto muy lentamente, plantando el pie con sumo cuidado a cada paso, manteniendo el equilibrio con ambos brazos en cruz. Sí, ya lo sé, si la primera vez que no sabía dónde estaba anduve normal y no ocurrió nada ¿por qué ahora he de hacerlo distinto? Seguro que habrá alguna explicación lógica para eso y además se denominará de alguna manera específica, y seguro que los sabios también lo sabrán, pero mi cerebro me ordena que ahora mismo haga esto y yo le obedezco sin rechistar. No vaya a ser que se caiga el chiringuito de cartón piedra y yo vaya detrás.

Asomo mi cabeza por el agujero nuevamente y miro hacia abajo. Allí está Cedrik junto a su querida ardilla pelirroja haciéndose arrumacos. «Noa no imagines, no imagines, no imagines» me ordeno a mí misma para que el arquero y la ardilla no se lo monten en mi cerebro, pues ya lo que me haría falta.

—¡Criatura Noa llegaremos tarde, venga! —Exclama él, haciendo aspavientos con los brazos.

—Ni aunque me embadurne el cuerpo con mantequilla cabría por aquí, ya te lo digo —contesto para mí.

—Solo tienes que pasar, no lo pienses demasiado. —Me anima con cara de ilusión.

—¡Qué tontería! —Contesto incrédula.

Éste lo que quiere es partirse de la risa a mi costa, y si por obra de un milagro consiguiese salir por el maldito agujero, el leñazo que me pegaría cayendo tronco abajo, remataría la faena para contar a los sabios. Vamos, que les voy a animar la mañana a todos.

—Creo que paso. —Meto la cabeza de nuevo, enfurruñada.

—¿Qué significa eso? —Pregunta desde abajo.

—Que si no hay puerta y escaleras me quedo en la cama. —Grito desde el interior.

Entonces aparece *Miss Ardilla Ardiente* a mi lado, no me preguntes cómo, a lo mejor vuela, o se teletransporta.

—Hola criatura Noa, me llamo Suria —me saluda con una vocecilla muy aguda.

—Encantada Suria, puedes llamarme Noa a secas —ella se ríe.

—Sé que parece difícil Noa, pero en realidad no lo es —lo dice ella que vive en los árboles, claro —anoche lo hiciste muy bien.

—¿Anoche?

Brittany asiente con la cabeza, sonriente. Es que es clavadita a ella, sí a la ardilla pija de «*Alvin y las ardillas*». Qué ojos más bonitos tiene.

—¡Subiste tú solita! —indica, sacándome de mis pensamientos.

Anoche estaría tan borracha con aquella chispeante cerveza espumosa que me bebí, que si me caí ni me acuerdo.

—¡Oh Dios mío! —Me tapo la cara con ambas manos. Esto es el colmo de lo absurdo, no puede ser posible que vaya a saltar al vacío desde lo alto de un árbol, solo porque me lo pida una ardilla ¡pero además una ataviada con un vestido de posadera!

Pues meto la cabeza por el agujero toda digna, sabiendo de sobra que se va a romper la caseta de cartón que hay encima de mí, pero aún así cierro los ojos con fuerza y pongo la postura de *súperman*, es decir, con los puños hacia delante. Levanto la pierna y antes de que me dé cuenta... ¡plof! Estoy en el suelo junto a Cedrik.

¡Pedazo castaña!

—No has creído que pudieses hacerlo. —Me reprocha muy serio, casi decepcionado, negando con la cabeza.

—Déjala Cedrik, al menos lo ha intentado —le riñe ella acudiendo en mi ayuda.

Me levanto del suelo como buenamente puedo, me duelen hasta las pestañas, creo que ahora sí que me he roto todos los huesos. Ayudada por la gentil pata peluda de Suria para permanecer en pie y todavía boquiabierta, observo incrédula la altura desde la que me acabo de caer. Aunque sorprendentemente la casita no se ha roto, sigue allí arriba, intacta.

Yo diría que cualquiera que hubiese recorrido semejante distancia en caída libre, da igual la manera en que lo hubiese hecho, hubiese muerto al instante, pues lo que tengo ante mí es un árbol milenario de una inmensidad que ni siquiera alcanzo a calcular.

Poco a poco, según voy abriendo mi campo de visión, voy descubriendo que no solo está mi pequeña cabaña/nido en la copa del árbol, que por cierto, se encuentra en la rama más próxima, sino que ¡es que hay una ciudad entera

en él!

Clavo mis ojos rojos llenos de ira sobre Cedrik.

—¡Tú!

—¿Qué? —retrocede.

—¡Has hecho que salte desde ahí!

—Sólo debías creer que serías capaz de conseguirlo ¡anoche lo hiciste realmente bien yendo tronco arriba!

—¡Me he lanzado pensando que me iban a salir alas, o que me recogería algún unicornio por el camino —corro tras él, cojeando, para intentar estrangularle —o cualquier ser místico alado —pero él me esquiva sin el más mínimo esfuerzo —pero lo que nunca imaginé es que me iba a partir todos los huesos del cuerpo y que tú lo ibas a permitir, capullo! —Supongo que no entiende mis insultos, pero con el tono en que los grito y mi cara de energúmena le debe bastar.

Suria, alias *Brittany*, se parte de la risa al vernos.

—Aunque te hayas caído no importa. En cuanto pasa el tiempo te recuperas ¿no te sientes ya mejor? Es tu capacidad vital, se regenera ¿es que no sabes nada? —Ahora parece incluso molesto conmigo.

—¿Qué? —Me detengo en seco. Es verdad que ya no me duele absolutamente nada.

Salto para comprobarlo. Nada, completamente ilesa. Mi cara debe de ser todo un poema.

—Noa ¿de qué pueblo procedes? —Suria acaricia mi brazo con expresión compungida —no conoces nuestro mundo, ¿no sabes nada sobre

nosotros, ni siquiera sobre ti misma?

—No —musito algo temerosa. —No sé qué hago aquí.

—Por eso hay que llevarla ante los sabios, Su, ellos nos darán las respuestas. —Alega el arquero, apareciendo junto a nosotras.

—Pero no estoy segura, se la ve tan indefensa, puede que estén equivocados... —se nota que ya han discutido sobre el tema.

—No te preocupes por mí Suria, a lo mejor ellos me pueden aclarar qué hago aquí y sobre todo qué debo hacer para volver —ya que cada vez dudo más que esto sea una broma de Susana.

—¡Entonces vamos! —Dice el arquero entusiasmado.

Emprendemos los tres la marcha hacia el centro de la aldea y me doy cuenta de que ha comenzado a sonar una musiquilla alegre de aventuras.

—¿De dónde sale la música? —Les pregunto confusa, señalando hacia el cielo. Lo siento pero no me encaja nada que en este ambiente medieval tengan equipos de música colgados de las copas de los árboles para escucharlo con semejante calidad.

—¿Qué música? —Se miran uno al otro extrañados.

—¿Vosotros no escucháis nada? —Me quedo loca.

—No, aparte del cantar de los pájaros... no escucho nada, y mucho menos música —me informa la ardilla.

—¡Oh! Habrá sido que he confundido los pájaros con música —disimulo como puedo, mientras yo sigo escuchando claramente la cancioncilla de «*las locas aventuras de Noa en los bosques junto a Légolas y Brittany*».

Advierto que el arquero me mira de reojo, no demasiado convencido con

mi excusa, pero es lo que hay, si insisto en que escucho música en mi mente van a pensar que estoy chiflada... ¡y evidentemente no lo estoy!

Cruzamos junto a unas casas de piedra dispuestas en un gran círculo y que son precisamente las que tienen el techo de paja amarilla que vimos ayer al llegar.

—Estas cabañas son lo que yo creí la aldea.

—¿Las casas de los tejones? —Pregunta Suria.

—Sí.

—¿Toda la aldea?

—Sí, pensé que *Nhacúm* era esto.

Entonces suelta una carcajada, pero acto seguido tapa su boca con las patitas, intentando retenerla.

—No me río de ti, lo siento, es solo que me he imaginado a todos los *Nhacúmianos* metidos en estas casitas y me ha hecho gracia.

—¡No te preocupes! —qué tonta soy —¿Cuántos habitantes tiene *Nhacúm*? —Pregunto intrigada.

—No los contamos, pero probablemente millones —responde Cedrik intentando retener la risa también.

—¡¿Millones?! —Me detengo —¿y a eso lo llamas tú aldea? ¿Es que en el colegio no os han enseñado la diferencia entre aldeas, pueblos y ciudades? —Estoy muy indignada.

¡Claramente la culpa es suya!

—Noa, *Catarsis* está formado por nueve reinos y cada reino a su vez por un trono y una aldea. Cuando alcancemos la cima de la *Montaña Sagrada*

podrás contemplar los confines de la aldea. —Me explica Cedrik. —Cada reino es muy diferente y sí, en ellos también hay pueblos y ciudades.

—¿Entonces cada reino consta de un trono y una aldea? —Me resulta tan contradictorio imaginar un trono en una aldea... —Las aldeas en mi mundo están formadas por tres o cuatro casas, ya veo que hablamos idiomas muy distintos. ¿Y a qué llamáis *trono* aquí? —inquiero.

Mucho me temo que tampoco van a ser sillas doradas donde se sientan los reyes, imagino que podría ser algún tipo de ayuntamiento, pues toda esta gente se tiene que organizar de alguna forma ¿no? Aunque mi ocurrente cerebro no puede evitar evocar todos los usos populares que en Cádiz le damos a la palabra *trono* y que ahora precisamente no vienen al caso, pero que me hacen meditar sobre si en este mundo existirá el papel higiénico...

—Los Tronos son los baluartes de los serafines, son verdaderas fortalezas de cristal y se encuentran escondidas para que nadie las encuentre. —Me comunica Suria con sus oscuros ojillos redondos llenos de esperanza.

—¿Fortalezas de cristal? —Obviamente no lo han pensado demasiado a la hora de crear eso.

—Te acaba de decir que están escondidas —me replica el novio de la ardilla, que cada vez me cae peor.

—Por muy escondido que esté un castillo de cristal... ¿hola? Pego un martillazo y lo rompo... —Mi expresión es de «¿estamos locos o qué?».

—Cada serafín lo protege con su gran energía cósmica y también está salvaguardado por la magia de los sabios, no hay nada más infranqueable que un Palacio de Cristal. Sería prácticamente imposible encontrarlos, cuanto más derribarlos. —El hombre de verde sigue insistiendo en tener razón.

—¿Entonces hay un serafín por reino? —Vamos a cambiar de tema porque hasta que no vea uno de esos Palacios de Cristal, a mí no me convence ni el arquero ni toda su familia.

—Exacto —afirma.

—Ellos nos defienden del mal, son nuestros ángeles guardianes. Pero nunca los podemos ver. —Suria indica esto último algo decepcionada.

—Como si los serafines pudiesen verse —la reprende él —¡y gracias al cielo! Pues tú serías capaz de ir tras ellos a todas horas del día cantando sus alabanzas.

La ardilla pone los ojos en blanco, ¿alguien está celoso?

—¿Entonces cómo sabéis que existen, si no los habéis visto nunca? —Y al mismo tiempo que formulo esta pregunta, le suplico a la ardillita con la mirada que me dé una respuesta a la que aferrarme con todas mis fuerzas, algo que me demuestre a mí misma que en aquellas largas y frías noches de invierno, en las que me escondía debajo de mi edredón asustada, la cálida caricia de mi madre en mi rostro era real, aunque nunca la viese.

—Nos hablan a través de los sabios. —Musita en un susurro.

Imagino por todo lo que me han contado que un sabio será alguna especie de mago o médium, así es que hasta que no los vea, no sé si podré, o no, fiarme de ellos...

En realidad nada de esto me da buen rollo, pues nunca he creído en la Iglesia, ni mucho menos en brujerías ni hechizos, aunque a lo mejor a partir de ahora, visto lo visto... me lo debería plantear muy seriamente.

Fe. Esta es la única palabra en la que pienso durante el resto del camino.

Capítulo 8



Hemos llegado a lo alto de un monte altísimo, desconozco el tiempo que llevamos subiendo, doy por supuesto que mis acompañantes estarán calculando las horas que dura el día, porque como caiga la noche, ésta que se precipita así de repente como una cascada... no sé dónde vamos a dormir. La música alegre hace un rato que se ha detenido, ahora todo está en silencio.

Observo incrédula mis pies, con su pedicura perfecta a pesar de ir pisoteando barro, todo el tiempo insertados en unos altísimos tacones de aguja, y aún así continúo sin cansarme, como una campeona. Agarro el tutú para mirarlo recelosa, y nada, ni se ensucia. Después acaricio mis rizos para comprobar que están como siempre, impecables.

A lo mejor soy alguna especie de vampiro, ellos eran perfectos

físicamente ¿no? Nunca se cansaban, corrían mucho, saltaban alto y esas cosas. Pero yo duermo, creo que incluso ronco. También tengo hambre, ahora mucha, y no de sangre precisamente, lo que daría por un bollo de chocolate. ¡Ah! Y me pego leñazos, de los gordos, que duelen un montón. Conclusión, que muy a mi pesar no soy una vampiresa ni me voy a encontrar a *Edward Cullen* por aquí.

—¡Mira Noa, desde aquí se divisa toda la aldea! —Mi nueva amiga roedora me saca de mi ensoñación vampírica para invitarme emocionada a asomarme hacia el abismo. No entiendo el motivo, pero la obedezco, mientras *Légolas* pasa olímpicamente de nosotras, parece algo nervioso.

Entonces descubro, embargada de emoción, lo que parecen ser miles de casitas bajo nuestros pies. Están distribuidas por formas, o colores, no me atrevería a apostar el por qué de tal repartición, pero realmente *Nhacúm* es inmenso, parece no acabar nunca tras el horizonte.

—Nos agrupamos por razas, o familias, como lo quieras llamar. —Suria me adivina el pensamiento. —Las ardillas vivimos en el gran árbol, las tortugas viven junto al lago —me señala unas cabañas de madera muy bonitas —los osos en las cuevas...

Las dos permanecemos un buen rato charlando sobre la aldea, me cuenta historias divertidas sobre algunos de sus habitantes, como por ejemplo, que a los elefantes no les gusta cenar junto al resto de los vecinos porque ocupan mucho sitio en los bancos de la posada, por eso solo comen una vez al día, ya cuando todos se han marchado y pueden invadir todas las mesas a su antojo. Por este motivo los demás les llaman antisociales y estirados.

Es todo bastante original, me recuerda a *Disney* con tanto colorido.

De pronto una música estridente comienza a sonar, anuncia algo

majestuoso, algo importante.

—¡Bienvenidas criaturas! —Una voz penetrante y rotunda, acompañada de la música de misterio, se eleva a los cielos tras de mí y me hace dar un brinco del susto. No me despeño colina abajo de milagro.

Suria me agarra para que no me caiga por la impresión y ya de paso para que me postre ante el ser que acaba de aparecer, cosa que hago sin dudar, pues intimidada bastante. Supongo de inmediato que es uno de los sabios a los que hemos venido a buscar.

—Podéis levantaos —indica.

Al hacerlo enmudezco. La cima de la montaña donde estábamos momentos antes se ha transformado en una especie de atalaya donde nueve inmensos asientos de piedra son ocupados por nueve seres con capuchas.

¿Cuándo ha sucedido esto y por qué no me he enterado?

—¡Están aquí los nueve! —Susurra Cedrik asustado.

—Siempre vienen uno o dos. —Me explica Suria.

«Madre de Dios, si han venido los nueve es porque la he liado bien gorda» pienso.

El arquero se adelanta.

—Os presento mis respetos sabios de los nueve reinos, soy Cedrik, perteneciente al clan arquero del Reino medio de *Iracum*, regido por el serafín *Ireul*.

¡Toma ya! Y se habrá quedado tan a gusto.

La ardilla le sigue.

—Os presento mis respetos sabios de los nueve reinos, soy Suria,

perteneciente al clan ardilla del Reino bajo de *Nhacúm*, regido por el serafín *Gressim*.

Mi boca no es capaz de cerrarse, pues ahora se supone que me toca a mí y no sé qué decir. Me incorporo, tomo aire.

—¡Hola! —Les saludo con la mano como una pava —os presento mis respetos, sabios de los nueve reinos. Me llamo Noa, y que yo sepa no pertenezco a ningún clan, ni a ningún reino, además hasta ayer mismo no sabía ni lo que era un serafín... —Aprieto los dientes aguardando el chaparrón, pues los nueve me observan con cara de pánico.

Murmuran entre ellos mientras yo miro de reojo a Suria, que intenta en vano tranquilizarme con un gesto de sus patitas.

«Yo creo que va a ser por el tutú» bromeo conmigo misma.

Todos los sabios llevan una capa de color púrpura que cubre sus cabezas pero no sus rostros, con lo cual se puede ver claramente que se trata de nueve búhos. El vocal parece el mayor de todos porque en vez del plumaje marrón, lo tiene plateado.

—Señor arquero y señora ardilla ¿han cuidado bien de esta criatura, como se les encomendó? —Interviene el portavoz de los sabios, poniéndose en pie.

—Así es señor. Ayer cuando me dirigía hacia *Nhacúm* la encontré en medio del camino, —se adelanta el arquero —iba a ser atacada por un jabalí pedregoso y la defendí. La guíé hasta la posada de la aldea para buscar a Suria y porque se encontraba muy débil, por ese motivo no la trajimos inmediatamente. Suria le dio cobijo en su casa y hoy la hemos traído aquí, pero asegura no saber de dónde viene ni cuál es su cometido.

—¿Es eso cierto? —Me pregunta el búho clavando sus astutos ojos en mí.

—Sí, es cierto... —El búho carraspea molesto... —señor —me apresuro a añadir al ver que Cedrik me aniquila con la mirada.

—¿Entonces afirmas no saber lo que es un serafín? —Me pregunta el búho indignado.

—No señor, lo siento señor.

—Esto será más complicado de lo que habías imaginado Ruffus. — Musita uno de los búhos, parece divertido.

—Arquero y ardilla, dada la confianza que intuimos la humana ha depositado en vosotros, os encomendamos la misión de explicarle todo lo relacionado con los nueve reinos y sus habitantes. Todo. Dispondréis para ello de un solo día, pues no tenemos demasiado tiempo. Al segundo día os esperaremos aquí para trazar el plan. Si faltamos más tiempo de nuestras respectivas aldeas los serafines sospecharán.

¡Ha dicho humana, sabe que soy una humana! ¿Y ha dicho plan?

—Sí señor —exclaman al unísono mis amigos, embargados por la emoción.

—Noa —se dirige hacia mí por mi nombre, provocando con ello que casi me dé un infarto. —Todavía no eres consciente de la importancia de tu misión en nuestro mundo, pero has sido elegida para ayudarnos y nuestra salvación depende exclusivamente de ti. —«Sí, pues lo llevan claro». —Solo te pedimos, tanto mis hermanos como yo, en nombre de todas las criaturas de los nueve reinos, que hagas todo lo que esté en tu mano para conseguirlo, pues eres nuestra última esperanza.

—¿¡Que yo soy qué?! —Ay... este búho se ha debido fumar algo.

—Hay que creer para ver Noa.

Y de pronto todo a mi alrededor desaparece.

Abro los ojos.

Me encuentro yo sola bajo el gran árbol donde he pasado la noche cuando veo aparecer a Cedrik y Suria bajando por el sendero de la montaña. Seguro que del golpe que me he pegado al caerme del nido me he soñado todo lo de los búhos.

—¡Noa! —Gritan asustados, corriendo hacia mí.

Capítulo 9



—**L**os serafines son los nueve *espíritus bienaventurados* de la angelología. Pertenecen a la orden más alta de la jerarquía más elevada de los ángeles. La palabra serafín significa *ardor*, de ahí que serafín signifique *ser ardiente*. *Saraf* también puede significar *venenoso* y es con este sentido con el que lo emplean a veces para tomar forma de serpientes. —Me explica *Légolas* mientras ambos devoramos las succulentas piernas de cerdo asado que nos ha servido el mapache en la posada. Parece que al haberle dado permiso

los sabios para hablar conmigo se encuentra más cómodo.

—¿Entonces los serafines son serpientes? —Pregunto asustada.

—¡No! Lo que pasa es que pueden tomar diversas formas y una de las más características es la de serpiente. —Se ríe. —Son ángeles guardianes, los más poderosos de su rango, por eso han sido seleccionados para ser los guardias reales de los distintos reinos. Son el máximo poder, los protectores de cada reino. Se les pide consejo a través de los sabios y son muy responsables. Purifican e iluminan todo lo que está cerca de ellos, por eso son los únicos custodios de los lugares sagrados.

—¿Todo a su alrededor es bueno? —Parece que tan solo con hablar de ellos me elevo hacia la purificación del alma.

—Si se utilizan para hacer el bien sí.

—¿Qué intentas decir? ¿Algo tan puro puede usarse para el mal? —No me lo creo.

—Tienen una alta captación de energía y son extremadamente inteligentes, por eso algunas veces se les ha utilizado para trazar estrategias de guerra encubiertas, sin que ellos lo supieran en realidad, ya que son almas puras y se negarían rotundamente si lo supieran. Pero los engañan con trucos sucios para obtener victorias y cuando lo descubren sufren y se enfadan... mucho.

—Y un serafín enfadado por ser estafado... —muevo la mano expresando gran cólera.

—Exacto.

—¡Qué miedo!

—También se enojan mucho si alguien intenta invadir su reino, o hacer daño a sus habitantes, para ellos somos como sus hijos. Cada reino tiene sus propias normas y deben ser respetadas por los visitantes. El serafín es responsable de todo lo que ocurra en su reino. Son muy justos y a la vez muy sanguinarios para imponer dicha justicia, no se andan con rodeos. —Hace un gesto con su dedo a modo de cortarse el cuello.

—Mejor no probar su ira, me lo apunto. —Señalo.

—Lo vas captando —comenta divertido. —También tienen la capacidad de sanar, incluso algunos cuentan que han resucitado a seres que ya habían fallecido.

—¿En serio? —Esto es demasiado.

—Eso dicen —se encoge de hombros. —Son la esencia de la pureza, seres de luz, incorruptamente espirituales. Es muy importante que entiendas lo que es un serafín Noa porque son el alma de todo lo demás.

—Más o menos lo entiendo...

Imagino que son ángeles que nadie puede ver y todos veneran, que están por encima del bien y del mal... blablablá. Yo es que soy más terrenal que todo eso y la fe se me queda demasiado grande, pero bueno, haré el esfuerzo.

—No existe en el universo nada más bello que un serafín. Se cree que siempre tapan su rostro con las alas porque solo el *Gran Máster* tiene derecho a ver su rostro, pero a mí eso ya me parece demasiado exagerado. —Me guiña un ojo.

Vamos, que hasta aquí no le parecía demasiado...

—¿Quién es el *Gran Máster*? —Esto sí que es importante, porque *alguien* tiene que poner ahí a los serafines y en *algo* se tienen que basar para

mantener su poder, está claro que un Ser Todopoderoso es básico para conseguirlo.

—El *Gran Máster* es el creador de todo *Catarsis*, él hizo los reinos, sus seres y las normas que lo rigen para mantener el equilibrio. Y él es el único que puede cambiarlas.

—Sí, claro. —Contesto poniendo los ojos en blanco.

Medito durante un breve instante sobre todo esto. En realidad no difiere tanto de las creencias que tenemos en la Tierra.

—¿Y entonces qué sucede si los manipulan para hacer el mal? —Le pregunto para saber más sobre lo verdaderamente importante y no sobre cuentos de chinos que ya me conozco de sobra.

—Si ocurriese en repetidas ocasiones correrían el riesgo de pervertirse y de acabar convirtiéndose en seres maléficos. El poder corrompe hasta a las almas más puras, criatura Noa.

—Pero me habías dicho que estaban por encima del bien y del mal. —Protesto.

—Esa es la teoría. Lo que cuentan nuestros ancestros. Te recuerdo que nadie los ha visto jamás, solo los sabios, que son los que interceden entre ellos y nosotros.

—¿Y no pensáis que a lo mejor todo ha sido un invento de los sabios para hacerse con el poder de los nueve reinos? —Esta versión me resultaría mucho más creíble teniendo en cuenta la historia de las religiones.

—Así lo pensé en un principio, —me susurra por encima de la mesa para que nadie nos escuche —pero ya no lo creo, los sabios están de nuestro lado.

—¿Cómo lo sabes? —Obviamente yo acabo de llegar, se supone que él

está más enterado, pero todo esto me huele bastante mal.

—Últimamente se rumorea que los serafines traman algo y no es bueno.

—¿Para qué? Si ya tienen el poder ¿qué más podrían querer? —Llámame tonta pero no se me ocurre ninguna cosa que alguien que vive en un Palacio de Cristal con un reino a sus pies pueda anhelar.

—Imagino que eso será lo que nos deban explicar los sabios.

—Madre mía —tapo mi rostro con ambas manos. De pronto ya no tengo hambre.

—De ser cierto lo que ha visto Ruffus, sería una verdadera pena. Todo nuestro mundo podría terminar... —ahora sí que está serio, pensativo.

Creo que ni a él ni a mí se nos ha pasado ni siquiera por la cabeza la opción de que *la Elegida*, o sea yo, sí que pueda salvarlos.

—Pero los serafines no pueden ser malos, su misión es defenderos, no destruirlos. Debe haber algún error.

—No hay error, los sabios pueden ver el futuro y los han avistado destruyendo todo. Lamentablemente muy pocas veces se equivocan. Y en eso consiste básicamente nuestra lucha, en conservar la pureza de todos los seres de los reinos y que venza el bien sobre el mal. Aunque últimamente no se nos esté dando demasiado bien... Si los serafines se convierten finalmente en maléficos, estaremos perdidos, pues igual de puros son para el bien, que para el mal.

—¿Y quiénes sois los que lucháis? —Imagino un gran ejército para luchar contra seres tan poderosos.

—Somos unos cuantos, mañana los conocerás. Cada uno de nosotros somos la mano derecha de un sabio y los mejores guerreros de cada reino. —

Ahora le brillan los ojos.

—¿Unos cuántos dices?

—Queríamos reunir más adeptos, pero ha sido complicado sin que se enterasen los serafines, podrían estar en cualquier parte, mezclados entre la gente...—mira hacia todos sitios.

—¿Me estás contando que para derrotar a nueve... ¡nueve nada menos! seres apocalípticos, que a saber la cantidad de poderes mágicos que poseen para destruir el mundo, contamos con unos cuantos hombres? —Estoy al borde del ataque de pánico y lo peor de todo es que aquí no van a tener *Valium*.

—No.

—¡Menos mal! —Suspiro aliviada, me estaba tomando el pelo.

—Ninguno de nosotros somos hombres, para empezar Suria es una ardilla.

—¿¡Qué?! —Si Suria lucha contra un serafín yo me retiro. —¿¡Te refieres a la ardilla que va disfrazada de dulce posadera?!

—No entiendo por qué tienes tantos prejuicios Noa.

Me la imagino con una espada pequeña de madera y me entran los siete males.

—¡Estáis chalados si pensáis que voy a ayudaros! Vosotros no queréis luchar contra el mal, ¡lo que buscáis es un suicidio colectivo!

Me levanto y abandono la posada muy enojada.

Una vez que estoy en la calle, me doy cuenta de que estoy llorando. Creo que no he sido capaz de llorar desde hacía años, ni siquiera por la putada que me ha hecho el capullo de mi novio de toda la vida, del cual ni me he

acordado gracias a todo esto. Pero ahora estoy llorando como una niña pequeña, desconsoladamente, porque no puedo creer que cuatro descerebrados vayan a enfrentarse contra las mayores fuerzas del mal sin pedir siquiera explicaciones.

Caminando a pasos agigantados con gran indignación choco contra una gran puerta dorada. Es de noche y mi saco de monedas está lleno, voy a emborracharme, es lo único que necesito ahora mismo, en serio.

Entro en esta posada, a primera vista no parece muy distinta de la que frecuentamos, a priori la única diferencia que observo es que los animales que hay en este establecimiento son algo más fieros que en la otra. Aunque no me importa, si alguno se sobrepasa conmigo puedo clavarle un tacón en el ojo sin dudarlo.

Paso al lado de un grupo de panteras negras que me observan con muy mala cara, pero me da igual, lo único que quiero es que me sirvan alcohol, del fuerte, y ya.

—¡Camarero! —Grito levantando el brazo. No sé ni qué aspecto tengo, seguro que se me ha corrido todo el rímel, debo de ser cuanto menos esperpéntica. Por eso me siento sola en un rincón de lo más apartado que encuentro.

Una tigresa se acerca con paso lento y cara de pocos amigos para preguntarme si es a ella a quien llamo con esas ínsulas.

—Sí, tráeme lo más fuerte que tengas. —Le exijo.

—¿Y con qué lo piensas pagar, criatura? —Pregunta con desprecio, enseñándome los colmillos a propósito.

—Con esto. —Levanto mi tutú para mostrarle el talego de piel toda

chula, lo mira levantando una ceja y se marcha.

Al momento aparece para dejar un vaso de barro oscuro sobre la mesa del que sale humo, lo toco y compruebo que está hirviendo. ¿De verdad voy a beberme esto? Bien podría ser veneno.

—Cincuenta monedas —ordena, poniendo la palma de su pata peluda abierta frente a mí.

—¿Cincuenta?! ¡Qué caro! —Me quejo, rezando para tener cincuenta monedas en el saquito, de lo contrario, esta felina a la que no caigo nada bien, se va a limar los colmillos con mis tacones.

Ella espera hasta que saco todas las monedas de la bolsita. ¡Milagrosamente hay cincuenta monedas! Específicamente hay cincuenta y dos.

Una vez que se marcha, me dispongo a beber tranquilamente de mi singular brebaje. Doy un primer trago que me sabe a rayos y que abrasa todo mi tracto digestivo a su paso. Arrugo la cara lo máximo que puedo, incluso más. Me arrepiento en el acto de haber gastado todas mis monedas en esta asquerosidad, pues no creo que vaya a ser capaz de dar ni un trago más.

Percibo una sensación muy extraña, unos ojos clavados en mi nuca, alguien me está mirando fijamente, pero no sé de quién se trata. Busco a mi alrededor algo nerviosa y no veo nada raro, todos están a lo suyo. Vuelvo a girarme hacia el frente para dar un nuevo trago del vaso de barro y repito la misma escena, solo que esta vez acompaña a mi cara de asco una fuerte arcada.

—¡Joder qué repugnancia! —Exclamo sacando la lengua todo lo que puedo, para ver si al darme el aire en ella se me pasa la repulsión.

Entonces descubro de reojo unos ojos brillantes observándome

atentamente y pego un brinco de mi asiento de madera por el susto. Vuelvo a girarme disimuladamente hacia el lugar donde he visto esos ojos.

En un rincón oscuro, tan solo iluminado por la luz de las velas, dos ojos fulminantes me acechan. No me atrevería a apostar de qué color son, solo sé que brillan de una manera sobrenatural, mucho.

Algo comienza a inquietarme, por más que intento disimular y apartar la mirada de allí, no puedo, me atrae, y no solo porque quiera saber de quién se trata, sino porque realmente soy presa de una sensación de atracción fatal, de curiosidad, como una especie de hechizo cautivador...

En mi mente resuena algo parecido a «ven».

Cuando mis pupilas se van acostumbrando a la penumbra en la que el ser se halla sumido, poco a poco voy descubriendo que éste es inmensamente grande y corpulento.

Parece ser poseedor de algo semejante a un cuerpo humano, aunque no me atrevería a jurarlo, pues si no me equivoco, lleva puesta una armadura metálica oscura que no deja ni un ápice de su piel al descubierto.

No sé si son cuernos retorcidos hacia atrás lo que sale del casco, ya que también lleva un gran yelmo escalofriantemente tenebroso en la cabeza, con pinchos y adornos raros semejantes a calaveras que tan solo permite ver la luz de sus ojos...

«¡Ostras! ¿Y eso que tiene en su espalda son alas tipo murciélago, o se trata de una capa?» rezo para que sea lo segundo.

Me obligo con todas mis fuerzas a dirigir los ojos hacia el vaso de barro.

«¿Qué mierda me habrán echado aquí? ¿Sus ojos son luces de color naranja? Tú estás alucinando...» me recrimino a mí misma.

«No es producto de la bebida, humana, soy yo».

—¡Joder! —Exclamo dando un brusco respingo y poniendo la mano sobre mi pecho.

Me levanto del banco de un gran salto para huir, hiperventilando, mientras miro hacia esos ojos resplandecientes de reojo, que ahora certifico que son de color ámbar y que no se apartan de mí.

Intento salir corriendo, pero una gran fuerza sobre mis hombros hace que tome asiento de nuevo en contra de mi voluntad. Nadie a mi alrededor parece percatarse de lo que está ocurriendo y yo no puedo gritar, algo me lo impide también.

«Tranquila, de momento no pretendo hacerte daño».

Su potente voz resuena en mi mente como un estruendoso eco, pero a la vez me resulta inevitablemente atractiva, como el aura que le rodea. Es tan vigoroso que solo emana seguridad y poder, aún sabiendo que es peligroso, me incita a acercarme, como un insecto hacia una planta carnívora llena de colores bonitos... en mi caso es todo negro y oscuro, pero yo debo ser una mosca muy rara.

«¡Coño, a ver si va a ser un serafín!» presupongo nerviosa para mí.

«Vaya, eres más lista de lo que creía, no has tardado en descubrirme».

Su tono de burla hace que inmediatamente me ponga a la defensiva y que en vez de temerle, me enfrente a él, como si me diese igual lo que significa tener a un maldito serafín delante de mis narices.

«Tampoco es que te hayas esforzado demasiado en disimularlo» suelto.

Creo que al estar leyéndome la mente me envalentono más que si tuviese que hablarle a la cara y mi aguda respuesta parece que le ha pillado

completamente desprevenido.

«En eso tienes razón, me moría por ver tu cara al descubrirme» no sé si es sarcasmo o va en serio.

«Un poco arrogante por tu parte».

«¿Eso crees?» ruge.

«Sinceramente, me esperaba algo más espectacular»... no me permite terminar.

Sus ojos se abren desmesuradamente, creo se ha enojado por mi respuesta, pero es que me lo ha puesto a huevo... Siento una presión en mi cuello que poco a poco me deja sin respiración, sí, va a ser que me está estrangulando.

No... puedo... respirar.

«Eres la primera mortal que permito que me descubra y osas burlarte... ¡de mí! —está muy muy muy cabreado —te he concedido ese gran honor antes de morir, pero ahora veo que no eres digna de ello» sentencia.

Una música atronadora en plan *Fin del Mundo* resuena en mi cabeza.

Compruebo cómo se va helando mi sangre.

Es lo último que recuerdo.



Capítulo 10

—¡Noa! ¡Noa! ¡Noa despierta! —La patita suave de Suria me golpea varias veces el rostro, entonces abro los ojos y veo su cara desencajada por la preocupación frente a mí.

—¡No! —Grito aterrada abrazándome a ella —¡No se te ocurra luchar contra ese demonio, escondeos todos! ¡Os matará!

Me incorporo rápidamente, echo un vistazo a nuestro alrededor para descubrir que estamos las dos en su casita nido, supuestamente a salvo, Cedrik está tras nosotras y me observa con muy malas pulgas, obviamente está enfadado conmigo.

—¿Qué ocurre Noa? Anoche te recogimos del mesón de los felinos, estabas inconsciente, preguntamos a los allí presentes lo sucedido y todos nos contaron que bebiste hasta perder el conocimiento.

—¡Había un serafín! ¡Lo vi! ¡Intentó matarme! ¡Me informó de que era la primera mortal que le veía! ¡Llevaba una armadura negra con pinchos, los ojos eran naranjas y le brillaban, tenía cuernos... alas, tenía alas! —Acompañé mis asombrosas exclamaciones con movimientos exagerados de mis manos y creo que mis amigos no me están creyendo demasiado.

—La posadera aseguró que estuviste sola todo el tiempo. —Gruñe el arquero.

—Él estaba en un rincón oscuro, no permitía que me moviese, ni me dejaba hablar, me leía el pensamiento, pero nadie más parecía verlo...

Entonces ellos dos se miran con una expresión muy extraña, yo diría que algo asustados.

—Es imposible que sepa todo eso, nadie se lo ha contado Cedrik —alega Suria.

—¿Y dices que tenía cuernos? —Inquire él.

Embargada por la emoción de que me crean recobro de nuevo la esperanza.

—¡Sí y grandes alas negras de murciélago! —Ahora sé que no era una capa, aunque yo me quisiera auto convencer de lo contrario —¡Y los ojos eran muy brillantes, de color ámbar! No podía dejar de mirarle...

—¡No puede ser! ¡Es imposible! —Exclama el arquero poniendo la mano sobre su frente.

¿Esta casita nido me parece mucho más grande que la otra?

—¡Claro que es posible Cedrik! —Suria tapa su boca con ambas patas.

—¿Qué ocurre? —Pregunto realmente asustada. El que ellos pierdan su templanza habitual hace que yo tenga mucho más miedo.

—Noa todo apunta a que el serafín que viste anoche es Azael. —Me informa Cedrik algo tembloroso, aunque intente disimularlo.

—¿Azael? —Repito sin que me sugiera nada ese nombre.

—Es uno de los dos serafines supremos, no me dio tiempo de explicarte las jerarquías de los reinos anoche, pues te marchaste despavorida. —Espeta molesto.

—Sí pues estoy yo ahora para jerarquías... —tiemblo.

Y encima yo vacilándole... ¡Un maldito serafín supremo! No podía haberme encontrado con uno de los normalitos. Obviamente me va a matar... aunque la cuestión es ¿por qué no lo hizo?

—Creo que lo que debemos hacer es ir en busca de los sabios, aquí estamos en peligro —sugiere la ardilla saliendo por el agujero.

Cedrik la alcanza sin articular palabra y a mí no me queda más remedio que seguirlos. Miro hacia abajo, esta vez estamos mucho más arriba, me habrán traído a un sitio distinto para despistar al tal Azael.

Cierro los ojos, respiro profundamente, pongo mi cutre postura de súperman y...

—¡Lo he conseguido! ¡Estoy abajo! ¡Lo he hecho! —Me encuentro saltando y gritando de alegría yo sola junto al gran tronco del árbol, haciendo el absurdo baile de la mayonesa con todas mis ganas. Qué orgullo, qué satisfacción...

Querría besarme ahora mismo pero no hay tiempo porque la pomposa cola pelirroja de la ardilla y las flechas del arquero se pierden por el sendero que va hacia la montaña.

Cuando las rocas de la *Montaña Sagrada* tiemblan bajo nuestros pies para dejar paso a la atalaya, no sin su respectiva música ambiental de misterio y los nueve magos emergen ya sentados en sus respectivos asientos, nosotros tres nos arrodillamos automáticamente a modo de saludo.

«Ya no me acuerdo de lo que tenía que recitar en el saludo, ya verás como me toque hablar la primera» pienso mientras miro al suelo.

—Noa —pronuncia el gran búho —¿es cierto que se te apareció anoche

Azael? — Esta vez no nos andamos con ceremonias. Su rostro denota gran preocupación, al igual que la del resto de magos, parecen haber envejecido mil años en un día.

—No sé quién era, señor, pero estoy casi segura de que era un serafín, por lo que me ha contado Cedrik sobre ellos —intento cubrir a mi amigo.

—Si realmente es él, ha debido venir por algo muy importante, no desciende de su reino, arriesgándose a ser descubierto, por nimiedades. — Conjetura uno de los búhos.

—Dijo que había venido para matarme, pero que antes me concedía el honor de poder mirarle. —Les cuento temblorosa.

—¿A matarte?! —Pregunta uno de los búhos con voz de mujer.

—¡Te ha descubierto! —Sentencia otro.

—¡Nos han descubierto!

—Vamos a morir, no habremos conseguido nada Ruffus... —Gritan unos y otros.

Todo se ha sumido en el caos más absoluto en menos de un minuto.

—¡Callaos! —Levanta la voz y las alas el gran búho plateado, verdaderamente enojado con sus hermanos por tal revuelo. —¿Acaso pensáis que si hubiese querido acabar con ella, no lo hubiese hecho? —Indica señalando mi cuello. Deduzco entonces que su estrangulamiento me habrá dejado algún tipo de marca. —Esto es una clara advertencia, un mensaje, quiere algo, pero no nos permite vislumbrar su futuro, por lo tanto desconocemos lo que pretende. Propongo que continuemos con el plan tal y como lo habíamos diseñado, si Azael nos ha descubierto, que venga a por nosotros, pues al fin y al cabo, ése es precisamente nuestro propósito, terminar

con él.

—Disculpe señor —levanta la patita Suria tímidamente.

—Sí, puede hablar ardilla.

—Si continuamos con el plan tal y como estaba diseñado, esta misma mañana comenzaría su entrenamiento —me apunta con la pata —¿me equivoco?

—No te equivocas ardilla, los demás vienen de camino, en cuanto lleguen visitaremos todos el *Pozo del Destino*. Allí le asignarán su linaje y sus armas. Todo marcha según lo previsto, no hay por qué preocuparse, os lo aseguro.

Suria aprieta mi mano.

—El *Pozo del Destino* decidirá a qué clan perteneces Noa, es lo más emocionante que puede ocurrirte en la vida —musita Suria.

Ruffus baja de su pedestal de mármol blanco para situarse frente a mí. Cuando lo tengo delante he de mirar hacia arriba por lo grande que es. Impresiona mucho. Sus plumas plateadas resplandecen a la luz, las pocas que me permite ver su capa, por supuesto. Baja la cabeza para mirarme a los ojos y se me acelera el corazón. Algo en esa sabia mirada me atraviesa el alma, creo que está mirando en mi interior.

—Noa —señala con una voz firme, pero apaciguadora —veo sufrimiento en tu corazón, pero también percibo mucha bondad y generosidad. Eso es lo que debe prevalecer siempre en él, el bien sobre el mal, por este motivo es nuestra lucha, para que los corazones, por mucho que sufran, no se tornen negros y se mantengan puros. Luchamos por las almas inmaculadas, para que no se corrompan nunca, y combatimos también para que las ya dañadas sean purificadas de nuevo, por su redención, ésa es nuestra verdadera guerra.

—Me parece una guerra justa —señalo.

—Para contestar si deseas unirte oficialmente a nosotros debes saber antes toda la verdad muchacha, acompáñame.

Me da la espalda y yo le rodeo para mirarle de nuevo.

—Monta sobre mi lomo —ordena mientras me vuelve a dar la espalda.

—¿Cómo?

—Es muy fácil, agárrate a la capa.

—Ay no, no, no, no, si yo ni siquiera he montado en avión, ¿cómo voy a montar en búho!? —Lloriqueo.

—Noa si quieres que esto salga bien debes aprender a confiar en ti misma, eso es lo más importante de todo, la fe.

«Pues si es que ése es precisamente el problema, que a mí no me pusieron fe de fábrica...».

Abre las alas y hace un gesto para que pise en una de ellas y suba, entonces me doy cuenta de que le voy a hacer daño con los tacones y me los quito de un solo movimiento. Piso descalza sobre sus plumas.

—¡Qué suave! —Musito, me apetecería abrazarlo y acariciarlo, es como un peluche gigantesco, aunque me contengo, pues no tenemos esa confianza.

—Gracias —responde.

Me siento sobre su lomo, apretando ambas rodillas contra sus costillas y aferrándome con todas mis fuerzas a su capa.

—¿Lista? —Pregunta.

—¡No! —Cierro los ojos con fuerza, no quiero verlo.

Imagino que las turbulencias que sufrimos son producto del despegue. Cuando ha pasado un rato abro los ojos lentamente y de pronto me veo flotando por los aires... ¡a lomos de un búho blanco! No me lo puedo creer. Ni siquiera me he dado cuenta de cuándo hemos levantado el vuelo, todo ha sido muy delicado, podría compararlo con la caída de una pluma.

Entonces comienza a sonar una melodía de violines preciosa.

Suelto un grito desgarrador, pero no de miedo, sino de libertad, de alegría y de euforia que me sale de lo más profundo del alma. Creo que nunca en toda mi vida me había sentido así. Esto no es comparable con nada, es felicidad y creo que en este preciso momento es cuando ha comenzado a nacer en mí eso que Ruffus tanto persigue, un poquito de fe.

Entramos volando a toda velocidad por una gran puerta, incrustada en la misma montaña.

—Gracias —susurro muy bajito, aunque no estoy segura de que me haya escuchado, porque está concentrado en aterrizar en medio de una gran sala de piedra.

Por fin tomamos tierra y resoplo aliviada.

Me bajo y observo atónita todo a mi alrededor. Salón rodeado por ventanas de medio punto. Techo de madera abovedado. Suelo de barro. Creo que estoy en el interior de un castillo medieval. ¡Es verdaderamente alucinante!

—Noa no es casualidad que estés aquí. Fuiste invocada a través de las runas mágicas de *Catarsis* para que vinieses. —El gran búho me saca de mi ensimismamiento, pues no puedo dejar de tocar las paredes.

—¿Cómo dices? ¿Sabéis que hay otro mundo? ¿Conocéis mi planeta? —

¡Entonces no me he vuelto loca! Bueno, no demasiado.

—Claro que sí, el tuyo y muchos otros más.

—¿Muchos más?

—Hay miles de dimensiones paralelas Noa ¿acaso os pensabais que estabais solos en el universo? —se burla por tan presuntuosa suposición.

—Dicho así parece ridículo.

—Esta conversación la dejaremos para más adelante, ahora si te parece bien vamos a centrarnos en lo que realmente nos concierne.

—¿Y por qué me elegisteis a mí? Si yo soy lo más inútil que hay en el mundo, ¿no hubiese sido mejor que escogieseis a un guerrero o algo similar, no sé, al menos a alguien que fuese al gimnasio?

Ruffus suelta una risa, logrando desconcertarme, pues nunca pensé que un búho pudiese reír.

—Noa tú tienes una grandeza que todavía no has descubierto y ahora mismo acabas de hacerme ver que no me equivoqué contigo... ¡creo que hacía siglos que no me reía! —Sus ojos han pasado de ser tenues y sin luz a parecer incluso vivarachos.

—Ah sí, payasa soy un rato, pero no creo que a los serafines les haga demasiada gracia, anoche mismo sin ir más lejos, por ser demasiado bocazas el tal Azael éste casi me mata...

—¿Cómo dices? —Agudiza su mirada.

—Le vacilé y entonces fue cuando me intentó estrangular. —Acaricio mi cuello con sumo cuidado, pues todavía me duele.

—Cuéntame lo sucedido más detalladamente, en realidad es más

importante de lo que crees, pues hay algo que repentinamente le incitó a no matarte Noa, algo provocó que se arrepintiese en el último instante y no sabemos qué pudo ser.

—A lo mejor le di pena, mírame, no tengo ni armas. —Señalo mi tutú y mis pies descalzos, avergonzada.

—Créeme, una de las cualidades de Azael no es precisamente la piedad —me advierte.

No sé por qué, pero tengo la extraña sensación de que todos me ocultan cosas.

—Está bien, lo intentaré, a ver —hago memoria poniendo los dedos sobre mis sienes y después le miro fijamente —me comentó que era muy lista por haber descubierto que era un serafín y le contesté que en realidad lo había averiguado porque él no se había esforzado demasiado en ocultarlo. Entonces señaló que había sido porque tenía muchas ganas de ver la cara que ponía al descubrirle, ya que ningún mortal le había visto nunca antes. Yo le respondí que eso era muy arrogante por su parte y fue ahí cuando se cabreó y me cogió por el cuello... ¡ah! No sin antes añadir que se arrepentía de su decisión porque ya no era digna de mirarle y por eso precisamente me iba a matar.

La cara del búho no tiene precio. El pico lo tiene más abierto que en sus días de polluelo cuando pedía comida a su madre en el nido.

—¿Qué pasa? —Le pregunto intrigada.

—¿Todo eso le soltaste? —Balbucea incrédulo.

—Sí, bueno, algo parecido.

—Entonces acabo de descubrir lo que le detuvo —camina hacia adelante hablando solo —le pudo la curiosidad, está acostumbrado a que le agasajen y

veneren constantemente, pero ella le ha tratado como a un igual, le ha hecho frente y eso le ha desconcertado... increíble, pero cierto ¡Noa ha despertado su interés! —suena hasta alegre.

—¿Te refieres a mí?

Corro tras él sorprendida.

—Ven muchacha, acércate.

Abre su gran ala derecha y me cobija debajo para mostrarme una especie de caldero gigantesco de porcelana negra con adornos rojos.

—Aquí es donde mis hermanos y yo realizamos los conjuros para vislumbrar el futuro, la llamamos la *Caldera de la Runas*, asómate, no tengas miedo.

Obedezco, adelantando mi cabeza lentamente sobre el gran recipiente que, para mi sorpresa, está vacío, no hay sopa ni nada. En cuanto mi rostro se refleja en el brillante fondo, éste comienza a emborronarse y a formar una especie de remolino de colores para terminar reflejando un paisaje verde idílico, lleno de flores, con un gran árbol en el centro, donde yo aparezco paseando apaciblemente a lomos de una pantera negra gigantesca, llevando una especie de calavera sobre mi cabeza, con pieles por el cuerpo...

Entorno un poco los ojos para intentar ver la imagen algo más nítida y de repente toda la escena desaparece para volver a mostrar mi reflejo, que por cierto, sigo impolutamente maquillado.

—¿Qué has visto? —Quiere saber Ruffus.

—Parecía yo, pero no lo era —comento todavía absorta en el bucólico acto.

—¿Por qué crees que no eras tú?

—Para empezar porque esa mujer parecía muy segura de sí misma, era fuerte, una auténtica guerrera.

—No era una guerrera, yo ya he descubierto lo que serás, pero aún no estás preparada para saberlo, debes entrenarte duramente para ello, tanto tu cuerpo como tu espíritu y después podrás afrontarlo.

—¿No vas a darme ni una pista? —Pongo cara de pena, pero niega con la cabeza.

—Confío en que algún día llegarás a ser la mejor de tu linaje.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —Creo que al búho le asignaron toda la fe que me falta a mí.

—Porque creo en ti, yo te elegí. —Me mira con una ternura y un orgullo a los que no estoy acostumbrada y que ni siquiera merezco. —¿No hay nada que te haya llamado la atención de esa visión Noa?

—¡Oh, ya lo creo que sí! ¡Iba montada sobre una pantera gigante! Otra cosa imposible, porque tengo fobia a los felinos... —levanto las manos en señal de negación absoluta. Aunque he de admitir que, para mi sorpresa, los felinos que andan sobre dos patas no me dan miedo.

—Eso también es subjetivo, puedes seleccionar varios animales para transportarte durante el camino, todo depende de la experiencia que hayas adquirido, a lo mejor en el momento de la visión era una pantera lo que habías elegido, te garantizo que los felinos dejarán de darte miedo muy pronto... —su mirada consigue que me percate de que con esa frase me está avisando de que habrá otros seres mucho peores. —Pero me refiero a otra cosa ¿no te has fijado en nada más? —Ha agudizado la vista en plan abuela bajándose las gafas para observarte atentamente.

—No, todo lo demás eran hierbas y flores. —Me rasco la cabeza con un dedo, pensativa.

Entonces levanta su gran ala gris para hacer un gesto circular y de la nada aparece frente a mi cabeza la misma imagen que había en la Caldera, pero ahora flotando sobre el aire, como si fuese una diapositiva imaginaria.

—¡Ostras! ¿Cómo has hecho eso? —Exclamo entusiasmada.

—Soy un mago —se encoge de hombros divertido —observa la imagen con más detenimiento, debes aprender a mirar más allá de lo meramente superficial Noa.

Contemplo de nuevo la escena, pero no adivino nada diferente en ella.

—¡Concéntrate! —Ordena algo más serio.

Entonces, como si se tratase de una tiza mágica que va marcando los trazos para que los descubra... ¡lo veo!

—¡Ahí está! —Señalo con el dedo.

—¿Qué es?

—Una armadura, tras el árbol.

—¿Has visto esa armadura antes? —Inquiere.

—¡Es la de Azael!

Él asiente satisfecho.

—Azael está en tu futuro Noa.

—¡No puede ser! —Solo de pensarlo me he puesto nerviosita —¿Está escondido para matarme?

Amplía con una pluma de su ala el recuadro de la imagen, como hacemos

nosotros con las fotos del móvil, y entonces descubro que tres monstruos muy grandes y feos, provistos con grandes espadas, vienen hacia mí para atacarme.

Obviamente acaban de dejar de darme miedo los felinos.

—¡Me quiero ir a casa! —Tartamudeo.

—Lo que importa ahora es saber que no nos va a impedir comenzar el viaje, que era el mayor miedo que todos teníamos.

—¿Ése era el mayor miedo? —estoy temblando, voy a tener pesadillas el resto de mi vida.

—Aprenderás a luchar y otras muchas cosas más Noa —intenta calmarme —además si Azael...

—Pero si Azael es el malo, Ruffus —le interrumpo —¿cómo va a tranquilizarte saber que está escondido tras un árbol para matarme? —Creo que comenzaré a volverme loca en tres, dos, uno...

—Él es el serafín supremo, el señor del *Reino del Mal*, por eso hemos supuesto que está tras la traición al *Gran Máster* por parte de los serafines, pensar eso sería lo más lógico, aunque no es seguro al cien por cien —su mirada denota decepción —si no es él quien está orquestando la batalla ¿quién ha de ser?

—Si no hay un malo más malo... es lógico que sea él —supongo.

—Estate tranquila Noa, las runas nos acaban de mostrar dónde estaba escondido, ahora juegas con ventaja.

—¿Ventaja?! —Grito muerta de miedo. —¡En cuanto salga tras ese árbol terminará lo que empezó!

—No estoy demasiado seguro de eso, incluso creo que no quiere matarte,

pues de ser así lo habría hecho ya. Está permitiendo que adquieras tus poderes ¿pero por qué motivo? —conjetura pensativo.

—¿Para matarme con poderes? Un tanto absurdo... —He de añadir que no confío en tener ningún poder que no sea el de sacar de quicio a los demás, o el de caerme en los momentos más inoportunos.

—Percibo un matiz distinto en él, algo ha cambiado desde anoche —supone pensativo.

—¿Tanto le conoces?

—¡Desde tiempos inmemoriales! —mira al infinito recordando algo con una expresión melancólica.

—¿Y no podría ser que las runas se equivoquen? —Yo no me fío demasiado de todo esto, el diablo va a aniquilarme, no me importa si antes o después, pero el fin está más que claro.

—Nunca. Las runas no admiten ningún tipo de error. Cuando el destino no está claro, simplemente no se manifiestan, pero si se expresan con tanta intensidad como lo acaban de hacer contigo... no hay lugar a dudas. Esa imagen ocurrirá. Además si han elegido precisamente ese momento en concreto es porque significará algo importante —sentencia.

—Pues a mí me parece que las runas nos están tomando el pelo. —Bromeo.

Él hace caso omiso de mi comentario.

—Creo que a Cedrik no le dio tiempo de explicarte la distribución de los nueve reinos antes de que salieses huyendo de la posada ¿me equivoco?

Agacho la cabeza avergonzada.

—Sígueme, te mostraré un mapa.

Avanzamos por largos pasillos de piedra, continúo descalza y los suelos están congelados, pero sorprendentemente no tengo frío, por lo que comienzo a pensar que aquí ni siento ni padezco.

Subimos unas escaleras, bajamos otras, no hablamos sobre nada en concreto porque voy contemplando los curiosos cuadros y tapices que hay colgados en las paredes, sorprendentemente no se trata de pinturas de personas, sino de animales. Todo a mi alrededor es espectacular, candelabros, bancos, mesas, chimeneas... Con unos colores tremendamente resplandecientes... tan luminosos que todo me recuerda a una película más de lo que me gustaría.

Llegamos finalmente a una estancia donde hay una gran cama de matrimonio con dosel. Los ropajes son de seda en tonos granates y dorados, maravillosos.

—Este será tu dormitorio hasta que terminéis con el entrenamiento, para el que dispondréis de seis días.

—¿Seis días? ¿Solo? —Pensaba que al menos sería un mes, o dos. En seis días no aprendo ni a tirar a los dardos.

Si este búho se cree que en ese tiempo estaré preparada para salir a luchar contra un ejército liderado por serafines... Lo lleva claro.

—En realidad serán cinco porque hoy será tu iniciación y no cuenta. —
Añade con un tono chistoso.

¿Cinco? No quiero ni pensarlo.

—¿Qué es una iniciación?

—Visitaremos el *Pozo del Destino*, como ya te indiqué antes, allí

conocerás al resto de tus compañeros de viaje, por lo tanto, no comenzará tu adiestramiento hasta mañana.

Se gira y destapa sin tocarlas unas telas enormes de color dorado que hay colgadas en la pared, tras las que aparecen unos mapas gigantes, son de cuero y los trazos están delineados con costuras plateadas.

—Estos son los mapas de los nueve reinos. Los he ordenado traer aquí para que te los estudies. Es fundamental que conozcas cada rincón de *Catarsis* para poder encontrar los nueve Palacios de Cristal Noa.

«Ah, esos que pienso romper a martillazos, sí».

—Si he estudiado geografía del mundo con sus respectivos ríos, montañas, golfos y cabos... digo yo que me podré estudiar nueve reinos en un *plis*.

El búho me observa burlón y saca una especie de barita mágica, no sé muy bien de dónde, para señalar sobre los mapas.

—Los reinos se dividen en tres grandes grupos, los bajos, los medios y los supremos —su barita flotante marca sola las diferentes zonas—. Los bajos son cuatro y son los más elementales, por eso se identifican con los cuatro elementos básicos, tierra, fuego, agua y aire. Sus criaturas son animales, no hay formas humanas.

—¿*Nhacúm* qué es? —Pregunto.

—*Nhacúm* es el Reino de Tierra, en él habitan los animales terrestres y lo rige el color marrón. Al lado tenemos el Reino de Fuego que es *Orgrom*, donde habitan dragones y otros reptiles gigantes, en él rige el color rojo.

¡¡¡¿Ha dicho dragones?!!!

—¿Para qué son los colores? —Intento no parecer sorprendida al saber

que muy cerca de aquí hay dragones... rezo para que se refiera a alguna especie de iguana.

—No te preocupes por eso ahora, con que conozcas los reinos será suficiente, poco a poco irás comprendiendo todo. Parece bastante difícil, pero en realidad no lo es.

—Está bien, si tú lo dices...

—Nos quedan el Reino del Agua, llamado *Clasir*, donde habitan los seres acuáticos y donde rige el color azul. Y por último el Reino del Aire, que se llama *Aslad*, donde habitan las aves y demás seres alados, allí rige el color verde.

—*Nhacúm* marrón tierra. *Orgrom* rojo fuego. *Clasir* azul agua. *Aslad* verde aire —repito.

—¡Perfecto!

—Siempre he tenido muy buena memoria. —Señalo mi cabeza con chulería.

—Entonces hubieses sido un buen búho —me guiña un ojo —pasemos a los reinos medios, allí todos poseen forma humanoide, son reinos algo más complejos que los bajos y por este motivo se dividen según los deseos o anhelos de los seres que en ellos habitan. El primero sería *Iracum* que es el Reino del Dinero, es el más bajo de los reinos medios, lo rige el color amarillo y lo ocupan el clan arquero, o el clan carpintero, entre otros.

—¡Cedrik! Ya decía yo que era un materialista.

El búho deja escapar una risotada.

—No es que sean materialistas, pero le dan más importancia a conseguir monedas que a otras cosas. Él trabaja para conseguir monedas y poder

comprarse cosas con ellas.

Como todo hijo de vecino ¿no? En la Tierra entonces somos todos de ese reino, trabajas para ganar dinero y poder pagar las cosas.

—El Reino que está en medio de éstos es el de la Salud, llamado *Binel*, lo rige el color violeta. Como habrás podido observar nuestras capas son de este color porque tenemos el poder de sanar. En este reino habitan elfos...

—¡Elfos, cómo mola! —Exclamo interrumpiéndolo. Aplaudo emocionada mientras el búho pone sus pequeños ojos en blanco.

«¡Muero por ver un elfo ya, pero uno de esos musculosos y con el pelo largo!».

—Pero vosotros sois... búhos, es decir, no tenéis forma humana para vivir en *Binel* —expreso algo confusa.

—Y también somos magos, yo sin ir más lejos, puedo adquirir la forma que más me convenga en cada momento, al igual que los arcanos.

—¿Qué arcanos? ¿Esos de dónde son?

—Están en todos los reinos, aunque ya tendrás tiempo de estudiar a las criaturas, tranquila.

—¡Qué guay tiene que ser transformarse en cosas! —Exclamo emocionadísima, lo que haría yo con ese poder, no quiero ni pensarlo.

«Conociéndome, sería capaz de transformarme en lagartija» me burlo de mí misma.

—Ya hablaremos de tu lenguaje —me reprende —es demasiado moderno para *Catarsis* Noa, por mucho que actualizo constantemente el idioma, no llegamos a comprender todas tus expresiones, si quieres que te entendamos

bien, debes comunicarte de una manera algo más inteligible y menos coloquial.

—¿Has actualizado el idioma? —Alucino.

—Por supuesto, las criaturas de este mundo viven en el rol de la Edad Media, de no ser así no podrían comunicarse contigo, pero no llegan a expresiones tan modernas como «¿guay?» —frunce el ceño.

—*Guay* es algo que mola. —Le explico divertida, pero enseguida me percato de que *molar* tampoco lo comprende.

—Dejémoslo —niega con la cabeza. —Nos hemos quedado en el reino de más alto rango de los medios, el *Reino del Amor, Áralush*, que está regido por el color rosa. Allí habitan hadas, beldades, ángeles...

—¿Y los habitantes de *Áralush* a qué se dedican? —Me imagino a las hadas todo el día metidas en el lecho con los ángeles, pero... mejor me callo y no se lo cuento. ¡Uy!, la palabra *lecho* es muy medieval ¿a que sí? Ya me voy acostumbrando ¿ves?, si es que Ruffus tiene razón, soy muy buena aprendiz.

—Son seres de luz, algo intermedio entre lo puramente carnal, como son los seres de los reinos bajos, y lo puramente immaculado, como pueda ser un serafín. Se dedican a predicar con el ejemplo, a hacer el bien en el mundo, actos buenos y desinteresados.

—Increíble —musito.

—¿Por qué te resulta increíble?

—En mi mundo siempre nos movemos por un interés para hacer las cosas, debemos sacar algún beneficio a cambio, y si no, no lo hacemos. Además ¿de qué come esta gente? ¿Dónde duermen? ¿No pagan hipotecas? —Claro, así yo también me dedicaría a hacer el bien... entonces recapacito, ¿puede que mi mundo esté podrido?

—Hay que empezar a hacer un pequeño acto a nuestro alrededor cada día para conseguir cambiar el mundo entero, no puedes comenzar una casa por el tejado Noa. —Argumenta con palabras sabias.

Yo intento poner cara de estar de acuerdo y comprender todo lo que me cuenta, aunque en realidad lo que estoy pensando es cómo será el búho físicamente siendo humano, tiene toda la pinta de ser un señor muy mayor con cabello y barba blanca tipo *Gandalf*.

—¿Noa estás aquí? —Me inquiere.

—*Iracum* dinero amarillo. *Binel* salud violeta. *Áralush* amor rosa. — Anoto mentalmente, aunque todavía no sé para qué.

«¿Y si me lo pudiese tatuar?».

—Excelente, eres una buena aprendiz. —Asiente con la cabeza, sacándome de nuevo de mi mundo. —Los dos últimos reinos son los que llamamos supremos, son los más complejos de todos, y supongo que ya habrás oído hablar de ellos ¿te suenan el bien y el mal?

—¡Claro!

—Pues el Bien y el Mal son los dos Reinos Supremos Noa.

—Menos mal, algo fácil —alego.

—El *Reino del Bien* está regido por el color blanco y gobernado por la serafina Ahura. Y su antagonista, el *Reino del Mal*, regido por el color negro y gobernado por tu ya conocido señor de las tinieblas, Azael.

¡Señor de las tinieblas! ¡Joder!

—¿Y estos reinos no tienen nombre como los demás, solo son el bueno y el malo? —Pregunto.

—Así es, las palabras sobran a veces ¿no crees?

—Sí, tienes razón —permanezco pensativa —Ruffus ¿de qué depende la complejidad de los reinos, es decir, por qué unos son más complejos que otros?

—Depende del tipo de magia que se utilice en ellos.

No añadido nada más.

Es que solo de pensar en que el señor de las tinieblas me vuelva a mirar con esos ojos relucientes de color ámbar, se me pone un mal cuerpo...

—Noa —me interrumpe —voy a mostrarte a los nueve serafines ¿de acuerdo? Aunque los conocerás más adelante, según vaya avanzando el viaje y tu entrenamiento, al menos deben sonarte sus nombres y sus poderes.

—No me acuerdo de nada, tantos colores y tantos reinos. —Le critico molesta porque pretenda continuar con el arduo temario. Seguro que no estudian tanto ni en la universidad, al menos no de golpe.

—Soy consciente de que es demasiada información pero también sé que debo hacerlo, por tu bien y por el de todos los habitantes de *Catarsis*.

Suspiro. Si es por el bien de todos...

—Nadie ha visto jamás a los serafines, lo máximo que adquirimos de ellos son las imágenes de nuestra memoria, ya que mis hermanos y yo llevamos ejerciendo de intermediarios entre ellos y los habitantes de los nueve reinos durante siglos. Es lo único que puedo ofrecerte pero creo que será suficiente para reconocer a uno de ellos cuando lo tengas delante. ¿Estás preparada?

—Supongo —me encojo de hombros apesadumbrada, no quiero tener a ninguno ni delante ni detrás, me da pánico solo de pensarlo, aunque no niego

que me muero de intriga por verlos.

Aparece entonces una imagen sobre mi cabeza, se trata de otra de sus diapositivas flotantes donde se muestra una especie de ser marrón con alas. Está de espaldas a nosotros.

—Éste es Gressim, serafín del trono de tierra, sus poderes te los mostrará Suria.

Pasa la imagen y aparece otro ser igual, pero esta vez de color rojo, tiene la misma postura.

—Éste es Uzzah, serafín del trono de fuego, sus poderes te los mostrará Arcan.

Pasa otra imagen y se ve otro exactamente igual, pero de color azul.

—Éste se llama Enur, es el serafín del trono del agua y sus poderes te los mostrará Killian.

Le da con la pluma a la imagen y aparece otro serafín, ahora de color verde.

—Éste es Oriel, serafín del trono del aire y sus poderes te los mostrará Ágata.

Pasa otra vez y aparece un serafín un poco más grande que los anteriores, de color amarillo.

—Éste se llama Ireul es el serafín del trono del dinero y sus poderes te los mostrará Cedrik, si se lo permites, claro —ahoga una risilla.

Pasa otra y el serafín es violeta.

—Éste se llama Duma, serafín del trono de la salud, uno de los más poderosos, ya que además de sanar a los demás también se sana a sí mismo y

sus poderes te los mostraré yo mismo.

Pasa otra y aparece otro igual pero en rosa, muy mono.

—Éste se llama Astaroz, podría decirse que después de Azael es el más poderoso, y sus poderes te los mostrará Trok.

—¿Más poderoso que Ahura? —Quiero saber.

—Distintos. Ahura es más pura, se involucra menos en los placeres divinos.

No lo entiendo.

Pasa otra y aparece un ángel alado blanco, resplandeciente, precioso. No consigo ver su rostro, pero se percibe una larga melena rubia que cubre su pecho. Quedo embobada ante la espectacular imagen.

—Ésta es Ahura, se dice que los serafines no tienen sexo, pero ella es claramente una hembra, también se rumorea que el *Gran Máster* la creó así precisamente para ser opuesta a Azael incluso en eso. Entre todos intentaremos mostrarte los poderes de ambos, aunque a nosotros nos resulten completamente desconocidos.

—¿Y no se sienten atraídos uno por el otro? —Pregunto intrigada, porque a mí de todo esto me saldrían un montón de capítulos dignos de un buen culebrón.

—¿Azael y Ahura? ¡Ay si te escuchase tu querido amigo! ¡Entonces sí que te estrangularía sin piedad! —Susurra el búho —son hermanos, pero a la vez enemigos mortales. Ellos son los que precisamente mantienen el equilibrio de las fuerzas en el mundo Noa, cuanto más malo es Azael, más buena es Ahura y viceversa. Así ha sido siempre a través de los tiempos y así debería ser.

—Pero algo ha cambiado.

—Exacto. Algo está sucediendo y es por eso que debemos llegar hasta el *Gran Máster*, para advertirle.

—¿Pero no íbamos a terminar con los serafines? —Pregunto confusa.

Suelta una gran carcajada, echando la cabeza hacia atrás, que retumba por las paredes del castillo. No se ha reído en siglos y ahora se está descojonando.

—¿Crees que eso sería posible? —me pregunta.

—No —me sale del alma.

—Lo que tramamos es engañarlos para conseguir llegar hasta el *Gran Máster* y poder contárselo. Él es el único que puede tomar cartas en el asunto, nosotros no conseguiríamos ni hacerle cosquillas a un serafín.

Ahora sí que la hemos liado parda... Pues resulta que vamos a ir a ver al *Gran Máster*, como si fuese mi vecina del tercero ¿sabes? Para contarle que los angelicales seres a los que encargó gobernar su mundo se lo quieren cargar todo, incluido a él. Además ¿no se supone que el *Máster* lo sabe todo? ¿Por qué no tiene conocimiento de esta traición entonces?

Me pongo una mano sobre la frente y la otra en la cadera, estoy flipando en colores, cierro los ojos y suspiro.

—Ruffus tengo miedo. No creo que pueda estar a la altura de todo esto.

—Pues simplemente por eso, me acabas de demostrar que lo estarás.

Capítulo 11



Ruffus y yo nos hemos reunido con los demás magos, que me observan con una expresión demasiado extraña para mi gusto, parece que no les caigo bien, mientras el gran búho plateado les cuenta lo que ha visto en la *Caldera*.

Cedrik y Suria no tardan en reunirse conmigo al verme apartada del grupo. Poco a poco nos vamos separando del aburrido consejo de magos para poder hablar entre nosotros sin tapujos.

—¿Noa estás bien? ¿Qué habéis hecho durante tanto tiempo allí? Empezaba a impacientarme. —Se apresura a preguntarme la ardilla, tan nerviosa como siempre, mientras Cedrik permanece tras ella, el arquero no es que sea demasiado hablador cuando no hay cerveza de por medio. —Ningún mago permanece demasiado tiempo con nadie en particular, es necesario que estén los nueve juntos para que puedan ejercer sus poderes —me informa.

—Pero Ruffus sí que hace magia cuando está solo —afirmo.

—Él es el único capaz de hacerlo, por eso es el patriarca, todos dependen de él. ¿Y por qué ha hecho magia? —Pregunta ella intrigada y con sus ojillos chispeantes.

—No, bueno sí, me ha mostrado mis aposentos y me ha enseñado los nueve reinos. Al contarme cómo eran los serafines es cuando ha abierto una especie de ventana mágica en el aire donde se les podía ver de espaldas. — Les cuento, aunque obviando la visión de la *Caldera* donde se presagia mi muerte.

—¿Te los ha mostrado él? ¿Personalmente? —Pregunta atónito el arquero. —Llevamos años sirviéndole y nunca se ha dignado siquiera a acercarse a nosotros ¿y a ella la acompaña hasta sus aposentos y le muestra a los serafines? —Se dirige claramente muy molesto a su novia.

Espera que se me está ocurriendo una brillante idea.

—Recordó enojado que ésa era tu misión Cedrik y que por no haberle obedecido se vería obligado a castigarte. No le gustó nada que no me lo hubieses enseñado tú ayer, como te ordenó. —Me burlo de él, aguantando la risa como buenamente puedo.

Cedrik palidece de repente, parece que se acaba de hacer caquita encima.

Entonces se me escapa un bufido seguido por una gran carcajada, no puedo retenerlo más.

—¡Que era broma! —Confieso riéndome a la vez que le doy una palmada en la espalda.

Me observa boquiabierto, mientras Suria por más que intenta evitarlo, finalmente rompe a reír también. Su mirada oscila de la una hacia la otra sin poder dar crédito a que nos estemos desternillando descaradamente de él en

sus narices.

—Casi me muero del susto —balbucea.

—¡Te has quedado pálido! —Consigo pronunciar entre lágrimas, apuntándole con el dedo.

—Reír ahora que podéis —nos reprende muy enfadado a ambas —pues el que ríe el último, ríe mejor.

—Venga hombre, un poco de sentido del humor —le animo.

—Del próximo jabalí rocoso vas a librarte tú solita ¡ingrata! —Bufa colérico, mientras se da la vuelta y se marcha, no sé hacia dónde, pero se va dando grandes zancadas muy rápidas.

—¡No me había reído tanto en toda mi vida Noa! —Me cuenta Suria enjugando sus lágrimas con la patita mientras intenta recobrar el aliento.

—Sí, yo hacía tiempo que no me reía tampoco —admito todavía sonriendo.

—Gracias —me aprieta el brazo en un gesto cariñoso —vamos, hemos de ir a conocer tu destino, ¿no estás nerviosa?

—¡Uh sí! Aunque me espero cualquier cosa. —Suspiro siguiéndola.

Hemos llegado hasta el famoso *Pozo del Destino*, que no es otra cosa que un pequeño manantial que nace en la falda de la *Montaña Sagrada*.

Durante el trayecto, en el cual mis tacones han aparecido milagrosamente ya puestos sobre mis pies, Suria me ha contado que el *Pozo* le reveló su destino cuando era muy pequeña.

—No todos los seres de *Catarsis* visitan el *Pozo*, solamente los que Ruffus apadrina. A mí me concedió el poder de la empatía. A primera vista

puede no parecer demasiado importante, pero si percibes el estado de ánimo del que tienes a tu lado, juegas con ventaja. —Me guiña el ojo. —No es lo mismo creer que alguien es valiente cuando en realidad sabes que tiene miedo, que creer que lo es verdaderamente, le tratas de manera distinta.

—Y por eso le caes tan bien a todos, precisamente porque sabes qué sentimos en cada momento. —Aseguro.

—Y porque soy un encanto... —deja caer sus pestañas en un gesto coqueto.

—¡Así consigues lo que quieres, eres una tramposa! —Me río.

—Debemos aprender a vivir con nuestro poder y sacarle el mayor rendimiento posible. Tú tendrás muy poco tiempo para ello, pero los magos, en especial Ruffus, creen que serás capaz de conseguirlo.

—¿Sabes por qué tiene tanta fe en mí, Suria? Yo sinceramente creo que está equivocado —le confieso apenada.

Se detiene en seco, toma mis manos entre sus patitas y me mira fijamente a los ojos.

—Él ve el alma de todos los seres Noa, su verdadero interior, su fuerza, su valor, su coraje, pero sobre todo su corazón. Selecciona escrupulosamente a los afortunados que van a poseer un poder, somos muy pocos los privilegiados, pero jamás ha errado con ninguno. Por eso debes tener confianza en ti misma, porque solo tú puedes lograrlo. Nosotros podemos orientarte, pero tú eres la única que verdaderamente lo puede desarrollar. El *Pozo* te muestra qué parte de ti es más potente y cuál es el linaje al que perteneces.

—Está bien, lo intentaré —asiento con la cabeza algo insegura.

—¡Lo conseguirás!

Estamos Suria, Cedrik y yo solos delante de un gran árbol tan verde como todo lo demás que nos rodea. No parece que haya nadie más por aquí, cosa que agradezco porque con lo vergonzosa que soy, si encima me montasen *la gran fiesta de iniciación de Noa*, me daría algo.

—¿Dónde estarán los demás? —Pregunta Suria algo inquieta, mirando a su alrededor. Ahora me doy cuenta de que se pone más nerviosa cuando Cedrik parece tener miedo, pues se complementan de alguna manera, los dos forman un buen equipo.

—Deben estar al llegar, ya casi es la hora —nos comunica Cedrik, aún enojado.

De pronto, como si de un telón invisible se tratase, aparece en medio del cielo una gran mariposa. Yo me quedo deslumbrada, con la boca abierta, pues diría que tiene el tamaño de un coche, aunque no por su grandeza su vuelo es menos delicado, si no todo lo contrario. Sus alas son transparentes y van soltando a su paso algo parecido a la purpurina. Según se va acercando voy descubriendo que realmente tiene cuerpo de insecto.

—¡Ágata! —Exclama entusiasmada Suria, dando pequeños saltitos y moviendo sus brazos para que la mariposa nos vea, como si no lo hubiese hecho ya.

—Menos mal que está en mi equipo —suspiro aliviada, poniéndome la mano sobre el pecho. Este bicho cuando se enfada debe dar miedo de verdad, por mucha purpurina que suelte al volar.

La gran mujer mariposa se posa majestuosamente frente a nosotros y no tarda en hacerme una reverencia igual de ostentosa. Todo en ella es finura y elegancia.

—Mi nombre es Ágata, criatura del Reino de *Aslad*. A partir de ahora estoy a tus órdenes Noa. —Su voz es muy femenina y sensual.

Yo miro a Suria con el ceño fruncido porque no sé muy bien qué hacer.

—Noa ven aquí —la voz de Ruffus a mi espalda me sobresalta, sacándome de mi evidente estado de shock —debes recibir a tus súbditos desde el altar.

¿Pero cuándo han llegado los búhos? No me he dado ni cuenta, aunque ahí están los nueve con sus solemnes capas moradas, observándome sigilosos.

El gran búho gris despliega sus alas para señalarme con ellas un enorme tronco cortado que está situado a su lado, y que alguna vez sería un inmenso árbol.

«¿Eso es el altar?» me pregunto.

Le dedico una mirada a modo de disculpa a la mariposa para dirigirme rápidamente junto a los magos, que no tardan en formar una barrera infranqueable entre mis amigos y yo, una vez que estoy subida en el original altar. Creo que ellos son partidarios de las clases sociales y yo todo lo contrario.

No me ha dado tiempo ni de acomodarme, cuando unas pisadas que hacen retumbar el suelo se escuchan cada vez más cercanas. Yo me pongo tensa, aquí subida no tengo a nadie a quien agarrarme para sentirme arropada. Entonces, sin darme cuenta, mis ojos buscan los de Suria, y con un solo gesto de su rostro consigue que me tranquilice.

De pronto soy plenamente consciente de todo lo que hemos vivido juntas, y descubro que no solo puede percibir el estado de ánimo de los demás, sino que además puede cambiarlo a su antojo. Hace tan solo un instante yo tenía

miedo y ella ha conseguido que me calme... ¿Y si al enemigo le provoca lo contrario?

Anda mira, ahora esa pequeña ardillita nerviosa no me parece tan indefensa.

Una gran cabeza negra me sorprende al aparecer por encima de las copas de los árboles. Es realmente extraño, pero aunque mi cuerpo tiemble de miedo, parece que no lo siento, pues Suria no ha dejado de mirarme y eso me inunda de paz.

Tras la gran cabeza negra aparece un inmenso cuerpo del mismo tamaño y color, lleno de escamas.

—¿E-s-o... e-s... u-n... d-r-a-g-ó-n? —Tartamudeo con la cabeza inclinada hacia arriba para poder mirarlo.

El gran dragón negro se ha detenido junto a la mariposa y mis dos amigos, dobla sus patas delanteras, baja su cabeza hasta el suelo y me observa de reojo con su mirada roja intensa.

—Soy Arcan, del Reino de *Orgrom* y he venido para servirte Noa. —Ruge furioso con una voz que me cala hasta los huesos.

No sé qué decir, me he quedado muda, estoy delante de un jodido dragón que habla, que afirma estar a mi servicio y que además sabe mi nombre...

—Gracias —musito acongojada.

Mientras el gran dragón negro se levanta para volver a ponerse en pie, algo sale del manantial sin previo aviso, salpicando a todos. Me giro rápidamente para comprobar de qué se trata y descubro que es una especie de rana, también enorme. ¿Es que aquí nada tiene un tamaño normal, todos sufren de gigantismo?

La rana, ni corta ni perezosa, da un gran salto por encima de la cadena formada por los magos y sube al tronco. Ruffus le reprende con la mirada y entonces se marcha saltando junto a los demás, para terminar adelantándose un paso para hacer una reverencia no demasiado convincente.

—Soy Killian del Reino de *Clasir* y he venido para servirte Noa. —
Declara.

—¿Killian? ¿Entonces eres un sapo? —Pregunto intrigada, pues como tiene el cuerpo de rana, no sé, al menos es verde y delgada, no me parecía muy macho, di por supuesto que era una hembra.

—No... —carraspea interrumpiéndose a sí mismo, pues de pronto parece bastante enojado —no soy un sapo. Los sapos no son acuáticos y yo te acabo de informar que vengo del reino de *Clasir*, donde todo es agua, por lo tanto soy una rana y sí, soy una rana macho... cuánta incultura —murmura para sí.

—¡Killian! —Exclama Ruffus muy enfadado. —¿Quieres que te castigue por desobediencia antes incluso de comenzar?

El búho da hasta miedo cuando se irrita.

—Lo siento señor, es solo que me molesta...

—¡Basta ya! ¡Silencio! —Le interrumpe bruscamente —vete a tu sitio, luego aclararemos tú y yo este infortunio.

La rana, o el *rano*, agacha la cabeza, arrepentido y se sitúa junto a los demás compañeros.

—Noa por último aparecerá un único ser de los reinos medios, ya que a Cedrik, que es de *Iracum* ya lo conoces, y a mí, que provengo de *Binel* también, así que procederé a presentarte a una criatura muy especial, él es Trok de *Áralush*, *Reino del Amor*. —Con su gran ala plateada señala hacia el

interior del bosque.

Busco impaciente con la mirada algo que surja de allí, pero antes de darme cuenta siquiera, un calor repentino inunda mi pecho y me hace cerrar los ojos para saborearlo. Soy consciente de un absoluto bienestar en mi interior. No se puede explicar, es como si flotase, estoy bien, me siento plenamente feliz, embargada de... amor, pero se trata de un amor espiritual, para nada carnal.

—Soy Trok y estaré encantado de servirte Noa —susurra una voz angelical a mi lado.

Abro los ojos lentamente y una luz dorada cegadora está efectivamente junto a mí. Intento acomodarme a ese resplandor y es entonces cuando distingo a un hombre rubio de pelo largo y rizado, hercúleo, fuerte, de ojos verdes... ¿Será Adonis?

—Creo que me acabo de enamorar —balbuceo mientras me percato de cómo resbala la baba por mi mentón.

—Esa sensación es normal, terminarás acostumbrándote —me asegura con una perfecta sonrisa enmarcada en su rostro.

—Cásate conmigo Trok —murmuro presa de un potente hechizo de amor.

—Trok puedes reunirte con los demás —le propone Ruffus, al parecer algo molesto.

—Encantado de haberte conocido —se despide el apuesto ángel rubio con su voz ronca, besando mi mano con suma delicadeza.

Según se va alejando de mí, voy sintiéndome menos enamorada, pero aún así no puedo apartar los ojos del hombre más guapo que he visto jamás, ni siquiera en mis sueños. Es simplemente perfecto.

El gran búho sube al altar para informarme de que ya estamos todos y de que vamos a descubrir por fin qué me depara el *Pozo del Destino*, animándome a seguirle. Y ahora sí que me pongo algo nerviosa. Bueno, vale, estoy muy nerviosa porque ¿y si al *Pozo* le da por decir que soy una arquera? Mi puntería es nula y las podría liar muy gordas...

Todos los presentes se reúnen formando un semicírculo a orillas del manantial, Ruffus y yo estamos situados en el centro. Los búhos comienzan a rezar, es una oración que no entiendo, parece que hablan en otro idioma.

De pronto cae la noche, todo se torna oscuro a nuestro alrededor, una música de misterio comienza a sonar, pero nadie parece darse cuenta, están demasiado ensimismados orando y mirando hacia el agua. Yo me junto más a Ruffus, no vaya a ser que con mi torpeza nata me ocurra algo, en plan caerme al agua.

De pronto se hace el más absoluto de los silencios.

Unas luces azules comienzan a brillar en el fondo del *Pozo*, formando espirales y una música celestial suena de fondo. Si no me elevo a los cielos en estos momentos, no lo haré nunca más.

Las lucecillas azules salen del agua lentamente para rodear mi cuerpo delicadamente, sin prisas. Pareciera que me acariciasen, pero no siento nada. Intento tocarlas, aunque las traspaso, no son tangibles, es energía.

Entonces una nítida imagen aparece en el interior del manantial. Escrito a fuego dentro del agua hay una palabra, me asomo para leer...

«Druidesa».

Capítulo 12



Un repentino chorro de agua gélida sobre mi cabeza me despierta bruscamente, haciendo que me incorpore de un salto de la cama y que grite como una desquiciada en pleno auge de locura.

Miro hacia atrás y descubro a Cedrik con un gran barreño de madera entre sus manos y una sonrisa triunfal dibujada en su rostro.

—Deberías tener más sentido del humor ¿no crees Noa?

—¡Te mataré maldito...!

Me levanto de la cama de un brinco y me abalanzo sobre él, pero me esquivo sin ningún tipo de problema.

—El desayuno ya está listo, todos te están esperando. Debes aprender a despertarte en cuando se hace de día, no puedes dormir tanto porque tu cuerpo se apaciguará demasiado y no estará activo.

—¡Oh! ¿Y no me podrías haber dicho eso con bonitas palabras mientras tomamos un té? Me tenías que despertar tirándome agua congelada por encima.

—Berreo mientras corro tras él inútilmente.

—Te advertí que quien ríe el último, ríe mejor —señala victorioso.

—¡Ya lo veremos, *Légolas* de pacotilla! —Le amenazo furiosa. Él parece sorprenderse al comprobar que no me doy por vencida por lo que se suponía que era su revancha.

—Baja cuanto antes, tenemos hambre. —Me ordena mientras cierra la puerta tras de sí.

Yo lanzo un cojín contra la puerta cerrada, indignadísima.

—¡Idiota! —Grito.

Me siento sobre el colchón todavía empapada, con lo bien que había dormido en esta cama inmensa y me lo ha tenido que fastidiar este insensato. No sabe con quién se está jugando los cuartos, pues como me levante de mala leche... me dura para todo el día, incluso para varios.

Algo llama mi atención, se trata de una pequeña puerta que hay en mi habitación, no había reparado en que estaba ahí. Me levanto y me dirijo hasta allí para comprobar de qué se trata, la abro y descubro sorprendida que ¡es un baño!

—¡Ay por favor, gracias al cielo! —Exclamo llorando de la emoción, abrazada a la gran tinaja de madera que supongo es la bañera.

Veo que está llena de agua caliente y humeante, así que no lo dudo, me desnudo y me meto dentro. El contacto con el líquido cálido invadiendo mi piel es algo extraordinario, casi una experiencia religiosa. No comprendo por qué hay veces que no siento ni frío ni calor y otras sí, debo comentárselo a Ruffus por si sabe el motivo.

Cierro los ojos para disfrutar al máximo de este momento de éxtasis,

apoyo mi cabeza sobre el borde y canturreo lo primero que me viene a la mente, que no es otra cosa que la canción de *Calimero*, «me siento muy feliz»... sin comentarios.

No sé el tiempo que ha transcurrido, pero creo que el suficiente para conseguir relajarme y lograr olvidar cómo me ha despertado el desgraciado del arquero, además de darle en las narices no bajando a desayunar, como me ha mandado.

Salgo de la gran vasija empapada y desnuda, no me he fijado si había toallas por aquí... ¿en la Edad Media había toallas? ¡Error! ¿Y ahora cómo narices me seco? Lo primero que se me pasa por la cabeza es meterme en la cama de nuevo, pero si lo hago empaparé esas preciosas y delicadas sábanas de seda y no me parece un comportamiento adecuado de una buena invitada.

Me estoy agobiando un poco, no sé qué hacer.

—¿Por qué no pruebas a desearlo con todas tus fuerzas? —La sensual voz de Trok y su resplandor dorado a mi espalda hacen que dé un brinco para ponerme de frente a su procedencia.

Normalmente me hubiese tirado de cabeza a la bañera, o cubierto rápidamente con las manos para que no me viese desnuda, pero hay algo que me lo impide, una fuerza que hace que me sienta cómoda con mi cuerpo ante su presencia. No es que no desee cubrirme, es que incluso querría que me acariciase, que me prestase alguna atención. Y lo hace. Me contempla tranquilamente, observando con detenimiento cada parte de mi anatomía, sin disimulo mientras yo experimento cómo se estremece cada centímetro que van recorriendo sus ojos.

—Eres demasiado bella para ser druidesa, yo hubiese apostado por hada o beldad. —Asegura presuntuoso, cruzándose de brazos ante mí.

No soy capaz de articular palabra, me está seduciendo y yo estoy más que encantada de que lo haga.

—Noa deséalo —dictamina.

¿Qué tengo que desear? Lo que deseo precisamente en estos momentos no es nada puro ni angelical, es demasiado carnal. Entonces parece darse cuenta de lo que mis ojos le están suplicando y se acaricia la nuca, falsamente escandalizado.

—Me refiero a secarte —sonríe travieso —lo siento, pero los ángeles no tenemos sexo, me temo que no podré satisfacer tus otros anhelos... —esa sonrisa matadora me tiene suspirando. No me importa que no tenga sexo, podría tener un orgasmo con tan solo mirarle.

Se retira del baño, con paso grácil, dejándome sola y muy, muy caliente.

Miro a mi alrededor desconcertada ¿qué es lo que tengo que desear? ¡Un espejo!

He descubierto que hay un espejo en una de las paredes de mi habitación. Me apresuro hasta llegar a él, se trata de un gran espejo enclaustrado en un fastuoso marco de oro. Examino mi reflejo verdaderamente ansiosa y compruebo que parezco una gata callejera empapada, es decir, que doy pena «¿cómo se iba a fijar un ángel en mí de esta guisa?».

Permanezco frente a mi reflejo durante mucho tiempo, ahora no tengo frío aunque esté calada. Me estoy intentando reconocer, pues parezco mucho más viva, más colorida y no la muchacha gris que vivía en Cádiz. Mis ojos resplandecen más verdes que nunca, algo que no logro entender, pero que me gusta, me siento más segura y más fuerte. Una gran sonrisa se dibuja en mi rostro y entonces, sin darme cuenta de cómo, cuándo ni por qué, por arte de magia...

—¡Estoy seca! —Grito mientras salto frente al espejo —¡Lo he conseguido!

Acaricio estupefacta mi abundante mata de pelo, que brilla como nunca, con unos rizos perfectamente definidos y largos hasta la cintura, sin ningún encrespamiento, ya solo por esto sé que estoy soñando. Mi cara tiene tacto de melocotón, está muy tersa y luminosa, una vez seca resulta que me encuentro maquillada a la perfección, con los tonos ahumados que me pusieron en el salón de belleza al que me llevó Susana. Mi cuerpo luce un broceado caribeño espectacular, no pálido como acostumbra. Incluso me atrevería a afirmar que mi trasero y mis pechos están mucho más voluminosos, tengo unas curvas que antes no tenía, piernas y brazos torneados...

—¡Madre mía qué buena estoy! —Gorjeo acariciando mi nuevo cuerpo, mucho más que perfecto, me fascina descubrir que mi vientre está tan plano y duro como una madera, y sin hacer abdominales ¡Bendito *Pozo*! —¡Me encanta ser druidesa!

Me vuelvo al baño para vestirme con mi original indumentaria, que está completamente nueva y limpia donde la había dejado, sin arrugas ni señales de haber sido usada antes. Vuelvo corriendo para admirarme una vez más en el espejito mágico, y es que no puedo creerlo, hasta yo misma me enamoraría de mí misma estando así de *macizorra* ¡qué *subidón*!

Ahora solo me queda descubrir qué leches es una druidesa, porque anoche nada más salir la dichosa palabrita en el agua, todos se marcharon sin decir ni *mu*, menos mal que Ruffus me trajo hasta aquí volando, aunque tampoco quiso hablar del tema.

Yo imaginaba que después de toda aquella parafernalia íbamos a montar una fiesta al menos, no sé una copita de algo, ya que estaba tan animada. A mí en realidad me daba igual lo que fuese con tal de que estuviese Trok, pero

nada, después de conocer mi destino cada uno se fue a su cama, muy a mi pesar.

Hago mi solemne aparición en un gran salón de la planta baja, después de haberme recorrido el castillo cuatro veces, porque no encontraba a ningún ser vivo para preguntarle dónde se servía el desayuno.

Por cierto, en mi ruta por el castillo he descubierto un montón de objetos que no son para nada medievales, sino mucho más modernas, con lo que he imaginado que a lo mejor también podemos viajar en el tiempo, o algo así. A ver, después de crecerme el pecho ¡lo de viajar en el tiempo es pan comido!

—¡Por fin! —Protesta Cedrik al verme entrar.

—Buenos días —saludan los presentes.

Observo que están todos menos el dragón, por razones obvias.

—Lo siento, me he perdido... varias veces —confieso apretando los dientes.

—No te preocupes Noa, siéntate a mi lado —me anima Suria dando palmaditas en el banco de madera junto a ella —estamos organizando el día para tu entrenamiento. Los magos se han marchado para seguir con sus consultas rutinarias en los reinos, no pueden faltar más días porque los serafines sospecharían.

—Ruffus nos ha encargado informarte de que el quinto día volverá para entrenarte, después de eso estarás preparada y comenzará nuestro viaje —me comunica Ágata.

—No entiendo el motivo pero el gran mago parecía decepcionado anoche —le cuchicheo a Suria.

—No es decepción Noa, todos esperábamos a una guerrera, pero el de

druidesa es uno de los tributos más importantes de *Catarsis*, no conozco a nadie que haya ostentado dicho poder antes, nadie lo había merecido —afirma Suria orgullosa para tranquilizarme.

—¿Pero qué significa esa palabra, qué es lo que soy? —Pregunto intrigada.

Todos sueltan la comida de sus manos y me observan incrédulos.

—¿Es que ni siquiera sabes eso? —Se pone la rana en pie —¡Estamos perdidos! —Exclama haciendo aspavientos con las patas delanteras —¿En qué estaría pensando ese búho chiflado? ¡Este ser nos llevará a la debacle más absoluta! —Exclama Killian indignada/o.

—Cuenta con ello amigo —se mofa Cedrik, que es el único que sigue mordiendo un muslo de pollo como si nada.

—¡Yo no tengo la culpa de que me hayan elegido a mí! ¡Ni siquiera quería! —Les reprocho a ambos.

—¡Silencio! —Se pone Ágata en pie, levantando la voz para que la rana no pueda hablar de nuevo —hemos prestado un juramento sagrado ante los magos y es el de obediencia a esta criatura. Todos sabemos cuál es nuestro destino desde hace muchos años, ella hace apenas un instante ¿acaso no estábamos confundidos cuando Ruffus nos mandó llamar? ¿Sabíais utilizar vuestros poderes cuando el *Pozo* os los desveló? ¡La respuesta es no! Y el que diga lo contrario miente. Una grave amenaza se cierne sobre los habitantes de *Catarsis* y hemos sido llamados a proteger todo aquello que amamos, nuestro mundo. Si los magos han visto que ella es *la Elegida* ¿quiénes somos nosotros para ponerlo en duda? ¿Acaso estás insinuando que los magos mienten?

—Ágata tiene razón Killian, debemos estar unidos aunque no creamos en ella, de lo contrario seremos descubiertos enseguida. —Alega Cedrik

mirándome de reojo. Sé que le encantaría aplastarme, pero aún así me ha defendido, y dudo que no sea porque Suria esté ejerciendo algún tipo de poder sobre él ahora mismo.

—Estás a tiempo Killian, puedes abandonar la misión ahora, pero nunca más podrás volver con nosotros —le advierte Ágata con un tono muy serio.

—No quiero abandonaros, quiero luchar por salvar mi mundo, es solo que no me fio de ella —me señala despectivamente con su cabeza —no conoce nada de nosotros ¡ni siquiera de ella misma!

—Yo he visto su potencial —le interrumpe Trok muy sereno, no sé si lo dice con doble sentido, ya que me ha visto desnuda, en todo caso aprieto mis muslos inconscientemente al escuchar su voz —ha sido capaz de llenar una tinaja de agua caliente, de secar su cuerpo y su cabello con tan solo mirarse en un espejo que también ha hecho aparecer de la nada.

«¿O sea que todo eso lo he hecho yo solita? ¿Y estaba él allí?» alucino.

—¡Oh, eso me deja mucho más tranquilo, se ha secado, qué milagro! — Se mofa la rana *Gustavo* clamando al cielo exageradamente.

—No te preocupes por las impertinentes palabras de Killian, Noa —me consuela Suria —confío en que en estos cinco días serás una druidesa de primera y yo al menos estaré encantada de seguirte allá donde vayas.

—Que así sea —bufa Killian mientras se marcha de la sala dando grandes saltos.

Se me ha quitado el hambre completamente, pero mis amigos me informan de que debo comer todo lo posible por la mañana porque será la única comida que haga al día. Ahora mismo daría lo que fuese por un café con un bollo, pero sobre la mesa solo hay carnes asadas, verduras y frutas. Qué mal voy a llevar

esto.

—¿Y qué hay del almuerzo y la cena? —Pregunto impresionada.

—Una vez que comencemos el viaje no podrás rellenar el nivel de energía tres veces al día, si conseguimos completarlo una vez por la mañana será más que perfecto. —Me explica Ágata, señalando hacia el techo. Sigo con mis ojos la dirección de su fina patita y entonces descubro que hay cuatro rectángulos flotando por el aire sobre mi cabeza —¿los ves?

—¿Te refieres a los rectángulos de colores? —Lo sé, debo parecer retrasada, pero es que no los había visto antes.

—Sí, se llaman niveles y cada uno podemos ver solamente los nuestros, menos los serafines, que ven los suyos y los de todos los demás. ¿Cuántos colores tienes?

—Rojo, azul, amarillo y verde —contesto contemplando los rectángulos atónita.

—Bien, el rojo es tu energía vital —indica.

—¿Recuerdas cuando te caíste del árbol-nido? Cedrik te dijo que según iba pasando tiempo, ibas recuperando tu energía vital y te ibas sintiendo mejor —apunta Suria.

—¡Sí, es cierto!

—Pues siempre que no se vacíe por completo, se recuperará. Cuanto más repleto esté, menos tarda en llenarse de nuevo y viceversa. —Expone Ágata pacientemente. —El de color amarillo marca el nivel de las monedas, cuando lo hayas llenado podrás comprar cosas.

—¿Comprar? Creí que eran para comer —le digo mirando a Cedrik.

—En las afueras y entradas de cada reino dispondrás de una tienda, dependiendo del nivel de experiencia que tengas podrás optar por unas cosas u otras, y según vayas subiendo tu rango, podrás mejorar lo que ya hayas comprado, o desbloquear artículos nuevos.

«¡Eureka! ¡Estamos en un video juego! Y es ahora cuando estoy completamente segura» pienso boquiabierta.

—El color azul, en tu caso, es el nivel de maná, también llamado magia ¿cómo lo tienes de lleno? —Continúa explicando la mariposa sin ser consciente de que todo un universo paralelo acaba de aparecer en mi cerebro.

Miro hacia arriba y pone «0».

—Pone un dos —miento vilmente.

La mariposa hace un gesto raro, pero enseguida disimula, o eso me parece a mí, puede que ya esté flipando.

—¡Muy bien, eso debe haber sido por secarte con tu mente! Estoy segura de que iré subiendo poco a poco, ya verás como pronto podrás conseguir un sinfín de cosas sorprendentes.

—¿Cómo cuales? —Me muero por saber qué coño es una druidesa y nadie me lo termina de decir.

—Una druidesa puede mover cosas sin tocarlas, también es curandera, adivinadora, médium, un gran oráculo... Nos ayudarás mucho Noa. —Me anima.

—O sea que no puedo luchar, solo hacer cosas con la mente —¡vaya caca de vaca!

—En la batalla puedes convertir cosas en piedra, lanzar bolas de fuego de tus manos, derribar muros o ver tras ellos, todo depende del maná que

tengas acumulado —me informa Suria intentando entusiasmarme.

—Ya, todo desde lejos, no puedo llevar flechas, ni una gran espada para matar cosas —ahora mismo me vienen a la mente millones de juegos en los que una espada es imprescindible. —Ir por ahí haciendo trucos de magia está bien un rato, pero luego aburre, yo quiero matar cosas —me cruzo de brazos enfurruñada, recostándome sobre el respaldo del banco mientras todos me observan atónitos.

—¿Quieres... matar cosas? —Repite Suria algo confusa.

—¡Oh, no me malinterpretéis! Me refiero a los malos, a los monstruos, los orcos y ese tipo de cosas —le explico tranquilamente.

—¿Qué son orcos? —Pestañea intentando no gritar de pavor.

Entonces recapacito y me doy cuenta de que para mí esto es algún tipo de broma pesada que obviamente me está gastando alguien, pues estar metida dentro de un juego de rol no creo que sea demasiado real, pero ellos no deben haber jugado a nada de esto en su vida, ni siquiera saben de qué se trata y por eso precisamente es por lo que cuento con una gran ventaja. Mi mente comprende la grandeza que implica este mundo, un mundo que para ellos mismos es totalmente desconocido. ¡Madre mía!

—No te preocupes Suria, me he creído que seguía estando en mi mundo, todavía no me doy cuenta de que aquí no existen las mismas criaturas que allí, perdonad. —Agacho la cabeza para que me dé tiempo a pensar en algo más —lo que en realidad quería decir es que me gustaría luchar junto a vosotros en la batalla, cuerpo a cuerpo, para ayudaros y no permanecer detrás sin hacer nada.

La estrategia básica de cualquier jugador de rol que se precie es enviar al frente a los soldados para mantener escondida y a salvo a la sacerdotisa, que soy yo en este caso. La bruja, como solíamos llamar a este personaje en mi

época de *nini*, mientras estaba a salvo iba acumulando maná para poder lanzar hechizos súper poderosos al enemigo y así derrotarlos al final, pero jamás se enfrentaba cuerpo a cuerpo. Sería absurdo perder un personaje tan importante, hay que guardarlo siempre para la batalla final, que es cuando muere para que el gran guerrero forzado luche contra el malo malísimo. O sea que mi destino está escrito, voy a morir sí o sí. Aunque si lo pienso mejor, en la Tierra sucede lo mismo, sabemos de sobra cual es nuestro fin.

—Eso es muy generoso por tu parte Noa, pero tú eres *la Elegida*, debemos mantenerte a salvo, puedes ayudarnos con tus hechizos desde un lugar seguro. —Argumenta Ágata.

«Ya me lo temía».

—¿Cómo? No podré estar quieta esperando a que regreséis a por mí, y menos aún sabiendo que os pueden estar haciendo daño. —Argumento, a ver si cuela.

—Tu poder es mucho más fuerte que los nuestros, en cuanto completes tu nivel de maná podrás lanzar hechizos cada vez más potentes. Puedes por ejemplo mejorar nuestras armas, quitarle maná a nuestros enemigos, formar burbujas de protección para que no nos dañen... y muchísimas cosas más que irás descubriendo según vayamos avanzando.

Conclusión: un auténtico aburrimiento para mí.

Cada vez que he jugado con alguien a esto nunca me he elegido a la hechicera porque no hace nada ¡y ahora resulta que yo soy una!, si esto no es karma no sé lo que será.

Pero decido permanecer en silencio, debemos acostumbrarnos los unos a los otros y sentir que somos un auténtico equipo, de lo contrario esto no funcionará.

—¿Qué significa el color verde? —Pregunto para romper el molesto silencio que se ha creado después de confesarles que soy una asesina en potencia con ansias de sangre.

—El verde es la fuerza con la que puedes lanzar los hechizos, si tienes el nivel verde al cien por cien y el maná también, tus hechizos serán muy potentes. También se va rellenando con el transcurso del tiempo. —Me informa Trok, que parece ser el único al que no le ha impresionado mi confesión.

—Comprendo.

—Está bien, vayamos a poner en práctica lo que has aprendido y a que aprendas algunos trucos más —propone el ángel guiñándome uno de sus preciosos ojos.

—¿Qué trucos? —Le pregunto a Trok intrigada y sin poder evitar que recorran mi sucia mente pervertida los trucos que yo quisiera que me enseñase el fortachón.

Entonces se levanta del banco, se eleva un metro aproximadamente por encima del suelo y de pronto... desaparece.

—¿¡Dónde está?! —Inquiero excitada mirando hacia todas partes.

—¡Estoy aquí! —Saluda desde la otra punta de la estancia, muy orgulloso de su logro al ver mi expresión de sorpresa.

—¿Cómo has...?

—Eso son trucos baratos —nos interrumpe Cedrik —intenta aprender algo un poco más interesante Noa, nos jugamos la vida.

—¿Y me lo vas a enseñar tú? —Protesto por cortarme el rollo con el querubín fornido.

—Al menos lo intentaré, por muy difícil que me resulte —me reprocha mientras continua su camino hacia la salida, sin mirarme siquiera.

Mientras el arquero, la mariposa, el ángel, la ardilla y yo nos dirigimos hacia la puerta, Suria me explica que hoy me van a llevar a una realidad paralela, un mundo de ficción virtual donde todo lo que aparezca no será real.

—Será todo simulado, así que estate tranquila.

—¿Y cómo llamáis a eso? —Pregunto curiosa.

—Juego de rol.

¡Toma ya, con un par!

Capítulo 13



Vida: 100

Maná: 0

Fuerza: 20

Dinero: 12

Rango: 1

Nervios: 20000

Nos encontramos en medio de la planta baja de una especie de granero.

—No eres tan inteligente si no te has percatado de que todos vamos siempre por parejas —me informa Killian con sarcasmo —por cierto, ¿cuál es la tuya? —obviamente se está mofando de mi situación.

Miro a mi alrededor y advierto entonces que Suria y Cedrik están juntos detrás de mí, que Killian está al lado de Ágata a mi derecha y que Arcan permanece fuera del granero con Trok.

—Vaya, soy la fea del baile —me encojo de hombros.

Me acaba de dar un bajón de campeonato, ahora mismo me siento otra vez como la chica patosa a la que nadie quería elegir cuando se formaban los equipos para jugar en el colegio. Qué años más lamentables fueron aquellos, cuando los niños se burlaban de mí por no tener padres. Si ahora mismo los tuviese delante les cortarían los huevos a todos ellos... ¡desgraciados!

—¡Yo seré su pareja!

Una impresionante voz atronadora resuena a mis espaldas, acompañada de su inconfundible música de *World Destruction*, también conocida como *Apocalipsis Final*, hacen que todos nos giremos de un salto para contemplar atónitos su tenebroso esplendor.

—¡Azael! —Gritan todos poniéndose a cubierto mientras yo me quedo petrificada aquí en medio.

«¿Esto te parece lo bastante espectacular?» me pregunta replegando sus inmensas alas con gran majestuosidad.

No puedo ni pensar, me he quedado tonta.

—Arcan no ha avisado de su llegada —señala Cedrik confuso, tapándose los ojos para no mirarle.

—¡Me subestimáis mortales indignos! —Ruge el serafín maligno.

—¿A qué has venido? No hemos hecho nada malo —creo que Suria intenta infundirle confianza poniéndole su carita de ardilla buena, pero el gigante oscuro no va a sucumbir a sus truquillos mimosos.

De pronto Suria cae al suelo retorciéndose de dolor, sus gemidos se clavan en mi alma y me hacen reaccionar por fin.

—¡No! ¡Detente! —Le ordeno mientras corro a socorrerla.

Entonces deja de mirarla y sus gemidos cesan también. La abrazo con mucho cuidado y ella se acurruca en mi pecho dolorida, pobrecita.

—No le mires a los ojos Noa —me susurra iracunda.

«Ojalá pudiese» pienso.

—¡Silencio! —La voz ensordecedora de Azael resuena por todo el granero, yo diría que incluso por todo *Catarsis*.

Yo me pongo en pie de nuevo, ayudando a Suria para que haga lo propio. Cedrik acude a socorrerla y se la lleva tras las cajas. Aunque lo intente, no puedo evitar mirar esos ojos de color ámbar fulminantes, que una vez más están clavados en los míos, sin reparar en nadie más, solo en mí, como si solo existiésemos él y yo en el universo.

Esta vez, a la luz del día, puedo observar lo grande que es. Se adivinan un pecho y unos brazos inmensamente musculosos, incluso cubiertos por su negra armadura. Pero esta vez nada le cubre la cabeza. Pareciera que las venas que recorren los músculos de su poderoso cuello fuesen a salirse de la piel, no obstante puedo escucharlas palpitar.

«¿Acaso los serafines tienen venas?» pienso para mí.

«Eso es algo que tendrás que descubrir por ti misma».

Ya se ha metido en mi mente de nuevo.

«¿Cómo voy a descubrirlo? ¿No vas a matarme?».

«Comienzo a reconsiderarlo».

Me quedo muda antes su respuesta.

Todos a nuestro alrededor han salido despavoridos a esconderse por el pueblo, pero yo permanezco frente a él, paralizada, mirándole a los ojos, y ahora no es porque me haya inmovilizado, le estoy observando porque me atrae mucho.

Tiene la piel del rostro cubierta por formas geométricas semejantes a tatuajes, pero no son de color negro, son de un color púrpura muy intenso que resplandecen cuando se mueve, hasta me atrevería a afirmar que cambian de forma.

«¡Ni se te ocurra!». Hace una imperceptible mueca levantando una de las comisuras de sus labios que me resulta tan amenazante como tentadora.

«Sabiedo que no vas a matarme... al menos lo quería intentar» me excuso avergonzada porque, aparte de mis pensamientos, haya adivinado también mis intenciones.

«Jamás imaginé que existiese un ser como tú, ¿no tienes suficiente con poder verme y ya deseas tocarme?».

Sus ojos hacen que me resulte realmente complicado concentrarme en otra cosa que no sea ese color ambarino, son para mí una especie de canto de sirena.

«Todo me atrae hacia ti, por eso quiero tocarte, me gustaría comprobar si eres real o un sueño».

«Soy más real que tú y de no serlo, en todo caso, sería una pesadilla» espeta.

«Ya lo sé, eres maligno y no debo acudir a tu llamada» bla bla bla.

«¿Por qué lo sabes? ¿Por qué te lo han dicho cuatro majaderos?» suena

molesto.

«Porque mi cuerpo me impulsa hacia ti, eres pura atracción, pero mi corazón te repele y eso significa que no eres bueno» contesto.

Entonces cierra sus ojos con fuerza y aprieta los puños a ambos lados de su cuerpo. Sus grandes alas negras se despliegan, llegando hasta el techo del granero, la luz del día crea un juego de luces y sombras sobre su figura que resulta espectacular. Yo permanezco boquiabierta ante su perfección, aunque me da tanto miedo que no puedo ni cerrar la boca.

—¡Ya me he cansado de necedades! ¡Salid de ahí inmediatamente o mataré a vuestra *Elegida*! —Ruge con una voz que retumba por toda la montaña. Sus ojos se han tornado fulgurantes de nuevo y esta vez no me mira.

Poco a poco van asomando la cabeza mis amigos, a cada cual más asustado. Me observan atónitos, no saben si estoy poseída, si estoy muerta, o simplemente loca por no haberme escondido.

—Ha llegado a mis oídos que estáis tramando una traición contra mis hermanos. Desagradecidos, después de todo lo que hacemos por vosotros...

—Nosotros no hemos tramado nada, solo estamos enseñando a la criatura Noa cómo llegar a ser una buena druida —miente Killian.

Entonces, sin ni siquiera darme cuenta, veo que la rana sale volando por los aires mientras grita aterrado.

—¿Alguien más osa mentirme? —Bufa colérico.

Todos están temblando de miedo tras diversas cajas apiladas por el pueblo ¿y se supone que ellos son los que iban a defenderme a mí?

—¿Cómo osáis enfrentaros a los serafines, que somos el poder absoluto de *Catarsis*? ¿Quién os ha convocado? ¡Confesad cobardes!

La verdad es que ellos pensaban enfrentarse a Azael al final del juego, tipo batalla final o algo así, supongo, pero resulta que ni siquiera hemos empezado en la primera fase y ya está aquí dando guerra.

«Debe haber algún error de programación» pienso.

Entonces vuelve a clavar su mirada sobre mí y mi cuerpo se tensa de nuevo.

«El único error que hay aquí eres tú, no deberías haber venido» me reprocha molesto, aunque conmigo no usa el mismo tono de asesino mortal que con los demás.

«Yo no quería venir, si sabes cómo devolverme a mi mundo, te lo agradecería» le contesto enojada.

No me lo replanteo ni por un momento, ahora mismo abandonaría a todos a su suerte sin dudarlo. Esta no es una guerra en la que crea, nada de lo que hay aquí me incita a luchar por salvarlo, pero si me detengo a pensarlo... ¿para qué querría volver? ¿Acaso para seguir sirviendo mal los cafés de mi tío y así terminar de pagar el piso al capullo de mi novio, mientras él vive como un rey surcando los mares? ¿Para que todos me desprecien o me miren condescendentemente por estar siempre sola? ¿Es mejor mi vida de allí que la de aquí? Por lo menos aquí me tratan como si fuese alguien especial, aunque no lo sea, pero todos creen en mí.

«Vamos a solucionar esto ahora mismo» ruge en mi mente.

No mueve ni un solo dedo pero de pronto mis piernas cobran vida propia y se agitan avanzando hacia él a toda velocidad, contra mi voluntad. Cuando estoy a escasos centímetros de su cuerpo, abre los brazos y me envuelve con ellos, haciéndome sentir como una simple muñeca de trapo, pero extrañamente segura.

El contacto con su cuerpo me hace estremecer de una manera que nunca antes hubiese creído posible, estoy muy alterada, es una sensación muy extraña, porque no sé si me encuentro extraordinariamente reconfortada o con un ataque de pánico.

Toma impulso hacia arriba conmigo cogida y con un solo batir de sus alas salimos volando hacia el techo, destrozándolo todo al atravesarlo.

Hace un rato que tengo los ojos fuertemente cerrados y que voy gritando como una posesa, pues siento el vacío en mi estómago al llevar los pies colgando mientras volamos. Su vuelo es mucho más violento que el de Ruffus. Me aferro a su armadura como si mi vida dependiese de ello, de hecho es que así es.

«¡Como no te calles de una maldita vez, te suelto!» llevo escuchando desde que hemos salido.

Cuando llegamos a un claro del bosque, por fin aterriza.

Aunque estamos ya en tierra firme yo continúo agarrada a la armadura y gritando, pues todavía no me hallo del todo segura, me encuentro muy mareada, las piernas me tiemblan y el corazón me va a explotar de un momento a otro, pues el viajecito no ha sido para nada apacible.

«Hemos llegado, suéltame y cállate» ordena furioso.

Me suelto automáticamente, como si me quemase, aunque me tomo mi tiempo para reaccionar.

«De la misma manera que me atraes hacia ti también podrías haberme alejado» replico con mi ego herido de muerte.

Parece sorprendido por mi sutil respuesta y me arrepiento al instante de ser tan ingeniosa, porque me lanza por los aires sin ningún remordimiento.

«¡Vaya caballero de mierda!» me quejo mientras me incorporo a duras penas del suelo.

Miro mi nivel de vida para comprobar que acaba de bajar bastante por el golpe.

«Y ahora que estamos solos me vas a contar qué haces aquí» me ordena mientras camina serenamente hacia mí.

«¿Por qué quieres que estemos solos? Los demás no escuchan nuestras conversaciones, ninguno puede leer la mente».

Parece extrañado.

«Así es. Solo tú y yo tenemos este don, aún así no me gusta que estén presentes, quiero tus respuestas sinceras y no condicionadas por nadie».

«Afirmas eso porque no me conoces, a mí no me condiciona ni nada ni nadie».

Enarca una de sus oscuras cejas.

«Sí, empiezo a comprobarlo» sacude su cabeza con fuerza intentando no añadir nada más y centrándose en mí «¡contesta a mi pregunta!».

«Se te olvida algo» contesto.

Su rostro se envuelve en una expresión de confusión que hace que se detenga.

«¿Qué se me olvida?» agudiza su mirada, realmente tiene intriga, se nota que nunca antes ha mantenido una conversación con nadie, por otra parte no me extraña porque el Señor del Mal es totalmente insufrible.

«¿Cómo se piden las cosas?» me cruzo de brazos intentando no reírme.

Vuelve a cerrar los puños fuertemente, niega con la cabeza, toma aire

violentamente y cuando abre de nuevo sus manos clava sus ojos en mí y salgo volando de nuevo rápidamente contra unas rocas que tengo a mi espalda.

«¡Joder! ¡Eso ha dolido!» gimoteo tirada en el suelo.

No siento nada en mi cuerpo, no quiero mover ni un dedo porque mucho me temo que tengo varias costillas rotas, pero me obliga a levantarme y a acercarme hasta él para que sienta el máximo dolor al hacerlo. Mi nivel rojo, la vitalidad, está en el límite, ha faltado muy poco para *palmarla*, así que supongo que sabe de sobra lo que se hace. Las lágrimas resbalan por mis mejillas de rabia, pues soporto estoicamente el arder de cada parte de mi anatomía por el daño.

«Vuelve a hablarme así y la próxima vez volverás a tu mundo» ruge.

—¿Así es como se vuelve? —musito.

«¡Contéstame! ¡Me estás haciendo perder la paciencia!» levanta su mano, pero se contiene en el último momento de volverme a estampar contra algo.

—No puedo contestarte porque no tengo ni idea de qué hago aquí. Tenía la esperanza de que tú lo supieras —exclamo enfadada.

«¿Por qué habría de saberlo? No he sido yo quien te ha traído».

«Yo estaba una noche en una discoteca bailando y de pronto aparecí aquí. Todos afirman que soy *la Elegida*, aunque no sé para qué ni quién me eligió y por eso mismo me llevaron al *Pozo del Destino*, donde las aguas me informaron de que era druidesa, y no sé nada más».

«Mientes» bufa.

—¡No, lo juro! Soy la peor de todos ellos con diferencia, esta mañana mismo acabo de descubrir lo que es un nivel... —señalo los rectángulos de colores sobre mi cabeza.

«Leo las mentes porque es la única manera en la que no se puede mentir ni ocultar los verdaderos sentimientos, los mortales no podéis controlar vuestros pensamientos, la boca sí. Pero tú debes haber tenido un entrenamiento muy extremo porque también eres capaz de mentir con la mente ¿quién es tu maestro?».

«Que yo sepa nadie» me encojo de hombros.

«Está bien, tú lo has querido» levanta su mirada y esta vez parece decepcionado en vez de intrigado, intuyo que finalmente ha tomado la decisión de matarme.

Una luz azabache nace del suelo y comienza a envolver su cuerpo, es una especie de aura oscura, sus alas se despliegan y sus ojos se tornan negros también, su habitual color anaranjado y luminoso ha desaparecido por completo. Me vuelve a elevar hasta el cielo, me siento impotente y sobre todo muy enfadada porque realmente no tengo la menor idea de qué hago aquí, ¡no le estoy mintiendo!

«Vaya decepción. No eres tan superior como creía, de serlo, deberías distinguir entre quién miente y quién dice la verdad. Adelante, hazlo, estoy preparada, no tengo miedo» le indico mirándole fijamente a los ojos mientras me apunta con una de sus manos abiertas.

¿Hay que tener miedo a la muerte? Pues obviamente en la Tierra me da pánico porque no sé si hay algo más después, o de pronto todo se torna negro y punto. Pero en este sitio lo peor que puede ocurrirme es que vuelva de donde vengo, así es que...

«Tú lo has querido» sentencia.

No sabría decir qué es exactamente lo que se despierta en mi interior para conseguir que una bola gigante de fuego salga disparada desde las palmas

de mis manos hacia el estómago del serafín. Yo lo llamaría rabia.

Caigo al suelo inmediatamente porque él utiliza sus manos para detener mi bola incandescente y desviarla contra las rocas para que estalle contra ellas.

Yo me quedo *boquialucinada* contemplando cómo se apagan las últimas llamas entre las piedras.

«¿Una bola enorme de fuego acaba de salir de mis manos...?» me pregunto mientras compruebo que no tengo quemaduras.

—¿Todavía sigues pretendiendo que crea en ti?! ¡No vas a conseguir engañarme! —Bufa cabreadísimo —¿Acaso alguien que no conozca sus poderes puede crear una bola de fuego y además lanzarla en la dirección correcta?

Su voz en vivo y en directo resulta mucho más atronadora que en mi mente.

—¡Me da igual lo que creas! —Le grito dándole la espalda. —¡Acabo de lanzar fuego con mis manos, qué pasada! —Cascabeleo con una voz aguda de total entusiasmo y pasando olímpicamente de él.

Intento volver a crear una, pero no me sale.

«¿Nada? ¿Ni siquiera un poco de humo?» regaño a mis manos.

«No funciona así» protesta.

Me giro rápidamente al sentir su calor cerca de mí. Soy tan estúpida que me había olvidado por completo de que el maldito Señor del Mal hasta hace un instante quería matarme.

Entonces le descubro a mi lado formando un círculo con las gigantescas

palmas de sus manos y en el centro de ese círculo se puede ver una bola roja pequeña.

«Yo obtento el máximo rango, no puedo adquirir mayor experiencia, por eso creo magia cómo y cuándo quiero, sin condiciones. Tú eres una simple aprendiz, o eso aseguras ser, no puedes volver a usar tu poder hasta que no rellenes de nuevo el nivel del maná».

«Es decir, tengo un nivel de pringada».

«Has sido capaz de ocultarme tus intenciones, no me esperaba el ataque, nunca antes me habían pillado desprevenido» por una milésima de segundo creo atisbar en su rostro una expresión de entusiasmo que rápidamente se apresura a esconder.

«¿Me estás animando con un cumplido, o me lo parece a mí?» enarco una ceja sonriendo.

«No sueñes humana, date por satisfecha con que no te mate... de momento» brama.

—¿Tú también fuiste aprendiz? —Hablo en voz alta para ver si me contesta de la misma manera, me gusta escuchar su voz.

«Los serafines no somos aprendices, nacemos con el máximo rango» ahora se ha ofendido por no conocer su legendario y esplendoroso pasado.

«Eso no es justo» me quejo.

«Para ti no, para mí sí».

Nos miramos uno al otro sin saber qué hacer o qué decir.

—¿Y ahora qué? —Le pregunto nerviosa encogiéndome de hombros.

«Vamos a visitar a un viejo amigo».

El tono en el que lo expresa no me gusta nada, pero sorprendentemente me siento protegida cuando está a mi lado. Llámame loca pero ¿qué es más seguro que tener al más malo de todos los malos en tu mismo equipo?

Capítulo 14



Vida: 3

Maná: 0

Fuerza: 2

Dinero: 12

Rango: 1

Acojone: 600.000

Descubro entre los dedos de mis manos con los que cubro mis ojos que nos disponemos a aterrizar en lo que parece la azotea de una especie de ¿Palacio de Cristal?

De pronto me veo volando a mí sola por los aires, mientras mis propios gritos despavoridos truenan en mi cerebro, para finalmente caer de culo contra un suelo acristalado desde una considerable altura, pues mi querido Azael me ha soltado mucho antes de tocar tierra.

«Lo siento, te me has resbalado» se disculpa tan pancho desde las alturas, sin un ápice de arrepentimiento.

—¡Eres un capullo, mentiroso, lo has hecho a propósito! —Le grito cuando observo indignada cómo él toma tierra firme majestuosamente, mientras yo permanezco aquí tendida en el suelo de mala manera.

Él repliega ceremoniosamente sus enormes alas negras, mirándome a los ojos.

—Cierto. No quería que permanecieses abrazada a mí más tiempo, me molesta —señala tan normal. —Apunto *capullo* en mi diccionario —me informa con un tono neutral —por cierto ¿qué significa?

—¡Significa que eres un gilipollas! —protesto mientras un gran dolor se apodera de mi espalda al levantarme.

«¿¡Acabo de llamar gilipollas al Señor del Mal?!».

—¿Gilipollas lo apunto también? —Espeta indiferente.

—¡Oh sí, apúntalo todo, que no te falte de nada! Puedo añadir mil palabras más para apuntar en tu diccionario de mier...

—¡¿Qué hacéis aquí... —nos interrumpe un señor ya entrado en años, lleva una capa hasta los pies de color violeta y ha aparecido de la nada —... los dos juntos?! —balbucea mientras nos observa atónito, oscilando nervioso su mirada entre uno y otro.

Azael avanza un paso por delante de mí.

—Hemos venido a hacerte una pequeña visita, viejo amigo.

—Gressim está aquí, no conviene que la descubra —susurra asustado el señor de la barba blanca, señalándome con la cabeza. Por cierto me resulta muy familiar.

—De mi hermano me encargaré yo personalmente si hace falta, con un solo chasquido de mis dedos estará acabado, pero ahora eso no me importa en absoluto, necesito saber qué te traes entre manos. —El serafín lo observa con unos ojos amenazadores.

—No me traigo...

—¡No oses mentirme Ruffus! —Ruge Azael interrumpiéndole bruscamente, a la vez que despliega las alas, parece que cuando se cabrea se levantan solas... ¡un momento! ¿Este hombre es Ruffus? —Te degollaré si lo intentas, viejo ¿con quién crees que estás tratando? —le amenaza con sus garras.

«¡Qué miedo da cuando se pone así!» pienso.

Gira su rostro hacia mí.

«¡Cállate!» me ordena, yo levanto las manos en señal de rendición.

—Tú mandas.

—¿Os comunicáis por telepatía?! —Ruffus ahora sí que parece realmente asombrado.

—¡Contesta de una vez! —Al serafín le ha molestado ser descubierto y se dirige hacia él con violencia.

—¿Estás bien Noa? ¿Te ha hecho algo? —Me pregunta Ruffus intranquilo, retrocediendo al ritmo que el monstruo avanza.

—No te preocupes, aunque esta bestia no sepa tratar a las mujeres, estoy bien —le guiño un ojo divertida, entonces parece que se relaja —Ruffus creo que podemos fiarnos de él, no me preguntes por qué, pero así es.

Entonces el gran mago se detiene en seco, creo que lo que intentaba era huir, aunque no sin antes asegurarse de que estoy bien. Azael pliega sus alas al percibir que él ya no pretende escapar. El serafín me observa con una expresión similar a la ternura, aunque no me atrevería a decir tanto, viniendo de él.

«¿Confías en mí?» me pregunta incrédulo.

«Creo que sí» le contesto sorprendiéndome a mí misma al ruborizarme.

Parece perdido, desorientado, apuesto a que lo último que se esperaba era esa respuesta.

—Ruffus vamos a un sitio seguro —le ordena ahora mucho más calmado.

—Pero...

—He dicho que vamos a un sitio seguro ¡ya! —Brama *descalmándose* de nuevo.

«¡Qué carácter por Dios!».

Ruffus alza sus brazos al cielo y de pronto, en menos de un abrir y cerrar de ojos, aparecemos los tres en una sala muy luminosa, es blanca por completo, solamente hay una mesa ovalada de mármol, con nueve tronos de terciopelo púrpura rodeándola.

—¡Wow, cómo mola! —Exclamo extremadamente entusiasmada por el truco de magia, mientras los dos me observan extrañados por mi repentina alegría —¿dónde estamos? —Mi curiosidad no tiene límites.

Me apresuro a tocar una de las paredes, es suave y parece muy delicada.

«¿Es que lo tienes que toquetear todo?» protesta Azael molesto.

«Ni que se fuese a romper» replico apartando las manos.

Antes de que me pueda contestar, Ruffus nos interrumpe, no sé si a propósito, porque él seguramente perciba de alguna manera que estamos comunicándonos.

—Este es el Salón de los Nueve Tronos del Reino de Tierra Noa, cada Palacio de Cristal posee uno igual a éste y ahora mismo estamos dentro del palacio del serafín Gressim —me informa el mago algo impaciente, sin dejar de mirar a Azael de reojo.

—¡Es precioso!

—No perdamos más el tiempo, cuéntame ahora mismo qué significa todo esto, cuál es el motivo por el que pretendéis traicionar a mis hermanos — Azael toma asiento en el trono más grande, el que está en la cabecera de la mesa. No parece que la armadura que cubre por completo su cuerpo le moleste lo más mínimo.

Ruffus se dirige con paso firme hacia el trono que está situado en el lado opuesto de la mesa y se sienta sin demasiada ceremonia frente a él.

—Hace poco llegó a nuestros oídos que los serafines pretendíais derrotar al *Gran Máster* —espetea el mago sin más dilación.

—¡Eso es absurdo! —Su interlocutor pega un puño sobre la mesa, que cruje al instante.

—¿No estabas enterado? —Evidentemente Ruffus no le cree, pues está completamente seguro de que todo está siendo dirigido precisamente por él.

—¿Crees que me mantendría de brazos cruzados de estarlo? —pregunta Azael agudizando su mirada.

Yo permanezco en pie cerca de la mesa, los observo a ambos con curiosidad, si tuviese que apostar por uno de los dos, lo haría sin dudar por el mago, pues sé a ciencia cierta que es del bando de los buenos, pero el serafín tampoco me hace desconfiar y eso es lo que verdaderamente me desconcierta. Vale que sea el Señor del Reino del Mal y todo eso, pero a mí, particularmente, no me parece tan malo.

—Azael tus hermanos nunca moverían un dedo sin informarte de ello, Ahura y tú sois los más poderosos de todos ¿crees que se arriesgarían a hacer algo a vuestras espaldas? Eso sería un suicidio.

—¿Y por qué das crédito a esa información? ¿No pueden haberte mentido para poneros en nuestra contra? —Insiste el serafín.

—Lo han verificado las runas.

Azael permanece en silencio ante estas últimas palabras, baja la cabeza, apesadumbrado, resulta que él también cree ciegamente en la famosa *Caldera*.

—Quiero verlo —agrega al fin levantando de nuevo la vista.

—Sabes que no puedes Azael, perderás todo tu maná mientras dure la visión.

—Me arriesgaré, muéstramelo —insiste.

—Como desees —claudica Ruffus.

El mago hace un gesto circular en el aire y se abre la ventana de la visión. Una vez que comienza a moverse la imagen noto cómo Azael aprieta los puños y tensa la mandíbula, algo muy intenso, en cuanto a energía se refiere, está sucediendo y yo lo percibo en mi corazón, presiento su

sufrimiento.

Observo que en la imagen aparecen muchas alas de colores volando sobre el fuego, todo resulta demasiado caótico, pues hay muchas figuras oscuras en la parte inferior de la escena. Se puede distinguir una puerta gigantesca al fondo, entre llamas, es una especie de arco dorado y lo que parecen ser ángeles voladores se dirigen hacia allí cargados con inmensas espadas y otras armas no menos atroces.

—¡Basta! —Exclama Azael dolorido.

Entonces Ruffus hace desaparecer la visión rápidamente. No me he dado cuenta de que el gran serafín estaba agarrado a la mesa con todas sus fuerzas, tanto es así que incluso la ha despedazado allí donde estaban sus puños anclados y ahora el mueble tiene dos agujeros en los bordes. Que haya aceptado perder su maná ante nosotros significa que él también confía en ambos.

«¿Se fia de mí?» me pregunto inconscientemente.

Entonces clava su mirada ámbar en mis ojos, haciéndome ver que ahora no tiene tanto brillo como acostumbra, parece apagada. Respira con dificultad y sin saber muy bien por qué, avanzo hacia él muy despacio, levantando una mano para posarla lentamente sobre su hombro derecho, supongo que para consolarlo.

Pega un respingo porque no quiere que le toque, ni siquiera a través de la armadura y yo aparto mi mano al instante por el susto. Pero insisto de nuevo, tengo una increíble necesidad de hacerlo al verle tan débil y esta segunda vez permite que mi mano se pose sobre su poderoso omóplato. Poco a poco le noto algo más aliviado bajo mi tacto, no tan rígido. Hasta que finalmente se recupera y vuelve a disfrutar de su habitual aspecto superior.

«Gracias» admite confundido.

—No sé cómo lo he hecho —miro mi mano extrañada.

—Noa aprendes muy rápido, el poder de la sanación se adquiere con entrenamiento y tiempo, aunque tú lo acabas de conseguir sin ninguna de las dos cosas... ¡además con un serafín! —Ruffus está igual de sorprendido que yo, si no más, creo que todavía no entiende qué hacemos juntos —es innato en ti.

«No puede ser cierto» Azael se ha levantado del trono para contemplar el valle, pensativo, por una de las ventanas del delicado palacio. Está triste.

Ruffus aprovecha para acercarse a mí lentamente.

—Huye en cuanto puedas Noa y reúnete con los demás, está mintiendo, pretende engañarte para que te sumes a su lucha —susurra.

—Sé que no me creéis —habla sin ni siquiera girarse hacia nosotros, lo que demuestra el poco miedo que nos tiene —pero no estaba al tanto de todo esto, supongo que por algún motivo lo están haciendo a mis espaldas —sueno muy decepcionado. —No sé a quién de ellos se le habrá pasado por la cabeza pensar que pueden derrotar al *Gran Máster*, pero es de locos —murmura —¿y con qué intención? Ya lo tenemos todo...

—A lo mejor *Catarsis* se les ha quedado pequeño... —conjetura Ruffus —quieren salir.

Entonces Azael se gira para mirarnos.

—Sé que no me crees viejo, después de tantos siglos a mi servicio te conozco de sobra, no hace falta que cuchichees a mis espaldas —le reprocha —tus intenciones están demasiado claras, incluso siendo el patriarca de los magos no puedes ocultarte de mí, te leo como un libro abierto.

Ruffus parece confundido.

—En cuanto a ti —me fulmina con sus ojos —no te obligo a estar conmigo, puedes hacer lo que desees a partir de ahora, solo pretendía saber qué me ocultaban y te necesitaba de señuelo, eso es todo.

¿O sea que Ruffus es el mago de Azael? ¿Y yo soy un simple cebo? ¡Qué desilusión!

—¿Y qué vas a hacer ahora? —Pregunta Ruffus.

—¡Detenerlos! —sus ojos claman venganza.

—Tú solo no podrás hacerlo, hay que atravesar siete reinos completos hasta llegar al tuyo. Si es cierto que no sabes nada de todo esto, estoy convencido de que habrán cerrado todos los portales para que no puedas volver. Es imposible que te permitan traspasar los palacios sabiendo lo que te traes entre manos.

—¡No se atreverán! —Ruge.

—Te leerán la mente en cuanto puedan, entre vosotros no hay secretos, sin su consentimiento nunca lograrás llegar a la *Puerta Sagrada*.

—No *había* —Azael acentúa esta palabra —secretos... hasta ahora.

—Necesitarás nuestra ayuda Azael —le tantea el mago, que parece algo asustado pero mucho más seguro —sé que te cuesta asumirlo porque hasta ahora has sido el que gobernaba todo a su antojo, pero el equilibrio y la paz de *Catarsis* dependen de ello.

—¿Y crees que esa panda de inútiles que has adiestrado me ayudarán en algo? —frunce el ceño.

—Así es —decreta Ruffus.

Azael bufá y se le escapa algo parecido a una risotada irónica.

—Con esa panda de idiotas lo único que conseguiré será que me descubran antes de salir de *Nhacúm*.

—¿Y qué hay de Noa?

Los dos me miran pensativos.

—¡Ella es la peor de todos ellos! —exclama —no sabe ni lo que es el maná, tan solo la tomé de rehén para sonsacarte información, lo lamento amigo, pero tu querida *elegida* no sirve para nada —se mofa.

—¡Eh! Que sigo estando aquí capullo —protesto, indignada.

Ruffus carraspea llamando su atención.

—Tanto tú como yo sabemos que eso no es del todo cierto, Azael —el gran mago agudiza su mirada, estoy casi segura de que Azael le está leyendo la mente porque el serafín le dedica una mirada muy extraña, yo por supuesto sigo sin entender de qué va todo este rollo místico que se traen entre los dos —desde que la descubriste en la posada sentiste vuestra intensa conexión, al menos eso no puedes negarlo —añade Ruffus en voz alta, esta vez para que yo lo escuche también.

—Estaba equivocado —el ángel negro desvía sus ojos del mago, inquieto.

—Azael si de algo te han servido mis siglos de servicio es para demostrarte mi absoluta lealtad, y te aseguro que ella es lo que ambos creemos, tan solo necesita tiempo —insiste Ruffus.

El serafín merodea por la gran sala, está realmente nervioso.

—Tu honradez se ha visto truncada Ruffus, ya no confío en ti. En vez de

consultar conmigo, como era tu deber, has organizado un escuadrón para aniquilarme y todo ello sin ni siquiera estar seguro de que era yo el culpable... ¿y a eso le llamas tú lealtad?

El mago parece haber recibido una fuerte estocada en su corazón.

—El bien de *Catarsis* está incluso por encima de nosotros mismos — declara apenado.

Entonces una de las dos grandes puertas que hay en la pared del fondo se abre de golpe y aparece un gran ángel marrón tras ella. Una música atronadora e inquietante resuena en mis oídos, claramente significa *peligro inminente*. Su resplandor casi no me permite mirarle, me hace daño a los ojos, tengo la misma sensación que si quisiera mirar directamente al sol, me tapo el rostro con las manos para aliviar el impacto.

—¡Anda, pero si es mi querido hermano Azael, qué grata sorpresa! —El ángel marrón avanza abriendo sus brazos exageradamente, pero el que debe recibir su traicionero abrazo le detiene, le ha paralizado tan solo con mirarle, pues Gressim ha dejado de moverse por completo, solo la cabeza permanece móvil.

—Gresimm, serafín del Trono de Tierra y Señor de *Nhacúm* ¿has osado desobedecerme? —Ruge Azael voraz.

«¡Toma castaña! Éste no se anda con rodeos» pienso.

«¿Quieres que rompa el hechizo de invisibilidad que ha lanzado Ruffus sobre ti para que descubras lo que significa la ira de un serafín?» me recrimina.

«No, no, así está muy bien» no tenía la menor idea de que el otro serafín no me podía ver, así que mejor agachar las orejas.

«No eres digna de estar en un lugar sagrado como éste, mi hermano te aniquilaría en menos de un suspiro ¿es que Ruffus no te ha enseñado nada?» protesta.

«Lo iba a hacer el quinto día, pero tú...»

—¿Qué estás insinuando Azael? ¿Qué ocurre? —Gressim parece muy sorprendido por el violento recibimiento de su hermano.

—Esperaba que eso me lo contases tú... hermanito —señala Azael, intentando que su hermano no perciba que estaba absorto en otro asunto, mientras se pasea apaciblemente alrededor del cuerpo del serafín petrificado.

—Sabes que jamás osaría desobedecerte.

—¡Mientes! Sé lo que estáis tramando, os he descubierto, se te olvida que soy el mayor de todos vosotros y que para mí no tenéis secretos, sois unos ilusos —vocifera haciendo refulgir sus ojos naranjas.

Gressim agacha la cabeza, muy arrepentido.

—Yo no quería, los demás me convencieron para hacerlo, iba a contártelo en cuanto...

—Encima de traidor, cobarde —niega Azael con la cabeza.

Gressim no sabe qué hacer, está aturdido.

—¿Pretendíais matar solo al *Gran Máster*, o yo también entraba en el lote? —Percibo su dolor aunque intente disimularlo, está tremendamente decepcionado.

El pequeño ser alado marrón levanta la vista, esta vez sus ojos denotan un odio que nunca antes había visto en nadie.

—¡Por supuesto que tú también estabas incluido, todos estamos hartos de

tus inútiles normas y tu exceso de vanidad! —sentencia Gressim y ahora sí que me da miedo.

Azael deja entonces que se rompa el hechizo y que el serafín pueda moverse de nuevo, cosa que hace inmediatamente para lanzar una especie de bola marrón contra nosotros ¿acaso nos ha descubierto?

—¡No! —Grita Ruffus interponiéndose entre el misil y yo para recibir en su propio cuerpo el impacto de la esfera.

Azael lo intenta impedir pero no llega a tiempo, porque un gran estruendo nos lanza a Ruffus y a mí contra la pared.

Antes de poder ponerme en pie, compruebo iracunda que tengo el nivel de fuerza y de vida casi a cero. Entonces observo cómo el serafín marrón sale volando despavorido por una de las ventanas.

—Perdóname *Gran Máster* —se lamenta Azael con los ojos cerrados, pero con la cabeza inclinada hacia el cielo.

Sus grandes alas hacen una espectacular aparición en la inmensa sala blanca, ocupándola casi por completo. Esa especie de humo tétrico luminoso de color azabache, que yo ya he visto anteriormente, sale del suelo para rodear su poderoso cuerpo, mientras sus ojos se tornan tan oscuros como el inmenso vacío. Cierra uno de sus puños con fuerza para lanzar un solo destello de esa luz negra por la misma ventana que momentos antes ha atravesado Gressim para huir.

Todo a nuestro alrededor se convierte durante un breve instante en total oscuridad y entonces es cuando percibo que una energía muy fuerte recorre el cuerpo del serafín negro para terminar desvaneciéndose en su interior ¿se trataría del espíritu de su hermano?

Entonces todo vuelve a la luz de nuevo.

—¿Has matado a Gressim? —La voz meditabunda de Ruffus a mi espalda hace que reaccione y corra a socorrerle, ni siquiera le había visto con todo lo acontecido. Aún sintiendo un gran dolor en cada parte de mi cuerpo al moverme, lo hago —ahora son mis hermanos los que están en peligro Noa, por favor ayúdalos —toma mis manos entre las tuyas sin fuerza.

—Ruffus, Ruffus, te vas a poner bien, espera un momento para que pueda sanarte —grito nerviosa acunándolo entre mis brazos, aunque sé de sobra que todos mis niveles están bajo mínimos y no puedo hacer nada.

El mago dirige una última mirada a Azael, que asiente tranquilo.

—Te perdono viejo amigo —masculla con un halo de cariño —puedes marchar en paz.

Ruffus vuelve sus ojos hacia mí, esta vez mucho más serenos y con una tenue sonrisa dibujada en sus labios.

—Creo en ti Noa, haz tú lo mismo.

Y finalmente cierra esos ojillos perspicaces que tanta sabiduría y vida encerraban hasta hace tan solo un instante.

—¡Azael sálvalo, por favor! —Le ruego, gritando entre lágrimas.

«Sus niveles están a cero y los nuestros también, no puedo hacer nada» sentencia.

—¡Noooo, Ruffus no me dejes sola! —Sollozo contra su pecho inerte desconsoladamente.

Una música muy triste suena de fondo, aunque me resulta prácticamente inaudible debido a mis lágrimas y gemidos.

Cuando han transcurrido lo que a mí me parecen horas, llorando sobre el cuerpo sin vida de mi maestro, levanto la vista y, no sé si es fruto de mi imaginación aturdida, o realmente sucede, pero descubro un pequeño búho de luz volando serenamente por la estancia.

Entonces me mira y le sonrío para que un instante después salga elegantemente por una de las ventanas hacia el cielo.

«Siempre te llevaré en mi corazón» como al resto de mis seres queridos.

Capítulo 15



Vida: 1

Maná: 0

Fuerza: 1

Dinero: 12

Rango: 3

Tristeza: 100%

Ha caído la noche en pleno vuelo. Azael no me dirige la palabra en todo este tiempo, lo único que ha hecho es que en vez de llevarme cogida como a un saco de patatas, como acostumbra, me lleva cogida en brazos como

a una princesa. Intento no mirarle, aunque su cálido aliento en mi cuello me hace estremecer de una manera muy inquietante.

Reconozco en seguida la *Montaña Sagrada* bajo mis pies, porque están encendidas todas las luces, o mejor dicho las antorchas, del castillo incrustado en ella, lo que quiere decir que mis amigos no se han dormido todavía. Me noto muy inquieta, no sé cómo voy a contarles todo y cómo serán sus reacciones, sobre todo cuando vean aquí a mi amigo.

Esta vez el aterrizaje es mucho más dulce que la última, al final va a ser cierto que el gran Señor de las Tinieblas es capaz de sentir compasión, pues no he dejado de llorar ni un solo segundo y eso parece aturdirle. Me deja con suma delicadeza sobre el suelo de piedra para dar un paso hacia atrás rápidamente y alejarse cuanto antes de mí.

Nos encontramos en lo alto de uno de los torreones que, junto a la muralla, enmarcan la Montaña. Desde aquí se podrá divisar todo *Nachúm* de día, ya que ahora mismo solo se ven lucecitas dispersas entre la oscuridad.

«Aquí se separan nuestros caminos, suerte» me dice sin plegar las alas y dispuesto a marcharse.

—¿¡Qué?! ¿En serio vas a abandonarme? —Le increpo enfadada.

—En ningún momento te he prometido nada, no se abandona lo que no se tiene —alega ofendido.

—Creí que estábamos juntos en esto, Ruffus...

—¡Ruffus ha muerto! —Me interrumpe furioso —y todas sus creencias han muerto con él, yo me encargaré de todo, no te necesito para nada, humana

—espeta con desprecio absoluto.

Entonces bate sus alas con violencia y emprende el vuelo hacia arriba sin ni siquiera mirarme.

—¡Eres un maldito cobarde! —Grito desgarrándome la garganta entre lágrimas de impotencia, ira y decepción.

«Quizá» resuena su voz en mi mente cuando ya no le veo.

—¿Noa? ¿Eres tú? —La grave voz del dragón y sus ojillos rojos asomando vagamente entre las almenas de la torre, me sorprenden gratamente.

—¡Arcan! —Exclamo tremendamente aliviada al escuchar por fin una voz familiar.

—¡Qué alegría, pensábamos que habías muerto Noa! —saca su cabeza del escondite y se muestra tal como es, puro ímpetu.

—Llévame junto a los demás por favor, debo contaros algo —le pido, afligida de nuevo.

El dragón posa su cabeza suavemente junto a la torre para que me pueda montar en su nuca, pero justo antes de poner un pie sobre él comienzo a temblar, «esto está muy alto ¿y si me caigo?».

—Agárrate a mis escamas.

Obedezco, apretando mis muslos contra su cuello con todas mis fuerzas y agarrada a las afiladas escamas que tiene tras la cabeza. Una vez que estoy encaramada sobre el gran dragón, veo la vida de otro color, todo me parece insignificante desde aquí arriba, me siento increíblemente poderosa.

Arcan baja su gran cabeza lentamente, no puedo evitar temblar mientras miro hacia abajo, creo que desde esta distancia ya no me mataría, a lo sumo

me rompería las piernas solamente ¡qué irónico que eso ya no me preocupe!

El gran reptil negro avanza por la plaza de armas del castillo hasta llegar a la torre del homenaje, una vez allí me deja junto a una de las ventanas para que me introduzca por ella.

—¿Qué pretendes que haga? No puedo ponerme en pie sobre tu cabeza y saltar hasta la ventana —quiero llorar.

—Claro que puedes, incluso podrías aparecer dentro directamente, inténtalo —me anima entusiasmado moviendo su enorme cola.

—Ahora más que un dragón pareces un perrito ¿sabes?

—Muy graciosa, vamos.

—Como si fuese tan fácil —no pienso soltarme.

—Noa si no lo intentas, nunca lo conseguirás —insiste.

—No sé hacerlo, no sé cómo conseguirlo ¿por qué todos me decís lo mismo? —lloriqueo agobiada.

—Porque, al contrario que tú, confiamos en ti.

Acerca un poco más la cabeza hacia la ventana, hasta que mi pierna roza la fría piedra. Cierro los ojos con fuerza «lo voy a lograr, quiero estar ahí dentro» me repito. Y de pronto me encuentro flotando, es como si volara, de hecho estoy en el aire... ¿lo habré conseguido?

Abro los ojos de repente y ¡Zasca! El tremendo porrazo que me pego contra el suelo acredita una vez más que no me sé tele-transportar.

Permanezco tal cual he caído, paralizada, no quiero moverme para que no me duela nada, pues mi nivel rojo acaba de caer en picado también. Estoy casi sin fuerza y sin vida, y no se recuperarán hasta que no duerma porque la vida

tarda mucho en rellenarse.

Conclusión «no fiarte de los dragones».

Hablando del rey de Roma, no tarda en acariciarme con su gran hocico puntiagudo y escamado.

—¿Noa estás bien? —Indaga preocupado el dragón.

—He tenido momentos mejores, la verdad.

—¡Noa! —El aura dorado de Trok aparece rápidamente a mi lado —he sentido a Arcan preocupado y he venido corriendo.

El fortachón resplandeciente y musculoso desciende celestialmente desde la ventana por la que intentaba colarme hace un momento, para sujetarme delicadamente por la cintura y levantarme, cosa que me hace sentir mucho mejor al instante, aunque tenga todo mis huesos rotos.

Se agacha para rodear la parte trasera de mis rodillas con el brazo que tiene libre y cogermé así como a un bebé. Yo enseguida le rodeo su cuello con mis brazos y juntos nos elevamos gloriosamente hasta la ventana dichosa. Solo faltan algunos arcángeles revoloteando a nuestro alrededor y cantando a coro con pequeñas arpas.

—¡Noa, estás viva! —Suria corre como loca hacia mí, sufro su fuerte abrazo como miles de alfileres clavándose por todo mi cuerpo.

Todos se apresuran a acercarse hasta mí para comprobar por ellos mismos que estoy bien, y que soy yo de carne y hueso.

—Me alegro de verte criatura Noa —me da un puño en el brazo Cedrik, aguantando la sonrisa al ver mi mueca de dolor —eres la primera que se enfrenta a Azael y vuelve con vida.

«Ay Dios, qué equivocados están».

Killian es el único que permanece sentado en su silla, aunque no puedo negar que me siento aliviada al ver que sigue vivo, ya que la última vez que lo vi salía volando por una ventana.

—Chicos, tengo una mala noticia.

Todos se quedan paralizados al ver mi cara desencajada por el dolor.

—¿Qué ocurre Noa? —Pregunta Ágata.

Observo apesadumbrada cómo el ojo de Arcan asoma por la ventana para enterarse de todo.

—Ruffus... —no soy capaz de terminar la frase.

—¿Qué le pasa a Ruffus? —Pregunta Killian, ahora sí, levantándose y viniendo hacia mí.

—Ha muerto —tartamudeo mientras las lágrimas resbalan de nuevo por mis mejillas.

—¡No puede ser!

—¡Eso no es cierto!

—¡Seguro que es algún truco!

Todos intentan no creer lo que sus corazones ya han comenzado a asumir. Me observan incrédulos, buscando alguna respuesta alternativa en mis ojos, un halo de esperanza al que aferrarse, pero lamentablemente no encuentran otra que no sea la cruda realidad.

Suria se deja caer al suelo de rodillas, ella ha captado mi dolor al instante y es la primera que asume que es verdad lo que estoy diciendo.

—¿Cómo fue? —Pregunta entre sollozos.

Me siento en el suelo frente a ella y tomo sus patitas entre mis manos para intentar reconfortarla, como tantas veces ha hecho ella por mí.

—Gressim me lanzó una bola de fuego y él se interpuso entre el hechizo y yo para salvarme la vida... —rompo a llorar de nuevo.

—¿Gressim? ¿Y qué diablos hacíais Ruffus y tú con Gressim? ¿No te había capturado Azael? ¡Te creíamos muerta! —Cedrik no sale de su asombro.

El arquero nos tiende una mano a Suria y la otra a mí para que nos incorporemos y obedecemos. Todos nos dirigimos hacia una gran mesa donde tomamos asiento para que pueda contarles mejor lo sucedido.

—Efectivamente me capturó, vosotros lo visteis, pero cuando se disponía a matarme, nuevamente se arrepintió... Después fuimos a buscar a Ruffus al Palacio de Cristal y allí fue donde Gressim nos atacó por sorpresa, pero Azael acabó con el... —hablo atropelladamente porque todavía no he asumido todo esto, no creo ni que me estén entendiendo.

—Un momento —me interrumpe Killian con cara de estupefacción — ¿dices que Azael acabó con Gressim?

—Sí, así es, Azael intentó defender a Ruffus del ataque pero no llegó a tiempo, Gressim nos pilló totalmente desprevenidos cuando estábamos tan tranquilos bajo un hechizo de invisibilidad. Nos engañó vilmente, ya que en realidad el serafín nos estaba observando en todo momento —les cuento todavía algo asustada, pues creo que aún recorre una sobredosis de adrenalina mis venas.

—No es tan extraño Killian, al fin y al cabo Ruffus era el mago de Azael, es lógico que quisiera protegerlo —añade Ágata.

—No es nada lógico que dos serafines se enfrenten por proteger a un mago. Magos hay miles, serafines solo nueve —contraataca Killian.

—Ocho —le corrijo —y no hay ningún otro mago como Ruffus —le reprocho dolida.

—No comprendo el motivo por el que Azael ha matado a su hermano, solo se me ocurre pensar que lo haya hecho para despistarnos —murmura Ágata.

—Pero así se arriesgaría a despertar la ira del *Gran Máster* y supongo que será lo último que pretenda... —masculla Arcan desde fuera.

—Es muy simple —dice Cedrik —está utilizando a sus propios hermanos también, para él todos somos simples piezas de ajedrez y él es quien las mueve a su antojo.

«¿Saben lo que es el ajedrez?» bueno teniendo en cuenta que en varias excavaciones de la antigua Mesopotamia, es decir 4.000 años antes de Cristo, ya encontraron piezas de un juego bastante similar a éste, puede ser probable que en la Edad Media lo conozcan de sobra... y me apuesto el cuello a que aquí lo juegan de una manera mucho más original.

—Su máxima pretensión es acabar con el *Gran Máster* —continúa hablando el arquero —y la mejor manera es eliminarnos a nosotros primero, que somos los peones. Después irá terminando con los demás hasta llegar a la infranqueable reina, Ahura, y finalmente jaque mate al rey —expone Cedrik preocupado.

—¡Eso es absurdo! —Le contradigo —si Azael realmente quisiera terminar con nosotros tan solo tendría que parpadear para conseguirlo.

—¡No le resultará tan fácil! —Exclama Killian envalentonado.

—¿Ah no? Pues la última vez que te enfrentaste a él creo recordar que no opusiste demasiada resistencia —le reprocho enarcando una ceja y mirándole a los ojos. Nos odiamos mutuamente, está más que claro.

—Me pilló desprevenido, no pelea limpio, fue a traición, es un cobarde —se defiende colérico mientras los demás aguantan a duras penas la risa.

«Mira en eso de cobarde estoy de acuerdo con él».

—No importa lo que ocurriese Killian, Noa tiene razón, nosotros no significamos ninguna amenaza para Azael, y mucho menos ahora que Ruffus no está a nuestro lado, debe de haber algún otro motivo... —la aterciopelada voz de Trok acaricia mis oídos, apaciguándome.

Todos me observan pensativos. Se me enciende la bombilla.

—Ruffus le mostró la visión de las runas a Azael —les cuento.

Otra vez se arma el revuelo.

—¡Eso no es posible!

—¿Pero qué significa todo esto?

—¡¿Nos traicionó!?

De nuevo todos hacen preguntas y se revuelven nerviosos en las sillas.

—¿Ni siquiera os habéis planteado que Azael esté de nuestra parte? — Interrumpo sus elucubraciones.

Todos se quedan sin habla, han enmudecido de repente. Pareciera que hubiese dicho lo más descabellado del mundo, y puede que así sea.

—¿Te refieres a Azael? ¿El Rey de las Tinieblas? ¿El Señor del Mal? ¿Ese Azael que ha sido capaz de matar a su propio hermano a sangre fría, sin remordimientos? —Balbucea incrédulo Cedrik, ya que Killian ni siquiera es

capaz de cerrar la boca ante mi osada conjetura.

—¡Tú no sabes si tiene remordimientos o no, ni siquiera estabas allí! —
Exclamo enojada, porque estoy prácticamente segura de que sufrió al matarlo.

«Ay Dios, estoy defendiendo de nuevo a ese monstruo» me reprocho.

—En eso tienes razón, no estaba allí y por esa misma razón estoy haciendo un gran esfuerzo por creerme todas las invenciones que nos quieras contar... —alega Cedrik confuso.

—¡No estoy mintiendo!

—¿Y si Azael y tú estáis compinchados para acabar con nosotros? Podríais perfectamente haber matado a Ruffus y después a Gressim, pues era el único testigo, y de no ser así ¿por qué a ti te ha dejado con vida? ¿Por qué ha permitido que vuelvas con nosotros? —Killian demuestra de nuevo su fe ciega en mí.

«Estando ya en tal punto de desconfianza, decido obviar que fui testigo de cómo el mismísimo Gressim confesó la traición y que por eso doy fe de que Azael no sabía nada. Me resulta imposible imaginar que ambos estuviesen actuando... ¿no?

Ya sería demasiado retorcido pensar que estuvieran ambos serafines compinchados para acabar con nosotros y que Azael en el último momento traicionase a su hermano, porque de haber sido así a quien hubiese matado sería a mí y no a él... «¡vaya lío!».

—Tenéis razón, podría ser así, así que tan solo os queda fiaros de mí, cosa que ni yo misma hago —musito apenada.

—Noa yo confío en ti y sé que no mientes —Suria sale en mi defensa una vez más —percibo tu tristeza por la pérdida de Ruffus, el corazón no puede

mentir.

—Gracias Suria, no sé explicaros por qué a mí no me ha matado, yo tampoco lo comprendo. Cuando Ruffus y él conversaron dijeron que creían que yo era alguien especial, pero no sé a quién se referían ¡no entiendo nada!
—Lloriqueo.

—Noa Ruffus tenía fe ciega en ti y nosotros le debemos todo lo que somos a él, por eso mismo lucharemos hasta el último suspiro por tu causa — agrega Ágata dulcemente sin dejar de mirar a Killian, su pareja, que se debate entre largarse o estrangularme.

¿Mi causa?

No estoy segura de cuál es la causa, cuanto menos que sea mía, por no saber no sé ni quién es bueno, ni quién no... Quiero desaparecer, no sé qué hago aquí intentando defender al peor de todos los seres malvados que haya habido jamás en ninguna historia, cuando ni siquiera yo creo en su inocencia.

Desde luego resulta mucho más creíble la historia de Killian que la mía, he de admitirlo, pero esto es lo que me dicta el corazón. A lo mejor es una trampa y efectivamente me está utilizando para quitarse de en medio a los peones y así poder ir directamente a por lo que quiere, pero algo en lo más profundo de mi alma me dice que no es cierto, que él es bueno.

Trok se levanta y viene lentamente hasta mí sin apartar sus ojos de los míos, toma mi mano entre las suyas y así consigue inundarme de paz.

—Noa no siempre comprendemos las cosas que suceden —susurra mirándome fijamente a los ojos mientras yo muero de amor por él — tranquilízate y descansa, mañana lo veremos todo desde otra perspectiva.

Ni siquiera recuerdo haber asentido como respuesta a sus sabias

palabras, solo sé que me hallaba con los ojos cerrados y los labios dispuestos para ser besados, inundada por una paz desconocida, cuando sentí que posaba sus cálidos labios sobre mi frente y el resultado del casto beso fue encontrarme entre las sábanas de mi cama medieval... sola.

«¿Lo habré soñado todo?».

Durante la noche mis pesadillas están envueltas en un halo de color ámbar, todo a mi alrededor es caos, pero su mirada hace que de alguna manera me serene, que me sienta segura y en calma al tenerle cerca.

Así que empiezo a creer firmemente que mi sentido de la supervivencia está completamente atrofiado, ya que tengo la sensación de que Azael es mi protector, cuando debería huir de él porque es todo lo contrario.

«Noa» el eco de su potente voz pronunciando mi nombre hace que me despierte sobresaltada y sudorosa en plena noche. Me incorporo nerviosa para comprobar temerosa si está aquí o no.

Todo permanece oscuro y solitario a mi alrededor, no hay nadie en la gran habitación. Respiro con dificultad por la excitación del momento hasta que poco a poco voy recobrando la calma y vuelvo a recostarme dudosa en la cama, eso sí, tapándome la cabeza con las sábanas de seda.

Su voz parecía tan real... ¿Me estaré volviendo loca?

Capítulo 16



Vida: 100

Maná: 0

Fuerza: 20

Dinero: 12

Rango: 3

Incertidumbre: 500

—¿Y solo hay nueve serafines? ¿No pueden nacer más? —

Le pregunto intrigada a Suria mientras desayunamos las dos solas en el gran salón del castillo. Todos los demás están entrenando, o al menos eso me ha contado ella.

—En teoría no. Nadie lo sabe a ciencia cierta pero los serafines, como los ángeles, no tienen sexo.

No me interesa la típica historia de luchas entre el bien y el mal, me parece más interesante saber cosas sobre los serafines, son mucho más originales.

—¿Cómo que en teoría?

—Ahura es obviamente una hembra —me susurra a modo de secreto acercándose a mí por encima de la mesa.

—¿Quieres decir que Azael y ella podrían...? —Hago el gesto de *mete saca* con los dedos, uno en círculo y el otro introduciéndose en el primero, lo que provoca que ella se escandalice.

—¡Sh! —Me interrumpe rápidamente, tapando mis manos obscenas —no lo digas en voz alta, podrían oírte —mira nerviosa hacia todas partes.

—¿Quién?

—Siempre está oculto entre las sombras —susurra —nunca se sabe en qué criatura puede haber tomado forma, puede incluso transformarse en pájaro —me señala un pequeño ruiseñor que descansa apaciblemente en la ventana.

Solo de imaginarme a semejante bestia parda reencarnada en ese tierno pajarillo me produce risa, si acaso se transformaría en un buitre o una víbora, creo que las leyendas urbanas están haciendo bastante daño al Señor del Mal, o más bien a su ego.

—¿Realmente crees en todas esas tonterías Suria? —Le pregunto risueña, con ella es con la única que me siento libre de poder hablar sobre todo.

—Claro que sí Noa, no eres verdaderamente consciente del poder que alberga Azael, ni de todas las cosas horribles que lleva haciendo desde el

amanecer de los tiempos.

Guardo silencio porque en el fondo la creo.

—Pero aunque sea malvado estoy convencida de que está de nuestro lado, ya sé que os resulta imposible creerlo, pero mató a Gressim y quiso salvar a Ruffus, está claro en qué bando está, de no ser así me habría matado a mí también ¿no crees? —la tanteo.

—Si todo eso fuese cierto los demás serafines le darían de lado y Ahura reclamaría venganza, o al menos un juicio justo por cometer alta traición, no tendría escapatoria, ¿y todo para qué? —Agrega Suria.

—Pues para defender al *Gran Máster*, porque él también creyó a Ruffus al ojear la visión de las runas.

—Es prácticamente imposible que no estuviese al tanto de la rebelión Noa, él lo sabe todo, cada pensamiento, cada intención... ¿no lo ves? Te intenta llevar a su terreno porque sabe que eres muy importante para nosotros —insiste la ardilla, cosa que Ruffus también pensó en un primer momento.

—Pero si me intentase embaucar no me hubiese traído hasta aquí —luchó por no creerla aunque tiene mucho más sentido esa teoría que la mía, que por cierto, ni siquiera sé cuál es.

—Precisamente te ha traído para que nos convenzas de su inocencia, como estás haciendo, veo en tu corazón que lo crees inocente de verdad.

—¡Sí! No sé por qué, pero le creo —admito.

—Uno de sus grandes poderes es doblegar la voluntad de sus víctimas, las gentes de su reino cuentan que hace esclavos allá donde va y encima éstos le veneran, le aman, se sienten agradecidos por servirle... pero todo es una mera quimera, un embrujo.

—No puedo negar que lo que decís tiene mucho más sentido para mí que mis propias intuiciones Suria, así que solo nos queda esperar a que el tiempo nos dé la razón o nos la quite. Mientras tanto Azael ha jurado defender al *Gran Máster*, aunque sea en solitario.

Suria abre sus ojillos desmesuradamente ante mi afirmación.

—¿Él solo?

—Eso le dijo a Ruffus antes de que apareciese Gressim en escena, el mago le pidió que luchase junto a nosotros pero él se negó, le parecíamos poca cosa —me encojo de hombros.

Ella niega con la cabeza, pensativa. Finalmente me mira con los ojos entrecerrados.

—Supongamos por un momento que todo eso fuese cierto, es decir que esté de nuestro lado, Ahura lo habrá desterrado de su reino y él estará buscando la manera de volver, pues los portales para hacerlo estarán cerrados —continúa.

Que se plantee simplemente que eso pudiese ser una opción posible ya me relaja bastante, pues significa que me cree.

—¿Desterrado? —Yo no he dicho que le hayan desterrado en ningún momento, lo ha supuesto ella todo solita —¿para qué querría volver a su reino?

—Para proteger a su gente de la ira de Ahura.

—Alguien malo no hace eso... —he pensado en voz alta.

—Al principio Azael era el más poderoso, el patriarca de los nueve serafines, no tenía rival en velocidad, ni en fuerza, ni en magia, ni en estrategia... ¡en nada! Era el mejor de los nueve, el más justo y sabio, todos le

admiraban, junto a Ruffus se ganó el respeto de cada ser de los nueve reinos, desde el más pequeño al más grandioso, por eso ha estado gobernando sin que nadie le reprochase nada nunca. Todo era paz y bienestar hasta que algo cambió para volver su corazón negro. Tuvimos largos tiempos de hambrunas y guerras, aunque afortunadamente su reinado terminó y Ahura le suplantó, devolviendo la paz a los nueve reinos... Ahora es un paria social que vaga por ahí sin rumbo fijo haciendo maldades a su antojo, eso sí, siempre reclutado en su reino, del que no sale nunca. Por eso hemos supuesto, incluido Ruffus, que era él quien tramaba alzarse contra el *Gran Máster*, para recuperar de nuevo el poder —me cuenta.

—Y si no sale nunca de allí ¿por qué lo ha hecho ahora? —Pregunto.

—Dijo que había venido a matarte, aunque al final no lo hiciese, tú eres un obstáculo para su cometido, a no ser que te pongas de su lado...

Sí, esa parte ya me la sé.

—¿Qué provocó la caída de su reinado?

—Digamos que se dejó seducir por las artes malignas.

—¡No puede ser! Si él es el mismísimo Señor del Mal, la propia palabra indica que lleva intrínseca su maldad —esto es de locos, ¿por qué se sorprende de que sea maligno? Es absurdo.

—La existencia del Reino del Mal no implica necesariamente que en él todo sea malo, simplemente existe para equilibrar el Reino del Bien, donde tampoco todo es bueno. Si no has estado allí es complicado de entender, pero ya llegaremos —me explica.

—¿Entonces Azael antes era bueno? —No sé si estoy entendiendo todo o nada.

—Todos los serafines son seres de luz, no cabe en ellos la maldad, fueron creados para protegernos y guiarnos, eso es lo que creemos, por eso nos resulta tan difícil creer lo contrario. Nadie sabe a ciencia cierta si Azael alguna vez albergó bondad en su corazón, solo Ruffus seguía creyendo en él, a pesar de convencernos a nosotros de lo contrario, yo leía en su corazón que lo quería como a un hijo, aunque nunca lo comenté con nadie, tú eres la primera a la que se lo cuento. Se rumorea que Azael dejó de ser un ser de luz para convertirse en un ser oscuro y tenebroso por una mujer. Siempre tuvo un lado perverso que finalmente le doblegó.

—¿Una mujer?

—Solo Ruffus conocía la historia, siento no poder contarte nada al respecto.

Voy a intentar cambiar de tema, este no me gusta.

—¿Y puede morir? —Me dijo que era inmortal.

—Solo el *Gran Máster* podría enfrentarse a Azael o a Ahura, y de ser así, sí, podrían morir.

—¿Hablando de mí otra vez, es que no tenéis mejores temas de conversación? —Su voz ronca parece proceder del inframundo, pero en realidad proviene de mi espalda, calando hondo hasta en la última célula de mi ser. No sé explicarlo, es como si su esencia me hubiese atravesado el alma, se me eriza hasta el último vello del cuerpo.

Me he quedado petrificada, si consigue hacerme esto tan solo con su voz, no me quiero imaginar qué hará con el resto. Denota un aura de poder y grandiosidad. Oscuridad y misterio...

—A - Z - A - E - L... — Tartamudea Suria mirando espantada tras de mí

sin lograr cerrar la boca, rápidamente se apresura a taparse los ojos para no mirarle.

Una fuerza mayor que mi intriga, que ya es decir, me aprisiona para que no me gire a mirarle, me encuentro inmóvil en mi sitio, muriendo por verlo. Pero es inútil, no me lo permite.

«¡Dios, qué miedo!» pienso nerviosa.

«¿No te fiabas de mí?» pregunta irritado.

«Hasta que me abandonaste» replico.

—La Ley de *Catarsis* dictamina que toda criatura tiene derecho a... — balbucea Suria temblando de miedo.

—¡La Ley no sirve para nada! —Bufa interrumpiéndola.

Esta frase me acaba de demostrar que efectivamente ya no es el gran serafín defensor de la justicia y el bien que, según me ha contado Suria, fuese otrora.

—Avisad inmediatamente a los demás inútiles de que al anochecer volveré para ordenaros lo que tenéis que hacer —ruge totalmente enfurecido, haciéndome estremecer.

Creo que la ardilla se ha hecho pipí encima y yo también.

«¿Pero por qué no me permite mirarle?» me pregunto con una necesidad imperiosa por verle.

«Porque debes aprender a respetar a tus superiores, no volverás a mirarme nunca más, está prohibido para un mortal».

«Pero...».

De pronto siento un frío glacial, seguido de un silencio sepulcral.

Se ha ido. Lo sé porque puedo moverme de nuevo.

—Suria perdóname por ser el foco de todos los problemas —le digo a mi amiga, que todavía sigue tiritando de miedo frente a mí.

Me levanto de la mesa para marcharme, según voy avanzando hacia la salida, mi amiga me mira de reojo con cara de pena, pero no hace nada, como siempre, da igual donde nos encontremos, en qué planeta o en qué mundo, o en qué dimensión, si alguien tiene el poder, los demás lo único que hacemos es meter el rabo entre las piernas y obedecer.

—¡No me da la gana! —Grito dándome la vuelta.

Ella levanta la cabeza asombrada por mi repentina reacción.

—¡Vamos a luchar! —Grito.

Suria cree que me refiero a luchar contra él, aunque yo quiero decir que luchemos pero todos juntos, nada de un capitán al que obedecer.

—No podemos hacer nada contra él Noa, tan solo aguardar para ver qué nos propone, ha sido absurdo pensar que podríamos vencerle.

—Ya lo veremos —replico rabiosa.

Si éste se piensa que me va a tratar como a una esclava y que yo encima voy a estar encantada de la vida como hacen todos ¡lo lleva claro!

Capítulo 17



Vida: 100

Maná: 0

Fuerza: 20

Dinero: 12

Rango: 3

Ánimos de convencimiento: 0

En cuanto cae la noche nos miramos unos a los otros, nerviosos.

Hemos decidido reunirnos en la plaza de armas del castillo porque así Arcan puede estar presente, aunque deduzco que es bastante probable que también se deba a que en un espacio abierto se sientan algo más seguros ante un posible ataque.

«Pobres ilusos, si Azael les quisiera hacer algo, no importaría el sitio»

pienso mientras observo la mirada de pánico que le dedica Suria a Cedrik.

«Espero no tener que demostrárselo, si te comportas bien, tú y tus amiguitos saldréis ilesos» me advierte tajantemente su voz atronadora.

«¿Si me comporto bien? ¿Yo?».

«Los demás sé que lo harán, tú eres la única insensata» bufa con un tono severo que retumba en mis oídos.

Miro hacia todos sitios, buscándolo, pero no le veo. Todos comienzan a violentarse al darse cuenta de mi reacción.

—¿Qué ocurre Noa? —Pregunta Arcan mirando hacia el cielo.

—Está aquí —les indico.

—¿Pero dónde? No le vemos —murmura Trok también buscando por todas partes.

—No lo sé, tan solo sé que está cerca —mi cuerpo se ha puesto rígido como una roca y noto la adrenalina recorrer mis venas a un ritmo vertiginoso, mientras mi respiración se torna agitada.

—¿Cómo de cerca Noa? —Quiere saber Ágata casi temblando.

Una música de peligro inminente comienza a resonar de pronto en mi cabeza, cada vez más fuerte, por lo que imagino que debe de estar muy próximo.

—¡Silencio! —dictamina violentamente el gran serafín negro mientras descende de los cielos batiendo sus alas elegantemente.

«He aquí a la bestia parda» me burlo mientras pongo los ojos en blanco «mira que le gusta un drama...».

«¡Silencio he dicho humana!» truena en mi mente.

Mientras todos mis amigos retroceden varios pasos, yo permanezco inmóvil en mi sitio y no precisamente por propia voluntad, eso sí, antes de petrificarme ha tenido la decencia de girarme de espaldas a él para que no le mire a los ojos.

«¡Odio que me inmovilices!» protesto.

«Cuando me demuestres pleitesía te soltaré, hasta entonces te aguantas».

Presiento su aura cerca de mí, probablemente lo tenga detrás, ya que no puedo verle. Tan solo puedo observar frente a mí que el arquero y la ardilla tienen una expresión que denota de todo menos calma.

—¿Noa estás bien? —Pregunta Cedrik, sin dejar de apuntar a mi querido amigo, alias el Señor de las Tinieblas, con una flecha.

—Sí, me ha inmovilizado pero estoy bien, gracias —hablo en plan ventrílocuo al no poder mover la boca y quitándole hierro al asunto para que no se asusten más de lo que ya están.

—Criaturas de los seis reinos tenéis frente a vosotros a Azael, Señor del Mal —les informa en un tono de superioridad absoluta.

—¿Qué le has hecho a Ruffus? —Pregunta Killian casi interrumpiéndole.

—¡No oses dirigirte a mí de esa manera, insignificante ser de agua, o esta vez terminaré con tu vida sin miramientos! —brama Azael.

—Lo siento —lloriquea la rana.

«¡Qué lástima que me haya perdido eso!» pienso riendo para mis adentros.

«¿Quieres que liquide a este ser asqueroso?» me pregunta intrigado el serafín.

«¡Oh, no, por Dios, no, no, no, no, era una simple broma!» me apresuro a rectificar.

—¿Por qué está aquí, Señor? —Pregunta Ágata dulcemente.

—He venido a proponeros algo.

«Proponer... ¡ja!, más bien querrás decir decretar» me carcajeo yo sola, soltando un bufido «como si tuviésemos alternativa».

«¡Cállate de una vez! Tú eres la menos indicada para protestar, te he dado la opción de poder largarte cuando quieras, si no lo has hecho por algo será».

—¿Qué quiere proponernos, Señor? —Pregunta Arcan un tanto nervioso y violento.

Azael respira profundamente, por alguna razón no quiere que los demás sepan que nos comunicamos telepáticamente y por eso no puede expresar abiertamente su cabreo conmigo, aunque intuyo por su tono que le cuesta.

—Mi ayuda en la batalla a cambio de vuestra lealtad —nos comunica sin el menor rastro de emoción.

—¿A qué se refiere con lo de lealtad, Señor? —Le pregunta Suria sin mirarle, por eso deduzco que ningún otro le está mirando de frente —siempre hemos sido leales.

—Sí, ya lo veo... —protesta cabreado. —Yo os ayudaré a derrotar a mis hermanos a cambio de que vosotros me acompañéis a pedir audiencia con el *Gran Máster*, ése es el trato.

—Con el debido respeto, no entiendo qué gana con eso, Señor —añade Trok.

Carraspea molesto, mordiéndose la lengua una vez más.

—Como todos ya sabéis, mis hermanos planean una guerra para acabar con el *Gran Máster* y alzarse con el poder absoluto de *Catarsis*, todo ello a mis espaldas. De presentarme yo solo ante la *Puerta Sagrada* nunca me permitirían entrar, pues necesitaría un alma pura que me acompañase... no obstante, confío en que alguno de vosotros sea ese alma pura.

—¿Alguno de nosotros? —Preguntan todos intrigados.

—Yo, al igual que vosotros, confiaba en ese viejo mago —su voz se quiebra tan solo un instante, para todos resulta imperceptible, pero para mí no —sé que os escogió por algún motivo y uno de ellos supongo que será ése, uno de vosotros debe ser el alma blanca.

Todos murmuran entre ellos, nerviosos. ¿Qué será un alma blanca?

—¿Por qué no permite que Noa se mueva, señor? Necesitamos saber su opinión, ella es *la Elegida* de Ruffus —indica Killian.

—¡Ella no es nadie! —Ruge colérico.

«Pues para no ser nadie parece que el Señor del Mal me tiene bastante miedito»... Ni siquiera termino de pensarlo y ya me estoy arrepintiendo «¡joder Noa, deja de pensar!» me increpo a mí misma.

No me he dado cuenta de que tengo sus fulgurantes ojos ambarinos delante de mis narices, hasta que comienzo a hiperventilar...

«¡Jesús, si estoy flotando!» me asusto.

Me ha elevado del suelo para tenerme frente a frente, por supuesto Su Alteza no se iba a agachar.

«¿¡Miedo!? ¿¡Yo!? ¿¡¡¡Y de ti!!!?» se burla, aunque bastante enojado.

Le observo con detenimiento, lleva la armadura puesta al completo, incluida la de la cabeza y parece estar demasiado rígido, aunque su mirada denota una gran tristeza.

«Algo ha ocurrido» pienso.

Se remueve nervioso ante mi pensamiento, creo que le molesta enormemente que le entienda y mucho más que crea que en el fondo tiene algo más que oscuridad. Y ése es precisamente el miedo que le doy.

«Vamos a tener que renegociar nuestra posible asociación, ya que tú quieres mirarme a los ojos y yo odio que lo hagas —refunfuña —pero eso será más tarde, ahora tengo que convencer a tus queridos amiguitos con buenas palabras de que vengán conmigo hasta esa maldita Puerta» me cuenta intentando parecer sereno, aunque en el fondo se muera por despellejarme viva.

«Suéltame y hablaré con ellos» le propongo.

Me observa, mitad incrédulo mitad molesto, durante unos minutos y finalmente lo hace, me libera, aunque dejándome caer desde arriba para que me haga daño.

«¡Te odio!» le echo un mal de ojos mientras me levanto, acariciando mi pobre trasero lastimado por el golpe.

«Lo sé y me gusta».

«No pienses Noa, no pienses, no le contestes, no rumies nada, imagina el cielo, el mar en calma...» cierro los ojos con fuerza, obligándome a mí misma para no contestar, ya que en una de estas me va a descuartizar.

Inspiro. Expiro.

Abro los ojos.

—Chicos ya sé lo que opináis sobre Azael —me sitúo delante de él, colocándome en medio del círculo formado por mis amigos y él parece haber adoptado la postura de un gatito manso detrás de su mamá —sé que pensáis que él es quien ha planeado todo, incluso que yo estoy de su lado tratando de traicionaros... y lo respeto —carraspeo para que parezca verdad que respetaría tal sandez. —Seguramente si yo estuviese en vuestro lugar pensaría cosas peores. Pero os garantizo que yo no tengo nada que ver con este demonio, es más, nos repelemos mutuamente y no nos llevamos nada bien, de hecho os puedo garantizar que lo que menos me apetece en esta vida es tramar nada juntos... —intento no escuchar todas las recriminaciones que está vertiendo su voz en mi cabeza y continúo —yo solo sé que he jurado lealtad a Ruffus y por esa razón hasta el último suspiro que me quede lucharé por *Catarsis* y por su liberación.

«Muy emotivo» se burla.

Todos me observan atónitos.

—Tener a uno de los dos serafines más poderosos de nuestro lado no creo que nos venga mal ¿no? —les animo.

—Sí —musita Suria indecisa tratando de darme la razón.

—Sinceramente ¿alguno cree que llegaríamos a algún sitio estando solos? Ni siquiera conozco vuestros poderes, pero he visto actuar a los serafines y os puedo asegurar que acabarían con todos nosotros en menos de lo que canta el gallo —auguro.

—¿Crees que el Señor del Reino del Mal arriesgará su propia vida por la nuestra si se diera el caso? —Pregunta Killian receloso.

Me doy la vuelta para mirar los ojos naranjas del serafín, pillándole totalmente desprevenido, ya que pega un ligero respingo.

—No lo creo, lo sé —respondo firmemente —porque ya lo ha hecho.

Azael está muy sorprendido por mi respuesta, doy por sentado que nadie ha confiado en él nunca, al menos no por propia voluntad, sin necesidad de ser doblegado. Ruffus lo hacía ciegamente, pero no estoy segura de que ni siquiera él mismo lo supiese, además lo traicionó en el último momento y Azael permanecerá toda su existencia con ese rencor martirizándole. El hecho de perdonar al mago fue tan solo para que éste descansase en paz, no porque le absolviese de corazón. Y es por ese tipo de cosas por las que confío en su bondad.

—Noa Ruffus creía incondicionalmente en ti y por eso yo te seguiré allá donde vayas. Si tú crees en la inocencia de este serafín, yo creeré en él también —alega Suria dando un paso al frente de la mano de Cedrik, que me mira y asiente.

—Nosotros también te seguiremos y defenderemos con nuestra vida Noa —añade Trok junto a Arcan.

—Pues que así sea —sentencia Ágata dando ese paso también, a pesar de que su compañero no lo haga.

—¡Gracias chicos! Espero no defraudaros —estoy cagada de miedo.

Azael no deja de mirarme, está pensando en algo, pero no permite que lea su mente.

«¿Contento?» le pregunto.

«No sé qué se siente estando contento, pero si lo que quieres es conocer mi estado de ánimo, estoy muy satisfecho con tu actuación».

«Pero...»

—Criaturas —eleva su voz para no darme opción a réplica —mañana

será el último día de entrenamiento, debemos comenzar el viaje cuanto antes, preparaos como es debido para ello —ordena.

—¿¡Sólo un día!?! —Protesto —Ruffus me prometió que tendría cinco, no sé disparar bolas, ni siquiera sé recargar...

—Ruffus está muerto —me interrumpe bruscamente, sin ningún tipo de sentimentalismos —y ahora mando yo —observa mi cara de pocos amigos ante tal afirmación y por eso decide añadir —si permanecemos aquí más tiempo no tardarán en venir a buscarnos, no sois nada sigilosos —revoca.

—En eso tiene razón Noa, debemos marcharnos cuanto antes, hay que ir en busca de los magos para prevenirles, durante el viaje también podemos enseñarte cosas —me anuncia Trok, serenándome al acariciar mi espalda.

Los ojos de Azael se clavan en la mano del ángel al instante y noto cómo se tensa todo su cuerpo.

—Mañana último día —pronuncia furioso.

Abre sus inmensas alas y se eleva hacia los cielos rápidamente.

«¿Qué coño ha sido eso?» Me pregunto.

Todos nosotros nos vamos retirando hacia nuestros aposentos sin dirigirnos la palabra. Killian está muy enfadado, creo que quiere abandonar la misión aunque Ágata le intente retener. Cedrik y Suria parecen algo inquietos pero ellos se fían más de mí que los demás. Y el equipo formado por Trok y Arcan no parece demasiado preocupado, en realidad nunca se alteran demasiado por nada, tampoco ahora.

Entro en mi cuarto, abatida por este intenso día. Pensativa.

¿En qué pienso? En que no sé lo que me espera ahí fuera, en que no estoy preparada para enfrentarme a ello, en que espero que no ocurra nada malo,

aunque sé de sobra que eso es precisamente lo que va a suceder.

Pero sobre todo pienso en la razón por la que estoy en este maldito mundo y no la entiendo, aunque, a decir verdad, me ocurría lo mismo en el otro. Aún así, todo esto no me da ningún miedo porque ahora que Azael está a mi lado confío en que me mantendrá a salvo.

En cuanto me meto en la cama me pongo a roncar.

Capítulo 18



Vida: 100

Maná: 0

Fuerza: 20

Dinero: 12

Rango: 3

Miedo: 876.000

Cedrik me lanza una flecha, escucho su afilado silbido pasar a escasos milímetros de mi oreja y pretende que la esquive... ¡desapareciendo!

—¿Estás loco? —Le grito histérica —¡si quieres matarme no te cortes, pero encima no te burles de mí! —gesticulo exageradamente con mis brazos mientras intento esconderme tras una roca.

Estamos en otra escena de simulación, una vida virtual dentro de otra para entrenarme.

—Si no ves que realmente hay peligro, no te esforzarás en conseguirlo — me reprende.

—¡Nadie me ha explicado cómo se hace!

—Como conseguiste subir y bajar del árbol, solo debes desearlo.

«¿Y esto funcionaría también con un millón de euros?» se pregunta mi privilegiada mente, que en un momento de stress total, cuando cinco o seis seres a mi alrededor pretenden matarme, aunque sea virtualmente, ella piensa en dinero... muy útil.

Continúo agachada tras la roca y entonces una música demasiado conocida para mí empieza a sonar cada vez más alta, es la que aparece cuando hay algún problema. Entonces advierto un aliento en mi espalda, me giro para comprobar de qué se trata, pero no veo nada. Empiezo a ponerme muy nerviosa porque sé que hay alguien a mi lado, lo percibo.

—¿Quién está ahí? —Pregunto frenética.

—Dímelo tú —susurra lo que sea que esté a mi lado.

Entonces salgo corriendo hacia Cedrik, en busca de su ayuda, pues más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer, y éste me dispara una flecha directa al corazón.

Lo último que veo y que se queda grabado en mi mente son sus ojos, me llama la atención que no reflejen la más mínima compasión al verme morir.

De repente está todo negro, comienzo a caer hacia atrás, dejándome arrastrar por una gran pena que anega mi corazón. Es entonces cuando creo sentir a Ruffus junto a mí, que me alienta a seguir luchando. Aunque lo que sí

veo claramente son dos llamaradas anaranjadas que me increpan para que no me deje caer al vacío.

Y si alguien cree que sus palabras son de ánimo, se equivoca, es algo así como...

«¿Acabas de empezar y ya te han matado? Esto es mucho peor de lo que yo me temía» se queja Azael.

—¿Dónde estoy? —Mi voz resuena con un eco muy extraño.

Observo todo a mi alrededor, está completamente oscuro, estoy flotando en medio de la nada, no tengo cuerpo, soy etérea.

«Estás en lo que vosotros llamáis *más allá*, aunque a mí me gusta más *tierra de nadie* o *de los caídos*, como prefieras» parece que se está incluso divirtiéndose.

—¿Pero entonces me he muerto de verdad? ¿¡Cedrik me ha matado!?

«Exacto. Y tú no has opuesto la menor resistencia, así que vuelve ahí ahora mismo y demuéstales a todos esos inútiles que eres digna de luchar a mi lado» ruge.

No me da tiempo a quejarme. Todo vuelve poco a poco a recobrar su luz habitual y yo entro en mi cuerpo de nuevo, ése que lleva un tutú y unos tacones infinitos de aguja. Miro mis niveles para comprobar anonadada que se encuentran intactos.

Ahora aparezco al lado de un riachuelo, rodeado de árboles y unas flores de colorines muy divertidas, todo es precioso, pero hay algo que no me gusta, siento un bienestar inusual, como si alguien me estuviese obligando a estar demasiado *happy*...

—¿Suria? ¿Eres tú?

De pronto una llamarada enorme, casi de la altura de los árboles, cubre por completo mi campo de visión y vuelvo a sentirme flotando en medio de la nada.

«¿Otra vez estás aquí? —Brama colérico —¿qué has aguantado, un segundo?» Azael está realmente enojado.

—No sé ni lo que ha pasado, creo que me he achicharrado —me excuso.

«Si no eres capaz de ver venir a un dragón de diez metros, vamos mal».

—¿¡¡Ha sido Arcan!!? ¿Pero dónde estaba? No lo he...

El serafín niega con la cabeza, no se anda ni despidiendo, me envía de nuevo a otro sitio.

Esta vez estoy en una especie de desierto, no tengo nada a mi lado, ya que la piedra más cercana está a kilómetros, todo es arena, se asemeja bastante al Gran Cañón del Colorado, aunque esta arena es mucho más amarilla.

«¿Y ahora dónde leches estoy?» me pregunto intrigada mirando hacia todas partes.

Avanzo unos cuantos pasos y una música ya de sobra conocida, que titularé *Peligro Noa*, empieza a sonar cada vez más alta.

«Otra vez la musiquita de las narices» es que me pone nerviosita.

Me detengo en seco y retrocedo un paso, deja de sonar. Pongo el pie hacia delante y suena de nuevo. Atrás y silencio.

«Ups, aquí estoy a salvo, vale».

Desando lo andado, caminando en la dirección opuesta al peligro durante un buen rato, pero no parece que suceda nada interesante, aparte de ver unos cuantos cactus y lagartos adormilados.

Cuando me he aburrido de andar sin rumbo decido sentarme en un pequeño cuadrado azul que tengo a mi derecha. Sí, he dicho que hay una especie de cubo flotante azul en medio del desierto, pero hace tiempo que no me sorprende por nada. En cuanto planto mis posaderas sobre el cubo celeste, una luz del mismo color me envuelve.

«Ay madre, ¿habré liado alguna?».

Cierro los ojos rápidamente, a la vez que los cubro con el antebrazo, porque la luz me resulta cegadora y cuando los abro de nuevo descubro atónita que ¡me encuentro en las mismísimas cataratas de *Havasu!*, o al menos en una réplica bastante fidedigna de éstas.

—¡Ostras! —Se me escapa —¿estoy en el paraíso?

Una gran cascada de más de treinta metros de altura se precipita fastuosamente frente a mí, formando un inmenso lago del agua azul más turquesa que haya visto nunca y un montón de árboles, demasiado verdes para ser reales, rodean esta sublime escena.

—Esto es lo más hermoso que he visto en mi vida —suspiro impresionada.

—No tanto como tú, preciosa.

Me giro rápidamente, sobresaltada al escuchar una voz ronca a mi espalda. Entonces comienza a sonar una música romántica que casi me hace levitar.

«No fastidies»...

Y ahora, teniendo en cuenta todo este idílico marco, no sé muy bien cómo describir lo que tengo ante mis ojos, pero más que nada porque mi cerebro no es capaz de volver a funcionar, si es que alguna vez lo hizo, se ha quedado en

shock, al igual que el resto de mi cuerpo. No soy capaz ni de parpadear.

«¡Un momento! ¡Yo conozco a este tío! ¡Estuvo una vez en mis sueños metiéndome mano! ¡No puede ser posible, debe ser una especie de espejismo, estoy casi segura de que se trata de otra prueba! Mi subconsciente le habrá creado, sí eso habrá sido, y ahora le ha traído hasta aquí... pero parece tan real».

Se trata de un hombre, suponiendo que lo sea, aunque al menos lo parece, todo sea que de pronto se transforme en babosa o algo así. No podría decir que sea musculoso porque eso se quedaría muy corto, su cuerpo está más bien esculpido a fuego, o cincelado por algún tipo de dios escultor.

«Es que tengo una imaginación muy fructífera, ya que es una fantasía sexual, pues que tenga de todo, que no le falte de nada al pobre hombre ¿no?» comento conmigo misma.

Tiene unos hombros anchos, perfectamente torneados, unos brazos gigantescos y poderosos, en los que se marca cada vena. A pesar de su bronceado, se distinguen en ese pecaminoso cuerpo numerosos tatuajes. Sus manos son también grandísimas...

Bajo la mirada descaradamente para descubrir que su torso es algo más que perfecto, seguramente podría frotar ropa para lavarla en ese abdomen de lo duro que debe estar. Todo en su cuerpo está tan definido y marcado que hasta hace daño a la vista, sus abdominales, sus oblicuos, sus pectorales, sus muslos firmes... ¿y su culo?

«Ay Dios Bendito no puedo seguir mirándole así ¡cómo me está poniendo! Lo peor de todo es que se me vienen a la mente las escenas lujuriosas que vivimos juntos y me estoy sobrecalentando».

Me tapo la cara con ambas manos y automáticamente me giro para darle

la espalda, me da igual que me mate o que me haga lo que sea, pero me niego a seguir babeando delante de este extraño, aunque sea virtual tengo mi dignidad.

—¿Sucede algo muñeca? —Pregunta a mis espaldas.

«Sí, que estoy en el paraíso junto a un ser divino» pienso tremendamente avergonzada.

—¿Y dónde está el problema?

—No, no hay ningún problema, está todo bien, gracias —tartamudeo.

De pronto experimento un calor repentino en mi cintura y pego un respingo al descubrir que se trata de su mano, me giro de nuevo para tenerlo de frente.

—Pues no lo parece —susurra en mi oído, agachándose para hacerlo.

Entonces levanto la vista para mirarlo a los ojos y sufro un impacto brutal, ya que hasta ahora sólo me había recreado en su pecaminoso cuerpo, que por cierto, está cubierto únicamente por una especie de tapa rabos negro cortito, pero ahora descubro asolada que su rostro es más escandaloso aún.

«Es... perfecto... joder...» babea mi subconsciente encandilado.

Para empezar es moreno, tiene el pelo negro, brillante, de un color azabache precioso y ahora mismo lo lleva despeinado a lo loco, realmente me entran ganas de agarrarme a ese pelo con todas mis fuerzas para... ¡ejem!

Lleva una barba de tres días demasiado sexy para mi cordura, que además esconde unos hoyuelos asesinos de castidad, todo ello enmarcado en una mandíbula ancha y cuadrada que derrocha masculinidad por cada poro. Sus dientes son más blancos que las perlas y terminamos la obra de arte con sus ojos... ¡ay Dios qué ojos! No podría definir exactamente de qué color son, ya que poseen una mezcla entre marrón y anaranjado muy extraña, además

expresan una viveza y una chulería que no se puede aguantar. ¡Éste en Cádiz triunfaba!

«Noa intenta parecer una persona normal y adulta, que no se dé cuenta de que te mueres por sus huesos» me reprendo mentalmente.

—¿Quién eres? Bueno, antes de eso ¿qué eres? —pregunto atolondrada, aunque me avergüenzo enseguida de mi indiscreción y me apresuro a añadir — en fin, no es que te esté llamando *cosa* ni *ser*, ni nada raro, es que aquí todos sois... algo. ¡Ay, perdón! —me tapo la boca con ambas manos «sí, cierra el pico que calladita estás más guapa, anda bonita» me riño.

Él suelta una risotada que hace estremecer hasta el último rincón de mi alma. En serio, nunca antes me había sentido así, tengo toda la sangre concentrada en un solo lugar, sería capaz de pedirle sexo ahora mismo, incluso suplicárselo de rodillas, si solo con mirarle estoy al borde del orgasmo... ¿pero qué narices me está pasando?

—Esa información no me está permitido desvelártela, prueba con otra pregunta —susurra con una voz peligrosamente erótica, mientras enrolla delicadamente un mechón de mi cabello en su dedo.

Permanecemos unos instantes mirándonos uno al otro y miles de escenas subidas de tono pasan por mi mente. Finalmente me obligo a romper ese hechizo que inevitablemente se ha creado entre nosotros.

—Esto es un sueño ¿a que sí? —me dirijo al cielo hablando sola — ¡Claro! Habéis escogido al tío más bueno del planeta, con el que ya había soñado en alguna ocasión, para ponérmelo aquí delante, justamente en medio de unas cascadas paradisíacas y encima ¡vaya casualidad que estén desiertas! ... —hago aspavientos exagerados con mis brazos.

—No es ningún sueño, soy real —abre sus brazos y se gira lentamente

para que le mire, o más bien para que admire su perfecto cuerpo... y sí, el culo y la espalda son igual de perfectos, o más, que el resto. —Sé que suelo provocar esta reacción en las mujeres, es normal, no te preocupes —sigue sonriéndome de manera embaucadora.

—No soy tonta, eres alguna especie de prueba, hasta ahí llego, pero no comprendo exactamente qué es lo que debo demostrar —aparte de que cada parte de mi cuerpo se muera por tocarlo.

—Lo único que me gustaría que me mostrases es cómo te vuelves loca de mil formas distintas debajo de mí.

«...» vale, me he quedado muda.

No me da tiempo a seguir con mi retahíla de cosas que no cuadran en la escena porque unos labios carnosos y sedosos se pegan a los míos sin titubear. Unas manos enormes y firmes envuelven mi cadera, rodeándola casi por completo, a la vez que me atrae hacia sí con gran ímpetu, lo que me hace sentir una gigantesca erección contra mi bajo vientre. Todo en él es puro fuego y yo me quemo inevitablemente en su infierno.

Su lengua aterciopelada entra en acción enseguida, haciendo que mi entrepierna se torne líquida y se me escape un gemido de placer.

«Esto no me puede estar pasando».

No se detiene, sus besos están cargados de lujuria, nunca jamás me han besado así, reclamando hasta mi última gota de pasión y por supuesto nunca antes había sentido correr la sangre por mis venas de esta manera. Me está volviendo loca, me está haciendo suspirar, pues mi respiración se ha transformado en jadeos sin darme ni siquiera cuenta...

Un increíble orgasmo se apodera de mi cuerpo por completo y recorre sin

mesura cada rincón. No es un orgasmo normal, es algo superior, súper potente, jamás había sentido algo así, esto sí que es una experiencia religiosa...

—¡Joder! —Exclamo extasiada contra sus labios.

¿Se habrá dado cuenta?

Cuando consigo abrir los ojos me topo con los suyos, que me observan reflexivos, siento todavía una de sus manos rodear mi nuca con fuerza.

—Eso... ha estado muy bien —musita realmente extrañado. De pronto ha pasado de ser el hombre más seguro de sí mismo, a ser el más confundido. Sin ni siquiera conocerle yo diría que se encuentra completamente descolocado.

No soy capaz de articular palabra, me muero de la vergüenza.

«No sé si acabo de tener un orgasmo virtual, besos simulados, o esto tan solo es otra maldita fantasía sexual, producto del gran estrés al que estoy siendo sometida... aunque me da igual, el caso es que daría todo lo que tengo porque este hombre me cogiese ahora mismo entre sus potentes brazos y me empotrarse contra las rocas que tengo a mi espalda».

Él intenta retener una risa, pero falla estrepitosamente porque aparecen sus hoyuelos sin quererlo y se eleva una de las comisuras de sus perfectísimos labios, consiguiendo así una sonrisa de medio lado más que sexy, arrebatadora.

—Me alegro de que te haya gustado —dice mojando su labio inferior lentamente con la lengua para terminar mordiéndolo —mis ojos no logan apartarse del músculo húmedo por más que lo intento.

Me separo de él bruscamente. Obviamente me está provocando y yo soy de mecha corta si se trata del hombre más guapo del universo.

—¿Qué ocurre? —Pregunta divertido, mientras yo comienzo a caminar en

la dirección opuesta a él para marcharme. Como es una fantasía no creo que se tome mal mi desplante.

—Debo irme, tengo muy poco tiempo para...

—¿Para qué... Noa? —me interrumpe.

«Ay Jesús, si vuelve a pronunciar mi nombre así tendré otro orgasmo».

—Para...

¡Un momento!

Me detengo en seco.

Me giro y clavo mis ojos en él...

—¿Cómo sabes mi nombre? —Quiero permanecer serena pero es que le miro a los ojos y muero de amor.

Él continúa impertérrito, con las manos sobre su cadera, marcando cuerpazo, eso sí, con una gran sonrisa triunfal en sus labios.

—¿Qué ocurre, ya no te impresionan mis perfectos abdominales? —Se acaricia su duro abdomen y saca pecho, mientras me observa con lascivia.

«¡No puede ser posible! ¿También me lee la mente?».

Sin darme cuenta de cómo, una gran bola de fuego sale disparada de mis manos a toda velocidad hacia él, pero la esquivo en el último momento.

—¡Muy buena! —Aplaudes risueño.

—La próxima vez acertaré, has jugado con ventaja ¡sabías lo que estaba pensando! —Exclamo nerviosa, amenazándole con el dedo.

—No entiendo tanto alboroto por un simple beso... ¿y si te hubiese hecho caso y te hubiese... cómo has dicho? ¿*Empotrado* contra las rocas?... —se

mofa.

—¡Te odio! —Grito con todas mis fuerzas, cerrando fuertemente mis puños.

—Eso me pone mucho más cachondo —se relame de una manera muy primitiva, devorándome con sus peculiares ojos, lo que provoca que yo apriete mis muslos —si quieres puedo empotrarte contra otra cosa...

—¡Y una mierda! ¡Como te acerques a mí te arrancaré los ojos! —le amenazo.

Merodeo por la orilla de arriba a abajo, mirándole con rabia, nerviosa, inquieta porque no sé cómo llegar hasta él, pues ha volado y se encuentra sobre una gran roca en medio del lago.

«Justamente ahora no me sale eso de teletransportarme, cuando más lo deseo, mierda».

—¿Tú? Lo siento pero no creo que pudieras hacerme daño, eres demasiado pequeña —se carcajea.

—Si tan insignificante soy para ti ¿por qué te alejas tanto? —le reto.

Entonces, en menos de un segundo le tengo justo delante de mis narices de nuevo, me agarra por las muñecas con fuerza, llevándolas a mi espalda y avanza conmigo sujeta así hasta que choco contra las famosas rocas, cosa que le hace sonreír.

—¿Así es como te lo imaginabas? Puedo cumplir todos tus deseos Noa... —ronronea sensualmente.

Me retiene contra mi voluntad sin ningún tipo de esfuerzo por mucho que forcejeo, está mirándome fijamente a los ojos y cuando menos lo espero vuelve a besarme con el mismo deseo que antes. Pero esta vez no me dejo

embaucar y le muerdo el labio sin contemplaciones hasta hacerle sangrar, así que se aparta extremadamente cabreado, aunque sin soltar todavía mis muñecas. Su sangre sabe muy... dulce.

—Te advierto que no me van los juegos sucios, tigresa —se acerca de nuevo hasta meter su rostro entre mi pelo, inspira mi aroma con delicadeza y me susurra al oído —pretendía follarte como nunca hubieses creído posible, pero has perdido la oportunidad.

—¡Ni en tus sueños! —Grito colérica, revolviéndome entre sus brazos, aunque he de confesar que también terriblemente excitada.

Intento golpearle en su perfecto rostro en cuanto suelta mis extremidades, pero en una milésima de segundo desaparece y doy un bofetón al aire.

Nada. Ni rastro.

No está.

«Ha sido una alucinación, seguro» pienso mientras intento recobrar la cordura.

De repente la gran cascada se abre por la mitad para que un majestuoso Azael aparezca tras la espectacular cortina de agua, batiendo sus alas. Una música de esplendor resuena en mi cabeza, como si los ángeles tocasen trompetas para anunciar su presencia.

El serafín me observa de brazos cruzados, muy relajado desde las alturas.

—¿Así es que estabas aquí? —me recrimina —no te encontraba por ninguna parte ¿es que nadie te ha explicado que no debes usar los portales?

—Nadie me ha explicado nada —refunfuño todavía despechada.

—Las figuras geométricas de colores te trasladan a sitios al azar dentro

del mismo reino, podrías haber aparecido en algún lugar peligroso, no las utilices sin previo conocimiento del medio —argumenta muy serio.

«Bueno, tampoco ha estado tan mal, he conocido al hombre más perfecto del universo y nos hemos besado bajo una cascada paradisíaca...» decido obviar lo del orgasmo al ser consciente de que está leyendo mis pensamientos.

—¿A quién has conocido? —pregunta extrañado, mirando a mi alrededor.

—No me ha dicho su nombre —me encojo de hombros.

—¿Y le has besado?! ¿No sabes que podría ser nuestro enemigo y matarte? ¡Eres una inconsciente! Debes tener más cuidado, la misión está en juego, deja tus instintos básicos para después —suena realmente enojado.

—¿Acaso estás celoso, Azael? —pregunto tomándole el pelo.

«No contestes, contrólate, no debe saber lo que es capaz de provocarte, eres el maldito Señor del Mal, no vas a permitir que una simple humana juegue contigo de esta manera»...

Abro los ojos desmesuradamente, estoy escuchando los pensamientos que tiene consigo mismo, cosa que no me había sido posible hasta ahora ¡qué fuerte!

Lo que opino sobre sus cavilaciones prefiero no comentarlo, ya que es evidente lo que provoco en él: ¡un cabreo de campeonato! Al igual que él en mí, por supuesto, es odio mutuo y sin tapujos.

«No digas nada Noa, éste es un as que debes guardarte bajo la manga, piensa en... ¡piruletas!».

Entonces entorna sus ambarinos ojos.

—¿Qué son las piruletas y en qué no vas a pensar? ¿Ha ocurrido algo más

con ese hombre? —Ahora sí que le pica la curiosidad.

Me doy cuenta de que intenta leerme la mente y noto cómo me estimula para que le conteste, pero me concentro en no hacerlo.

—Si vienes aquí te lo explicaré —le propongo para romper su plan de sonsacarme.

«No voy a caer en un truco para niños. Eres demasiado débil, no tienes voluntad, ni siquiera estás superando las pruebas más sencillas. Me pregunto qué diablos vería Ruffus en ti» suena tremendamente decepcionado.

No sé qué decir, tiene razón en todo, me ha pillado, pero no pienso consentir que me humille más aún.

—¡Vete al infierno! —Le grito mientras me giro para emprender mi camino hacia ninguna parte.

—Eso es lo que intento —responde.

Cuando llevo mucho tiempo andando, creo que dando vueltas sin ningún sentido, escucho:

«Nunca podrás huir de ti misma» me recrimina.

«Pero sí de ti» bufo.

Capítulo 19



Vida: 100

Maná: 10

Fuerza: 20

Dinero: 12

Rango: 5

#Quierounautógrafodemifantasiasexualen...#

Cae la noche, estamos todos sentados alrededor de la mesa, cenando en el castillo. He aparecido aquí de repente, supongo que el señor detestable me ha rescatado de mi insustancial viaje sin rumbo.

—Noa ¿cómo ha ido el día? —me pregunta Cedrik mientras mastica una

patata asada con la boca abierta.

—De sobra lo sabes traidor, por cierto ¿te sentiste bien al matarme? —le contesto todavía irritada por haberme clavado aquella flecha sin piedad.

—¿De qué me estás hablando? —deja de comer —no te he visto en todo el día, nosotros hemos permanecido en el castillo preparándonos para el viaje.

—¡No te hagas el tonto Cedrik, eras tú! Tranquilo, no soy rencorosa, con un simple *lo siento* me bastará.

—Lo siento, pero no voy a pedir perdón por algo que no he hecho —insiste.

—¿Acaso tienes un hermano gеме... —me interrumpo al caer en la cuenta de quién podría estar detrás de eso.

Me levanto de la silla para dirigirme hasta la ventana y preguntarle a Arcan si él me fulminó con sus llamas.

—De ninguna manera haría tal cosa Noa —me responde serenamente.

—¿Ni siquiera para entrenarme?

—Hay otras formas —niega tranquilamente con su gran cabeza escamada —¿para qué me serviría matarte?

«Para muchas cosas que sin hacerlo no hubiese descubierto nunca» me contesto a mí misma, entendiéndolo todo de repente.

Entonces vuelvo a mi sitio, esta vez sin ganas de comer. Todo el tiempo ha sido él quien ha estado conmigo, transformándose a su antojo.

—¡Ey Noa, alegre esa cara! —me alienta Suria —no sé qué es lo que habrá hecho tu original entrenador hoy, pero ha dado un buen resultado, mira tus niveles ¡dice Ágata que has subido de rango!

—¿Mi entrenador? ¿Qué quieres decir? —observo sin ganas los rectángulos sobre mi cabeza —yo los veo iguales.

—No son exactamente iguales —indica Ágata —has añadido más capacidad al maná y a la resistencia.

—¿Tú puedes ver mis niveles? —le pregunto.

—Es uno de mis poderes —asiente —durante un breve instante puedo ver los niveles de los demás, suelo hacerlo cuando estamos en modo reposo, ya que me consume demasiado maná y no hay que malgastarlo.

—¿Y cómo es posible que haya subido de rango, si lo único que he hecho hoy ha sido cambiar de escenario donde morir una vez tras otra? —«aparte de tener un orgasmo, claro».

—No dejas de sorprendernos con tus magníficas habilidades —ironiza Killian.

—Yo también te quiero sapo asqueroso —despotrico sin ni siquiera mirarle.

De pronto se arma un gran revuelo, todos se levantan e interceptan a la rana para detenerla. Yo no me doy cuenta de nada, me he quedado petrificada en mi sitio. Entonces descubro justo delante de mis ojos, a un centímetro de distancia aproximadamente, un cuchillo flotante apuntándome.

Desvío la mirada del cuchillo un momento para comprobar que la rana está tendida en el suelo, no sé si inconsciente o muerta, y todos mis amigos me observan con el rostro desencajado, literalmente muertos de miedo.

—¿Qué su-ce-de? —balbuceo sin pestañear, todavía amenazada por el arma.

—Lo has detenido —masculla Trok.

Entonces el cuchillo que flotaba delante de mis narices cae al suelo haciendo gran ruido al colisionar contra la piedra.

—¿Lo he hecho yo? —no he hecho nada, ni siquiera lo he visto venir, cuanto más para detenerlo.

Ágata mira hacia el techo, obnubilada por algo.

—Acabas de subir de rango otra vez Noa —me informa la mariposa.

—¡Eso es maravilloso! —aplaude Suria orgullosa —aprendes muy rápido.

—¿Y si no lo hubiese detenido? —Pregunta Cedrik —¿y si ese cuchillo hubiese llegado a su destino? Killian no puede seguir con nosotros, ha roto su juramento.

Ágata y yo cruzamos nuestras miradas, no entiendo nada.

—Es por su bien Ágata, si Azael se entera de esto le matará —le explica Trok a la mariposa, posando su mano sobre el hombro de ella amablemente.

—¿Killian ha sido quien me ha lanzado el cuchillo? —No lo puedo creer, por muy mal que le caiga, no sospechaba que su animadversión llegase a tales límites.

—Así es —asiente Cedrik.

—Está bien, yo me encargaré de todo —asume Ágata cabizbaja para después girarse hacia mí —ha sido un honor conocerte Noa, aunque no pueda acompañarte en este viaje, te deseo la mejor de las suertes, quiero que sepas que confío en ti.

—¿Y no hay otra manera? ¿Por qué no puedes venir? —pregunto apenada.

—Siempre luchamos en parejas, nuestros poderes se complementan. No podemos dividirnos porque no seríamos tan poderosos, al permanecer juntos nuestros niveles se duplican —me explica apenada.

Todos parecen indecisos ante la decisión de la mariposa, porque si ya de por sí éramos pocos, ahora que se retiran dos... ¡madre mía! No llegaremos ni a la vuelta de la esquina. Aunque, por otro lado, es la decisión más razonable pues no puedo viajar con alguien que quiere matarme a cada segundo.

—Nos dividiremos.

La imponente voz del oscuro serafín hace que todos nos giremos hacia la puerta de entrada, donde aparece, por primera vez desde que le conozco, sin armadura. He de admitir que me he puesto algo nerviosa al escucharle, pues desde nuestra discusión en la cascada no he vuelto a verle.

Mis ojos se resisten a mirarle, pero una vez más me traicionan para hacer una curiosa expedición por su cuenta y riesgo, recorriendo el cuerpo de Azael sin recato ninguno.

Todo en él es músculo y más músculo. Su piel tiene un color ligeramente rojizo. Lleva una especie de hombreras plateadas gigantescas, con pinchos de metal. Unas correas de cuero negro se cruzan en su pecho y una pequeña calavera plateada con cuernos adorna esta intersección.

Sus manos están cubiertas por algo similar a lo que lleva en los hombros que le cubre hasta los codos, imagino que recibir un puñetazo de esos debe terminar con la vida de cualquiera. Sus ojos están rodeados siempre por una franja negra a modo de antifaz tétrico, creo que es un tatuaje. Su pelo es oscuro, ligeramente ondulado y largo hasta los hombros. Lleva una especie de cinturón enorme de acero del que sale una falda a tiras de cuero negro, parecida a las romanas, pero en una versión mucho más viril.

Lo que más llama mi atención es la cantidad de tatuajes que decora su cuerpo casi por completo, cada vez que los miro me parecen distintos.

«¡Mamma mía, es pura fibra!... ¡que no pienses!» me recrimino a mí misma al instante.

Él niega con la cabeza y hasta parece que ahoga una sonrisa, aunque supongo que serán imaginaciones mías, porque los demonios no se ríen.

«Creo que estás excesivamente falta de cariño».

«¡No me provoques!» gruño.

«Gracias a mi provocación de hoy has aumentado dos rangos, deberías estarme agradecida».

«¡Oh, ya lo creo, te estoy enormemente agradecida por haberte burlado de mí».

«Yo no...».

—¿Qué quiere decir con que nos separemos, señor? —pregunta Trok interrumpiendo nuestra disputa mental.

Él me dedica una última mirada reprobatoria antes de contestar al apuesto ángel.

—Si esa rana inmundada vuelve a atacar a mi compañera me veré obligado a matarla, aún así la necesito, al menos hasta llegar a la *Puerta Sagrada* —«aunque mucho me sorprendería que él fuese el alma blanca» gruñe.

—¡Un momento! —Los interrumpo —¿por qué tengo que ser yo tu compañera? Ni siquiera me lo has pedi...

—¡Porque lo digo yo y punto! —Bufa enojado, y al hacerlo, el eco de su voz resuena por todas las paredes de piedra del castillo, entonces decido que

mejor me callo... por ahora.

—Os doy la libertad de elegir los equipos, eso me es completamente indiferente. Mañana en cuanto se haga la luz, todos estaréis en el *Pozo del Destino* ¿entendido?

—Sí Señor —contestan todos al unísono, todavía muertos de miedo por su bramido.

«¿He preguntado que si lo habéis entendido?» protesta en mi conciencia.

«No te escucho» miro hacia otro lado, sin hacerle caso.

Entonces siento cómo de pronto una gran fuerza envuelve mi cintura y me saca volando por la ventana, una vez fuera me sujeta por los tobillos para darme la vuelta y dejarme con la cabeza hacia abajo.

Cuando me quiero dar cuenta, me encuentro gritando como una chiflada en medio de ninguna parte, lo único que veo son copas de árboles, está todo muy oscuro. Menos mal que no he comido gran cosa porque lo hubiese vomitado todo.

—¡Vas a aprender ahora mismo a obedecerme! —Truena su voz a mi espalda.

—¡No pienso obedecerte! ¡Jamás! —Grito enfadadísima y un tanto incómoda, ya que al estar boca abajo, el maldito tutú se va resbalando hacia mi pecho y se me ve todo el culo, aunque tenga el *culotte*, esta postura no es nada digna y mucho menos para enfrentarse al Señor del Mal.

—Eso habrá que verlo, como me sigas provocando te arrojaré contra las piedras de ahí abajo —me amenaza.

—Da igual, puedo volver, tengo muchas vidas —respondo chulesca.

—¡Ah! ¿Con que eso crees? Pues siento ser yo el que te informe de que estás muy equivocada, solo puedes volver en los simulacros, no en la vida real.

«¡Ostras! Eso ya me da más miedito...» pienso asustada, aunque si esto es la vida real...

—¡Mientes! —le provoco.

—Olvidas que leo tu mente —alega levantando una ceja.

Pillada.

«Joder, tiene razón, para variar... ¡lo odio! Odio todo lo que tiene que ver con él, me saca de quicio como nunca antes había conseguido nadie, yo nunca me enfadaba hasta que...».

—No me importa lo que sientas por mí, humana, lo único que pretendo es que me obedezcas y hasta que no me jures pleitesía no pienso bajarte de aquí —me increpa realmente enfadado.

«No entiendo por qué no la someto con un hechizo de obediencia y así termino con todos mis problemas, ya ha rebasado de sobra los límites. Aunque, si he de ser sincero conmigo mismo, en realidad... me gusta que sea así. Es valiente y su corazón denota una gran nobleza. Bajo el embrujo no podría descubrir su verdadero poder» cavila el serafín.

Otra vez está deliberando para sí ¡y yo puedo escucharlo! Esto es buenísimo, aunque si continúo así y me lanza un hechizo de esos de esclavitud, me veré obligada a servirle, quiera o no, y solo de pensarlo me pongo de los nervios.

Pasa un buen rato y ninguno de los dos dice nada, ni en voz alta ni en sus pensamientos, cosa que me extraña porque mi cabecita loca nunca descansa.

Él está plantado delante de mí, levitando tranquilamente, sin quitarme los ojos de encima, y yo estoy cruzada de brazos sin mirarlo.

«Si odio que me miren ¿por qué me molesta tanto que ella no lo haga?» se pregunta al cabo de un buen rato, provocando una inesperada sensación de victoria en mí.

—Hagamos un trato —propongo.

«¡No hay tratos! Me obedeces y no hay más que hablar» responde irritado.

—Así no funcionan las cosas, tú no has hecho nada absolutamente para ganarte mi respeto ¡y mucho menos mi obediencia!

—¡No tengo que ganarme nada, soy el ser más poderoso de todos los reinos! —Ruge, pues realmente no entiende que alguien tan insignificante como una servidora le esté plantando cara.

—Estás muy equivocado, en mi mundo...

—¡Estamos en *Catarsis*, no en tu maldito mundo, entérate de una vez! — Me interrumpe.

—No pienso obedecerte y menos tratándome así —sentencio.

«Ya lo veremos».

No me ha llevado volando, así que deduzco que nos hemos tele transportado hasta algún tipo de río o lago, porque el agua es dulce, donde ahora mismo tengo inmersa la cabeza, sin poder respirar.

Algo mucho más fuerte que el agobio se apodera de mí, no estoy segura de si es una crisis de pánico, de ansiedad, o es simplemente que me estoy muriendo, pues siento arder todo mi cuerpo, preso de una gran compulsión que

oprime mi corazón.

Sé que no me he caído en ningún sitio del que no pueda salir porque estoy colgada por los pies y tan solo mi cabeza está sumergida, no hace falta ser muy inteligente para adivinar qué está ocurriendo.

Y es justamente antes de darme por vencida para dejarme morir cuando la bestia parda me saca del agua, entonces tomo una bocanada de aire enorme que hace volver a la vida a mis pobres pulmones. Aunque me deja con la cara rozando la superficie del agua a modo de advertencia.

—¿Ya te has replanteado tu decisión? —me pregunta divertido al verme respirar tan angustiada.

Él está de brazos cruzado apaciblemente en la orilla.

—¡Ni de coñ...

Otra vez estoy debajo del agua.

Esta vez no me asusto tanto porque extrañamente confío en que me sacará. Sí, estoy loca, ya lo sé.

Nuevamente me saca.

—¿Ya? —pregunta.

—No pienso...

Así puede pasar tranquilamente una hora, entrando y saliendo del agua, sin que ninguno dé su brazo a torcer. Yo desde luego no voy a ser la que ceda, prefiero morir, ya te lo digo.

«Esto es ridículo, sé que no vas a matarme, ¿por qué no lo intentas de otra manera?» le sugiero una de las veces mientras estoy bajo el agua, entonces me saca y me mira a los ojos.

«¿De qué manera?» pregunta a regañadientes.

—Por las malas ninguno de los dos va a ceder, tendremos que entendernos por la buenas... muy a mi pesar —musito esto último entre dientes.

«¡Nadie ha osado nunca a darme órdenes, esto es inaudito!» piensa.

—No es ninguna orden, solo es una propuesta —me excuso.

Él abre los ojos desorbitadamente.

—¿Has escuchado eso? —me pregunta incrédulo.

Mierda, pues sí que ha durado poco mi as en la manga.

«Mmmmm... no...» miento, pero siento enseguida que lo hago, se me da fatal mentir.

«¡No es posible! ¿Qué más has escuchado?» ahora le noto nervioso de verdad.

—Nada...

—¡Deja de mentir! ¡Deja de retarme y deja de llevarme la contraria de una vez! —Está completamente fuera de sí, sus ojos irradian maldad y todos sus músculos están demasiado tensos para mi gusto. Como empiece a salir la sombra negra del suelo me muero.

Me baja lentamente, dejándome por fin en tierra firme, delante de él. Intento permanecer en pie, pero estar tanto tiempo boca abajo hace que me caiga de culo, mareada.

—Dime ahora mismo qué has escuchado —me amenaza muy serio.

—Ya te lo he dicho, es la primera vez que escucho algo que supuestamente no debo oír ¿cómo iba a saber yo que no querías que te

escuchase?! —Tampoco entiendo su enfado, él también sabe lo que yo pienso en todo momento.

Me fulmina con sus ojos mientras respira con dificultad.

«Nunca antes me habían leído la mente cuando yo no lo permitía».

«Pues lo lamento, pero no sé cómo dejar de hacerlo» me encojo de hombros.

—¿Eso también lo has oído? —pregunta furioso y algo desconcertado.

—Sí —balbuceo.

Entonces suelta un gruñido atroz que me hace estremecer, a mí y a todas las criaturas del bosque. Incluso cierro los ojos y me cubro la cabeza con las manos, asustada, pues percibo un torrente de energía negativa fluir a través de mi cuerpo.

Cuando vuelvo a abrir los ojos no le veo, busco a mi alrededor pero no aparece por ningún sitio. Creo que se ha largado.

«Vaya temperamento se gasta el amigo».

Pero me da igual, no pienso permitir que se salga con la suya, me necesita para llegar a esa maldita *Puerta* y va a respetarme quiera o no ¿serafines a mí? ¡Ja!

Miro a mi alrededor, todo está oscuro y ni siquiera sé en qué dirección debo ir para volver al castillo. El miedo empieza a apoderarse de mí ¿y si aparece alguna cosa peligrosa, en plan jabalí rocoso?

Comienzo a caminar sobre la hierba, que por cierto está bastante alta, pues me llega hasta la cintura, no hay ningún camino a la vista, voy andando sin rumbo y teniendo en cuenta mi nulo sentido de la orientación, puedo

terminar en cualquier sitio.

Cuando llevo bastante tiempo en marcha comienzo a sentir una presencia extraña, como si algo me estuviese siguiendo. Me giro de repente para sorprender a lo que sea, pero no veo nada, todo permanece en la más absoluta quietud.

—¿Hola? —digo en voz alta para que quien quiera que sea sepa que le he descubierto, pero no obtengo respuesta.

«Vale, seguiré caminando, aunque a lo mejor me estoy alejando del castillo, ¿no debería estarme quietecita y esperar a que alguien me encuentre?».

De pronto comienza a sonar la música de *peligro mortal*, me vuelvo a girar, mirando hacia el frente, asustada, y mis pies se quedan clavados donde están en cuanto descubro de qué se trata. Todos los músculos de mi cuerpo se han petrificado al descubrir por fin lo que me perseguía desde hace un rato.

Mi corazón comienza a bombear sangre a un ritmo desenfrenado y la respiración se torna vertiginosa, incluso más que la maldita música que me acompaña.

«¿Qué es eso?» titubeo muerta de miedo.

Miles de ojos rojos me rodean en un radio de metro y medio de distancia, se ven resplandecientes entre la hierba. Un tenebroso rugido resuena entre las hierbas y yo no sé por qué pero me es imposible moverme, tengo ganas de llorar, aunque ni siquiera soy capaz de eso.

Busco disimuladamente algún palo por el suelo o alguna piedra afilada que tenga cerca, pero está tan oscuro que no veo nada. De pronto algo negro y gigantesco se abalanza sobre mí, yo me cubro la cabeza con las manos y me

agacho por inercia, entonces veo cómo lo que parece ser un lobo gigantesco choca contra mí y cae al suelo malherido, soltando un alarido mortal.

«¡Ay Dios! ¿Qué ha sido eso?» me pregunto mirando a mi alrededor asustada.

Me incorporo despacio y no veo ninguna otra luz roja cerca de mí, parece que todos los demás han huido despavoridos al ver a su compañero caer abatido.

Descubro entonces, asolada, que un lobo gigantesco yace a mis pies, pero de pronto desaparece, así sin más, ya no hay nada.

—¡Joder, me va a dar un infarto! —salto hacia atrás, poniendo la mano sobre mi pecho, aterrada.

Vuelvo a mirar el hueco donde momentos antes yacía el gran cuerpo y me quedo anonadada al descubrir que en su lugar ha aparecido un hacha enorme y brillante, casi más grande que yo.

«¿Y qué hago ahora con esto? Ni siquiera podré cogerla, debe pesar el triple que yo...».

Aún así intento cogerla, a cabezota no me gana nadie. Me sorprende enormemente al comprobar que logro sostenerla como si fuese más ligera que una pluma.

Ahora me siento mucho más poderosa y segura, con semejante arma puedo cargarme a todo el que se me ponga por delante ¡qué pasada! Intento hacer un par de movimientos con mi nuevo utensilio y cuál es mi sorpresa que me veo saltando a unos cuantos metros de altura, dando una vuelta mortal en el aire y a la vez moviendo el hacha con gran maestría mientras caigo... ¡Parezco un samurái consagrado!

—¡La leche! —me quedo boquiabierta observando mis manos y mis pies.

«No te entusiasmes demasiado con el juguetito, eres una druida, tu clan no maneja armas» ¡esa voz de nuevo!

—A ver si te atreves a decírmelo a la cara, te daré tu merecido por abandonarme en medio de la noche, cobarde —le espeto.

«No seas ilusa. He estado a tu lado en todo momento ¿quién crees si no que ha matado a ese lobo? ¿Acaso piensas que ha caído fulminado por tu miedo? No es mi culpa que no seas capaz ni de percibirme, no has sentido a esos lobos hasta que los has tenido encima, cuando ya era demasiado tarde, eres un caso perdido» se queja.

No consigo verle, por más que le busco solo escucho su mente.

«Aún así no pienso soltar el hacha, con ella estoy mucho más segura».

No he terminado la frase y mi querida herramienta sale volando por los aires para no volver a verla nunca más.

—¡Eh, devuélvemela ahora mismo! —grito disgustadísima, como una niña a la que arrancas de las manos su nueva muñeca.

«¡Estoy harto de tu desobediencia, humana! Cada vez que te ordeno algo me llevas la contraria y así no conseguiremos nunca llegar a ningún sitio. Somos un maldito equipo, debemos pensar y actuar igual» alega molesto.

—¡Tú haces lo mismo, haz lo que te digo y no me discutas! —le reprocho mientras busco el hacha entre la maleza.

Entonces soy consciente de que mi cuerpo se pone alerta, pero demasiado tarde, pues lo que parece ser un oso de dos metros de altura se abalanza sobre mí. Lo último que recuerdo son dos ojos de color ámbar mirarme con suma consternación.

Capítulo 20



Vida: 0

Maná: 0

Fuerza: 0

Dinero: 12

Rango: 7

A bro los ojos lentamente, todo está en penumbra, únicamente iluminado por la luz de una vela a punto de consumirse, solo alcanzo a adivinar que me encuentro en mi cama. Observo por la pequeña rendija que permiten mis ojos cómo Suria está sentada en una silla a mi lado, dormida,

pero con mi mano cogida.

—Hola —balbuceo.

—¿Noa? —Me sobresalto al escuchar mi nombre pronunciado por su voz grave al otro lado de la cama, suena a algo muy especial, es la primera vez que me llama así.

Giro la cabeza rápidamente para poder mirarle, pero miles de punzadas la atraviesan, entonces cierro los ojos con fuerza y emito un terrible gemido de dolor.

Azael aparece de nuevo en mi campo de visión, parece que sus ojos están llenos de esperanza, o de alegría, no sabría explicar muy bien qué es.

«¡Gracias a los cielos!» aclama cerrando sus ojos.

«¿Qué ha ocurrido?» quiero saber.

—Has muerto, ese oso apareció de la nada y... —se excusa.

«¿Ni siquiera percibiste un oso de dos metros? —le interrumpo —Eres un caso perdido serafín» bromeo mentalmente, ya que estoy tan dolorida que no puedo ni hablar y tampoco quiero que Suria descubra que me permite tomarle el pelo.

Él niega con la cabeza, armándose de paciencia.

—¡Noa cuando llegaste no tenías vida, esto es imposible! —exclama Suria, mirando a Azael extrañada, buscando en él alguna respuesta.

—Yo tampoco lo comprendo ardilla. Ahora debéis descansar, es muy tarde y mañana nos aguarda un día duro —ordena mientras abandona mi habitación.

«¿No vas a darme un besito de buenas noches?» bromeo.

Ni siquiera me contesta.

Suria me dedica una mirada inquisidora en cuanto el serafín cierra la puerta tras de sí.

—¿Dónde estabais Noa? ¿Qué ocurrió? No me puedes dar estos sustos.

—Azael me llevó al bosque porque quería que le obedeciese y algo parecido a un oso me atacó, no recuerdo nada más —mascullo lentamente.

—Él vino ensangrentado, se enfrentó al oso cuerpo a cuerpo para protegerte, no le dio tiempo a usar la magia, también está malherido, aunque su maná le sanará pronto.

—Es un capullo, todo esto ha sido por su culpa —protesto.

—Le tenías que haber visto Noa, te ha cedido casi todo su maná para sanarte y ha implorado miles de conjuros para traerte de vuelta a la vida, estaba realmente preocupado... nunca imaginé ver a un ser como él de esa manera, tan preocupado, me ha conmovido mucho.

—Suria tú te conmueves hasta con la caída de la hoja de un árbol —me mofo por su hipersensibilidad.

—Te ha cogido cariño ¿acaso no lo ves? —insiste.

—Lo único que veo es que pretende que sea un corderito manso y no le cause problemas. Su cometido es llevarme ante esa maldita *Puerta*, nada más, después nos tirará por un barranco sin ningún remordimiento. No te engañes Suria, no deja de ser un monstruo sin corazón.

—Pues cuando ha llegado contigo muerta entre sus brazos me ha parecido ver algo más que interés en sus ojos, y desde luego su corazón estaba

destrozado, lo he percibido Noa.

—Eres demasiado blanda ardillita —alego mientras bostezo y se me cierran los ojos involuntariamente.

—El brebaje calmante que te he dado comienza a hacer su efecto, descansa —susurra.

Siento cómo me da un pequeño beso en la frente y después escucho la puerta cerrarse. Después caigo en un sueño profundo donde unos ojos naranjas me besan apasionadamente.

Capítulo 21



Vida: 5

Maná: 0

Fuerza: 5

Dinero: 12

Rango: 7

Enfadada y agradecida a partes iguales.

Una claridad impresionante deslumbra mis ojos. Si hubiese sol en este mundo, diría que sus rayos entran por la gran ventana de mi habitación para inundar hasta el último rincón de la estancia. No sé si aquí habrá estaciones del año, pero parece que estamos en pleno verano.

Me incorporo de la cama, me estoy desperezando tranquilamente cuando llaman a la puerta.

—Adelante —contesto.

La cabeza de Trok asoma tímidamente y una sonrisa idiota se planta en mi rostro al verle.

«¿Qué me sucede cuando tengo delante a este ángel?».

—¿Estás bien Noa?

—Sí, estupendamente, pasa —es lo bueno que tiene estar siempre peinada, maquillada y bien vestida, que no me tengo que preocupar de que el galán del cuento me encuentre en un estado lamentable.

Avanza con paso firme hasta mi cama para tomar asiento a mi lado.

—Anoche nos asustamos mucho—toma mis manos entre las suyas, son tan suaves... —Suria no me permitió venir cuando despertaste porque dijo que debías descansar. En cuanto te he visto despierta no he podido aguantar —me cuenta.

—Gracias por preocuparte Trok —me extraña que estuviesen todos tan preocupados.

—¿Sabes que percibí cuando perdiste la vida? —me mira con unos ojos muy raros, parece que ha estado llorando.

—¿En serio?

—Sí, mi corazón se detuvo justo en aquel instante, enseguida comprendí que te había sucedido algo y cuando vi a Azael contigo en los brazos... lo pasé tan mal —se echa hacia adelante para apoyar su cabeza en mi regazo, yo le acaricio su precioso pelo rubio algo intimidada, pero muy feliz por saber

que alguien sienta tanto mi muerte.

—Te lo agradezco Trok...

—¿Qué tal está la princesa esta mañana? —Cedrik entra sin llamar a la habitación, lo que hace que Trok se incorpore de repente, creando un ambiente algo tenso entre los tres... ¿qué pensará el arquero que estábamos haciendo?

—¡Hola Cedrik! —saludo dando un brinco de la cama.

—Lo siento, no quería interrumpir... —balbucea.

—¡Pues lo has hecho! —protesta Trok.

—¡No interrumpes nada! —le reprendo con la mirada, sin entender qué diablos ocurre aquí —Trok solo quería saber cómo me encontraba.

—Sí... ya veo —murmura Cedrik algo sorprendido por la extraña actitud del ángel —solo quería saber si estabas bien para emprender la marcha, debemos salir ya.

—¡Estoy como nueva! —exclamo a la vez que compruebo que mis niveles están al máximo.

—Muy bien, entonces te esperaremos en la Plaza de Armas, desde allí Arcan nos llevará hasta el *Pozo del Destino*, aunque antes Suria tiene una sorpresita preparada para ti.

—¿Una sorpresa? ¿De qué se trata? —pregunto como una niña el día de Navidad.

¡Me encantan las sorpresas! Será porque no estoy acostumbrada a que nadie tenga ese tipo de detalles conmigo.

—Si te lo cuento me matará —indica mientras sale por la puerta —Trok vamos.

El ángel se incorpora a regañadientes de mi cama y se marcha con Cedrik, que le espera sujetando la puerta abierta.

«¿Qué está pasando aquí?» todos parecen demasiado simpáticos.

Decido pasarme, antes de salir del castillo, por el salón donde está siempre la comida para rellenar el nivel de fuerza, pues en cuanto me he movido un poco ha comenzado a bajar demasiado rápido, imagino que es debido a que anoche no comí nada.

Cuando veo todas las bandejas floridamente dispuestas sobre la mesa llenas de cochinitillo, patatas y pollo asado, casi me entran arcadas.

«Lo que daría por un café con bollos» pienso con el estómago completamente cerrado.

Entonces descubro cómo aparece de la nada una taza de porcelana blanca humeante y una napolitana de crema sobre un platito a juego con la taza.

—¡No fastidies! —exclamo con una sonrisa de oreja a oreja mientras corro a sentarme para desayunar, no vaya a ser que se trate de una alucinación y se desvanezca.

Dicho espejismo está tan delicioso que casi entro en éxtasis, podría asegurar que este es el mejor café que he tomado en mi vida. Me chupo los dedos al terminar la napolitana «¡Virgen Santísima, estaba deliciosa!» suspiro.

—¡Noa!

Pego un bote sobre el banco.

—¡Joder qué susto! —tiemblo asustada.

La cabeza de Ágata aparece pizpireta por la puerta.

—¿Estabas aquí? —Se acerca hasta mí con paso danzarín para sentarse a

mi lado, arrugando su naricilla al percibir ese olor desconocido y mirando los restos del café, lleva una armadura de color verde que cubre todo su cuerpo —¿qué comes?

—Pues un café delicioso —señalo la taza mientras me limpio en una servilleta de hilo —¿y esa armadura?

—Preparada para la batalla —se mira su esbelto cuerpo armado sin darle la menor importancia.

—La batalla... —repito ensimismada, creo que todavía no soy consciente de lo que está por venir —¿así que finalmente vienes? —me alegro ante la idea.

—¡Sí! Ya lo hemos arreglado todo, no digas nada, pero Killian está muy arrepentido por su comportamiento de anoche y quiere pedirte disculpas. Azael ordenó que nos dividiésemos en dos grupos, así podremos viajar todos.

Efectivamente no digo nada, paso de la rana, ha intentado matarme y para mí está muerta. Me centro en su armadura, es demasiado brillante, por lo que no creo que la haya usado nunca. Tiene adornos muy *cuquis* de purpurina, verdes también. Esta indumentaria cubre su cuerpo por completo, excepto las alas, que salen de unos minúsculos agujeros en su espalda, me pregunto cómo las habrá metido ahí.

—¿Qué es el café Noa?

—Una bebida que hay en mi mundo, sirve para espabilarte y despejar la mente, entre otras cosas —sonríó al recordar la de cafés que me habré tomado en tan diversas ocasiones, para mí el sagrado rito del café es toda una institución.

—¡Ah! Pues la próxima vez me gustaría tomarme un café contigo, parece

apetitoso —se levanta de su asiento y me tiende su pata —¿preparada?

—Supongo.

Vamos caminando las dos juntas hasta la plaza de armas, al llegar no puedo creer lo que ven mis ojos.

Trok, Cedrik, Suria, Killian y Arcan se encuentran charlando amigablemente entre ellos, riendo despreocupadamente. Lo que me llama la atención, aparte de este buen rollo que se respira hoy en el ambiente, son sus atuendos, pues todos y cada uno de ellos va cubierto hasta los dientes por la armadura de su color y, ahora que los conozco, bastante adecuada a su personalidad.

Suria lleva una armadura marrón, parece muy ligera y simple, ya veremos si nos depara alguna sorpresa, aparte de que su pomposa cola asome por detrás.

Arcan lleva una careta de hierro que cubre su cabeza entera, es de color rojo y solo se ven sus ojos por los agujeros, tiene varios pinchos y le da un aire mucho más agresivo al que tiene de costumbre.

Killian lleva una armadura muy sosa, azul, tampoco me detengo a mirarle demasiado.

Trok luce una cota de malla cubriendo su esplendoroso y musculoso pecho, también muñequeras y rodilleras, todo ello de color rosa. No parece que este modelito le aporte demasiada defensa, no sé.

Cedrik posee una armadura de color amarillo que cubre todo su cuerpo, incluida la cabeza. La aljaba de las flechas también es metálica y va insertada en su espalda, ya no la lleva colgando de una cuerda cutre, como siempre.

—¡Vaya! Parece que os lo habéis tomado en serio chicos —silbo al

acercarme a ellos.

Todos se giran para observarme al darse cuenta de que estoy junto a ellos.

—Llevamos toda nuestra vida preparándonos para esto Noa, por fin comienza la acción —me explica Arcan, muy alegre.

Yo miro mi tutú y mis tacones con cara de circunstancia, creo que no voy demasiado adecuada.

—Noa ¿puedo hablar contigo? —se adelanta Killian para ponerse a mi lado.

—No quiero que me dirijas la palabra, ¡intentaste matarme!

—Lo sé y me arrepiento terriblemente de ello, estaba muy equivocado contigo, anoche por fin me di cuenta de que verdaderamente eres *la Elegida* y suplico tu clemencia.

—¿Anoche? ¿Y eso por qué?

—Por tu retorno de la muerte —alega asombrado.

«¿Así es que se trata de eso? Todos están esperanzados porque piensan que soy inmortal» si es que vamos de mal en peor...

—Está bien Killian, trataré de perdonarte en el futuro —«mi alma no es tan blanca» —aún así no te quiero cerca de mí, me has decepcionado y no confío en ti.

—Lo entiendo, como desees —hace una reverencia, se le ve bastante afligido, aunque sigo sin creerlo.

—¡Noa tengo una sorpresa para ti, vamos, no hay tiempo que perder! —
Suria me agarra por el brazo y me dirige hacia Arcan, el gran dragón baja su

cabeza hasta el suelo y la ardilla de un salto más que ágil se monta en su grupa.

Miro a mi alrededor, todos me observan ansiosos, confiando en que lo haré, pero hay una altura de más de seis metros.

—Yo no puedo subir hasta ahí ¿no tenéis ninguna escalera? —bromeo.

—Ya sabes lo que has de hacer —me anima Trok a mi espalda, consiguiendo con ello que se me erice todo el vello del cuerpo.

Cierro los ojos, «soy *la Elegida*, soy *la Elegida*, soy *la Elegida*» me repito sin parar. Tomo aire y salto todo lo fuerte que puedo...

¡Toma *hostiazo* al canto!

—Venga Noa —me animan todos —tú puedes conseguirlo —vitorean.

Estoy tendida en el suelo, despatarrada y con el ego herido de muerte.

—Lo siento, no puedo —claudico mientras me incorporo, ayudada por Cedrik.

Ágata me coge por debajo de los brazos y me lleva volando junto a la ardilla, que está sentada en una especie de montura de piel roja, parecida a la de cualquier caballo, pero de proporciones mayores.

—Poco a poco lo lograrás, querida —me anima la mariposa cuando me suelta detrás de Suria.

—¡Agárrate fuerte Noa! —grita la ardilla entusiasmadísima, mientras yo me acomodo temblorosa en la montura.

—¡Ya lo hago! —Me abrazo a ella como si no hubiese mañana, donde vaya ella voy yo.

—¡Arriba Arcan! —Exclama la pelirroja a la vez que suelta un aullido de

júbilo.

Noto que el dragón comienza a moverse, no sé si quiero verlo o no. Cuando levanta la cabeza experimento un cosquilleo colosal en mi estómago, como si estuviese en la montaña rusa.

De pronto el dragón empieza a correr y yo a gritar como una energúmena al sentir el traqueteo de la montura entre mis piernas, me voy a resbalar y voy a terminar en el suelo, eso sí que lo sé. Cierro los ojos con fuerza... aunque en menos de un segundo ya no siento ninguna turbulencia, solo el viento en mi rostro.

De pronto una musiquilla alegre comienza a sonar y abro los ojos para ver qué sucede.

Todo a mi alrededor es azul ¡estamos flotando en el cielo!

—¿Estamos volando? —le pregunto a Suria, estupefacta —¡estamos volando! —aúllo con todas mis fuerzas sin que le dé tiempo a contestarme — ¡vuelo montada en un dragón, qué pasote! —grito con todas mis ganas. Me voy a desgañitar, pero es que no doy crédito a que semejante mole se mantenga flotando.

Siento la adrenalina recorrer mi cuerpo, quiero llorar de la emoción, pero me río sin poder parar. Todo a nuestros pies se ve muy pequeño, debemos ir muy alto, a diferencia de cuando vuelo con Azael, que vamos casi a ras del suelo.

—¿Te gusta? —me pregunta Suria.

—Sí, es la mejor sorpresa que podías haberme dado ¡gracias!

—La sorpresa está por llegar, espera y verás —se ríe —¡vamos amigo, llévanos donde tú ya sabes!

Entonces el dragón se deja caer en picado, cosa que me hace exclamar todas las palabrotas y rezos que conozco mezclados entre sí...

—¡Ay mamá! Por Dios Santísimo que pare ya, que me va a dar algo... (y ahora vienen varias blasfemias).

Entre otros.

Capítulo 22



Vida: 100

Maná: 10

Fuerza: 20

Dinero: 12

Rango: 7

Emoción: hiperventilando

El aterrizaje *draconil* no ha sido suave para nada, pero al descubrir dónde estamos se me ha pasado todo el miedo que tenía para dar paso a un inmenso júbilo.

«Si te digo yo que lo de bipolar se me queda corto».

Dicen que no hay nada mejor para que una mujer olvide sus problemas que irse de compras ¡y tienen razón! Es ponerme delante de un chiringuito cochambroso con un cartel de *Tienda* colgado y ya soy feliz, independientemente de lo que haya dentro.

Me hallo delante de una choza de paja, bastante parecida a las hawaianas, dudo que ahí dentro tengan demasiadas cosas, pues debe medir dos metros cuadrados escasos, pero aunque sea una pulsera me vendrá bien.

—Toma Noa, todos hemos juntado nuestra recaudación para que puedas comprarte una buena armadura —anuncia Suria emocionadísima, haciéndome entrega de un saquito de cuero marrón —además, al haber subido de rango las podrás elegir mejores, la primera armadura siempre hace mucha ilusión y nosotros nos sentimos privilegiados por ser partícipes de ella.

Yo finjo estar embelesada por las inminentes compras que se avecinan, aunque sinceramente no creo que haya nada ahí dentro, pero no me importa, ya con este gesto tan bonito me siento tremendamente honrada.

—Venga, vamos, no aguanto más —animo a Suria tirando de su brazo.

—No puedo acompañarte, en *Nhacúm* las compras son individuales, cada uno debe hacerlo solo, nosotros te esperaremos aquí, no tardes demasiado.

—Está bien —no creo que tarde mucho en entrar y salir.

Subo un par de escalones de madera para entrar en la cabañita, retiro una cortina de bambú que hace las veces de puerta y paso. Todo está oscuro, pero cuando mis ojos se van acostumbrando a la penumbra consigo distinguir a un orangután enorme con un chaleco de flores y rastas tras un mostrador.

«¡Por Dios, qué horterera! Vaya atención al cliente que se gastan aquí» alucino.

—Bienvenida a la tienda de *Nhacúm*, donde todo es glamur —recita el mono con cara de aburrimiento absoluto.

—Hola —respondo tímidamente.

—Dame el saco y así sabrás de cuánto dinero dispones.

Dudo por un momento si obedecerle, pero finalmente le entrego mi saco y el que me ha regalado Suria. Los vuelca sobre el mostrador y enseguida aparecen 400 brillantes monedas sobre mi cabeza, junto a mis niveles y no hay ninguna sobre la mesa... ¿magia?

El orangután me muestra entonces teatralmente una puerta por la que se supone que debo pasar. Yo sigo boquiabierta ¿cómo ha hecho eso? En serio, había un montón de monedas en los sacos.

«¿Estará de cachondeo? Si paso por ahí saldré a la calle de nuevo sin comprar nada». Aún así voy donde me indica, pues este simio cabreado debe de dar mucho miedo.

—Gracias.

Al pasar al otro lado de la puerta casi tengo que sentarme para no desmayarme.

—¡*Oh My God!* ¿Pero de dónde ha salido esto? —me cuestiono mirando hacia todas partes.

Me hallo en medio de una gran sala, no tiene nada que envidiar a un gran centro comercial, de los lujosos. Es muy luminoso y está distribuido en varios cubículos, cada uno con su número y letra, aunque la mayoría están cerrados con un candado enorme para no permitirme cotillear lo que hay dentro.

Resuena una música ambiental muy zen, tipo *chill out*.

Me asomo al cubículo “AI” y de pronto algo demasiado extraño me ocurre. No sé cómo, pero mi cuerpo se ha trasladado a un vestidor enorme, completamente diáfano y al lado de mis niveles ahora aparecen muchísimos cuadraditos más.

Agudizo la vista para poder leer lo que pone debajo de cada uno de ellos, «pócimas», «armamento», «maná», «armaduras», «estrategias», «escudos», «combos», «peinados», «complementos»...

—¡Ostras! Voy a tardar tres días en recorrer todo esto.

Toco la tecla que reza «peinados», sí lo sé, soy muy superficial, tendré que vivir con ello.

De pronto aparecen a mi alrededor miles de peinados flotantes, con múltiples colores de pelo ¡qué locura! Esto debería ser el juego en sí y yo me pasaría el día jugando ¡me encanta!

Toco uno al azar y entonces una de las cuatro paredes que forma la gran estancia se transforma en un espejo gigantesco. Me miro completamente alucinada, pues mi pelo ha desaparecido para ponerme el nuevo... ¡No es posible, qué fuerte! Tiro de la nueva melena y compruebo que no se mueve, ¡es como si fuese mía de verdad!

—¡Qué pinta tienes Noa! —Me critico a mí misma, riéndome al ver lo mal que me queda el cabello escogido, corto y pelirrojo.

Selecciono otra opción, esta vez rubia y muy larga, tipo *Barbie Súper Star*. Me observo a conciencia, siempre he querido ser una rubia explosiva, pero no hay manera, definitivamente me quedo con mi color, tendré que dejar las explosiones para otra ocasión.

Dentro de la gama de los castaños, selecciono uno que es largo y rizado,

como mi pelo pero con las ondas más grandes, recogido con algunas trencitas. Además lleva una tiara élfica muy mona.

Para los que no estén puestos en elfos, es una especie de corona de cuero que se sujeta en la frente, la mía está adornada en el centro con un broche que recrea la cabeza de una serpiente mordiendo su propia cola. Me da un aire mitad místico mitad *hippie* que me encanta y solo cuesta treinta moneditas, ¡me la quedo!

Ahora que ya tengo el pelo que quiero me dirijo hacia otro cubículo, el “A2”, entro en una sala igual a la anterior, me traslado al cambiador gigante, todo lo mismo que antes, la única diferencia es que aquí solo hay lo que ellos han llamado «armaduras», aunque con mi irrisorio rango solamente puedo optar a comprar unas cosas muy raras.

A mi alrededor aparecen cosas plateadas en forma de muñequeras o tobilleras, faldas y capas. Decido probarme algo para ver cómo va esto, porque por más que lo miro no comprendo cómo una pulsera puede ejercer de armadura, seré demasiado cortita pero no capto el concepto.

Toco una de las imágenes flotantes que se asemeja bastante a un bikini y en una milésima de segundo aparece puesto sobre mi cuerpo... ¡ni rastro del tutú!

—¡Ostras! Lo bien que me vendría esto en mi vida diaria...

Me admiro en el espejo gigantesco y no consigo cerrar la boca, es más, me silbo locamente enamorada de mí misma. Estoy completamente desnuda, aunque con este cuerpazo que me gasto ahora mismo podría perfectamente ir en pelotas sin darme ninguna vergüenza, me gustaría mostrárselo orgullosa a todo el mundo ¡y sin gimnasio!

La escueta *armadura*, por llamarlo de alguna forma, cubre

estratégicamente mis pechos con una especie de tribal metálico negro atado al cuello, lo demás parece un fino corsé de gasa hasta la cintura. La parte de abajo es una braga, no me voy a esforzar en defenderla, es una simple braga minúscula y punto.

Desde los tobillos hasta las rodillas y desde las muñecas hasta los codos ascienden las mismas curvaturas que en los pechos, cubriendo mis cuatro extremidades, pero éstas son plateadas y no negras, ya que son de metal, además son tan sutiles que incluso parecen tatuajes en la piel. Y lo mejor de todo es que las tobilleras también hacen las veces de zapatos ¡planos por fin!

—Esto es súper sexy, pero dudo mucho que me defienda de algo — murmuro para mis adentros mientras me miro en el espejo la increíble figura que tengo. ¿Por qué todos los personajes femeninos de video juegos van semidesnudas?

—¡Mira sus propiedades! —me espeta el orangután desde el otro lado de la sala.

Entonces busco por todos sitios las propiedades hasta que descubro a uno de los lados de mis niveles que pone «fuerza 8/10», «resistencia 9/10», «ataque 10/10» y «peso 1/10». ¿Eso estará bien?

Me pruebo otra, solo por comparar. Ésta se asemeja mucho más a lo que llevan los demás, pues me cubre todo el cuerpo por completo, incluida la cabeza. Parezco un soldado imperial de esos blancos que hay en *Star Wars*, solo se me ven los ojos. Ya sé que no se trata de que se me vean más o menos cosas, la cuestión es evitar el daño cuando me ataquen. A mí me gusta mucho más esta segunda, pero es que la del soldado imperial tiene muchas menos propiedades que la primera y encima es mucho más cara.

Así que decido comprar la *porno-armadura*, pero no pienso ir con el

culo al aire, por muy perfecto que lo tenga, necesito algo que me tape. Selecciono, para rematar mi atuendo de hechicera divina, una capa negra que me da un aire de bruja sexy cuando me pongo la capucha.

—¡Cómo mola! —Grito dando saltitos y palmaditas al mirarme con el conjunto completo en el espejo —¡estoy de muerte!

Trescientas moneditas me cuesta, solo me quedan setenta.

Decido entrar en el espacio “C4” donde están las armas.

Comienzan a salir un pelotón de artefactos alucinantes, a cada cual más grande y peligroso ¡los quiero todos! Pero solo me da el rango y el presupuesto para comprar una enorme espada de doble filo, se llama «*Mega Aniquilator*» y tiene un ataque 10/10, así que supongo que será infalible ¡me la llevo!

Ya no me quedan monedas y no he comprado ni una triste pócima, sé de sobra que debería haber cogido alguna, por lo menos para reponer la salud, pero ya lo haré en la siguiente tienda, estoy segura de que habrá muchas más.

Salgo a la calle después de despedirme del mono *grunge*.

Suria y Arcan se quedan boquiabiertos al verme aparecer.

—¡Madre mía Noa, estás... preciosa! —balbucea Suria.

—Ahora sí que pareces una druida de verdad —asegura el dragón contemplándome con admiración y respeto.

Yo me ruborizo ante sus halagos, porque la realidad es que efectivamente me he renovado, tanto por dentro como por fuera. La confianza ciega que han depositado todos en mí crece con fuerza cada día y se refleja en mis actos, cada vez más coordinados y poderosos, o al menos eso intento. Y a la vez, esta nueva vestimenta me da el aire espiritual que necesitaba para que me tomen en

cuenta como una hechicera en condiciones y no como una payasa con tutú.

¡Allá vamos!

Capítulo 23



Vida: 100

Maná: 15

Fuerza: 20

Dinero: 0

Rango: 8

Curiosidad: 100

L legamos al *Pozo del Destino* todos montados a lomos de Arcan, puedo divisar a Azael, que está a la sombra de un gran árbol. Lleva su siniestra armadura negra puesta, salvo el ya famoso casco de los cuernos enormes, que sujeta bajo el brazo.

Todos mis compañeros bajan de un salto al suelo, pero yo permanezco sentada, entonces presiento su mirada puesta sobre mí y de pronto me pongo nerviosa, ya no estoy tan segura de mí misma ¿y si no le gusta mi vestimenta? ¿Me importa acaso que le guste o no? Finalmente reúno las fuerzas suficientes para mirarle a los ojos yo también.

«Estás... distinta».

¡Oh! Evidentemente no esperaba ningún cumplido por su parte, pero tampoco algo tan insustancial como «distinta».

«Pues tú sigues estando igual» le saco la lengua, indignada.

Como no estoy dispuesta a soportar la humillación de caerme desde aquí al suelo delante de sus narices, le pido a Ágata que me ayude. La mariposa asciende y me baja cuidadosamente bajo la atenta mirada del serafín.

«No ha aprendido ni siquiera a saltar, esto promete» piensa el demonio.

«Tú tampoco sabes hacer muchas cosas, como por ejemplo ser amable, así que ya estamos en paz» le reprendo.

Él abre sus ojos relucientes de manera descomunal, supongo que de nuevo he escuchado algo que no debía, aunque esta vez se limita a soltar un bufido de ira y a mirar hacia otro sitio.

Si no lo conociera de sobra, me atrevería a apostar que está babeando por mis huesitos y que por eso se obliga a desviar sus ojos de mi cuerpo, pero seguramente lo que esté haciendo será maldecir mi espada, ya que la llevo sujeta a la espalda por unas bridas de cuero cruzadas en mi pecho, cuando me advirtió específicamente que no quería que utilizase armas.

—Empezamos bien, llegáis demasiado tarde —ruge.

—Señor ha sido culpa mía, después de lo sucedido anoche me pareció

oportuno llevar a Noa a la tienda para que adquiriese una armadura —le contesta Suria mirando al suelo.

—¿Y eso que lleva es una armadura? —Gruñe.

—Era la única a la que podía acceder con mi dinero y rango, y eso gracias a que los demás me dieron todas sus monedas —los interrumpo.

Él nos observa irritado, pero decide no añadir nada más al respecto, creo que se está mordiendo la lengua para que no capte su pensamiento ¿qué me ocultará ahora?

—¿Habéis hecho ya los grupos? —Pregunta.

—Sí señor, un grupo estará formado por Arcan, Trok, Noa y Su Señoría, mientras que en el otro estaremos los restantes —informa Cedrik como si fuese un soldado.

Entonces Azael clava sus ojos en el ángel rubio, poniendo mala cara. Apuesto lo que sea a que le está leyendo la mente.

—No estoy conforme con esos grupos —replica.

«¿Pues no dijiste que no te importaban los grupos?» rechisto.

«Pues ahora sí. Si ese engendro rosa está todo el tiempo pensando en tus piernas no se concentrará en la lucha» me explica.

«Y viceversa...» pienso sin poder evitarlo.

—Cambiamos al ángel por el arquero —sentencia enojado, pasando de mí.

—Señor —se apresura Suria —deberíamos luchar en parejas, Ruffus nos entrenó para que así fuese, al estar juntos duplicamos nuestros niveles y somos más poderosos... siempre que le parezca bien por supuesto —añade.

Se nota que por alguna razón al serafín le hace gracia la ardilla, y creo que no es solo porque ella le provoque ese efecto a propósito.

—Necesito al dragón en mi equipo y no quiero al ángel, así que tenemos un problema —gruñe él.

Miro al pobre Trok, está un poco intimidado porque no entiende el motivo de la repentina animadversión del serafín hacia él. Me acerco y pongo una mano sobre su hombro.

—No te preocupes, le da miedo que seas mejor que él y le dejes en ridículo —le susurro al oído y él esboza una sonrisa.

Azael automáticamente se gira para no mirarnos a ambos juntos.

—Está bien, la ardilla y el arquero se vienen con nosotros ¡vamos! Ya llevamos bastante retraso, nos veremos de nuevo en las puertas de *Orgrom*, necesito un dragón —se pone el casco y comienza a andar.

Arcan, Trok, Ágata y Killian se despiden de nosotros deseándonos suerte.

—Lo vas a hacer muy bien Noa, te veremos pronto. ¡Lucharemos por *Catarsis* y por ti! —Aclaman levantando el puño mientras se marchan por el camino opuesto al nuestro.

Yo corro a reunirme con Cedrik y Suria.

—¿Estás preparada Noa? —pregunta Cedrik.

—Eso espero —me encojo de hombros.

El arquero comienza a caminar por el sendero que ha tomado Azael y nosotras le seguimos. No tardamos demasiado en alcanzar al serafín.

—Aunque tenemos prisa, vamos a recaudar dinero, no podéis viajar sin nada —ordena el caballero de la negra armadura, aunque lo de caballero le

queda demasiado grande.

Recorremos un camino rodeado de inmensos prados verdes, apacibles, llenos de árboles y flores, aquí se respira paz.

—¡Noa a tu izquierda! —grita Suria.

«Demasiada paz».

No me preguntes cómo, pero mi mano se dirige automáticamente hasta la espada, la saco de la funda por encima de la cabeza y la pongo delante de mí.

Comienza a sonar la música de *peligro* y sin saber de dónde, aparece un jabalí rocoso y se lanza a mordirme la pierna. Me impresiona ver cómo sus colmillos se clavan en mi piel y cómo la sangre comienza a salir por la reciente herida, entonces el animal, lejos de soltarme, comienza a mover la cabeza con violencia de un lado hacia el otro y yo sufro un terrible dolor punzante que se expande desde ese punto hacia el resto de mi cuerpo.

Observo cómo mi nivel de vida se va vaciando, todo parece ocurrir a cámara lenta, no soy capaz de reaccionar, me he quedado lela de pronto y entonces, como si de una autómatas se tratase, levanto la espada por encima de mi cabeza para dejarla caer con todas mis fuerzas sobre mi agresor.

—¡Toma ya! Te presento a *Mega Aniquilator* —le grito, todavía asustada.

«¿Estabas esperando a quedarte sin vida?» me reprende Azael pasando de largo por mi lado.

Contemplo al extraño jabalí tendido en el suelo, gracias a Dios que este juego no es nada gore y no hay sangre ni vísceras esparcidas por ningún sitio, porque de ser así no podría matarlo, en serio, sería incapaz, ni siquiera en defensa propia. Además el cuerpo inerte enseguida desaparece sin dejar rastro

y emerge en su lugar una moneda gigantesca donde pone un diez. Enseguida me apresuro a cogerla, la abrazo con todas mis fuerzas y desaparece entre mis brazos para subir mi nivel de dinero.

—¡Mi primera moneda! —Salto de alegría haciendo una especie de baile absurdo.

—¡Bien hecho Noa! —me felicitan Cedrik y Suria.

No guardo la espada. Tengo ahora mismo el nivel de excitación al máximo, este nivel no existe como tal pero yo me lo invento, pues no soy capaz de recobrar el aliento. Miro atónita cómo se cicatriza mi pierna hasta no quedar ni rastro de la inmensa herida que me ha provocado el bicho ese. Y entonces comienzo a caminar de nuevo, como si aquí no hubiese ocurrido nada.

Corro hasta reunirme con el grupo.

—Noa vamos a saquear un poblado, debes seguirnos y hacer lo mismo que nosotros ¿de acuerdo? —susurra Cedrik mientras estamos agazapados tras un arbusto —es muy importante que no te quedes atrás.

—¿Asaltar? ¿Pero no se suponía que éramos los buenos? —Pregunto confundida.

—Esta gente ya está acostumbrada, son los más ricos de *Nhacúm* y les sobra el dinero —me explica.

Supongo que será algo parecido a La Moraleja, que es una urbanización de ricos cercana a Madrid.

—¿Y porque les sobra se lo robamos? —no me convence esa justificación. El que tiene algo es porque se lo ha ganado, no es una razón coherente que tú no lo tengas para robárselo.

—No es momento para la integridad moral ahora, vamos a por monedas.
Punto —Azael ni siquiera ha terminado la frase cuando salta por encima del arbusto con las alas abiertas, seguido por Cedrik y Suria.

Yo titubeo un instante, pero finalmente salto también, con la gran *Aniquilator* todavía en mis manos.

Entramos en una casa donde todo es de piedra, madera y paja, al más puro estilo medieval. Merodeamos por el interior, y cuál es mi sorpresa cuando descubro que se trata de la vivienda de una familia de osos panda que está contemplando tranquilamente a sus oseznos jugar en el jardín.

En cuanto ven aparecer al tétrico serafín y a sus dos secuaces armados hasta los dientes, corren a coger en brazos a los pequeños para encerrarse en el granero. Entonces mis amigos se apresuran a levantar tapas y a abrir cajones por doquier, arrasando con todas las cosas brillantes que pillan.

Yo me encuentro paralizada en medio del salón y no reacciono, me parece que lo que estamos haciendo no está nada bien.

—Noa date prisa, en seguida vendrá el sheriff y nos arrestará —me increpa Suria.

—No quiero robar a esta pobre familia, a ellos también les cuesta esfuerzo tener todas estas cosas, nadie se las ha regalado, no tenéis derecho a arrebatárselo de esta manera —me quejo, sintiendo un gran nudo en mi estómago.

Pero nadie me hace caso, suben a la planta de arriba y escucho cómo siguen abriendo y cerrando puertas y cajones sin ningún tipo de escrúpulo.

Yo me dirijo como un zombie hasta el granero, llamo a la puerta y el padre panda exclama aterrado desde el otro lado:

—Llevaos todo lo que queráis pero no nos hagáis daño por favor, aquí no hay nada de valor.

Escucho el repentino llanto de los niños y me invade una gran impotencia, me siento sucia y no pienso consentir que esto ocurra.

—Señores panda, no queremos hacerles ningún daño, solo cogemos el dinero para poder pagar lo que necesitamos en nuestra misión, lamento mucho haberlos asustado —me disculpo con una voz suave, intentando tranquilizarlos.

—Eso decís todos, pero desde que nos roban una vez hasta la siguiente, no nos da tiempo a recolectar de nuevo. Si lo poco que tenemos os lo lleváis ¿qué van a comer los niños hoy? —llora la madre.

—¡Sh, cállate mujer! Si se enfadan nos matarán —la reprende el marido.

Inspiro hondo.

—Os doy mi palabra de que no nos llevaremos nada —les prometo muy seria.

Vuelvo a entrar en la casa, donde está todo patas arriba, ni siquiera han tenido la decencia de no destrozarlo, me planto en medio del salón con los brazos en la cadera y carraspeo. La ardilla y el arquero se giran para mirarme en medio de su intrépida carrera por llevarse cuantas más cosas mejor.

—¿Qué haces? —pregunta Suria.

—¿Y Azael? —Inquiero enojada.

—Ha ido a asustar a los habitantes del pueblo, así huirán hacia el bosque y dejarán libres las casas para que podamos coger más objetos valiosos ¡estamos consiguiendo un montón Noa, con esto podremos comprar armas y pociones de sobra! —Me cuenta ella encantada de la vida, sujetando tres

collares entre los dedos.

—Soltadlo todo —ordeno.

—¿¡Qué?! —Preguntan los dos al unísono, mirándome como si de pronto me hubiese transformado en un mono verde.

—Lo que habéis escuchado, soltad todas las cosas donde estaban y colocad todo este desorden. Mientras, iré a buscar a esa mala bestia.

Ellos se quedan paralizados al comprobar que no estoy de broma.

—¿¡No me habéis oído?! —Grito.

Dan un respingo y comienzan a soltar todo donde estaba, sin dar crédito a que me ponga en plan sargento.

Salgo por la puerta y la escena que me encuentro es cuanto menos dantesca. Una música de tristeza resuena en mi mente. Varias casas del poblado arden en llamas y todas las familias corren despavoridas hacia el bosque, con ancianos y niños a cuestas. Las lágrimas resbalan por mis mejillas sin poder evitarlo, la angustia me invade, esto no es lo que quiero, no es para lo que estoy aquí.

Cierro mis ojos con fuerza y me concentro.

«¡¡¡Azael detente ahora mismo!!!» deseo con toda mi alma que me escuche, aunque esté lejos.

Y ha de hacer efecto porque en cuanto abro los ojos le tengo frente a mí, lo que me hace dar un saltito por el susto.

«¿Me has llamado?» pregunta molesto por haber interrumpido su particular destrucción del mundo. Doy un paso atrás por la impresión que inevitablemente me causa tenerle tan cerca.

—¡Sí! Quiero que detengas ahora mismo esta barbarie, no voy a participar en esto, he venido a salvar a la gente y no a robarlos ni a destruir sus casas —intento parecer dura y que no me vea llorar, pero fallo estrepitosamente.

—¿Y me puedes explicar cómo piensas salvar a la gente si no tienes monedas para las batallas? —inquire cruzándose de brazos y ya de paso haciéndome sentir más que diminuta.

—No lo sé, pero desde luego así no, no quiero saquear a la gente que pretendo salvar, así no funcionan las cosas.

—Lo olvidarán todo cuando reine la paz de nuevo, estamos en tiempos de guerra y es lo que hay, asúmelo de una vez, esto es *Catarsis*, y no un cuento de hadas, humana —gruñe dándome la espalda sin más.

Despliega sus alas para volver a las andadas y entonces me vuelvo loca porque no me está tomando en serio, pasa olímpicamente de lo que le digo, para él no soy nada y lo que me resulta increíble es que eso ni siquiera me importa, lo que en realidad me mata son todos esos pequeños que no tienen culpa de nada y que esta noche no tendrán dónde dormir ni qué comer y todo habrá sido por mi culpa, por haberme quedado de brazos cruzados.

—¡No vas a robar a esas familias Azael! —le amenazo.

Se gira para mirarme de nuevo sin esconder sus grandes alas, obviamente me quiere intimidar.

—¿Y quién me lo va a impedir? —agudiza su mirada.

—¡Yo! —exclamo sacando pecho.

—¿Ah sí? ¡Pues detenme si puedes! —ruge mientras levanta el vuelo.

De pronto lo veo todo oscuro, menos a él, que se ha vuelto de color rojo.

Mis ojos lo enfocan como si estuviese en el punto de mira de un fusil y cuando lo tengo en el centro del círculo, un rayo sale disparado desde mi mente hacia su gran cuerpo. Entonces mi vista vuelve a ser normal y descubro asombrada que el misil ha impactado contra él, haciendo que caiga al suelo bruscamente.

«¡Ay Dios, vaya golpe se ha debido dar!» pienso asustada «¿y si lo he matado?» me arrepiento enseguida de haber actuado así y corro hacia el lugar donde lo he visto caer.

Avanzo rápidamente a través de las calles adoquinadas del pueblo y es ahora cuando logro ver el alcance de su obra. La iglesia está ardiendo en llamas y varias casas de paja junto a ella se consumen por el fuego también, mientras la gente grita atemorizada huyendo como pueden.

Casi he llegado hasta el lugar donde se encuentra, lo sé porque percibo su presencia. En cuanto giro la esquina, al final de una de las calles, descubro que lo llevan arrastrando hacia la plaza. Está tendido en el suelo, atado de pies y manos, además no tiene su armadura puesta ¿qué habrá ocurrido con ella? Seguro que la gente del pueblo lo habrá amordazado en cuanto le han visto caer ¿pero habrán sido capaces de quitarle su armadura?

«La que he liado» pienso atemorizada.

Permanezco escondida tras la esquina para observar aterrada que sus ojos están apagados, no brillan. Levanta la vista un instante y me dedica una iracunda mirada de gran decepción, con lo que un dolor insoportable en el pecho se apodera de mí.

«¿Así es como me agradeces que te haya salvado la vida?» me recrimina moribundo.

Suelta un alarido de dolor cuando un tigre le clava un puñal en el costado. Me duele más a mí que a él, eso seguro. Ni siquiera tengo un plan,

pero debo detener esto o lo matarán, así que actúo por puro instinto plantándome delante del serafín en un nanosegundo, en medio de todos ellos, que me miran con incredulidad.

—¡Deteneos por favor! —Les grito levantando las manos.

—¿Quién eres? —Pregunta el tigre apuñalador.

—Soy Noa, del Reino de los Humanos, he venido para ayudaros.

Cada vez nos van rodeando más animales.

—¿Ayudarnos a qué, a saquear nuestro pueblo y matar a nuestros hijos? —alega la muchedumbre.

—Él no pretendía haceros daño, simplemente se le cayó una rama con fuego, no fue a propósito —balbuceo.

—¡Nos tomas por tontos! Es el Señor del Mal, lo conocemos de sobra y lo ha hecho a propósito, que sea el *Gran Máster* quien decida qué hacer con él, si le soltamos nos matará a todos —algunos le pegan con un palo a mis espaldas, pero él no parece inmutarse, está malherido por mi explosivo, o lo que quiera que le haya lanzado.

«Debo hacer algo, esto no puede terminar así, sería absurdo».

Entonces me subo a lo alto de un pozo que tengo a mi lado para que todos puedan verme bien.

—¡Habitantes de *Nhacúm* escuchadme! —Elevo la voz junto a mi espada todo lo que puedo, a modo de advertencia —como os he dicho, mi nombre es Noa. No sé muy bien qué es lo que hago aquí. No sé por qué no hay sol en vuestro cielo, ni por qué nunca me canso cuando camino, ni el motivo por el que sanan mis heridas. No entiendo por qué habláis, ni por qué camináis sobre dos patas, tampoco por qué lleváis ropa... Lo único que sé es que todos os

quedáis paralizados cuando tenéis delante a un serafín y eso se llama miedo.

—¡Se llama respeto, les debemos todo a ellos! —Me reprocha un perro.

—¡Menos a éste, que siempre nos ha tratado mal! —Protesta un armadillo.

—¡Nos arruina las cosechas cada año y visita a nuestras mujeres por las noches! —Añade una cebra.

—¡Mienten! —Brama Azael con el poco aliento que le queda.

Yo le dedico una mirada reprobatoria, pero él ni me responde, no sé si está pasando de mí o es que está realmente mal.

«Lo bien que me vendría Ágata ahora para que me informase de qué le ocurre».

—Los tiempos han cambiado —me apresuro a exclamar —os aseguro que este serafín no es malo, simplemente ha sido destinado a gobernar un reino que lleva un nombre determinado. Habría que preguntar a sus habitantes si es maligno o no, que su reino se llame así no implica que todos en él sean demonios, yo misma doy fe de que Ruffus le profesaba la devoción más absoluta. Él fue quien me informó de que su existencia se limita a equilibrar un mundo donde no todo es blanco ni negro, es gris. Y que para llegar a dicha armonía alguien debe cargar con el estigma de *malo* y otro portar el galardón de *bueno*, pero ¿y si estuviésemos equivocados? ¿Y si el malo no es tan malo ni el bueno tan bueno?

Azael no da crédito a mis palabras en su defensa.

—El mago de Gressim en su última visita nos advirtió de las sucias pericias de este monstruo y ahora mismo acabamos de presenciar cómo quería destruir nuestra ciudad ¿dónde está la bondad de sus actos? —Me reprende un

mapache.

«No sabría contestar a eso, la verdad es que me lo están poniendo difícil».

—Ese mago mentía —sentencio —¡Gressim y sus hermanos son los responsables de todos los daños causados! Ellos pretenden acabar con el *Gran Máster* para dominar *Catarsis* —afirmo.

—¡Sacrilégio!

—¡Blasfemia!

Grita el populacho.

«Al final me atan a mí también... piensa en algo, rápido Noa» me insto a mí misma.

—¡Ruffus ha muerto! —Sentencio.

Los animales de pronto se quedan en silencio, mirándose unos a otros, realmente aterrados.

—Si eso es cierto estamos perdidos, él era el único capaz de retener a este ser malvado.

—Pero no podemos acabar con él, la ira del *Gran Máster* recaería sobre nosotros y sería nuestro fin.

—Debemos acatar las órdenes de los serafines, sean las que sean, ésa es la Ley.

Discuten entre ellos sin prestarme la menor atención. Bueno, mirando la parte positiva, al menos ya no quieren cargárselo por unanimidad.

—¡Silencio! —Ordeno enérgicamente, sorprendiéndome a mí misma y a todos los demás por mi ímpetu, todos se giran para prestarme atención de

nuevo —Ruffus murió por vuestra causa, por nuestra causa. Murió heroicamente para proteger mi vida del ataque mortal del serafín Gressim.

Todos murmuran entre sí, pero yo continúo.

—Como ya os he dicho antes, el patriarca de los magos vio el futuro en las runas y en él aparecían los serafines confabulados contra el *Gran Máster*. El único que nunca supo nada sobre todo este entramado fue Azael, y yo os doy mi palabra de honor de que así es. Sus propios hermanos le ocultaron la traición para poder matarle a él también, y por eso se unió a nuestra causa, que no es otra que liberar los nueve reinos del yugo de los serafines.

Azael me atraviesa con sus ojos llenos de rencor.

«¿Y así es como piensas salvaguardar la paz de *Catarsis*? ¿No te advertió Ruffus que esto era justamente lo único que no debías hacer? El pueblo no debe ser conocedor de nuestro cometido» me regaña Azael sin clemencia.

—¡Todo eso es mentira! —grita la multitud —los apresaremos a ambos e iremos a pedir audiencia con Gressim, él nos ayudará, como ha hecho siempre —sugieren unos cuantos.

«Si nos aprisionan perderemos un tiempo demasiado valioso» me temo.

—¡Gressim ha muerto también! —exclamo asustada.

Azael niega con la cabeza y pone los ojos en blanco «tenía que terminar de cagarla»...

Ahora sí que se lía, las madres abrazan a sus hijos temerosas y los demás claman venganza, y mucho me temo que contra nosotros. No he sido consciente hasta ahora mismo de la devoción que profesan a los serafines, ellos creen ciegamente en su benevolencia y en su divinidad. Por lo tanto, decirles que Gressim ha muerto es como matar su fe a estacazos. Están convencidos de que

nosotros somos los malos y que conste que no les culpo, porque lo parecemos más de lo que me gustaría.

Levantán algunos palos y varios utensilios punzantes para amenazarme.

—¡Deteneos hermanos! —grita una voz a mi espalda.

Un oso panda gigantesco aparece a mi lado, interponiéndose entre los alborotados habitantes del pueblo y yo.

—La hechicera dice la verdad, ha defendido a mi familia de los saqueadores y he visto con mis propios ojos cómo detenía al serafín lanzándole una estrella de fuego en pleno vuelo ¡ella está de nuestro lado! —decreta.

Miro hacia mi izquierda y compruebo que Suria y Cedrik se han escondido tras un arbusto, lo siento por ellos pero van a ser los culpables de todo, están a salvo y ahora la prioridad es salir de aquí como sea.

—Gracias hermano panda —indico *pandagradecidísima* —necesitamos monedas para poder comprar escudos, pociones y armas —me dirijo de nuevo hacia la gente —queremos luchar contra los serafines, como le prometimos a Ruffus, pero no tenemos medios para ello, por eso nos vimos obligados a saquear vuestras casas, por el bien común.

—Pero ella se dio cuenta de que ese camino estaba mal —añade la mamá panda con uno de sus hijos en brazos para echarme un cable.

—Detuvo a los ladrones y les obligó a devolvernos nuestras pertenencias ¡yo mismo vi cómo se enfrentaba a ellos y los obligaba a colocarlo de nuevo en su sitio! —Exclama el mayor de los ositos.

«Gracias al cielo que Suria y Cedrik me obedecieron, de no haber sido así, ahora mismo estaríamos en la hoguera» pienso para mí, observando a los

OSOS.

«¡Querrás decir de no haber sido porque me atacaste a traición!» me rebate el serafín.

«No tendrá fuerza para moverse, pero sí para tocarme las narices» protesto sin mirarle.

«Me subestimas» me reprocha.

«Te lo advertí y aún así continuaste haciendo lo que no debías, ¡tú te lo buscaste!» contesto indignada.

Como no obtengo respuesta, miro hacia el lugar donde estaba atado y lo que descubro son solo las cuerdas cortadas sobre el suelo.

«¿Dónde...?».

No me da tiempo ni a terminar la pregunta porque de repente vislumbro su tenebrosa sombra reflejada en el suelo bajo mis pies. Deduzco entonces que está sobre mí porque además la expresión horrorizada con la que miran los animales hacia esa dirección me lo confirma. Yo también me giro para mirarle.

«Y ahí está, de nuevo pavoneándose ante los simples mortales».

—¡Era un truco! ¡Nos ha engañado para liberarle! —augura el gentío señalándome.

—¡Se han terminado las estupideces! —Ruge Azael con su voz atronadora —la ley de *Catarsis* obliga a obedecer al serafín, pase lo que pase. Sin embargo vosotros me habéis amenazado de muerte ¡debería fulminaros a todos ahora mismo!

—La ley también obliga a los serafines a defendernos y no a robarnos — replica el tigre envalentonado.

El serafín le mira con desprecio y no tarda en levantarlo por los aires para después dejarlo caer desde una desmesurada altura. Cuando choca contra el suelo, todos imaginamos lo que le ha ocurrido al tigre, que no tarda en desaparecer. Al instante la gente grita aterrorizada mientras retrocede.

—Nadie que apuñala al gran Azael sigue con vida —aúlla su voz.

—¿Estás loco? ¿Crees que así nos ayudarán? ¡Basta ya de matar inocentes! —le grito enfurecida, sin darme cuenta de que lo estoy diciendo en voz alta.

Pasa de mí de nuevo.

—¿Ayudarnos? ¡Van a darnos todo lo que tengan, por las buenas o por las malas!

—¡Tranquilos, no os hará daño, yo os protegeré, os lo juro! —me apresuro a asegurar.

La familia oso se cobija en mí y poco a poco los demás les imitan.

En cuanto soy consciente de lo que ha ocurrido, no doy crédito.

Todo el pueblo está arremolinado alrededor del pozo en el que estoy subida, se han puesto de rodillas y cubierto sus cabezas, mientras una gran burbuja violácea nos cubre a todos, impidiendo que el fuego que lanza Azael nos alcance.

Él nos observa desde arriba con inquina.

«Ya has conseguido lo que querías, poner a todos en mi contra, ahora búscate la vida por tu cuenta, humana» gruñe realmente enfurecido.

Cuando su sombra desaparece de mi vista, miro hacia arriba para comprobar que se aleja volando por el cielo. Entonces la burbuja violácea

desaparece como por arte de magia y todos los animales se van poniendo en pie poco a poco, en silencio.

—Nos ha salvado...

Es la frase que comienza a resonar entre los presentes.

Y es así, como si todo de pronto cobrase sentido, como me convierto en su salvadora, en alguien a quien estarán agradecidos para siempre.

—Señora decidnos qué necesitáis, nuestra familia os ayudará en lo que pueda —me ofrece una oveja.

—¡Y nosotros! —Aseguran los osos panda.

Cuando cae la noche, cada familia ha aportado cosas de las que puede prescindir, pues les he dicho que solamente traigan bienes que no necesiten. He metido en el saco desde una armadura antigua hasta un collar de oro, pasando por monturas y ropajes. Nunca imaginé que pudiese meter todo eso en un saco, pero, para mi sorpresa, se trata de un saco tipo *Mary Poppins*, donde ha cabido todo sin problema.

—Mucha suerte en tu viaje señora —me animan cuando ya he recogido todo.

—Me llamo Noa, no tenéis que tratarme de ninguna manera especial, todos somos iguales —les pido.

—Aquí siempre serás bienvenida Noa.

De pronto aparece entre la oscuridad una luz blanca que deslumbra mis ojos. Todos se giran para comprobar de qué se trata y cuanto más se acerca a nosotros, más se abre mi boca.

El sheriff del pueblo, sé que es él porque se trata de un perro sabueso que

lleva una estrella plateada en su chaleco donde pone esta palabra, se sitúa frente a mí.

—En nombre del pueblo de *Nhacúm* y en agradecimiento por tus actos, queremos hacerte entrega de nuestra joya más preciada.

Lleva sujeto por las bridas a un unicornio blanco resplandeciente.

«¡Un unicornio! ¡Qué heavy!».

—Es lo más hermoso que he visto en mi vida —musito embargada por la belleza de esta criatura.

Doy un paso hacia adelante, despacio, creo que debo hacerlo así porque de lo contrario el bello animal podría desvanecerse. No es comparable a nada de lo que haya visto en libros de fantasía e imágenes de internet. Es mucho más alto que un caballo normal, pues yo le quedo a la altura del estómago.

Sus ojos reflejan la pureza, su piel es tan reluciente como la luz de la luna, su pelo largo es tan sedoso que parece flotar. Levanto mi mano para tocar su frente, con suma delicadeza. Me observa atentamente antes de permitir que le acaricie, parece que esté examinando mi alma. Entonces baja la cabeza para que por fin pueda acariciarlo.

Cuando poso mi mano sobre su fina piel, experimento una conexión mística que recorre ambos cuerpos, es mágico, algo prodigioso.

—Las druidas obtienen su fuerza de vivir en comunión con la naturaleza, no adquieren su poder controlándola, sino fundiéndose con ella, la esencia misma de los seres vivos las alimenta y es el elixir que corre por sus venas — musita el viejo sabueso mientras nos observa asombrado.

Entonces me doy cuenta de que así es, pues el contacto con este ser maravilloso ha encendido algo en mi interior que siempre creí dormido, ha

hecho brillar mi fe con una fuerza que jamás creí posible, armándome de valor y esplendor, al igual que la luz blanca que irradia de su cuerpo.

—Es tuyo, su nombre es Albor y para nosotros es un privilegio que te acompañe en tu viaje Noa, aquí está desaprovechado. Te deseo toda la suerte en tu cometido muchacha, siempre estaremos en deuda contigo —el sheriff se gira hacia el unicornio para despedirse de él —espero que pronto nos volvamos a ver viejo amigo —el caballo pone su cara junto a la del can y cierra los ojos a modo de despedida, su amo le quita las bridas y queda libre por completo.

El unicornio dobla sus rodillas delante de mí.

—Te permite subir a su lomo —me explica el sheriff.

—Nunca he montado a caballo —balbuceo indecisa.

«He montado en cosas más normales, por ejemplo en dragones o en búhos, pero nunca en un caballo».

—Solo tienes que hacerlo —me anima la madre osa.

«Ya estamos con eso otra vez ¡qué manía!».

—Agárrate a sus crines —me anima un ternero.

—Pero le haré daño.

—¡Hazlo! ¡Hazlo! —me increpan los presentes.

«Vale, vale, obedezco».

Sujeto sus níveas crines entre mis manos, son tan suaves como la seda, tanto que se deslizan entre mis dedos. Tomo impulso con una pierna y paso la otra por encima de su lomo, a la vez que él se incorpora, haciéndome la tarea más sencilla.

«¡Joder, estoy subida a un unicornio!» chillo extasiada para mis adentros, pues debo parecer seria y digna de respetar.

—¡Buen viaje Noa! —Se despiden todos con la mano.

—Debo decirles una última cosa —Albor, sin que yo haga nada, se pone frente a ellos para que hable —Azael no es malo, os lo digo de corazón, tan solo es un incomprendido, pero tiene buen fondo, demasiado rudo y bruto, pero es bueno, creedme por favor.

Ellos lo dudan, pero deciden no llevarme la contraria.

—Le daremos una última oportunidad si tú nos lo pides —afirma el sheriff.

—¡Gracias amigos! Y ahora ¡vamos a salvar *Catarsis*! —Grito levantando la gran espada.

Todos levantan sus puños y vitorean, entonces Albor relincha excitado y emprende animado el camino hacia el bosque, de nuevo sin yo decir ni hacer nada. Tampoco necesito sujetarme, parece que fuese flotando, es algo demasiado increíble, sin embargo es cierto y real.

Capítulo 24



Vida: 100

Maná: 20

Fuerza: 20

Dinero: 10

Rango: 8

Decepcionada: 100%

Entusiasmo: ¡Tengo un unicornio!

L levamos un rato deambulando por un camino que no sé dónde nos lleva, pero ahora no tengo miedo porque el resplandor del unicornio alumbra el sendero en un radio lo suficientemente amplio como para darme

tiempo a sacar a mi querida *Aniquilator* si algo me asalta por sorpresa.

—¿Dónde se habrán metido estos dos? —Me pregunto intrigada.

El galope del caballo es mucho más rápido que el de ellos andando, ya deberíamos haberlos alcanzado, a no ser que hayan tomado un camino distinto, o que el unicornio haya decidido ir en dirección contraria.

—¿Te refieres a nosotros? —La repentina voz de Suria a nuestra espalda asusta a Albor, que levanta sus dos patas delanteras consiguiendo que yo pegue un gran culetazo contra el suelo al caer hacia atrás.

—¡Mierda! —Protesto dolorida sobre la hierba.

—¡Noa! —Suria corre a auxiliarme, pero Albor se planta delante para interceptarla, amenazándola con su gran cuerno.

—Tranquilo, son mis amigos —le explico mientras intento levantarme en plan vieja dolorida.

Él se relaja y me acaricia con su hocico, creo que me está pidiendo disculpas.

—No te preocupes, no ha sido culpa tuya —le indico.

Suria llega hasta mí y me toca el hombro.

—¿Estás bien? ¿Y este unicornio de dónde ha salido? —le contempla fascinada.

—Ha sido un regalo del sheriff —le respondo.

—Es maravilloso —no sale de su asombro.

—Me han dado un montón de cosas para vender en la tienda —le cuento

emocionada —calculo que supondrá más de dos mil monedas para repartir...

—A cambio de vender a tus amigos —me interrumpe Cedrik.

—¿Qué dices? ¡Yo no he vendido a nadie! —Replico molesta.

—Nos has dejado tirados a los pies de los caballos para tú vanagloriarte y llevarte todo el mérito, eso se llama traición —afirma —mientras liberábamos a Azael de las ataduras creí que estabas actuando para darnos tiempo, pero luego comprobamos que efectivamente lo único que pretendías era alzarte con la gloria a cambio de traicionarnos.

—¡No! —grito indignada. —Lo único que he hecho ha sido intentar que nos ayudasen sin necesidad de hacerles daño, no me parecía bien que los robaseis de esa manera tan vil. De hecho, os he demostrado que hablando con ellos nos han dado el triple.

—Si no hubieses metido las narices donde no te llamaban ese tigre no hubiese muerto —me recrimina Cedrik, cada vez hablándome más alto, lo que pone demasiado nervioso a Albor.

Entonces Suria decide intervenir, pues imagino que capta mejor que nadie la tensión en el ambiente.

—Noa nos parece bien que hayas protestado por algo con lo que no estabas de acuerdo, pero somos un equipo y debemos debatir las cosas antes de hacerlas, ya que si cada uno actuase según le viniese en gana, nunca conseguiríamos nuestro cometido —expone serenamente.

—Tienes razón —claudico —pero me vi tan acorralada que fue la única salida que encontré. Lo único que pretendía era salvar a Azael y a la vez que nadie saliese herido...

—Si lo hubiésemos hecho como siempre, no hubiese ocurrido nada malo

—despotrica el arquero —ahora todos conocen nuestro secreto y ya no contaremos con el factor sorpresa, los serafines nos estarán esperando detrás de cada esquina —me reprocha.

—¿Acaso crees que no se arruinó el factor sorpresa con la muerte de Gressim? —Le pregunto.

—Eso es algo que ya nunca sabremos —añade —además, después de esto, no creo que Azael vuelva a dirigirnos la palabra ¿qué haremos ahora sin su ayuda?

—Al principio tampoco contábamos con él —alega Suria para intentar apaciguar las aguas.

—Pero sí contábamos con Ruffus y con los demás magos, ahora somos tres y un caballito de juguete —se queja señalando con mofa a mi unicornio.

Albor relincha a modo de protesta.

—Lo que está claro es que yo no volveré a hacer nada sin consultároslo antes —les prometo, aunque no sin añadir —y viceversa, pues no es menester dejar a nadie sin techo ni comida para sus hijos tan solo porque tú necesites una espada —le echo en cara a Cedrik. —Si luchamos por salvar *Catarsis*, no va a ser a costa del sufrimiento de sus habitantes.

—Estoy de acuerdo Noa —asiente Suria.

Cedrik se resiste a dar su brazo a torcer y como le voy conociendo, le dejo que medite sobre todo lo ocurrido. Suria le calmará después.

—Vamos a recoger leña, dormiremos aquí, ya es tarde —ordena el arquero.

—¿Pero no íbamos a buscar a Azael? —Quiere saber la ardilla.

—No os preocupéis, de eso me encargaré yo —les comunico —yo la he liado, pues yo asumo las consecuencias.

Sorprendentemente, a los dos les parece bien mi decisión, aunque mucho me temo que va a ser porque ninguno cree que lo consiga, y por eso precisamente ni se preocupan en rebatirme.

Hemos hecho una hoguera bastante grande, sin necesidad de recoger leña ni nada. Cedrik ha hecho un simple movimiento con sus manos y ¡voilà, *habemus* fuego!

Nos tendemos los tres alrededor de la lumbre, formando un triángulo sobre la hierba, que asombrosamente no pincha ni pica, tengo la misma sensación que si estuviese echada sobre algodones verdes ¡qué lujo! Albor permanece de pie junto a mí, imagino que para hacer guardia toda la noche.

«Y que luego se atreva a decir Cedrik que es un caballo de juguete que no sirve para nada» le saco la lengua mentalmente al arquero insufrible.

Cuando ha pasado un buen rato y después de varios intentos fallidos, me doy por vencida, definitivamente no puedo dormir. Algo me inquieta. Me tumbo boca arriba con las manos tras la nuca y contemplo el cielo. No tiene estrellas, aunque en su inmensa oscuridad refulgen a lo lejos espirales de colores. Es algo que me resulta bastante curioso porque si te detienes a observarlas, da la sensación de que giran en varios sentidos, tornando así la quietud de la noche en la resurrección de la vida, desde luego es digno de ver.

La cabeza de Albor se atraviesa de pronto en mi campo de visión, sobresaltándome.

—¿Qué quieres, amigo?

Relincha y gesticula con la cabeza.

—No te entiendo, todavía no hablo el *unicornés* —le explico sintiéndome ridícula.

Entonces dobla sus rodillas delanteras, como hizo en el poblado, y ahora sí que comprendo lo que quiere.

Me levanto del suelo e intento montarme sobre él, esta vez con mucha menos dificultad que la primera, pues me agarro a sus crines, doy un ágil salto y ya estoy arriba.

«¡Anda, mira qué fácil! Si al final seré una druida de diez, o al menos una que sabrá montar en unicornios» me congratulo.

Observo a mis amigos, que se encuentran profundamente dormidos, debería despertarlos para que sepan que ya no está el equino divino velando sus sueños, pero me da pena porque parecen exhaustos ¿Qué hago? ¿Y si viniese algún oso de esos gigantes para atacarlos?

Decido entonces meterlos en una de mis burbujas violáceas que molan tanto y así nadie podrá hacerles daño. Y ahora viene lo verdaderamente complicado ¿cómo se hacían? La magia siempre me sale cuando me encuentro bajo presión.

Me dejo resbalar desde lo alto del caballo hasta que caigo al suelo. Levanto la mano derecha y dibujo en el aire lo que pretendo que cubra la burbuja, como si se tratase del *photoshop*, pero no ocurre nada.

«¡*Abra Cadabra!*!» exclamo enmarcando a mis durmientes amigos entre ambas manos.

Nada.

Pues no nos vamos a poder marchar sin despertarlos. Aunque si lo hago, nunca permitirían que me fuese sin saber dónde, y no puedo decirles que me

marcho sin ningún rumbo, solo porque le apetezca al unicornio... Por cierto, que dicho así suena bastante loco, la verdad.

Me sitúo entre mis dos amigos y de repente aparece la burbuja cubriéndonos a los tres ¡sin hacer yo nada!

«¡Venga hombre, no me jodas!» protesto haciendo aspavientos con las manos, pero en bajito para que no puedan escucharme.

«¿Y ahora cómo salgo de aquí?» me pregunto intrigada.

Intento atravesar la burbuja pero resulta imposible, parece un muro de piedra inquebrantable, tanto es así que hasta me hago daño al chocar contra ella y esto provoca que comience a enfadarme, mucho.

Entonces Albor se acerca con paso elegante, me mira a los ojos y, ni corto ni perezoso, atraviesa la burbuja.

—¿Cómo lo has hecho? —susurro pasmada.

Me observa de nuevo y sale otra vez, como si no hubiese nada sobre nuestras cabezas. Yo le sigo con paso firme, el truco debe estar en lo que todos insisten siempre, estar convencida de que voy a conseguirlo. Pero, por muy segura que voy, me choco contra la burbuja, pegándome un buen golpe en toda la frente «¡au!». Nada, no hay manera. Menos mal que el unicornio no puede reírse, al menos no como lo hacemos nosotros, porque ahora mismo apostaría a que se está partiendo de la risa para sus adentros.

Albor entra una vez más en la burbuja y se arrodilla a mi lado, cojo la crin y pongo el pie sobre una de sus patas para subir como si fuese una escalera y ahora sí que lo hago cómodamente, sin ningún esfuerzo «si es que la experiencia es la madre de la ciencia, está claro» me reconforto a mí misma, una vez montada sobre el lomo del bello animal.

Cuando miro hacia el frente ya estamos fuera de la burbuja, trotando libremente por el prado. Compruebo por el rabillo del ojo que la burbuja permanece imperturbable sobre mis amigos, así es que una enorme sonrisa triunfal aparece en mi rostro ¡misión conseguida!

—¡Me tienes que contar cómo lo has hecho! —le pido todavía embobada a mi caballito.

En cuanto estoy bien acomodada en su lomo comienza a correr como si de pronto se hubiese espantado por algo y cada vez tomando más velocidad. No sé dónde irá con tanta prisa.

—¡Eh amigo, no corras tanto! —le suplico nerviosa, pero él pasa de mí.

Me echo hacia adelante, sujetándome fuertemente a su cuello con los brazos y a su estómago con las piernas, pues veo que me voy a caer. Entonces levanta sus patas delanteras para dar un salto altísimo y ya no volvemos a caer al suelo, sino que ascendemos hacia el cielo.

Un vértigo inesperado se apodera de mí, que no logro cerrar la boca mientras miro hacia abajo alucinada para comprobar que... ¡cada vez estamos más alto!

—¡¿Pero qué haces Albor?! ¡Ay Dios mío que también vuelas! —grito observando atónita cómo unas alas blancas enormes suben y bajan majestuosamente a ambos lados de su cuerpo.

No sabía que existiesen los unicornios/pegasos, si es que acaso existen y esto no es un sueño, claro.

Un relincho rompe el silencio de la noche, consiguiendo sacarme de mi trance actual. No asimilo que vaya cabalgando por el cielo en un maldito pegaso blanco que resplandece inmaculado en medio de la oscuridad mientras

una música celestial resuena en mi cabeza ¿qué más me podría ocurrir?

El relincho por lo visto era un aviso que significaba que íbamos a aterrizar, porque de pronto desciende en picado y ahora sí que cierro los ojos y comienzo a gritar como una histérica, pues un inmenso cosquilleo, peor si cabe que el de los *loopings* de una montaña rusa, invade mi tripa.

Continúo gritando, abrazada al cuello del caballo y con los ojos cerrados durante un buen rato, con lo patosa que soy seguro que acabo en el suelo.

—¿Se encuentra bien señorita? —Me pregunta una voz masculina.

Me sobresalto y abro los ojos asustada al escucharle tan cerca ¿no estábamos en el cielo? Pestañeo rápidamente para descubrir que nos encontramos delante de una posada, ya en tierra firme. Lo que parece un hombre aunque no lo sea, porque tiene orejas puntiagudas y eso claramente indica que es un elfo, me observa intrigado.

—Bonito *pegacornio* —comenta.

—Gracias —balbuceo mientras me deslizo por el cuerpo de Albor para bajar.

Mira por donde he aprendido que este animal se llama *pegacornio*, qué gracioso.

—Aunque no tanto como su amazona —añade el elfo pervertido mirando mi cuerpo sin reparos.

Yo me cubro con la capa para que deje de observarme con esa cara de cerdo salido.

—¿Has visto mi espada? ¡Pues no te pases! —Le amenazo.

Él pone mala cara y entra en la posada.

No sé qué hacer ahora, cuál se supone que debe ser el siguiente paso, pues la cruda realidad es que un animal, que por cierto no se comunica de ninguna manera, me ha traído hasta aquí en medio de la noche sin ningún motivo aparente.

Conclusión. Soy una mujer que está sola y que no sabe usar sus hechizos, así que de ocurrirme algo ni siquiera sabría defenderme. Sí, estoy chiflada pero con eso ya contábamos.

—¿Quieres que entre ahí? —le pregunto al caballo, señalando la gran puerta de madera que tengo ante mí.

La posada está pintada de color burdeos y, a diferencia de las que ya conozco, en ésta no hay ningún cartel en la puerta, se habrá caído.

Albor me empuja con su hocico para que entre.

—Vale, vale, ya voy. Si tardo demasiado entra a buscarme ¿entendido?

Él asiente con la cabeza, parece divertirse con todo esto ¿realmente me entenderá?

Atravieso la puerta cautelosamente y una vez dentro me dirijo, sin mirar hacia ningún sitio, hasta la barra, voy directa como una flecha.

—¿Qué vas a tomar bombón? —me pregunta el gato burlón que ejerce de camarero.

—Lo primero que pilles, me da igual.

—Muy bien, te pondré el especial de la casa —sonríe maquiavélico, pero no lo tomo en cuenta.

Me quito la capucha de la capa, dejando mi cabello al aire y retiro la tela de mi cuerpo, pues aquí hace mucho calor, o al menos a mí me lo parece.

Enseguida el gato me pone delante una copa humeante.

—Invita la casa, preciosa —dice sonriendo.

—¡Ah, pues gracias! —le devuelvo la sonrisa, mira qué amable.

Doy un trago pequeño a la bebida, sabe bien, es dulce, me recuerda a la granadina, pero en caliente.

Me apoyo en la barra disimuladamente para ir contemplando poco a poco la posada. La iluminación del local se limita a algunas velas sobre mesas al azar, por eso está todo en penumbra y cuesta diferenciar lo que ocurre, aunque no tardo en descubrir de qué se trata.

Obviamente esto no es una posada al uso, pues cada mesa está rodeada por un gran biombo. De esta manera se forma un reservado y solo se permite observar lo que está sucediendo allí dentro a los que pagan por ello, como ocurre con varios clientes en diferentes cubículos.

Desde mi privilegiada posición puedo distinguir que en uno de los reservados hay un búfalo que se lo está pasando muy bien con una especie de caballo, son claramente dos machos, eso sí que se diferencia bien. No doy crédito a todo lo que están haciendo.

No pienso permanecer aquí ni un segundo más, apuro mi copa de un gran trago antes de marcharme. Me pregunto por qué narices me habrá traído hasta este antro de perversión el unicornio, aunque enseguida recapacito e imagino que sería una insana costumbre del viejo sheriff, es la única explicación lógica que encuentro hasta que...

—¿Ya te vas, preciosa?

Un brazo súper musculoso intercepta mi camino. Recorro con la mirada el miembro hasta averiguar quién es su propietario y ahí está, el pecado hecho

hombre.

—¡Oh, lo que me faltaba! —protesto esquivándole.

—Por un momento creí que habías venido a buscarme —vuelve a interponerse en mi camino.

—Ya quisieras.

No me da tiempo a contestarle más porque dos mujeres aladas, de pelo largo, realmente preciosas y completamente desnudas, aparecen de la nada para comenzar a manosearle y a besarle por todo el cuerpo, entre risillas nerviosas. Una incluso se pone de rodillas delante de él para hacerle una chupadita por debajo del abultado taparrabos, sin cortarse ni un pelo, mientras la otra se introduce la mano de él entre sus piernas hambrientas.

Me giro para no mirar la tórrida escena, esto es demasiado fuerte para mí, aunque no puedo negar que siento cierta curiosidad. Un repentino mareo provoca que me apoye en su pecho para no caerme y él interpreta este gesto erróneamente.

—Vaya, así que te quieres unir a nosotros, nunca hubiese imaginado que fueses una chica mala... —sonríe tremendamente orgulloso.

De repente parece que me ha comido la lengua el gato y nunca mejor dicho, porque no soy capaz de articular palabra. Veo todo a mi alrededor moverse, el suelo ondula y tengo la sensación de estar en la cuerda floja.

Entonces mi fantasía sexual en carne y hueso me rodea la cintura con una de sus poderosas manos para atraerme hacia sí impetuosamente y darme uno de sus increíbles besos, esos que me dejan más tonta todavía de lo que ya estoy. Pero esta vez no solo siento su lengua acariciando mi boca, sino también entre mis piernas, es una sensación muy extraña, sé que él me está besando en

la boca, aunque también sé que alguien está besándome por ahí abajo, además con gran maestría y delicadeza.

Abro un instante los ojos y descubro que se trata de una de las ninfas, que está devorando mi extasiado sexo, realmente está embelesada en mi placer, se nota que es así por cómo se retuerce de gusto, y eso provoca que yo me estremezca también, pues nunca antes me había tocado una mujer.

Además observo escandalizada cómo la otra ninfa le da la espalda a mi hombre-fantasma para insertarse en él, sin remilgos. Mientras éste me besa encandilado, ella sube y baja gimiendo enloquecida, aunque él no le preste la menor atención a su amazona.

Intento detener la surrealista y depravada escena en la que me he visto inmersa sin quererlo, pero estoy fuera de mí, no tengo voluntad propia y el gran placer que embarga a mi cuerpo es tan colosal que no soy capaz de contenerlo.

De pronto siento que un dedo enorme se va introduciendo en mi interior lentamente, acariciándome con suavidad, se me escapa un fuerte gemido de placer y entonces la falange comienza a entrar y salir paulatinamente, mientras la lengua juguetona de la ninfa dibuja círculos incesantes en mi clítoris... ¡voy a morir de gusto!

No puedo más, por mucho que intento evitarlo, termino estallando en mil pedazos bajo los labios, el dedo y la atenta mirada de este hombre terriblemente pecaminoso. Y por lo visto me voy a la vez que las ninfas ninfómanas, ya que sus gemidos silencian los míos.

Fijo entonces mis ojos en los suyos anaranjados, tiene las pupilas completamente dilatadas por el deseo con el que me examina. Entonces retira el dedo de mi interior y se lo mete en la boca para succionarlo con ganas,

consiguiendo con este simple y sucio gesto que me vuelva a encender.

Las dos ninfas se arrodillan frente a él para lamer ansiosas su inminente orgasmo. Entonces él se deja llevar, sin dejar de mirarme ni un solo momento. Las dos féminas no renuncian ni a una sola gota, es más, se pelean entre ellas por absorberlo todo, dándose besos al hacerlo.

Desvío la mirada de él, espantosamente avergonzada, y casi me muero al descubrir que más de una veintena de mirones nos vitorean y aclaman a nuestras espaldas... ¿¡Lo habrán visto todo!? Y lo peor es que el perverso público también termina la faena, incluso hay algunos que se ayudan entre ellos con manos y bocas...

Cierro los ojos con fuerza ¡ay Dios mío, qué inmoralidad!

Cuando vuelvo a abrir los ojos observo cómo las ninfas se ponen en pie finalmente, haciendo reverencias de gratitud a los asistentes. Se acercan para intentar darle un beso en los labios al macho alfa, pero él las retira sin ningún tipo de reparo.

—Sabéis que en la boca está prohibido —gruñe.

—Pero ella... —protestan indignadas.

—Ella nada —sentencia —¡retiraos!

Las dos se van sin rechistar, realmente ofendidas, aunque no tardan demasiado en encontrar otra distracción, esta vez con un león ¡esas dos han bebido ración doble de la granadina!

—¿Qué haces aquí? —pregunta mi fantasía mientras recoloca mi ropa.

—No lo... traído... *unigaso* volador... —musito con la lengua de trapo, pues no soy capaz de pronunciar palabras coherentes.

—¿Y de dónde has sacado tú un unicornio? —frunce el ceño.

—Regaló... sheriff... —vuelvo a marearme, pero esta vez mucho más fuerte, aunque antes de caerme y darme de bruces contra el suelo, él me coge en brazos.

Veo ráfagas de imágenes.

Mi fantasía sexual pegándose con un gato gigante.

Mi fantasía sexual llevándome en brazos por el bosque.

Mi fantasía sexual volando por los aires.

Mi fantasía sexual metiéndome en la cama.

Mi fantasía sexual despertándome.

—¿Dónde estoy? —Pregunto asustada, mirando todo a mi alrededor e intentando enfocar al hombre que me habla.

La habitación es muy grande, las cortinas están decoradas con varios tonos de color granate, los muebles son de madera maciza y bastante antiguos, no parece demasiado lujosa, pero sí limpia y ordenada. Todo está oscuro, iluminado únicamente por la poca luz que entra de la ventana.

—Estamos en la casa de una vieja amiga —él permanece impertérrito sentado en una silla junto a mi cama, observándome.

—¿Qué ha ocurrido? —la boca me funciona por fin pero la cabeza sigue dándome vueltas.

Observo aliviada que continúo vestida.

—Al tabernero le pareció muy gracioso echarte un fuerte afrodisiaco en la bebida.

—¿¡Qué?! —Me cubro con las mantas hasta el cuello al recordar el increíble orgasmo que tuve en la posada, o lo que fuese aquel pecaminoso lugar.

—No sabía que estabas bajo los efectos de esa sustancia, de haber sido así nunca te hubiese tocado —me explica algo abochornado —de todas formas ese desgraciado recibió su merecido por hacerte eso.

«¡Qué vergüenza por Dios!» pienso horrorizada.

—No tienes que avergonzarte de nada, el cuerpo está para disfrutar de él, de todas las formas posibles, no hay que negarse a nada que desees solo por el *qué dirán*, experimentar es bueno —intenta convencerme con esa voz ronca que me vuelve loca.

—No estoy aquí para experimentar nada y mucho menos los placeres de la carne... —tartamudeo.

—¿Ah no? —me interrumpe.

—¡No! Además ¿qué hay de las enfermedades por transmisión sexual y los embarazos? —en la bacanal que tenían allí montada no recuerdo haber visto preservativos por ningún sitio.

—Esas cosas no existen en *Catarsis*.

Se levanta de la silla lentamente y se dirige hacia mí, mirándome fijamente a los ojos, con paso seguro pero lento.

Se sienta sobre la cama y se levanta la tela del taparrabos para que pueda contemplar su inmensa erección. Mis ojos se abren desmesuradamente al descubrir su descomunal tamaño y mi entrepierna se estremece, dudo que todavía por los efectos del afrodisiaco.

Comienza a acariciarse, de arriba a abajo, delicadamente, sin dejar de

mirarme ni un solo momento.

—Si no tenemos placer en esta vida ¿qué nos queda Noa? —ronronea mientras sigue masajeándose a sí mismo, como si yo no estuviese aquí.

No soy capaz de articular palabra, tengo la boca seca y a un hombre físicamente perfecto a escasos centímetros de distancia masturbándose para intentar seducirme.

Me debato entre dejarme llevar por mis instintos más básicos, que claman por lanzarme al cuello de mi fantasía erótica para devorarlo cual mantis religiosa, o seguir con mi decencia todo lo intacta que pueda estar después de mi indigna actuación en el burdel... y no hacer nada al respecto.

Entonces él pega un tirón seco de las mantas que me cubren, dejándome completamente desnuda.

«¡Si hasta hace un segundo tenía la ropa puesta!» exclamo para mis adentros, observando atónita mi desnudez.

—Has deseado que tus ropajes desapareciesen y lo han hecho, yo solo quería mostrarte tus verdaderos anhelos, la magia solo sucede cuando lo deseas de verdad.

No lo duda ni un segundo, pone su mano sobre la cara interna de mi muslo y me acaricia dulcemente esa parte de la pierna.

—¿Lo sientes? —musita bajito.

Claro que lo siento, y es que mi piel, al contacto con el calor que desprende su mano, se va encendiendo sin poder remediarlo. Es como si las sensaciones que me pudiese provocar este simple gesto en la vida real, aquí se multiplicasen por millones.

—Relájate Noa, saboréalo, no importa nada más en el mundo —susurra.

Su mano asciende magistralmente hasta llegar a mi sexo, como si se tratase de algo fortuito, para acariciarlo con sutileza, sin ninguna prisa, pero con gran precisión.

Estoy muy tensa, por más que intento relajarme no lo consigo, su repentino contacto en el punto más recóndito de mi ser hace que me excite irremediablemente. Y es que este hombre me pone demasiado nerviosa, sobre todo el pensar que es un completo desconocido y que yo jamás haría algo así estando en mi sano juicio.

Poco a poco me voy acostumbrando a sus atenciones, cierro los ojos, saboreando las increíbles sensaciones que me provocan sus experimentados dedos, incluso empujo mi cadera hacia adelante para que aumente un poco el ritmo, pero prefiere continuar con su acompasada tortura. Me muerdo el labio inferior para sofocar un gemido.

Sin previo aviso su boca se apodera de uno de mis pechos, succionando mi pezón con devoción absoluta, pero despacio, sin prisas, entonces percibo cómo unas punzadas de extremo placer se apoderan de mi cuerpo por completo, cosa que me hace levantar la espalda del colchón, como ocurre en las películas, nunca antes me había visto en semejante escena, pues con Alejandro era todo muy básico y bastante egoísta por su parte.

Mientras dedica sus esmerados trabajos orales a un pecho, una de sus manos me pellizca el pezón que tengo libre, y a la vez continúa con su otra mano torturando mi clítoris con suma destreza.

—¡Voy a morir, no puedo más! —jadeo, convulsionando bajo su tacto al presentir cómo se avecina un increíble orgasmo.

Aumenta un poco más el ritmo de la mano que tiene en mi sexo y... ya está... me dejo arrastrar a los cielos, sin poder contener unos gemidos

salvajes que se escapan de mi garganta.

Cuando he recobrado un poco el aliento, que no el ritmo cardiaco, abro los ojos y lo veo a horcajadas sobre mí, sujetando mis piernas entre sus rodillas, devorándome con la mirada turbia y apuntándome con su gran miembro.

—Me estás volviendo loco Noa, nunca imaginé que fueses así, eres increíble.

Miles de gotitas de sudor han perlado su fornido pecho y su pelo está empapado por el esfuerzo realizado, claro que ahora la egoísta soy yo. Está realmente arrebatador y me muerdo por besarlo, no lo puedo contener, es como si su boca me atrajese sin remedio.

Entonces me incorporo, aunque permaneciendo sentada, ya que él continúa estando sobre mis piernas. Le engancho del pelo y tiro de él hacia mí para besarle apasionadamente en los labios, sorprendiéndole gratamente, pues deja escapar una inesperada sonrisa nerviosa, aunque rápidamente responde a mi beso con deleite.

Poco a poco nos hemos ido acomodando mientras nos besamos desenfrenadamente, consigue que me encuentre como una miniatura entre sus inmensos brazos, me maneja como quiere y eso me encanta. Nos encontramos de tal forma que él está sentado en plan indio y yo sobre él, rodeando su cintura con mis piernas. El tronco de su miembro erecto acaricia la entrada de mi sexo sin cesar, pues él mece su cadera a propósito para que así ocurra, provocando que mi cuerpo clame por él en forma de continuas contracciones.

Entonces se detiene para sujetar mi rostro entre sus manos, dejando ambas frentes unidas.

—¿Preparada? —pregunta jadeante contra mi boca.

No le contesto con palabras, mi movimiento pélvico le hace sonreír victorioso. Sujeta mi cadera con ambas manos y de un impulso certero se introduce un poco en mí, ya que por más húmeda que esté me cuesta albergar sus dimensiones y me quejo, entonces se detiene para que pueda acostumbrarme a él.

«Madre del amor hermoso, no me había parado a pensar en lo grande que era, es imposible que eso quepa en mí» pienso aturdida.

—Sh, no tenemos prisa, relájate preciosa —ronronea mientras besa mi cuello.

Lejos de serenarme, lo que hace es ponerme más nerviosa, pues por un lado intento sentirme una mujer liberal que está disfrutando del increíble sexo que le regala un desconocido en un maldito videojuego, pero por otro lado, mi precario cerebro mojigato me advierte que este hombre va a hacerme sufrir de lo lindo.

«Sí, ya sé que es sexo sin ataduras y que durará solo una noche, pero no puedo evitar que mi instinto familiar salga a relucir y de pronto le vea como el padre de mis hijos... ¡ay Dios mío estoy fatal!».

Niego con la cabeza para intentar borrar estos absurdos pensamientos de mi cerebro y volverme a centrar en lo que acontece, que no es moco de pavo.

Cuando por fin me voy relajando es cierto que ya no siento dolor, sino ganas de que se introduzca un poquito más en mí, y así lo hace sin necesidad de pedírselo. Estamos conectados en todos los sentidos, es algo realmente extraño, pues no le conozco absolutamente de nada.

Ha pasado el tiempo suficiente para que toda su envergadura esté dentro de mi cuerpo, él suelta un bufido al dar el último empujoncito y yo lo noto palpitar en mi interior.

Sujeta mi cadera fuertemente con sus manos, mientras yo me agarro a él rodeando sus hombros. Entonces me retira lentamente hacia atrás, saliendo casi por completo de mí para entrar de nuevo, esta vez con más fuerza, por lo que se me escapa un grito de sorpresa.

—¿Te gusta? —gruñe contra mi cuello extasiado.

—¡Sí! —Exclamo abstraída, mirando hacia el techo.

«No me gusta, me vuelve loca».

Se retira de nuevo para embestirme esta vez con fuerza, quedándose dentro y meneando sus caderas para masajearme donde nadie ha llegado nunca. Yo me agarro a su pelo con todas mis fuerzas, no puedo más, esto es algo sobrenatural. Pero parece que todavía no ha terminado la función porque de pronto comienza a entrar y a salir sin parar, haciéndome gritar como una loca.

En cuanto pone sus dedos sobre mi clítoris, a la vez que continúa con su frenético ritmo, siento una oleada de satisfacción que se derrama desde mi pelo hasta la punta de mis pies, centrándose fuertemente en mi sexo, donde realmente experimento miles de convulsiones que no cesan. Él también se deja ir, creo que sin poder evitarlo, porque pone cara de asombro, mezclada con una expresión de placer extremo que no logro entender.

Seguimos abrazados, jadeantes y sudorosos durante un largo periodo de tiempo, hasta conseguir volver a respirar con normalidad, aunque él no ha salido de mí, ni parece tener intenciones de hacerlo. Me da corte mirarle.

«El hombre que me ha regalado los tres mejores orgasmos de toda mi existencia va a desvanecerse en unos minutos» me lamento apenada.

Finalmente coge mi rostro entre sus manos y nos miramos uno al otro en

silencio, veo en sus ojos demasiadas cosas, tanto buenas como malas. No sé él, pero yo al menos tengo mil preguntas que hacerle, como por ejemplo su nombre.

—Nunca antes había sentido esto por nadie —me confiesa soñoliento.

—¿El qué?

Habiéndole visto momentos antes en acción, no se lo cree ni él.

—Esta fuerte conexión entre nosotros.

—Ya, ese truco es muy antiguo, pero conozco a los hombres de tu especie y sé de sobra que eso se lo dices a todas —protesto.

Niega con la cabeza con rotundidad.

—No he permitido nunca que nadie me bese... pero contigo, no solo soy incapaz de negártelo, es que incluso lo necesito. Mírame, ni siquiera puedo salir de ti.

No me lo creo, pero ahora mismo me da igual. Comienza a mover su cadera de nuevo y yo cierro los ojos extasiada... esto no es posible.

Y así pasamos el resto de la noche, amándonos como nunca antes lo habíamos hecho ninguno, o al menos yo.

Capítulo 25



Vida: 100

Maná: 20

Fuerza: 100

Dinero: 10

Rango: 10

Satisfecha: 9999999999%

Arrepentida: 100000000000000000000000000000%

Me despierto sobresaltada al recibir de pronto el impacto de la implacable luz diurna de lleno sobre mis ojos. Me tapo automáticamente con el antebrazo para intentar en vano no quedarme ciega. Se escucha el cantar de

los pajarillos en el exterior.

Lo primero que hago es mirar hacia el otro lado de la cama para comprobar aliviada que, aunque las sábanas estén revueltas, no hay nadie. Sí, he dicho aliviada, y es que realmente no sabría cómo actuar si ese hombre hubiese permanecido aquí después de lo que hicimos anoche ¡qué marrón!

Salgo de la cama completamente desnuda.

—¡Ostras! ¿Y ahora dónde está mi ropa? —gimoteo mientras la busco con la mirada por toda la estancia sin obtener ningún resultado.

«Deseé quitármela y ahora deseo ponérmela, aunque no con tantas ganas, claro»...

Detengo mi convulsiva e infructuosa búsqueda para cerrar los ojos, poniendo mis dedos sobre las sienes, pues a lo mejor presionando mi cerebro pienso con más claridad.

Parece ser que no.

De pronto abro los ojos, porque me vienen a la mente Cedrik y Suria, los dejé metidos en una burbuja no demasiado fiable justo después de prometerles que no haría nada sin advertirles antes y además me inquieta pensar que les haya podido ocurrir algo por mi culpa.

—Tengo que salir de aquí como sea —me repito.

Me asomo por la ventana y descubro que Albor está pastando apaciblemente a la sombra de un gran árbol. Imagino que vendríamos hasta aquí montados a lomos del corcel.

¿Y qué es lo que se me ocurre pensar en estos momentos de máxima tensión? Pues en cómo es posible que haya sombra si no hay sol. ¡Estoy loca,

lo sé!

Abro la puerta de mis aposentos a toda prisa, comprobando que no hay nadie cerca que pueda descubrir mi original vestimenta, ya que voy envuelta en una de las mantas de la cama. Si tuviese papel y lápiz podría, al menos, escribir una nota de arrepentimiento a la dueña de la casa por robarle vilmente su ropa, encima después de haberme dado cobijo, pero no hay nada, así que, muy a mi pesar, pasaré a la historia como *aquella guarra ruin que trajo su amigo una noche y que tuvo la poca decencia de llevarse las mantas de la cama*.

Bajo a toda prisa por la escalera de madera, descalza y sin hacer el menor ruido, rezando para que nadie me intercepte por el camino y efectivamente consigo salir sin ser descubierta.

Albor levanta la cabeza en cuanto me ve y viene hacia mí tan campante, sin ningún remordimiento, cuando todo esto ha sido únicamente por su culpa.

—Te odiaré para el resto de mi vida —le susurro mientras monto a su espalda —que lo sepas.

Él relincha sin demasiada ceremonia, como si me quisiera rebatir, no sé lo que pretende pero no pienso discutir con un caballo, lo tengo clarísimo, ya sería lo único que me faltase para que me tildasen de majadera. Así es que le ignoro y le ordeno que nos vayamos a buscar a mis amigos. Comienza entonces a correr a toda velocidad hasta que levantamos el vuelo.

La *sinfonía del vuelo en unicornio*, básicamente compuesta por sosegados violines, resuena en mi interior otra vez y con ella mi cerebro se relaja de una forma inimaginable.

Creo que el hecho de volar en este animal mitológico me relaja, lo acabo de comprobar mientras el viento jugueteaba con mi pelo y las pomposas alas

blancas de mi nuevo amigo subían y bajaban acompasadamente junto a mí. Me he olvidado de todos mis problemas y me he centrado en degustar el momento. Ha sido una especie de viaje astral hacia mi interior en el que me he visualizado a mí misma flotando.

Pero esta *celestialidad* dura poco porque enseguida tomamos tierra y Albor no es demasiado diestro en la materia, ya que aterriza de una manera demasiado tormentosa, cualquier día de estos se parte las patas.

Una vez que nos encontramos galopando por la verde pradera, busco por todas partes a nuestro alrededor, pero solo veo árboles y rocas, hasta que por fin visualizo a lo lejos la burbuja violácea.

«¡Uf! Menos mal que ha entendido lo que quería, empezaba a dudar que me hubiese traído al lugar correcto. Este animal es más inteligente de lo que pensaba» suspiro aliviada.

—¡Muy bien hecho, muchacho! —le animo mientras le doy unas palmaditas en la quijada, él relincha orgulloso.

Llegamos hasta la burbuja, pero cuál es mi sorpresa que se encuentra vacía. Bajo a toda prisa del unicornio y rodeo mil veces la pompa gigante. Una música fatídica nubla mi razón. El fuego está apagado y no hay ni rastro de ellos. Me detengo para asimilarlo y llevarme las manos a la cabeza aterrorizada.

«¡Se los han comido!» grito horrorizada, dejándome caer al suelo sobre mis rodillas, tapando mi rostro con las manos y derramando lágrimas a borbotones.

Pero la música triste se detiene.

«Eso es lo que hubiese ocurrido de no haber estado yo aquí durante toda

la noche salvaguardándolos. ¡Las burbujas de protección no sirven para nada si tú no estás dentro, y si pretendes salir de ellas hay que sellarlas antes de largarse!»... y ahí está de nuevo esa abrupta voz.

Hasta hace tan solo unos instantes me hallaba inmersa en mi mundo rosa de fantasías eróticas y unicornios flotantes, donde todo era alegría extrema y florecillas de algodón... pero todo se ha esfumado de un plumazo para convertirse en caos y oscuridad, y casualmente siempre es él el causante.

Su repentina aparición ha conseguido que se me hiele la sangre, pero a la vez que sienta una tremenda alegría al saber que mis amigos están a salvo y no en el estómago de alguna bestia salvaje.

Me niego a mirarle porque me tiene muy enfadada y como ahora ya sé que en realidad disfruta cuando lo hago, no pienso prestarle la más mínima atención. Castigado.

«Bueno, mirándolo por el lado positivo, al menos no tendré que estar perdiendo el tiempo buscándote por todo el reino, y todo porque al señor serafín le dé una pataleta de niño malcriado... Por cierto ¿qué te ha hecho volver?» continuó sin mirarle, aunque le observo de soslayo mientras me pongo en pie muy dignamente para recolocarme la manta y así lograr que no pueda ver nada impropio.

Lleva puesta la armadura pero con la cabeza al descubierto. Compruebo cómo se le hinchan las aletas de la nariz y cómo aprieta los puños, se está concentrando para no partirme en dos, estoy segura.

«He enviado a la parejita a una misión para que tú y yo podamos establecer los límites de... —mueve la mano señalándonos a ambos varias veces —esto. No consentiré tus agravios ni una sola vez más» suena enojado, pero no tanto como esperaba, algo le ha hecho recapacitar en su infinita

testarudez.

«Ni yo pienso soportar los tuyos» me cruzo de brazos a la vez que sujeto la manta con ellos.

«Cálmate. Vas a tener que aguantarla durante todo el viaje, quieras o no la necesitas» se reprende a sí mismo.

Dudo si confesarle que acabo de escuchar lo que ha pensado o no.

«Mejor no le digo nada» me aconsejo a mí misma.

—¿Qué es lo que no me vas a decir? —pregunta.

—Nada —le doy la espalda, girándome airosa con la manta arrastrando por el suelo, cual Pantoja con su bata de cola.

Permanece en silencio, cosa que me llama soberanamente la atención, normalmente me hubiese torturado hasta hacerme confesar, pero está calmado y me muero de intriga de saber el motivo de su repentino estado zen.

«Parece que ha echado un buen polvo y ha venido mansito» bromeo conmigo misma, pues solo de imaginármelo en actitud cariñosa con alguien, o algo, me produce arcadas.

Entonces me giro y le descubro sentado sobre una enorme roca, con la cabeza gacha entre sus manos, mirando hacia el suelo, pensativo.

«¿Y por qué ahora no leo su mente?» me cuestiono.

Tomo aire y me armo de valor.

—Azael —le increpo con energía.

Levanta su rostro para mirarme, parece abatido, no es el gran serafín destructor que conozco, ¿qué coño le pasará?

«¿Cómo es posible que al poderoso Señor del Mal se le pase por la cabeza dar lástima, si lo único que infunde es terror y rechazo?» pienso.

—¿Así es que te provoco terror y rechazo? —susurra dolido.

Tapo mi boca con ambas manos automáticamente, al igual que él, yo tampoco sé cuando lee mi mente y cuándo no.

—Creo que un gran paso para llevarnos bien sería dejar de percibir nuestros pensamientos, no es sano, nadie piensa bien sobre los demás a todas horas y me encuentro muy incómoda sabiendo lo que opinas realmente sobre mí —alego con toda la franqueza que me es posible.

—¿Incómoda con qué? ¿Qué has escuchado? —agudiza su mirada, ahora sí que parece interesado de verdad, lo cual me intriga a mí también.

—¿Tendría que haber escuchado algo en especial? —investigo.

—¡Oh! Esto es el cuento de nunca acabar, no se puede hablar contigo — protesta.

Venga, vale, lo voy a intentar.

—Sé que consideras que soy un estorbo para ti, que no sé nada acerca de nada, pero me resulta demasiado molesto tenerlo que oír en tus pensamientos continuamente, no me ayuda, sino todo lo contrario. Me bloquea.

Respira aliviado por mi respuesta.

—No tienes interés por aprender y eso es lo que realmente me molesta a mí, te crees que lo sabes todo y todavía no has visto ni la punta del iceberg.

¿Sabrá él lo que es un iceberg?

Me acerco hasta el gran serafín para mirarle de frente a los ojos, esta es la primera vez que nos estamos comunicando de verdad.

—Tú pretendes que te obedezca en todo y que me limite a acatar tus órdenes, sin tener ni voz ni voto en ellas, pero yo no soy así, tengo mis propias ideas y mis convicciones —expongo.

—Todo esto sería mucho más fácil para nosotros si efectivamente te limitases a eso, pues conocemos este mundo y tú nos... —se detiene.

—Os estorbo ¡qué novedad! —le ayudo a terminar en un tono grosero, imitándole.

Inspira para armarse de paciencia.

—Ya que no posees la destreza que deberías para realizar este viaje, debemos protegerte para que llegues sana y salva hasta la *Gran Puerta*, cosa que nos va a resultar realmente difícil si encima tú no colaboras —ya le conozco un poquito y está manteniendo un discurso demasiado moderado para como es él.

—Jamás renunciaré a mi moral por codicia, ni por dinero, ni por poder, mi ética está por encima de todo, no pienso colaborar con actuaciones impúdicas, es más, te advierto que las boicotaré todas y cada una de ellas —no es que quiera provocarle, es que no me va a intimidar.

—Desde luego eres valiente y obstinada, dos cualidades ideales para una guerrera, aunque nada recomendables para una druida —me observa con recelo —¿recuerdas qué eres tú?

—No tengo por qué ser una simple hechicera, también se me da bien manejar la espada —me defiende —no debemos ser lo que los demás esperan de nosotros, sino lo que nos dicta nuestro corazón.

«Porque lleva siglos desvelando el futuro de las criaturas sin errar jamás, de lo contrario apostarí a que el *Pozo del Destino* se equivocó

estrepitosamente con ella...» niega con la cabeza.

De pronto levanta la mano y la manta que me envuelve sale volando por los aires, haciéndome soltar un grito de espanto terrible. Me apresuro a cubrirme con brazos y manos, pero no me da para todo.

«Al menos el frente lo tengo protegido, espero que nadie me vea la retaguardia» me quejo nerviosa.

—En muy poco tiempo llegarán tus compañeros por ese camino —señala el sendero de arena que está justo a mi espalda —¿crees que serás capaz de encontrar tu ropa antes? —se detiene para acusarme con sus espectrales ojos naranjas —por cierto ¿dónde la dejaste anoche? ¿Te parece muy... *ético* — enfatiza —, abandonar a tus amigos mientras duermen para irte a los burdeles, en vez de descansar para el viaje del día siguiente? ¿Eso es más lícito que lo que hacemos nosotros?

Paso de sus palabras, ahora mismo estoy ofuscada en desear que aparezca sobre mi cuerpo la armadura ¡y la espada! Porque pienso clavársela en cuanto tenga ocasión.

—Ahí está el arquero y parece que ha conseguido lo que le pedí — comenta satisfecho.

Yo entro en pánico, me va a ver desnuda.

—¡Te odio tanto que me duele! —grito entre dientes.

Cierro los ojos con fuerza para concentrarme en mi interior. Solo veo a mi fantasía sexual en acción sobre mí...

«Ahora no, joder» sacudo la cabeza para que salga de ella.

Entonces escucho el sonido de una hoja al caer del árbol que está tras de mí. Percibo cómo mi mente consciente va cediéndole el paso a la

subconsciente, y por fin me son desveladas algunas verdades ocultas hasta ahora.

Vislumbro mi armadura en una estantería y junto a ella está también la espada, me imagino cogiéndolas y poniéndomelas. Todo parece tan real que resulta prácticamente tangible, es como si estuviese dentro de mi propia visión.

Un olor de sobra conocido llega hasta mí, se trata de Suria. Abro los ojos para comprobar que efectivamente es ella, pero la veo en lo alto de una colina, muy lejos.

«La estaba oliendo demasiado bien, como si la tuviese a mi lado» conjeturo.

Mis cinco sentidos han cobrado vida de repente y es como si lograra percibir el mundo entero de una manera descomunal. Tengo una sensación muy extraña, un tipo de presentimiento. Malo.

De repente me doy cuenta de que estoy vestida y fulmino al serafín con la mirada a modo de desafío.

—¡Lo he conseguido! —bailoteo unas sevillanas, emocionada ante mi gran proeza y haciéndole un corte de mangas.

Él, sin embargo, parece no prestarme la menor atención, aunque he adivinado un atisbo de sonrisa en su boca.

—Te he dicho más de una vez que solo eres capaz de realizar los hechizos cuando te hallas bajo presión —indica el serafín —si me obedecieses podría mostrarte los secretos de la magia, pero no de una mediocre, la magia de los alquimistas, los hechizos de verdad, esos que son capaces de cambiar el rumbo de la vida. Pero te niegas a todo, te encierras en

ti misma y en tus caprichos vanos, con tal de salirte con la tuya y llevarme la contraria. ¿Sabes lo afortunada que deberías sentirte por tener a un serafín de maestro? Cualquiera en tu lugar estaría henchido de orgullo.

—Yo no me niego a que me enseñes, a lo que niego es a ser tu sumisa y a obedecerte en cosas con las que no estoy conforme.

—Una cosa implica la otra, si acepto ser tu maestro debes jurarme obediencia, no hay más —me explica.

Le observo indecisa, en realidad tiene razón con que debería sentirme orgullosa de que alguien de su condición esté interesado en enseñarme sus poderes, pues no existe en el mundo nadie con más rango, en cuanto a magia y poderes se refiere, que un serafín... pero algo me impulsa a desobedecerle, no sé por qué.

Cedrik y Suria llegan hasta nosotros, pero no nos saludan, permanecen observándonos a uno y a otro para no interrumpir nuestra acalorada conversación.

—¿Has traído lo que te pedí arquero? —Le pregunta Azael poniéndose a la vez el casco de la armadura.

Él asiente muy serio y lanza un saco ensangrentado a los pies del serafín. Una música de guerra invade mi mente. Busco en los ojos de Suria algún tipo de respuesta a mi intriga, pero no se digna ni a mirarme, parece apenada.

—Puedes recoger tu premio, humana —me sugiere el serafín con un tono demasiado agresivo.

«¿Qué habrá ahí?» me pregunto.

Me acerco hasta el saco para sacar lo que quiera que sea y en cuanto lo abro un dolor punzante penetra en mi alma. Lo he sentido, he sentido cómo me

aprisiona el corazón, cómo paraliza mi respiración y sacude violentamente mi espíritu. Además la música ahora ha cobrado un ritmo estremecedor.

La cabeza ensangrentada de uno de los pequeños ositos panda del pueblo que salvé ayer yace dentro del saco.

No me doy cuenta de que estoy gritando hasta que el sonido de mi espada al atravesar el cuerpo del arquero me saca repentinamente del estado de shock del que soy presa.

Cedrik cae inerte al suelo, pero no siento la más mínima pena, ni el más mínimo remordimiento, ha matado a un inocente, ¡tan solo era un niño, por el amor de Dios! Y por eso este desgraciado no merece vivir.

Clavo mis ojos llenos de odio en Azael y le apunto con la espada teñida de rojo, él parece sonreír jactancioso, ha conseguido su propósito, demostrarme que él siempre gana y que no soy nadie para impedir su ira.

—Prepárate para morir bestia repugnante —grito embargada por un sentimiento tan negativo y tan fuerte que ni siquiera soy consciente de lo que hago. Solo quiero matarlo, y no hay más opciones posibles.

Todo a nuestro alrededor ha dejado de tener color, ahora es negro y no hay árboles ni hierba, ni siquiera están el caballo ni la ardilla. Nos encontramos Azael y yo, solos en el abismo, evidentemente nos hallamos en otra dimensión. La música también ha cambiado, de violencia extrema a batalla mortal, todo con tambores y coros que rugen clamando venganza.

—La espada no te servirá de nada, si quieres atacarme deberás hacerlo con tu mente —me provoca.

No quiero escucharle, con su simple voz me enciende más de lo que estoy. Por eso levanto la espada por encima de mi cabeza y con todas mis

fuerzas me elevo hasta él, levitando hasta su posición, pero él es más rápido y desaparece antes de que clave la espada en su cuello con todas mis ganas.

—Lenta —me reprocha a mi espalda.

Rujo de nuevo y lo vuelvo a intentar, pero se repite la misma escena, desaparece para aparecer en otro sitio.

—¿Por qué no guardas la espada? Pesa mucho y ralentiza tu velocidad de acción. Esa espada no serviría ni para arañar mi armadura, tiene 5 de daño en un rango 8 y yo 1000 de protección en rango 500...

—¡Cállate de una puta vez! —le interrumpo violentamente, levantando mi mano y deseando con todas mis fuerzas que se quede mudo para siempre. Entonces sale de ella una luminiscencia negra que le alcanza de lleno a la altura de su garganta, no se lo esperaba.

«Muy bien, vas mejorando ¿qué más sabes hacer? Porque dejándome un rato sin hablar no vas a vengar a ese pobre chiquillo, dame más» me ordena con sus manos.

—¡Jamás pensé que fueses tan miserable! —estoy decepcionada conmigo misma, porque siempre albergué la esperanza de que tuviese algo bueno en su corazón, pero me equivoqué de lleno.

«¿Y qué esperabas del Señor del Mal? ¿No creerías que todo era una fachada para encubrir que en realidad era un ser bondadoso?» suelta una carcajada irónica.

Tiro la espada al suelo con rabia y cierro mis ojos con fuerza. Quiero destrozarle, despedazarlo en mil trozos, así que efectivamente una espada no le hará nada.

Una energía incandescente se concentra en mi pecho, expandiéndose por

todo mi cuerpo, no sé exactamente lo que es, pero espero que se trate de algo realmente malo, tipo huracán infernal o algo así.

Abro los ojos y los clavo en él, parece estar divirtiéndose enormemente con todo esto.

De pronto canalizo esa energía hasta su pecho como buenamente puedo, deseo que le sucedan cosas terribles, es lo único que sé, lo vislumbro en el suelo retorciéndose de dolor.

Mis pies comienzan a temblar, miro hacia abajo para comprobar que el suelo negro se desquebraja entre ellos, pero no tengo miedo porque lo que está ocurriendo en mi posición no es nada comparado con lo que sucede en la suya.

Resumiendo, una ola de destrucción ha borrado del mapa su campo de batalla, he destrozado su zona. Todo ha quedado en el más absoluto silencio.

Él emerge entonces de la nada aplaudiendo lentamente.

—Bravo aprendiz, has superado la prueba ¡y con honores!

El paisaje arbolado aparece de nuevo a nuestro alrededor, incluido el alegre cantar de los pájaros, y todo recobra así su color habitual.

—¿Qué haces, crees que aquí termina todo? —respiro con dificultad algo dubitativa.

—Tranquila, tus queridos pandas permanecen felizmente en sus casas, todo ha sido virtualmente creado por mí para ver hasta dónde eras capaz de llegar —señala el lugar en el que se encontraba el saco y no hay ni rastro de él, ni siquiera de mis amigos.

Me dejo caer contra el suelo, no sé si aliviada o más cabreada todavía.

—¿Cómo eres capaz de jugar así con los sentimientos de la gente? —

cierro los ojos intentando asimilar todo esto.

—Los maestros conocen el punto débil de sus aprendices y la manera de sacar partido a sus puntos fuertes, te lo has demostrado a ti misma. Has subido dos rangos de golpe y de paso me has sorprendido gratamente, te felicito, tienes mucho potencial.

—¡Eres un maldito hijo de puta! —murmuro tendida boca arriba sobre la hierba esponjosa y suave, con la mirada perdida en el cielo e intentando recobrar lo que me quede de sensatez.

Su imagen aparece en mi campo de visión, de nuevo sin casco, está en cuclillas junto a mí y nos miramos uno al otro.

—Te has librado por los pelos serafín —le amenazo.

Entonces, sin mediar palabra suelta una carcajada.

Me quedo boquiabierta, el sonido de su risa es una mezcla entre espectral y enternedora.

«¿Después de lo que acaba de hacerte todavía le ves tierno? No tienes remedio, igual de tierno veías al capullo de tu novio, ése que te estaba chuleando desde hace años... ¿cuándo piensas abrir los ojos Noa?» me estoy auto infligiendo una gran reprimenda porque verdaderamente no aprendo, me empeño en ver la bondad de los demás y no me termina de entrar en la cabeza que simplemente hay *seres* que carecen de ella.

Contemplo cómo se ríe el enorme ser musculoso que tengo junto a mí, y al hacerlo tiembla su cuerpo. Echa la cabeza hacia atrás y descubro asombrada que se dibujan dos hoyuelos en su rostro a ambos lados de su boca y que tiene unos dientes blancos perfectos...

Pensaba que los serafines eran tipo orcos, con dientes podridos y esas

cosas, pero va a ser que no, que cuando se ríe parece algo más angelical que demoníaco.

No me he dado cuenta de que su risa me ha contagiado hasta que nos detenemos los dos para tomar aire.

—Nunca antes me había reído así —admite enjugando sus lágrimas con una mano mientras las observa sorprendido.

—¿En serio?!

—Parece que tú también puedes enseñarme cosas —se encoje de hombros, mirándome con una cara muy rara.

—Más de las que me puedas enseñar tú a mí, bestia sin escrúpulos, no pienso perdonarte tan fácilmente lo que acabas de hacerme, todavía te odio.

—No te culpo.

Se levanta y se pone su casco negro en la cabeza, creo que más para no permitirme ver su expresión que para defenderse.

—¿Entonces vas a ser mi maestro? —le pregunto emocionada poniéndome en pie yo también.

—Siempre que me rindas pleitesía.

Pongo los ojos en blanco.

—¡Jamás!

—Pues tú solita te has contestado.

Emprende la marcha mientras yo permanezco quieta en mi sitio.

—Vamos a buscar a los enamorados, coge a tu poni, iremos volando.

No me da opción a réplica porque abre sus alas y asciende.

«No te servirá de nada volar para no escucharme. Me puedo quejar por esta vía» le digo mentalmente.

«De momento».

Capítulo 26



Vida: 100

Maná: 30

Fuerza: 100

Dinero: 10

Rango: 12

Estado emocional: cada día más desequilibrada.

A zael y Albor no se llevan nada bien, lo he deducido más que nada porque nos hallamos los tres inmersos en una carrera fulgurante por conseguir el primer puesto. Cuando el serafín va en cabeza, el unicornio acelera para ocupar su posición y viceversa... Sin comentarios. Gracias a

Dios que hemos visto a Cedrik y a Suria desde el cielo y hemos aterrizado para alcanzarlos, por cierto, Albor ha llegado primero.

Mi amiga, en cuanto me ve, corre a saludarme mientras yo bajo del caballo.

—Estaba muy preocupada, no sabía dónde habías ido Noa —declara mientras me abraza —Azael nos contó que fuiste a una posada para sonsacar al elfo de la sabiduría, pero no le creí ¿cómo se te ocurre ir sola?

Dedico una breve mirada reprobatoria al serafín que, para variar, está pasando de mí.

—En realidad fue Albor quien me despertó en plena noche y me obligó a ir, no supe para qué hasta que no estuvimos allí —le explico como buenamente puedo.

Azael carraspea.

—¿Entonces le conociste!? —parece emocionada.

—¿A quién? —no creo que se refiera a mi fantasía erótico festiva.

—¡A Kramlam! Es el ser más apuesto de *Catarsis* —babea imaginándoselo.

«Pues sí, debe referirse a mi... amigo».

—¡Oye! —la reprende Cedrik antes de que pueda contestarla.

—Siempre por detrás de ti, no lo dudes mi amorcito... —me guiña un ojo, mientras le hace arrumacos a su novio mosqueado.

No puedo evitar reírme y alegrarme al comprobar que Cedrik está sano y

salvo, y no como la última vez que le vi.

—¿Y qué información valiosa te reveló el elfo, Noa? —Inquiere la pelirroja.

—Sí, eso cuéntales la información tan valiosa que te desveló —azuza el maldito serafín a mi espalda.

«¿Y tú qué sabrás?» replico.

«Yo lo sé *todo* —enfatisa —recuérdalo».

Con ese *todo* espero que no se refiera a la infinidad de guarradas que me hizo el tal Kramlan anoche, porque entonces moriré.

—¡Venga Noa cuéntanoslo! —insiste Suria.

—Pues... me explicó cómo se hacen un par de hechizos y cómo llegar hasta *Orgrom* sin ser vistos por los serafines —«mismamente eso, a saber qué esperan que me haya mostrado el elfo».

—Eso es realmente interesante, dado que los elfos no tienen ni idea de hacer hechizos —se burla Azael.

Suria me examina con los ojos entrecerrados.

—Estás nerviosa, tu ritmo cardiaco se ha acelerado —apunta acusadora —estás mintiendo.

—Vale, me has pillado... fui hasta allí pero no estaba, no lo encontré, me dijeron que ya se había ido.

—¿Entonces por qué mientes? —insiste la ardilla cotilla.

—No quería desilusionarte...

«¿Mejor ahora, maestro?» le pregunto con retintín.

«Al menos más creíble, aprendiza».

Le taladro con los ojos y sonrío. Ahora le va a coger el gustillo a eso de reírse.

—Está bien, hemos llegado a la mitad del camino, el Palacio de Cristal está muy cerca de aquí, si vamos volando podremos estar allí mañana temprano —asegura Azael.

—¿Para qué vamos a ir al palacio? —pregunto.

Azael carraspea «olvidas algo en esa frase».

—Maestro —añado a regañadientes, provocando las repentinas miradas de curiosidad de Romeo y Julieta.

Él asiente, satisfecho.

—Los Palacios de Cristal son los únicos portales que nos trasladan de un reino a otro, están custodiados por su serafín correspondiente, pero como Gressim ya no está, podremos pasar a *Orgrom* sin problema.

—Pero yo le prometí a Ruffus antes de morir que protegeríamos a sus hermanos, no podemos abandonarlos.

—Eso nos retrasaría —gruñe Azael.

—Fue su última voluntad y al menos yo la cumpliré —dispongo.

Azael mira hacia otra parte molesto, sabe que tengo razón, aunque lo único que pretende es llegar a su querida Puerta cuanto antes.

—Al percibir la muerte de Ruffus deben haberse agrupado, de lo contrario serían víctimas demasiado fáciles para los serafines, imagino que se habrán replegado en algún punto secreto, podrían estar en cualquier parte de los nueve reinos —expone Suria.

—Para averiguarlo deberíamos visitar a un arcano —señala Cedrik.

—Pero Azael lo sabe todo ¿no es así... maestro? —le vacilo.

—Cuando estoy fuera de mi reino no, pierdo muchos de mis poderes, por eso a mis hermanos les interesa que no vuelva allí —me explica.

—Bueno, pues ¿dónde se encuentran esos arcanos que lo saben todo? —quiero saber.

—No están en un sitio fijo, hay que buscarlos —declara Suria.

—¿Cómo, dónde?

—Poniéndoles señuelos —sonríe Cedrik al serafín, que le devuelve una mirada de complicidad que me hace temblar.

Momentos después aparezco tendida sobre unas hojas inmensas que han colocado escrupulosamente a modo de cama Azael y Cedrik. Me han recomendado, por no decir exigido, que ponga una postura sensual y que grite a los cuatro vientos lo sola y desconsolada que me encuentro. Además me han quitado la espada y colocado la armadura de tal manera que expongo al público más todavía mis encantos.

—Trátale con dulzura —me recomienda Cedrik divertido mientras se apresura a esconderse.

«Sí, con esa dulzura que te caracteriza...» se burla el serafín idiota a mi espalda.

«Cállate, o te hubieses desnudado tú, listo» despotrico.

Me siento terriblemente humillada por estar sirviendo de señuelo carnal a vete tú a saber qué ser extraño. Aún así, aquí llevo un buen rato gritando «ay qué aburrida estoy», «oh, qué pena no tener a nadie con quien poder hablar»,

«agradecería tanto alguna compañía»... pero nada, no aparece nadie.

El estómago me suena, entonces reparo en la cantidad de tiempo que llevo sin comer nada y se me viene a la mente lo delicioso que estaba el café con el dulce que me tomé la última vez que ingerí algo. Estoy salivando solo de pensarlo.

—¡Qué hambre! —me quejo acariciando mi tripa para calmarla un poco.

—¿Tienes hambre muchacha?

Pego un bote acompañado de un grito al ser sorprendida por un enanito. Está escondido tras la maleza y solo asoma la cabeza. Me recuerda mucho a *David el Gnomo*, porque es pequeñito, muy viejo, con una larga barba blanca que le llega hasta las rodillas y con unas chapetas rojas que adornan su ancha cara, probablemente debido a haber bebido algo similar al vino. Lo único que no tiene es el sombrero rojo de punta, ya que éste lleva una especie de gorro de lana verde.

—Lo siento, no pretendía asustarte —se disculpa con amabilidad su vocecilla tintineante.

—¡Oh! No te preocupes, es solo que no te he oído llegar, has... aparecido de repente.

Suelta una leve sonrisa.

—Al peligro verdadero nunca se le escucha venir muchacha —me advierte.

—Quizá tengas razón.

—Siempre tengo razón —asegura pagado de sí mismo.

«Mira éste, hasta el ser más insignificante del mundo se cree

todopoderoso. ¡Cuánto delirio de grandeza hay en *Catarsis!*» pienso.

«¡Céntrate en el arcano y déjate de divagaciones irrelevantes!» me ordena Azael.

Abro los ojos desmesuradamente.

«¿Este enano es el arcano?».

—¿Con quién te estás comunicando, chica? —pregunta el enanito con una mirada desconfiada.

—¡Con nadie! —respondo demasiado rápido y con voz de pito.

«¡Mierda!» brama Azael en mi cerebro.

—Nunca antes había conocido a nadie que mintiese tan mal —alega — ¿dónde están tus amigos? ¿Qué pretendíais?

—Estoy sola, en serio —insisto.

—Entonces es una verdadera lástima, porque había pensado invitaros a tus amigos y a ti a mi casa, donde mi esposa se encuentra preparando deliciosos dulces con café. Aunque si estás sola tendré que denegarte dicha invitación, pues viendo a una beldad como tú, mi señora se pondría muy celosa. Es una pena, pero deberás seguir con hambre —se encoge de hombros.

En cuanto ha pronunciado las palabras *dulces* y *café* la boca se me ha hecho agua y podría hacer el pino por conseguirlos.

—Solo somos cuatro —cuchicheo a modo de secreto para que no me oigan mis amigos.

«¡No puede ser que nos venda de nuevo!» protesta Azael.

El enano busca a su alrededor con la mirada.

—¿Y dónde están? —susurra.

Aprovecho su despiste para levantarme de un salto y capturarlo entre mis brazos, entonces él se pone a patalear y a gritar, emitiendo un ruido demasiado incómodo para mis oídos, apuesto a que es ultrasonido.

«¡Joder, me va a dejar sorda!» intento aguantarlo, pero es imposible.

No soporto más ese chillido ensordecedor y le suelto, dejándolo caer al suelo. Pero de pronto aparece frente a mí metido en una cápsula de cristal flotante, donde se revuelve nervioso, parece poseído.

—¿Noa qué has hecho? —Suria es la primera que aparece junto a mí boquiabierta.

—No lo sé, solo quería que se callase —me toco los oídos todavía doloridos por sus gritos.

—Vaya, vaya, a esto le llamo yo tratar a alguien con dulzura —bromea Cedrik acariciando la burbuja cristalina que flota frente a nosotros.

—Has capturado a un arcano con una pompa de cristal —Azael aparece junto a nosotros y el enano se queda petrificado al verle —si me lo cuentan no me lo creo.

—¿Pero eso es bueno o malo? —enarco una ceja.

—¡Es alucinante Noa! —exclama Suria —nunca se dejan ver, cuanto más para dejarse atrapar. Hay dieciocho arcanos mayores, dos por reino, son capaces de tomar diversas formas, ¡vaya suerte hemos tenido porque se te aparezca en forma de enano! —sonríe divertida.

—¡Un serafín! —grita el arcano —¡estoy viendo un serafín!

El enano sigue flipando, va vestido con una especie de pijama enterizo

verde, algo similar al pelele de un bebé.

—Dime tu nombre, arcano —le ordena Azael.

—Soy Tudok señor, arcano del bosque —le informa a la vez que hace una reverencia.

—Necesito que me des una información Tudok —indica el serafín.

—Señor para ver el futuro necesito estar en libertad, aquí metido no puedo ejercer mis poderes.

Azael levanta la mano y rompe mi preciosa bola de cristal, estallando ésta en mil pedazos que se desintegran antes de caer al suelo. Pero aún sin la burbuja, el enanito sigue flotando por los aires. Observo que ambos se dedican una mirada para nada amistosa.

—No puedo ejercer mi magia —rechista el arcano.

—¿Crees que vas a engañar a un serafín, necio? ¡Vuelve a intentarlo y te convierto en piedra! —su rugido provoca que el enano tiemble de miedo. — Dime dónde están los búhos de la sabiduría —ordena.

—No puedo señor, no tengo magia bajo su influjo —lloriquea el enano cubriendo su rostro con ambas manos para no mirarlo.

Azael entonces lo deja caer en el suelo para que se pegue un fuerte golpe. El arcano protesta, aunque enseguida se levanta para apresurarse a desaparecer.

El serafín desaparece también y ambos aparecen de nuevo a escasos metros de nosotros, aunque esta vez no es un enano lo que lleva Azael cogido por el cuello, si no un señor mayor, aparentemente de unos quinientos años, ahora sí, ataviado de mago total de arriba a abajo, es decir, con una túnica azul marino hasta los pies y un gorro puntiagudo, aún así me sigue recordando a

David el Gnomo, pero disfrazado de mago y en versión gigante.

Azael lo tira contra el suelo y él no puede moverse, le está paralizando. Su mirada fulgurosa lo amenaza desde arriba, sé que quiere matarlo, pero se está aguantando las ganas.

—Te daré la última oportunidad para decirme lo que quiero.

—¿Y si decido no ayudarte?

«¿Pero por qué razón no querrá ayudarnos?» me pregunto intrigada, no entiendo el motivo por el que enfadar a un serafín.

«Todos odian al Señor del Mal ¿recuerdas?» me contesta Azael sin mirarme.

—De todos es sabido —exclama Azael en voz alta para que nosotros también le escuchemos —que los arcanos pierden su magia cuando fornican con una virgen, vamos a comprobar si es cierto.

—¡No por favor mi Señor! —suplica el arcano con el rostro desenchajado.

Azael clava los ojos en mí y hace un gesto con la cabeza para que me acerque.

—Un arcano prefiere morir a vivir sin su magia —susurra Suria.

«¿La virgen soy yo?» pregunto mientras avanzo hacia él indecisa.

«Él no sabe si lo eres o no, intenta meterte en el papel lo mejor posible porque su vida depende de ello» me informa él.

Llego hasta el lugar donde se encuentran y los dos me miran, cada uno con expresiones que significan cosas completamente distintas.

—Ya sabes lo que tienes que hacer, muchacha. Hoy es un buen día para

perder tu virginidad y además por una causa justa —solicita el serafín.

—¡No por favor! —implora el arcano, tendido boca arriba en el suelo.

No sé qué hacer. Obviamente no pienso *yacer*, como se decía en la Edad Media, con este anciano, pero se supone que él debe creer que sí, así es que a ver qué se me ocurre. Por cierto, me apunto una nueva nota mental en la que pone «matar a Azael» por trigésima vez.

Como ya estoy semidesnuda no puedo hacerle un *striptease*, a no ser que me quite mis prendas íntimas... y como que no.

Entonces pasaremos a los rozamientos. Me paseo contoneando mis increíbles curvas alrededor del pobre hombre, que lucha con todas sus fuerzas por no mirarme.

—¿No te gustaría estrujar ese culito respingón entre tus manos Tudok? —le pregunta Azael con la voz ronca, llena de deseo, cosa que me pilla por sorpresa y... consigue excitarme, por mucho que me pese admitirlo.

Me pongo a cuatro patas sobre la hierba y le muestro mi trasero demasiado cerca de su cara «todo sea por encontrar a los búhos». El arcano bufa desde su posición y cierra los ojos para no mirar mi retaguardia.

Entonces me coloco sobre él a horcajadas y enseguida siento a través de su capa una minúscula erección. Comienzo a acariciarme los pechos y a subir y bajar la cadera, jadeando, como si estuviese en plena faena, montándolo salvajemente.

—¿Te libero para poder devorar por ti mismo esos increíbles y turgentes pechos? —le susurra el serafín en un tono más que provocador —sería maravilloso mordisquearlos ¿no crees?

No puedo evitar sentirme tremendamente cautivada por cómo me mira el

Señor del Mal, realmente me está venerando con sus ambarinos ojos tenebrosos y por eso mismo no me está costando nada meterme en semejante papel, pues, por mucho que me niegue a asumirlo, estoy actuando únicamente para él.

—¡Retírale la capa, ya está más que preparado para la penetración! —me ordena Azael, ahora en un tono mucho más frío.

Antes de que me dé tiempo a negarme, el arcano se me adelanta.

—¡No! ¡Os lo contaré! ¡Os diré todo lo que queráis saber, pero por favor quitámelas de encima! ¡Es el demonio hecho mujer! —suplica cerrando los ojos con fuerza.

«Ni que lo digas» piensa Azael, dejándome loca.

—¡Nada de trucos! —le advierte enojado.

—¡Lo juro! —Lloriquea el mago.

Azael me mira y me ordena «ven», y yo me levanto para situarme a su lado, sin protestar ¡qué alivio! Una vez que me encuentro a salvo junto a él y solo entonces, deja libre al oscuro anciano. Cuando el arcano se está levantando del suelo, me doy cuenta de que tiene una mancha húmeda a la altura de la entrepierna y aguanto la risa como puedo. Pobre hombre.

—Solo te lo preguntaré una última vez Tudok ¿dónde están escondidos los ocho magos de los serafines?

Él cierra los ojos y mete cada mano en la manga contraria de su capa. De pronto un aura amarillenta le rodea y él se eleva unos palmos del suelo. Pasan varios minutos y cuando todo vuelve a la normalidad pisa el suelo y abre los ojos.

—Están resguardados en la Gruta de las Cabezas, en el Reino de

Aralush, pero solo hay siete.

—¿Qué quieres decir con que solo hay siete? ¿Y el otro? —pregunto dejándome llevar por la intriga.

Entonces el mago clava sus ojos en Azael, apuesto el cuello a que están hablando entre ellos.

«Calladita estás más guapa, me quitas autoridad» protesta Azael.

—La otra —me corrige el arcano al cabo de un rato, —la hembra no está allí, no la veo entre ellos.

—¿No sabes dónde está? —insisto.

—Podría buscarla, pero necesitaría reponerme de mi esfuerzo para volver a recuperar el maná y poder practicar una nueva visión —explica.

Entonces Azael levanta su mano y en menos de un nanosegundo lo petrifica, así como si nada. Delante de mis narices cae al suelo convertido en polvo, un polvo gris que no tarda en llevarse el viento bajo mi atónita mirada.

Una luz azulada entra en el cuerpo del serafín, mucho me temo que se trata del espíritu de ese pobre desdichado. Mi boca no logra cerrarse. Ha matado a un ser vivo delante de mí y no he podido hacer nada para evitarlo.

La vida pende de un hilo tan fino que a veces ni te das cuenta de cuándo se rompe. Crees que vas a vivir para siempre, que tu vida será larga y prolífera, o al menos que el día de tu muerte podrás percibir algo distinto, algún tipo de señal... pero cuando menos te lo esperas todo se vuelve negro y ya no existes. Por pura casualidad, tan solo por el mero hecho de haberse cruzado en mi camino para ofrecerme ayuda... no es justo y quiero llorar de impotencia.

—¿Por qué has hecho eso? —balbuceo aterrada.

—Era peligroso que supiera el paradero de los magos —argumenta sin ningún remordimiento.

Se da la media vuelta para emprender el camino de nuevo, seguido muy de cerca por Suria y Cedrik.

—¡Vamos Noa! —me anima la ardilla con su patita —buscaremos algo que llevarnos al estómago.

«Has matado a un inocente» murmuro sin poder moverme, observando cómo lo poco que ha quedado del polvo grisáceo que momentos antes era un ser vivo, revolotea todavía entre la hierba.

«En cierta manera me da lástima solo por una cosa» escucho su voz en mi interior.

«¿Por una cosa?» repito.

«Por elegir la opción incorrecta, yo hubiese elegido follarte, incluso a riesgo de perder mis poderes» espeta.

«¡Eres un grosero y un imbécil!» aprieto mis puños colérica.

«Desconozco el significado de la mayoría de las palabras que me dedicas, agradece a este hecho que pase por alto tu impertinencia y falta de respeto hacia tu maestro» ruge.

«¿De nuevo eres mi maestro?» pregunto rabiosa.

«Debes aprender a priorizar las cosas, aprendiza, estás en una misión muy peligrosa, deja ya de una vez tus malditos cuentos de hadas. De no haberle matado, te hubiese matado él a ti. Le has humillado en público ¿para qué crees que quería recuperar el maná? Hasta dudo que su información sea fidedigna» gruñe.

¡Ups!

Albor me empuja un poco en la espalda con su hocico, entonces corro hacia ellos para unirme al grupo, pues el unicornio no me ha esperado y ha huido antes de que pudiese montarme sobre su lomo, es un traidor.

Mientras camino en silencio voy pensando que no sabría definir exactamente si me encuentro bien o mal.

Capítulo 27



Vida: 100

Maná: 30

Fuerza: 100

Dinero: 10

Rango: 12

Hambre: voraz

Creo que nunca antes había comido con tantas ganas como ahora, me va a sentar hasta mal. Mientras le hincó el diente hambrienta a un

muslo de pato, la salsa de naranja del exquisito guiso resbala por mi barbilla hasta llegar al cuello, pero me da igual, lo limpio con el brazo.

—Creo que te estás *asilvestrando* demasiado —sonríe Cedrik al ver mi poca educación comiendo, o más bien devorando, la succulenta carne —creo recordar que la primera noche que cenamos juntos eras mucho más fina en la mesa.

Me detengo para mirarlo fijamente a los ojos, ya que está sentado frente a mí.

—La primera noche tenía el estómago lleno, ahora mismo sería capaz de comerme a este pato vivo —protesto.

Suria, que está sentada a mi lado, deja escapar una sonrisa mientras roe con delicadeza sus nueces y avellanas.

Enseguida se acerca a nosotros un gran oso pardo para tomar asiento al lado de Cedrik, sin titubeos.

—Buenas noches —saluda con una voz muy grave —qué pena que un ser tan hermoso zampe de una manera tan asquerosa —se refiere a mí, obviamente.

—Si no te gusta puedes marcharte, no recuerdo que nadie te haya dado permiso para sentarte con nosotros —le contesto sin dejar de comer.

—¿Es así como tratas a tus superiores? —exclama irritado mientras acomoda su enorme culo en la silla.

—Es así como te trato a ti, no eres superior a mí en nada ¿qué te hace pensar eso, tu oronda tripa? —le señalo con el hueso del pato.

Cedrik y Suria intentan a duras penas no reírse.

—Da gracias a que en las posadas no podamos usar la magia porque de lo contrario te llevarías una buena azotaina —protesta entre dientes.

—Cuando termine de comer podemos salir a la calle y entonces verás quién azota a quien, panzudo —le reto cual barriobajera con la boca llena.

«Será posible que el *Oso Baboso Yogui* éste tenga que venir a fastidiar mi deliciosa cena...» me quejo para mis adentros.

«Como vuelvas a llamarme gordo te pondré boca abajo y te azotaré aquí mismo con mis propias manos».

¡Ostras! Levanto la vista automáticamente para mirarle a los ojos y lo reconozco al instante, evidentemente es él.

¡La madre que me trajo!

—¡Vosotros lo sabíais, capullos! —acuso a mis amigos tirándoles un trozo de pan a cada uno.

Ellos rompen a reír.

—Noa ya sabes que Azael no debe ser visto en público, creíamos que le estabas tomando el pelo —se excusa Suria entre lágrimas.

—¿Qué? ¡No! Solo podía pensar en lo bueno que estaba el pato, además ¿cómo me iba a imaginar que de todas las cosas en las que se puede transformar iba a elegir un oso... —él me fulmina con su mirada y por eso me detengo en seco antes de decir la palabra *obeso*.

—Precisamente se trata de no llamar la atención, no sabemos si entre los presentes se encuentra alguno de mis hermanos —expone todavía molesto.

—Mañana llegaremos por fin al palacio Noa, una vez allí habremos

abandonado la seguridad de *Nhacúm* y todo se complicará un poco —indica la ardilla para sacarnos de nuestro particular tira y afloja, parece que es la única que percibe nuestras conversaciones mentales.

—¿A qué te refieres? —quiero saber.

—Has mejorado mucho, pero no lo suficiente, *Orgrom* es un reino peligroso y debes permanecer bajo nuestra protección, el más mínimo fallo sería terrible —mientras pronuncia estas palabras mira de reojo al engendro del mal, que asiente satisfecho porque ella le dé la razón.

—Suria no hace falta que me digas lo mismo que mi martirizante maestro, si os portáis bien os obedeceré y si no, pues no, es muy sencillo —expongo con rápidos movimientos de mis manos.

Ellos niegan con la cabeza.

—No te preocupes criatura de *Nhacúm* —se dirige Azael a Suria —tengo la solución a todos nuestros problemas, más pronto que tarde obedecerá —asegura el *oso blando*.

—En tus sueños, Satanás —replico.

Él ahoga una sonrisa.

Parece que tener la panza llena hace que las personas y demás seres vivientes se tranquilicen. Me llega la comida hasta la garganta, no podría comer ni beber más, por cierto, un ligero mareílo hace rato que se ha apoderado de mi cabeza, esta cerveza debe tener muchos grados de alcohol.

Me quedo embobada contemplando cómo en otras mesas cercanas los distintos animales juegan apaciblemente al ajedrez y a algo similar a las cartas, todos parecen divertidos y despreocupados mientras beben alegremente.

—Ellos no saben nada Noa, de eso se trata esencialmente nuestro plan, de que todos sigan con sus vidas apaciblemente, en paz, sin temores, sin preocuparse por cosas que no les incumben..., como si no ocurriese nada. Y si algún día llegase el fin de *Catarsis*, al menos habrán vivido plenamente felices y disfrutado al máximo —comenta la ardilla como si leyese mi mente también.

—Eso no es justo, si yo estuviese en peligro querría saberlo, tengo derecho a decidir sobre mi vida —critico su postura.

—Para eso estamos nosotros, los aldeanos no podrían hacer nada aunque quisieran, no saben luchar y mucho menos usar la magia, llamarían la atención de los serafines enseguida, demasiado ruido, demasiado sencillo —añade Cedrik.

—Sin embargo yo creo que la unión hace la fuerza, si los tuviésemos a todos de nuestra parte, los serafines no podrían hacer nada y acabarían rindiéndose.

Azael suelta un bufido.

—Qué ilusa eres —espeta.

Intento pasar de él, de verdad que lo intento.

—Entonces no entiendo el motivo por el que soy *La Elegida* —me burlo.
—Si soy la única que piensa de manera diferente a vosotros, la única de una especie distinta, incluso vengo de otro planeta ¿por qué dudáis siempre de mí, en vez de escucharme?

—Ruffus no nos contó por qué te escogieron a ti, es algo que tendremos que averiguar y para ello necesitamos a los búhos, o al Gran Máster. Llevarte con vida hasta él es nuestra única ambición —me cuenta Suria con cariño.

—Cosa que cada día dudo más que consigamos —añade Azael igual de bebido que yo, si no más.

¡Juro que lo he intentado!

—¡Pues desde luego no será por todas las cosas que me estás enseñando tú, gordinflón! —Me levanto pegando un fuerte puñetazo sobre la mesa que hace que se tambaleen todas nuestras copas —¡te has limitado a criticarme desde el primer día! ¿Qué voy a aprender de eso?

Los presentes en la posada levantan sus cabezas para observarnos intrigados.

—Ya estamos... —se lamenta Suria, llevándose una pata a la frente.

—¿Cómo voy a enseñarte, si en cuanto te ordeno hacer algo te lanzas de cabeza a hacer lo contrario? —Azael permanece recostado en el respaldo de la silla de madera, pero sé que en realidad está conteniéndose para no alborotarse —ya bastante tengo con dominar mis permanentes ganas de estrangularte.

—¿Ah sí? ¿Quieres estrangularme? ¡Pues no era eso lo que estabas pensando exactamente cuando intentaba seducir al arcano! —le suelto con todo el rencor del mundo acumulado en mis ponzoñosas palabras.

—¡Es que si no pensase en eso cuando una mujer desnuda se contonea como una pantera en celo delante de mis narices, estaría muerto de cintura para abajo... y te puedo asegurar que precisamente muerto no estoy —se mira sus partes con chulería extrema —más bien todo lo contrario!

«¡Oh! Qué cerdo» pienso «pero si los ángeles no tenían sexo... ¿no?».

«Yo no soy un simple ángel, no me insultes y cuando quieras te muestro si tengo sexo o no».

«¡Ni loca!».

Tan solo de pensar en lo que pueda esconder debajo de su habitual taparrabos me sonroja. Estoy terriblemente confundida porque no profeso la menor repelencia hacia él... para mi gran desgracia, me siento irremediabilmente atraída por su poder, por su misterio, por todo lo que representa, pero sobre todo por su continuo vacile y su permanente rechazo. No puedo evitarlo y desde luego no quiero admitirlo, me niego rotundamente.

—¡Pues guárdate esos pensamientos obscenos para ti! —le amenazo con el dedo.

—¿Quieres que hablemos de pensamientos obscenos Noa? —Nunca me llama por mi nombre y cuando lo hace me sobresalto —¿Te gustaría compartir con tus amigos lo que haces mientras ellos duermen?

—¡Yo no he hecho nada, todo es mentira!

—¿Estás segura de eso?

Ambos nos miramos a los ojos, me está retando y no quiero caer en su trampa, pero es que estoy harta de que siempre se salga con la suya.

—¡Tú ni siquiera estabas allí, no es culpa mía que tu mente calenturienta y perversa imagine cosas que no son! —Espeto.

Entonces se levanta elegantemente y hace que sobre nuestra mesa aparezca una imagen flotante de esas que tanto le gustaban a Ruffus, donde claramente se me ve a mí con una cara de placer extremo disfrutando las delicias del *trío calavera* en el burdel.

—¡Noa! —exclama Suria retirando inmediatamente la vista de la imagen.

—¡Vaya! —silba Cedrik examinando la imagen con detenimiento.

Los clientes de la posada más cercanos observan la dichosa escenita con curiosidad para después mirarme entre risas.

—¡Quita eso de mi vista, mentecato! —meto mis brazos entre la escena y los muevo con rabia, pero no consigo que se esfume.

—¿Y si no, qué? —se cruza de brazos.

—Vamos a la calle y te lo explico —le sugiero chillando como una desquiciada.

En tan solo un abrir y cerrar de ojos nos encontramos fuera los dos, junto a la puerta principal de la posada, que es el único punto iluminado en medio de la oscuridad absoluta que nos rodea.

Me tambaleo un poco ahora que no estoy apoyada en nada.

—Vamos, estoy esperando mi merecido —sus ojos refulgen como nunca.

Deseo con todas mis fuerzas que sea él, dentro de su poderoso cuerpo, pues convertido en *Balú* no me inflige el mismo odio. Por eso cierro los ojos y me concentro en visionarle con su forma de serafín.

Cuando los abro de nuevo efectivamente está metido en su cuerpo, pero sin armadura, está descalzo y únicamente ataviado con su taparrabos marrón de cuero. Se observa a sí mismo demasiado serio.

—¿En serio? —me pregunta divertido —¿esto era lo que pretendías? ¿Desnudarme?

—¡Ya te gustaría!

—Si me lo hubieses pedido por favor no habría hecho falta todo este espectáculo —se acaricia sus fuertes abdominales con lujuria.

—¡Déjate de sandeces! —le recrimino.

¿Por qué todo en él me parece sexual?

—¿Sandeces? Tú eres la que me ha sacado de la posada para desnudarme ¿qué es lo que intentas Noa? No quieres obedecerme, pero ansías que te enseñe. No quieres que te mire, pero te gusta observarme... ¿no crees que deberías ser sincera contigo misma y admitir de una vez que te vuelvo loca?

—¿¡Volverme loca!?

«A lo mejor esa frase no significa lo mismo que en mi mundo» me animo.

—Me deseas —aclara con su voz ronca, demasiado pagado de sí mismo.

—¡Jamás podría desear a un ser como tú!

Lanzo un fuego que sale de mi mano con fuerza, pero lo esquiva sin dificultad y va a caer justo en la puerta de madera de la posada, que se encuentra tras él y que comienza a arder enseguida.

Cuando me apresuro a apagar las llamas me detiene, interceptando mi camino con su gran cuerpo. Miro hacia arriba para buscar en sus ojos una respuesta.

«Magia» indica.

—¿Qué magia?

«Usa la magia para apagarlo».

—¡Déjame, se va a propagar hacia el interior y por todo el bosque!

Entonces se retira de mi camino pero yo no puedo moverme, otra vez me ha inmovilizado.

—¡Suéltame insensato! ¡Hay gente dentro! —grito —Suria y Cedrik están ahí.

«Pues ya sabes lo que tienes que hacer. Y recuerda una cosa, el fuego también es un elemento de la naturaleza».

Va y desaparece.

Siento el calor del fuego cada vez más intenso en mi rostro, quiero llorar de rabia porque siempre me hace lo mismo, pero en vez de eso, intento buscar algo para apagar las incesantes llamas que amenazan con quemarlo todo, hasta me parece escuchar gritos de auxilio en el interior de la hostería.

Descubro un pozo, está a mi derecha, tiene un cubo de madera apoyado sobre su muro de piedra, está atado a una manivela de hierro con una cuerda. Miro fijamente a esa manivela para intentar moverla, pero no ocurre nada.

Entonces se me ilumina la mente y silbo.

El immaculado unicornio no tarda en aparecer a mi lado, relinchando molesto al sentir el calor de las llamas que se reflejan en sus ojos cristalinos.

—Albor tienes que llenar ese cubo de agua y echarlo sobre las llamas — le explico nerviosa, sin ni siquiera yo creerme que lo vaya a hacer.

El animal me observa intranquilo, no entiende qué tiene que hacer, ni por qué no me muevo, y el fuego le da miedo. Le miro a los ojos y le tranquilizo como puedo, aunque tampoco parece surtir efecto. Finalmente se aleja, permaneciendo nervioso junto a mí, aunque no tan cerca del fuego.

Vuelvo a centrarme en el maldito cubo, no se mueve, no ocurre nada. Cierro los ojos cuando estoy a punto de desmayarme por el calor y entonces vuelvo a tomar las riendas de mi subconsciencia.

¡En este mundo paralelo puedo moverme!

Corro a coger el cubo, lo lanzo enérgicamente al fondo del pozo y se llena enseguida de agua, lo subo con la manivela y me apresuro a vaciarlo

contra la puerta. Repito lo mismo una decena de veces más, hasta que el fuego está completamente extinguido.

Entonces respiro profundamente para descansar, pues estoy exhausta y es cuando me descubro a mí misma desmayada sobre el suelo a mi lado.

Percibo un escalofrío recorrer mi ser, pues la sensación que me invade es la misma que la de ver cómo tu alma abandona el cuerpo físico al morir.

—¡Eh! —intento darme a mí misma unas palmaditas en la cara, pero soy transparente como el humo, no puedo tocarme. La zozobra comienza a invadirme.

«Piensa Noa» me animo angustiada.

¡Eureka!

Saco un último cubo lleno de agua del pozo y lo lanzo sin clemencia contra mi cuerpo inerte, entonces me esfumo y de pronto me encuentro dentro de mi ser de nuevo, respirando con dificultad y terriblemente excitada.

Suria aparece justo en el momento en el que abro los ojos, me observa espantada y corre hasta mí.

—¡Noa! ¿Estás bien? —se apresura a levantarme y me sujeta fuertemente por la cintura, pues me balanceo.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunto asustada.

—Azael y tú habéis desaparecido hace un rato y salí para comprobar que estabas bien ¿lo estás?

—No lo sé, había fuego por todas partes.

—¿Fuego? ¿Dónde? —me observa extrañada.

—La puerta estaba ardiendo y él me inmovilizó para que os quemaseis

dentro —le explico como puedo.

—Noa la puerta está intacta —las dos miramos la puerta y efectivamente no hay ni rastro de quemaduras.

¿Habrá sido otra de sus entelequias?

—Vayamos dentro, necesitas descansar, hemos reservado unas habitaciones para dormir.

Me ayuda a entrar. No ha podido ser una alucinación porque tengo el pelo empapado.

—¿Has ido a ducharte en plena noche? —me pregunta Cedrik riendo al llegar de nuevo a la mesa.

—Muy gracioso —le digo.

—Voy a acompañarla a su habitación —informa la ardilla a su... lo que sea —enseguida vuelvo.

Subimos a la primera planta por unas escaleras de madera, yo me agarro a la barandilla con fuerza para no caerme, estoy muy mareada. Cuando llegamos frente a la puerta de la que se supone que será mi habitación, Suria se despide.

—Mañana vendré a buscarte, echa la llave por dentro y déjala puesta, no vayas sola a ningún sitio, es peligroso.

—Sí mamá —le contesto soñolienta. Ella se queda parada, contemplándome y después se marcha sin añadir nada más.

Abro la puerta y automáticamente hago lo que me ha ordenado mi pomposa amiga. Una vez que estoy a salvo, me dejo caer sobre la pequeña cama que hay en uno de los rincones de esta diminuta estancia y me quedo

profundamente dormida.

Algo me llama en susurros.

Repite la misma frase sin cesar.

Abro los ojos sobresaltada.

La oscuridad es total.

Me levanto de la cama. Sin ningún esfuerzo giro el mango de la puerta y la cierro detrás de mí, me extraña que no tenga la llave echada, si mal no recuerdo la dejé puesta. Qué extraño.

Camino por un pasillo sombreado donde la visibilidad es escasa, por no decir nula. Un terrible escalofrío se apodera de mi ser. No tengo necesidad de saber qué hay al final del mismo, porque ya lo sé, su presencia es brutal, me abrumba.

«Noa no era más que un susurro, vuelve a la cama» me intento convencer a mí misma, cagada de miedo.

Pero esa voz habla demasiado cerca de mí, no puede ser un simple sueño. La presencia tiene el pulso de un ser vivo, no obstante, no siento su respiración ni su latido... No cesa de repetir lo mismo.

La presencia se queda en silencio mientras avanzo, casi estoy a su lado, pero de repente... dejo de percibirla, ya no está aquí, se ha esfumado. Tampoco vuelve a repetir las palabras que ha recitado previamente en mi oído, como si supiera que su presencia ha sido detectada.

Entonces me despierto sobresaltada, esta vez creo que de verdad, respiro con dificultad, tengo taquicardia y estoy empapada en sudor. Descubro aterrorizada que la puerta está abierta y es entonces cuando el pánico se apodera de mí por completo.

—¡¡¡Azael!!! —grito con todas mis fuerzas.

Capítulo 28



Vida: 100

Maná: 30

Fuerza: 100

Dinero: 10

Rango: 15

Miedo: nivel extremo.

E l gran serafín no tarda en presentarse ante mí con cara de espanto. Mi grito desgarrador ha debido sobresaltar a todos los clientes de la posada.

—¿Qué ocurre?! —su pecho sube y baja a gran velocidad. Está desnudo,

aunque ataviado con una especie de manta alrededor de la cintura que intenta colocarse torpemente a toda prisa.

Evito las enormes ganas que me entran de abalanzarme sobre él para que me acune entre sus poderosos brazos y así lograr tranquilizarme. Todavía no logro entender el motivo por el que siento semejante confort y protección con un ser de su calibre. Obviamente mi sentido de la supervivencia sufre una gran tara de fábrica.

—¡Había alguien al final del pasillo! ¡Me susurraba cosas en sueños! — explico.

—¿Qué te decía?

—No lo recuerdo... —le miento vilmente, pasando nerviosa mis manos entre mi pelo, disimulando como puedo.

—¿Era una energía positiva o negativa? —parece muy preocupado.

—Era algo... malo, supongo, solo sé que me daba miedo y me inquietaba, estaba muy cerca de mí pero no podía verlo.

—¡Debemos irnos, vístete! —ordena.

—¿Pero qué ocurre?

—¡Maldita sea, obedéceme por una vez en tu vida! —ruge mientras examina la pequeña estancia con detenimiento.

Entonces una mujer rubia, preciosa y completamente desnuda aparece en medio de mi habitación, muy asustada. Nos observa a ambos intrigada.

—¿Azael? ¿Por qué te has marchado? —le sonrío con picardía, aunque al dirigirse a mí se le cambia el gesto —¿y ésta quién es?

Azael y yo nos miramos.

«¿No decías que nadie debía verte?» pregunto enojada y no creo que precisamente la razón de mi enfado sea que me haya mentido, sino por la simple existencia de esa joven desnuda en su vida.

«No recordará nada» se excusa sin remordimientos.

—¡Vuelve a la cama Amelia! —le ordena sin remilgos.

—Sí Señor —contesta ella apenada, parece realmente enamorada de él.

Azael me dirige una mirada recriminatoria y entonces soy consciente de que una vez más no le estoy obedeciendo, porque obviamente no me estoy vistiendo. Observo tímidamente mi cuerpo bajo las mantas, no sé en qué momento me habré desnudado y metido entre las sábanas, pero así son los hechos y así te los estoy contando.

«No quiero que me veas desnuda» le digo tapándome hasta el cuello.

Me contempla con una inesperada expresión de incredulidad dibujada en su rostro.

«¿Hay mucho más que ver aparte de lo que enseñas a todo el mundo?» enarca una ceja.

—¡Nunca lo sabrás! —grito.

Niega con la cabeza y respira profundamente.

«No pienso dejarte sola, estás en peligro y esta vez de verdad» protesta.

«No voy a salir de la cama hasta que te marches».

Él aprieta los puños, ruge y se marcha pegando un portazo.

Salgo de la cama echando leches, ya que imaginarme vestida no me resulta demasiado complicado y enseguida tengo la escueta armadura encima. Entonces salgo de mi cuarto, recorro el largo pasillo a toda velocidad y me

apresuro a bajar las escaleras rápidamente.

Pensaba que Azael estaría esperándome junto a la puerta, pero al estar enfadado me imagino que se habrá ido fuera.

Comienza a sonar una música misteriosa.

«Joder con la musiquita» me quejo histérica.

En la planta baja se encuentran las mesas y la cocina, aquí es donde anoche cenábamos apaciblemente. Ahora todo está a oscuras y en un inquietante silencio sepulcral. Tanteo a ciegas con las manos para encontrar el camino que me lleve hasta la salida, donde supuestamente me estará esperando Azael.

«¡Noa no salgas por la puerta!» su repentina voz en mi mente hace que pegue un grito.

«¿Dónde estás, qué ocurre?» pregunto quedándome inmóvil en medio de la lóbrega posada. Ojeo en vano mi alrededor, pero no veo nada.

No obtengo respuesta y comienzo a hiperventilar, pues siento un gran dolor en mi interior, algo muy malo está sucediendo.

Me apresuro a esconderme debajo de una de las mesas, no sin antes sacar mi fabulosa espada, la cual dejo a mi lado sobre el suelo.

Entonces la puerta de la posada se abre violentamente y mi corazón se estremece al ver en ella al arcano que Azael mató esta tarde, aunque ahora porta un gran báculo de madera negra.

¿Será su reencarnación?

«No puede ser» pienso temblando de miedo.

—¡Prepárate a morir Noa! —Ahora lo dice a viva voz, en un tono

cantarín espeluznante, esa frase que me repetía en sueños acaba de ser verbalizada y provoca que yo casi me desmaye.

«¿Dónde está Azael cuando se le necesita?».

El arcano avanza lentamente hacia el interior de la posada dejando la puerta abierta, por lo que puedo ver con algo más de claridad lo que hace y sobre todo hacia dónde se dirige, de no haber sido así hubiese muerto de miedo ipso facto.

La música ha subido de tono, ahora indica algo más de peligro que de misterio.

—Sé que estás aquí, escucho tu respiración. Estás asustada, al igual que estaba mi hermano antes de que le mataseis. Una muerte indigna, sin clemencia y tan solo por haber querido ayudarte... Hay que ser mezquino, ¡y lo pagarás caro! —golpea fuertemente el suelo con el cetro para reafirmarse en sus palabras y me asusta.

Está a dos mesas de distancia de donde me encuentro yo, se ha detenido y está observando algo.

—Tu amiguito el serafín ya ha pagado por sus pecados y tu precioso unicornio también, solo me quedas tú.

«No puede ser» cierro los ojos con fuerza para concentrarme en la situación actual y no en la pena de algo que no sé si es mentira, pues si algo he aprendido hasta ahora es que no me fie ni de lo que ven mis ojos.

De momento mi enemigo no sabe dónde estoy, sin embargo yo sí conozco su posición, por lo tanto cuento con una pequeña ventaja que he de aprovechar cuanto antes, el *cómo* ya es más complicado.

Me planteo salir con la espada y clavársela, pero pronto desecho esta

idea, pues un arcano con sus poderes no dejaría ni que me acercase, es más, me desollaría en un instante.

Si utilizo la magia estoy perdida porque él tiene mucho más rango y maná que yo, por lo tanto no voy a protagonizar *David contra Goliat* porque en este caso vencería rotundamente el gigante.

¿Qué hago?

—Escucho tu pávido latido, la adrenalina se está apoderando inevitablemente de ti, porque sabes que es el momento exacto en el que la muerte viene a buscarte. ¡Y yo seré tu verdugo!

No me da tiempo a pensar más posibles opciones porque todas las mesas de la posada salen volando por los aires y se estrellan contra una de las paredes, desquebrajándose en mil pedazos contra el muro y dejándome completamente desprotegida.

—¡Ahí estabas rata inmunda! —brama colérico con sus ojos encharcados de odio.

Levanta sus manos para lanzarme un rayo, pero mis reflejos, creo que debido precisamente a esa adrenalina a la que él hacía alusión momentos antes, provocan que levante la espada en el último instante y lo detenga con ella. La centella rebota contra el acero para dirigirse de nuevo a gran velocidad hacia el arcano, que al no esperar mi reacción, sufre el terrible impacto de su propio ataque de lleno.

—¡Toma! —exclamo victoriosa con un gesto del puño cerrado.

No me detengo, aprovecho su inferioridad momentánea para salir corriendo a la calle, allí estaré menos expuesta que entre cuatro paredes.

En cuanto piso la hierba del exterior mi cuerpo se queda petrificado

porque diviso el gran cuerpo ensangrentado de Azael, que está tendido a escasos metros de mí. El pánico me invade por completo y no por el miedo a morir, sino por el miedo a estar aquí sin mi protector, ése que sin poder evitarlo, se ha convertido en mi ángel de la guarda.

La estrepitosa banda sonora que nos acompaña se torna melancólica.

—¡Azael noooo! —grito derramando miles de lágrimas.

Corro hasta él pero una terrible explosión bajo mis pies me detiene, haciéndome caer al suelo de espaldas.

—¡Yo no tuve ocasión de despedirme de mi hermano y tú no la tendrás de decir adiós a tu amor! —Ruge iluminado por un aura oscura.

«¿¡Mi amor?! Éste se ha debido fumar algo... ¡un momento! Si no quiere que me acerque para despedirme es porque... ¡todavía está vivo! Tiene que estarlo, no he sentido ninguna energía cósmica abandonando ningún cuerpo» conjeturo.

—No pongas esa cara de niña inocente, he visto cómo os mirabais ahí arriba y hasta un ciego sería capaz de ver lo que hay entre vosotros, es una lástima que tenga que terminar con ello, aunque quizá en la siguiente vida os volváis a encontrar, tendrá que ser el destino quién elija... —me lanza otro de sus malditos rayos que esta vez no me da tiempo a esquivar e impacta brutalmente contra mi pecho.

Ojeo mi nivel de vida para comprobar que está en 20, tengo que esconderme para poder recuperarme, con otro rayo de esos me fulmina. Me apresuro a hacerlo tras el pozo.

Él no ataca de nuevo, cosa que me resulta extraña, pues podría acabar conmigo fácilmente, aunque parece estar esperando algo... ¿pero qué?...

¡El maná!

Yo tengo los niveles de maná y fuerza a tope y él sin embargo debe tener el suyo al límite después de haber luchado contra un serafín y haberme lanzado este inmenso rayo. Para los magos, arcanos y chamanes el maná es su munición, sin magia están perdidos. Así que decido arriesgarme, tampoco me queda otra opción.

Salgo de mi escondite y descubro atónita que la rubia que antes estaba en mi habitación, la *fulanita* de Azael, está sentada tranquilamente sobre su cuerpo inerte, contemplándole.

—Es una pena que tenga que privar al mundo de un amante formidable — comenta sin mirarme siquiera, mientras acaricia su torso y tiñe su mano de rojo al hacerlo —utilizó su último suspiro para advertirte del peligro en vez de defenderse de mi ataque, qué iluso ¿verdad?

—¡Apártate de ahí maldita bruja! —ordeno fuera de mí.

Entonces la música vuelve a sonar a destrucción mortal.

—¡Ojo por ojo y diente por diente! —chupa uno de sus dedos ensangrentados.

—Lo que le hizo el serafín a tu hermano estuvo mal, es cierto, pero no teníamos otra opción —intento poner orden en medio de esta debacle.

—¡Mientes! —me interrumpe levantándose del cuerpo de Azael. —Lo percibí todo, ni siquiera le disteis una muerte digna para un arcano, ya nunca podrá descansar eternamente en su elemento, la naturaleza...

—Su espíritu flotó entre los árboles —le cuento —yo fui testigo —y esto es cierto, sentí su energía fluir por el bosque hasta que...

—¡El Señor de las Tinieblas absorbió su alma! Y ahora pienso hacer yo

lo mismo con la suya —ha avanzado hacia mí lo suficiente para estar lejos del gran cuerpo tendido.

«Ahora es el momento Noa» me anuncio.

Centro mi ira en esa melena rubia que resbala por su pecho, en esos ojos de gata que me miran con un odio mortal y sobre todo en el latido de su corazón, el cual quiero detener con todas mis fuerzas.

Imagino una mano aplastando un corazón ensangrentado, estrujándolo con todas sus fuerzas, mientras el órgano rezuma sus últimos bombeos agonizantes y entonces descubro que el rostro de la mujer va perdiendo color.

Clava su mirada en la mía, no entiende qué le sucede, pero yo no ceso en mi empeño, la estoy asfixiando, con fuerza.

Pierde cada vez más color, se lleva angustiada las manos a su pecho, y comienza a convulsionar hasta que finalmente cae al suelo. Tengo maná de sobra para terminar con su vida, pero me detengo en el último momento, en su último aliento. No soy una asesina.

Entonces corro hasta llegar a Azael y me arrodillo junto a él para poner mi oreja donde se supone que está su corazón, pero no escucho nada.

—¡Azael no me dejes sola! —le suplico entre lágrimas.

Intento hacerle la reanimación que aprendí en un curso de primeros auxilios hace años, poniendo ambas palmas de las manos sobre su pecho y realizando un masaje cardiovascular.

Cuento «un, dos, tres» ¡impulso! Otra vez «Un, dos, tres» ¡impulso! Así sucesivamente, pero no ocurre nada. Continúa con sus ojos cerrados y con sus tatuajes desapareciendo.

Cojo su mano e intento transferirle mi maná, lo malo es que no sé cómo

se hace exactamente. Me imagino un corazón bombeando sangre enérgicamente a ver si surte el efecto contrario a lo que le he hecho al arcano, pero tampoco ocurre nada, ni mi maná baja ni el suyo parece subir.

—¡Prometiste protegerme, no puedes irte así! —le grito.

Entonces me incorporo para intentar a la desesperada lo último que pasa por mi mente.

Antes de posar cuidadosamente mis labios sobre los suyos, que para mi sorpresa son más suaves de lo que esperaba, estoy muy nerviosa, pero intento concentrarme en hacerle el boca a boca lo mejor que sé, una voz a mi espalda me detiene.

—¡Que escena tan romántica!

La voz del arcano hace que dé un brinco de repente. Parece más vivo y poderoso que nunca.

—Deberías haberme matado cuando tuviste la oportunidad, ahora yo terminaré lo que empezó mi hermano —aúlla rodeado por un aura oscura maléfica.

Levanta sus manos, apuntándome amenazante con el bastón y me mira con desprecio.

«Bueno, pues ha sido bonito mientras duró» cierro los ojos para no ver nada más y prepararme para lo que se avecina, que no sé exactamente lo que será.

La pena inunda mi corazón por no haber podido ayudar a esta buena gente y por abandonar todo lo que empezaba a coger cariño, pero al fin y al cabo así es la vida en todas partes, un extraño juego.

Respiro.

Estoy preparada.

La música cesa de repente.

Pero no ocurre nada.

Abro los ojos y descubro al arcano tendido sobre el suelo con una flecha de sobra conocida clavada en el centro de su pecho.

—¡Cedrik! —Exclamo embargada de alegría.

Él y Suria corren hacia nosotros con cara de terror.

—¡Noa! —grita Suria mientras se va acercando a mí.

Cuando llegan a nuestra altura la ardilla se arrodilla a mi lado y me abraza fuertemente, mientras comprueba de reojo que estoy entera.

—Estás llena de sangre —limpia mi cara con sus patitas que se manchan de rojo también —¿dónde están las heridas que te las cure?

—No soy yo la que tiene heridas, es él —dirijo mis ojos llenos de tristeza hacia el cuerpo ya sin vida de Azael.

—Noa recoge el báculo del arcano antes de que desaparezca, te pertenece —me indica Cedrik.

Miro hacia el lugar que me está señalando con el dedo y me doy cuenta de que el cuerpo del arcano ha desaparecido y que en su lugar está el cetro que antes portaba.

—Es tuyo, tú has sido quien ha terminado con él —ahora no tengo el cuerpo ni para levantarme a prender ese maldito bastón.

—Noa los báculos albergan poderes mágicos inimaginables, podrías intentar resucitar a Azael —propone Suria.

¡Pues dicho y hecho!

Tengo el bastón en mis manos y al levantarlo en alto por primera vez una luz blanquecina transparente corre velozmente hacia mí y se mete en mi cuerpo, sin darme tiempo a huir.

Cedrik debe interpretar mi cara de pánico porque me explica.

—Es su espíritu, te ha elegido para morar eternamente en ti.

Mi nivel de maná se duplica al instante, mi rango lo mismo y mi pecho de pronto comienza literalmente a arder.

¡Quema! ¡Quema!

Me retuerzo de dolor y caigo al suelo gritando y tirando el arma. Suria corre a socorrerme.

—¿Qué me ocurre? —sollozo embargada por el sufrimiento, apretando los dientes para intentar en vano sofocarlo, entre los brazos de Suria.

—Es tu primera marca... ha aparecido en tu pecho —titubea sin dejar de mirar boquiabierto mi escote.

Gracias al cielo comienza a remitir el dolor.

—¿A qué marca te refieres?

—Marcas grabadas a fuego en vuestra piel, habrás visto que Azael también las tiene... según la leyenda solo las poseen los serafines... —musita pensativa —hasta ahora.

—¿Y qué significan? —nos incorporamos las dos y recojo el báculo mágico del suelo.

—Está en un idioma ancestral, la lengua primigenia, la lengua del Gran Máster, lo siento pero no puedo leerlo, solo ellos pueden hacerlo.

Acaricio mi piel en ese punto con sumo cuidado y al hacerlo veo las estrellas. Me arde, retiro la mano al instante, imagino que debe estar en carne viva, pues hay sangre entre mis dedos.

—No lo comprendo, si el arcano vino a buscarme para vengar a su hermano ¿por qué me ha elegido precisamente a mí para pasar su eternidad? —es contradictorio.

—En el mundo de los espíritus se ven las cosas de otra manera —expone Cedrik, no menos asombrado por mis nuevas marcas que su amor.

—¿Y en qué influirá eso en mí?

—No debería influirte demasiado, podría aumentar alguna de tus capacidades, pero no está demostrado aún que eso sea posible, pues si no me equivoco, estos son los primeros arcanos que han muerto —me explica mi amigo.

Meditaré sobre todo esto más tarde, pues sí que han subido mis niveles, incluso mis monedas, pero ahora mismo debo ocuparme de otro asunto.

—Al menos no será un dibujo cutre ¿no? —bromeo sobre mi nuevo tatuaje al ver sus expresiones de incredulidad.

—¿Cutre? —ladea Suria su cabecita al no entender la palabra.

—Da igual, voy a resucitar a este energúmeno, aunque sea lo último que haga.

Capítulo 29



Vida: 100

Maná: 50

Fuerza: 100

Dinero: 100

Rango: 30

Salud mental: inexistente.

Suria y Cedrik se han escondido tras el pozo por lo que pueda pasar, pues no las tengo todas conmigo.

Me han explicado cómo hacerlo, aunque de la teoría a la práctica hay un trecho, y tratándose de mí, es posible que dicho trecho sea abismal.

«Si es muy sencillito. Recapitulemos. Paso uno: concentración. Paso dos:

visualización. Paso tres: canalización y paso cuatro: extracción» nada, tan fácil como coser y cantar.

Ahora mismo se me viene a la cabeza el personaje de Circe porque ella era especialista en necromancia. Homero contaba que utilizaba los cuerpos de los muertos con diversos medios y para distintos fines, por ejemplo usaba partes de un cadáver para la fabricación de talismanes, pociones y ungüentos. Reanimaba un cuerpo para que el difunto le revelase sus conocimientos adquiridos en el más allá. Creaba muertos vivientes que la sirvieran de esclavos... Resumiendo, que incluso los espíritus y fantasmas eran objeto de su magia para usar sus poderes y conocimientos en su propio beneficio.

Pero mi caso es muy distinto, yo no soy bruja, ni siquiera me atrevería a afirmar que soy aprendiz y lo único que quiero es devolver la vida a un muerto, no hacer pócimas con él, ni esclavizarlo...

Está bien, voy a conseguirlo.

Levanto el cetro hacia el cielo y me concentro en la gran piedra roja que sostiene en uno de sus extremos. Entonces una música mística comienza a sonar levemente.

Visualizo a Azael vivo, extendiendo sus alas, mirándome con esos ojos fulminantes, regañándome, caminando con esa seguridad que le caracteriza... Cierro los ojos para no dejarme llevar por la imagen de su muerte, así me obligo a verle despierto.

De repente me percato de que el bastón comienza a vibrar entre mis manos y abro los ojos para comprobar qué sucede. Casi lanzo el palo por los aires, espantada, al descubrir que una luz cegadora procedente del cielo culmina en la piedra roja, ahora brillante.

*Lo que antes era vida ya no lo es
vuelve a tu cuerpo
regresa Azael.*

Recito en alto y sin cesar el conjuro que me ha dictado Cedrik.

La música ahora se vuelve agresiva, además suena demasiado alta.

De pronto un viento voraz comienza a hacer volar todo a mi alrededor, incluso mi capa se levanta violentamente, parece que vaya a salir volando por los aires. Pero me mantengo erguida en mi sitio, sosteniendo la vara mágica como buenamente puedo, haciendo acopio de todas mis fuerzas.

No doy crédito cuando la luz roja se proyecta sobre el cuerpo del serafín para hacerlo levitar unos centímetros del suelo ¿lo estaré soñando?

Pues va a ser que no lo estoy soñando porque enseguida se yergue a un metro de altura, aunque totalmente inerte, sin señales de vida.

Un gran latigazo en mi corazón provoca que se escape un fuerte alarido de mis labios y entonces la gran piedra roja lanza un último destello fugaz al cuerpo flotante, consiguiendo que yo caiga exhausta al suelo y que Azael haga lo mismo.

Todo vuelve a la calma más absoluta, incluso la música, que se ha detenido en seco.

Levanto la cabeza y automáticamente la oprimo entre las manos, pues me va a estallar. El cetro está en el suelo, ahora sin ninguna luz. Mi nivel de maná

está a 0 y el de vida en 1, «claro, por eso no tengo ni fuerzas para levantarme».

—Te has librado por los pelos —declara el arquero a mi espalda. Está de cuclillas junto a mí, pero ni siquiera me roza —¿estás bien?

Asiento con languidez, pues me cansa hasta respirar.

Entonces saca un pequeño frasco de cristal del interior de su fardo el cual contiene un extraño líquido rosa, lo destapa y me lo da.

—Bébetelo, te sentirás mucho mejor.

No tengo energía para negarme, así que me limito a tragar el extraño líquido y en menos de un suspiro me siento mucho mejor ¡todos mis niveles se han recuperado!

—¿Qué era eso? —pregunto sorprendida al sentirme tan bien.

—El elixir de la vida, restituye todos tus niveles al máximo.

—¡Es la hostia! —exclamo mientras me levanto sin necesidad de ayuda.

—Y muy costoso, así es que la próxima vez te lo compras en la tienda —me reprende.

«Ya me parecía a mí demasiada generosidad».

Levanto la vista para saber qué ha sucedido con Azael y me doy cuenta de que Suria ya ha ido a comprobarlo, aunque no hace ninguna mueca, ni de alegría, ni de tristeza.

Me apresuro a correr junto a él, suplicando que todo esto haya servido para algo, pero a la vez temerosa de que no haya sido así. Mientras se mantiene la esperanza se puede vivir, pero una vez que sabes a ciencia cierta que todo ha terminado ¿qué te queda?

—¿Suria qué ocurre? —pregunto al llegar junto a ellos, poniendo mi mano sobre la espalda de mi amiga.

—No creo que haya funcionado Noa, no tiene ningún tono vital, lo lamento de veras.

—¡No puede ser, todo mi maná y vitalidad se han canalizado hasta él, lo he visto!

Ella agacha la cabeza y se marcha con gran pesar hasta llegar junto al arquero, que la abraza con fuerza para consolarla.

—¡Maldito mentiroso, juraste protegerme! —le pego un puñetazo en su pétreo pecho, después otro y otro.

Caigo sobre mis rodillas y apoyo mi cabeza y mis brazos sobre su estómago para poder llorarle a gusto. Sin ser capaz de dar crédito a que ya no esté y echándolo de menos como jamás hubiese creído posible.

Su semblante sereno rezuma paz. Acaricio su rostro con delicadeza, contemplando su grandeza.

—Nuestra historia estaba llamada a ser mucho más grande que esto, no debía terminar así —susurro entre lágrimas.

Al cabo de un buen rato me armo de valor para levantarme y reunirme con mis amigos, que me observan apesadumbrados por no poder hacer nada más que compadecerme.

Pero justo cuando voy a dar el primer paso para alejarme de su cuerpo, una gran mano me agarra por la muñeca y me gira, consiguiendo que suelte un grito.

—¿Creías que ibas a librarte tan fácilmente de mí, humana? —balbucea.

Está intentando abrir los ojos con dificultad para poder mirarme.

—¡Azael! —exclamo mientras me lanzo contra su cuerpo para abrazarlo.

No soy capaz de separarme de él, le tengo abrazado por el cuello con todas mis fuerzas y él no sabe qué hacer, pues seguramente no le habrán asfixiado con tanto cariño en su larga existencia. Finalmente me da unas palmaditas en la espalda.

—Nunca imaginé que te alegrarías tanto de verme —musita incrédulo y todavía algo perdido.

Me separo de él, pero permanezco sentada a su lado. Él se incorpora lentamente hasta sentarse.

—¡Ni yo!

Y los dos nos miramos un breve instante hasta que rompemos a reír, embarcándonos inevitablemente en algo que ninguno de los dos conoce y que seguramente ni siquiera percibe.

—Bienvenido de nuevo al mundo de los vivos Señor —indica tímidamente Suria a mis espaldas.

—Gracias ardilla —responde un Azael despreocupado.

—Deberías dárselas a Noa, ha conseguido resucitar a un serafín sin tener ningún conocimiento de necromancia, todavía no doy crédito —alega Cedrik con orgullo, mientras le pasa a Azael un par de botellitas de esas que contienen el líquido rosa y que él no duda en pimplarse de un trago.

«Este hombre siempre aparece de repente, parece un espíritu» pienso.

—Ruffus no se equivocó al traerla hasta aquí —le dice Azael al arquero, mirándome con una expresión muy rara.

—Bueno, ahora ya estamos en paz, nos hemos resucitado mutuamente, estamos en tablas —bromeo.

—Noa no es tan fácil revivir a un serafín. Él sí que puede resucitar a cualquier criatura sin ninguna dificultad, siempre que se den determinadas circunstancias, porque triplica tu magia y tu rango, pero nunca antes se había dado el caso contrario —apunta el arquero.

—Una vez más rompiendo las reglas —sonríe Azael poniéndose en pie y ofreciéndome su mano para que le siga.

—Soy rebelde sin causa —me excuso, encogiéndome de hombros y tomando su mano.

—Entonces supongo que sigo estando en deuda contigo.

Suelto su mano rápidamente al ser consciente de que no lo hace él.

—Te libero entonces de tu responsabilidad, no quiero que intentes salvarme a cada minuto del día —indico riéndome.

—Lo tendré en cuenta —permanece serio —siento mucho lo de tu unicornio —se lamenta, señalando hacia un gran cofre flotante que hay a mi derecha.

—¿¡Qué!?

Ni me había acordado de él...

—Coge su arca, él hubiese querido que lo tuvieras —propone.

—Albor... ¡no! —de nuevo afloran las lágrimas y no tardan en recorrer mis mejillas.

—Si te sirve de consuelo, no sufrió, fue muy rápido.

—¿Pero por qué a él, qué daño hacía? —no entiendo que alguien sea

capaz de matar a un ser tan hermoso e inocente.

—Albor fue quien me advirtió de su presencia, de no haber sido así, no me hubiese dado tiempo a avisarte antes de salir por la puerta y el arcano hubiese acabado con todos nosotros sin ningún problema. Nos atacó por la espalda.

—Era la mujer rubia con la que estabas —balbuceo entre mis sollozos.

—Lo descubrí demasiado tarde —admite confundido.

Ya puede estar arrepentido porque todo esto ha sido únicamente por su culpa. Él mató al arcano sin motivos y después se llevó a la cama a su vengador, para que hurgase en su memoria y con ello me descubriese a mí también.

Cojo el pequeño baúl que flota en el lugar donde Albor ha caído, lo abrazo con cariño y entonces se abre, apareciendo una piedra preciosa en forma de rombo verde sobre mi cabeza, es muy grande.

—¿Es la Piedra Ritual! —silba incrédulo Cedrik, llevándose las manos a la cabeza.

Miro al serafín buscando respuestas.

—Si la incrustas en el báculo del arcano podrás proveer de vida a quien tú quieras, siempre que tengas suficiente maná —me informa Azael al ver mi expresión inanimada.

—¿Y a alguien ya muerto? —un atisbo de esperanza asoma en mis ojos.

—Lo siento —niega él con la cabeza.

—¿Podrías dejarme sola por favor? —les pido sin hacerles demasiado caso.

—No tardes Noa, la muerte de los arcanos llegará enseguida a oídos de los serafines, y no dudo que vengan a buscarnos —señala Cedrik.

—Cierto —asiente el serafín.

—Será solo un momento —les indico.

Entonces los tres se marchan hacia el interior de la posada. Y por fin puedo llorar tranquila, a moco tendido, con sollozos, suspiros, hipos y todo el pack lacrimógeno incluido, a mi fiel amigo.

Lo necesitaba tanto como respirar. Tenía que soltar toda esa carga que llevaba en mi interior desde hacía tiempo. No asumo que nadie muera por protegerme, es superior a mis fuerzas y ya lo han hecho dos seres, tres si contamos a Azael. Por eso necesito recapacitar y tomarme esto más en serio, porque resulta que este juego no va en broma.

Precisaba también despedir a mi amigo como se merecía, como a un héroe, por eso he grabado su nombre en la piedra sobre la puerta de la posada, así será recordado siempre, yo me encargaré de que su memoria no caiga en el olvido.

Estoy preparada para continuar el viaje y esta vez tendré más presentes en mi corazón a Ruffus y a Albor. Ellos murieron por mi causa, se lo debo.

Capítulo 30



Vida: 120

Maná: 50

Fuerza: 150

Dinero: 200

Rango: 40

Desolada.

A l entrar en la posada, uno de los camareros que nos sirvieron la cena anoche salta sobre mí y caemos los dos al suelo. Está inmovilizándome, y mientras otro me ata las manos y los pies, él introduce sin compasión una servilleta en mi boca que casi logra asfixiarme.

—¡Esta es la bruja, yo vi cómo invocaba a los cielos y cómo mataba a una pobre mujer inocente y a un serafín! —me acusa el posadero.

—¡Ha destrozado la posada! —grita otra mujer.

—¡Que la ahorquen! —piden los aquí presentes.

—¡Bruja!

«Vaya panda de desagradecidos, encima de que los hemos salvado...»
protesto atemorizada.

De pronto algo me coge por los aires para sacarme volando de la posada a toda prisa, mientras yo grito como una desquiciada. Lo que sea que me haya apresado se lleva por delante a los acusantes sin reparos cuando intentan atraparme.

—¡Cogedla!

—¡Está maldita!

Todo ocurre demasiado rápido y lo último que veo, antes de que se cierre la puerta tras de mí, son flechas volando por todas partes.

Azael no tarda en materializarse una vez que estamos a salvo entre la maleza. Entonces respiro aliviada al comprobar que se trata de él.

—¿Qué ocurre? —le pregunto asustada.

—Tus queridos civiles, no sirven para nada más que para ser robados, ya te lo advertí —me increpa molesto, sin dejar de mirar la puerta de la posada, mientras desata mis manos y pies sin ni siquiera rozarme.

Suria y Cedrik no salen, están tardando demasiado. Comienzo a preocuparme.

—¿Vamos?

—Espérate, seguro que están bien —responde.

—¿Cómo lo sabes? —me pongo cada vez más nerviosa.

—No aprecio ningún sufrimiento relacionado con ellos y la ardilla es muy explícita en eso, enseguida la percibo —me cuenta.

Suria y Azael tienen un extraño lazo que los une, creo que se caen bien mutuamente, no sé.

De pronto la puerta de la posada se abre y nosotros nos quedamos en silencio, mi corazón palpita a mil pulsaciones por segundo.

—¡Son ellos! —celebro feliz.

No tardan en reunirse con nosotros, yo me abrazo a Suria con fuerza y nos apresuramos los cuatro hacia el interior del bosque. Ninguno comenta nada al respecto, aunque asumo que puedo haber estado equivocada en cuanto a la bondad de las personas se refiere.

Una vez fuera de peligro, mientras caminamos hacia el trono de *Nhacúm*, familiarmente conocido como Palacio de Cristal, le pido a Azael que me explique cosas sobre la magia, pues yo no tengo ni idea y nadie mejor que el gran maestro en las artes oscuras para enseñarme.

—Haberme resucitado y haber superado algunas pruebas te han hecho subir rápidamente de rango, multiplicando con ello tus poderes, tales como la resistencia o la vitalidad. Pero de nada te servirá el rango si no conoces los entresijos de la magia. —Me sorprende que no se niegue rotundamente a mi petición. —Es más valioso un mago que domina la alquimia, aunque tenga menor rango, que uno con mucho rango que no conozca los hechizos —me cuenta despreocupado.

—Por eso quiero saberlo todo, prometo que te haré caso —insisto

poniéndole ojitos de corderito.

Me mira sin dar crédito.

—¡En serio! Esta vez es de verdad —afirmo levantando las manos en señal de rendición.

Él niega con la cabeza.

«Te arrepentirás de haber sido tan blando» se reprende a sí mismo.

—Los rangos se clasifican en cinco categorías: principiante, aprendiz, diestro, especialista y maestro, o Gran Máster.

—¿Entonces yo soy principiante? —mi cara de ilusión le anima.

—Digamos que eres aprendiz de principiante —me corrige divertido.

—¡Si hombre! —protesto.

Él sonríe, pero enseguida borra esa sonrisa de su rostro.

—¿Y tú qué eres, especialista? —pregunto.

—Mi caso es insólito, pues soy el único serafín que ostenta el rango de maestro especialista.

—¿Y eso cómo es posible? —quiero saber.

—El Gran Máster quiso que hubiese un líder entre nosotros.

—Por eso siempre te han obedecido.

—Sigamos con lo que realmente nos atañe —cambia de tema, se nota que está incómodo hablando de la traición de sus hermanos. —La clasificación de los hechizos concierne a la potencia y al consumo de maná que producen cuando se lanzan. Si utilizas la destreza para mejorar en estas áreas, reducirás considerablemente el gasto de maná, por eso es tan importante conocer los

rangos de tus oponentes —me explica.

—Pero no podemos ver el rango de los demás.

—Tú puedes ver el mío si lo deseas, lo sé.

—Es cierto —recuerdo asombrada de que ni siquiera yo me percatase de tal hecho.

—Ya te enseñaré cómo hacerlo.

—¡Qué guay! —aplaudiva extasiada.

«Qué expresiones tan extrañas utiliza» piensa, aunque no me dice nada al respecto.

—Hay varios tipos de Magia —continúa pasando de mí —la que mejor te vendrá a ti será la *Magia de Destrucción*. Ésta sirve para afrontar el combate cuerpo a cuerpo. Consta de hechizos que manejan tres elementos, hielo, fuego y rayo. Muchos de ellos tienen efectos secundarios derivados de su poder, como la congelación, las quemaduras, la parálisis... algunos ya los conoces, aunque todavía no los dominas.

—Sinceramente ¿crees que podré conseguirlo?

—Primero la teoría y después la práctica, no intentes correr antes de andar. En dicha escuela, la manera de lanzar la magia responde a dos estilos bien distintos. Uno, los hechizos en ráfaga, que vienen muy bien para el combate cercano, en especial cuando hay varios enemigos que intentan rodearte. Y el otro sirve para atacar desde la distancia, por medio de un explosivo que impacte contra el objetivo, aunque éste ya lo dominas.

—Vale, las ráfagas de cerca y los proyectiles de lejos, entendido.

—Para atacar de lejos también existen las runas, que son símbolos

mágicos que liberan su poder cuando el enemigo las toca —continúa.

—¿Runas?

—Normalmente tienen formas atractivas, precisamente para que el enemigo se vea inducido a tocarlas, pero siempre algo inanimado.

—¿O sea que si veo una tarta flotante en medio del bosque no debo tocarla? —pregunto intrigada.

—Exacto —sonríe.

«Esto se va complicando» me temo.

—Después está la *Magia de Protección*, también llamada de conjuración. Ésta rige los encantamientos y conjuros que se encargan de invocar criaturas, o crear armas mágicas para defendernos —continúa.

—Esta me gusta más, parece divertida.

Él sonríe de nuevo, parece que le gusta instruirme.

—Además tenemos la Necromancia, que es un arte vinculado directamente con esta escuela y que permite alzar a los muertos. Técnica que sorprendentemente también pareces dominar a la perfección —añade.

Me envalentono al comprobar que me está adulando ¡él!

—No sabía cuándo debía parar, me quedé con 1 punto de vida —le cuento emocionada.

—Pero lo hiciste.

—Parece que alguien o algo me ayuda, porque me detuvo en el momento justo —le explico.

El poder hablar con él sobre todas estas cosas y que no solo me

comprenda, sino que además me dé respuestas, hace que me sienta muy cómoda.

No dice nada más, permanece pensativo.

—Sigamos con las escuelas, ya deliberaremos sobre eso después. Le toca el turno a una de las escuelas más interesantes a mi parecer, y es la *Magia de Sanación*, la cual se centra principalmente en la curación y las custodias. Los hechizos de curación son muy útiles para cualquier tipo de mago, casi esenciales, pues permiten recuperar tus niveles sin pócimas y así puedes usar el dinero para otras cosas.

—¿Y qué son las custodias? —pregunto.

—Las custodias son barreras mágicas, especialmente para los que afrontan el combate sin escudo, como es tu caso. Estos hechizos absorben daño mágico pero también suponen un gasto muy elevado de tu maná, deberás usarlos con cabeza.

—¡Mi capa indicaba que era custodia! —recuerdo.

—Efectivamente, las prendas de vestir de los magos suelen tener encantamientos de protección, las pulseras y collares que portan las druidesas también, así no tendrás la necesidad de gastar maná.

—¡Pues la compré sin saberlo!

Vuelve a sonreír.

—La *Escuela de Espejismo* practica un estilo de magia mucho más estratégica. Incluye hechizos que provocan estados de ánimo como la ira o el miedo en el enemigo, haciendo incluso que estos huyan del combate.

—¡Eso hace Suria! —aclamo.

—Muy observadora, aprendiza, así es, Suria es una maestra ilusionista.

—Me anoto un tanto —me felicito orgullosa.

Niega con la cabeza.

—Y por último tenemos la *Magia de Transformación*. Estos hechizos crean efectos especiales en el mago, como respirar bajo el agua, o protección física. Por ejemplo puedes utilizar la protección pétreo para compensar tu falta de armadura y así nivelar los combates.

—¡Oye! No te metas con mi armadura —le provoco a sabiendas de que lo que llevo puesto sobre mi cuerpo de armadura tiene poco.

—Llámalo como quieras —no entra al trapo, lástima.

—¿Hay muchos hechizos más?

—Te he enumerado las escuelas de magia más importantes, dentro de cada una de ellas hay millones de hechizos y cada mago los combina como mejor le parece, con diversas pócimas, vestimentas, armas... y un sinfín de elementos más. Además en los tiempos que corren hay multitud de magos, hechiceros y chamanes que no estudian la magia ancestral propiamente dicha, simplemente la usan a su libre albedrío, resultando de ello poderes mestizos bastante peligrosos.

—¿Por qué son más peligrosos que los tradicionales?

—Las leyes de la magia están muy claras, para todo hechizo existe su revulsivo. Si tú estudias cómo lanzar un conjuro, tu adversario puede conocer el antídoto para éste y así defenderse, se trataría de una batalla justa. Pero si lanzas un maleficio que tú mismo has inventado, nadie podrá frenarte y esto se considera hacer trampas.

—¡Eso es bueno para el que inventa los hechizos!

—Pero no es magia blanca, hablamos de otra cosa que ahora mismo no viene al caso. Se supone que hay que seguir las reglas del juego. Afortunadamente no tienes por qué preocuparte, pues no hay hechizo que se me resista —presume.

«¡Oh, mira que es prepotente!» me quejo poniendo los ojos en blanco.

—Como las mujeres... —añado sin poder evitarlo.

Él pasa olímpicamente de mi comentario, no le interesa meterse en terreno pantanoso. Continúa su explicación sin más.

—Por este motivo tus poderes nunca podrán ser idénticos a los de ningún otro, las composiciones posibles son infinitas y siempre habrá alguien más poderoso que tú, pero no con la misma astucia —me guiña un ojo.

—¿Los druidas también pueden acceder a estas escuelas?

—Un druida, como es tu caso, es una especie distinguida entre los seres mágicos, se considera alguien especial dentro del género, entre otras cosas porque no abundan. Vosotros obtenéis el poder de la comunión con la naturaleza y no exclusivamente del maná, como hacemos los serafines. No sé cómo funcionaréis exactamente, pues eres la primera druidesa que conozco, pero sé que cuanto más cerca estés de algún elemento energético, más poderosa serás.

—¿Qué elemento?

—Eso deberás descubrirlo por ti misma, existe algo que te hace más fuerte y tu misión será averiguar de qué se trata para poder explotarlo.

—¡Cómo mola! —exclamo —¿Qué más? —estoy absorta en todo esto, me chifla.

Él también parece encantado con mi entusiasmo.

—Puedes verter un maleficio sobre alguien, un encantamiento, o un embrujo, pero recuerda que todos ellos son momentáneos, incluso los grandes hechizos tienen un tiempo límite, como cuando me he hecho invisible para rescatarte en la posada. Por eso debes saber aprovechar muy bien tus habilidades y sacarles el máximo rendimiento.

—¿Crees que algún día seré capaz de dominar todo esto Azael? Realmente me parece imposible, es demasiado complejo —me sincero con él, mostrando mis debilidades por primera vez en mi vida.

Entonces se detiene frente a mí para mirarme fijamente a los ojos.

—Noa me has resucitado, a un serafín, un ser con una cantidad infinitamente mayor de maná que la tuya y al hacerlo has desquebrajado todo en lo que creía ciegamente.

—¿En serio? —ni parpadeo.

—Un ser superior puede devolver la vida a uno inferior, pero nunca al revés, pues se supone que, incluso contando con todo tu maná, no podrías regenerar el mío. Pero lo hiciste. Obtuviste toda esa energía necesaria por alguna razón que desconozco. Resucitar a alguien es lo más difícil que se puede hacer dentro del campo de la magia ¿crees que después de lograr eso habrá algo que se te resista?

Que reconozca abiertamente mis méritos en vez de echarme por tierra, consigue que me hinche como una paloma y que me sienta fantásticamente bien. Es como si necesitara su aprobación continuamente.

—Gracias —balbuceo con una voz de pito que no entiendo a qué viene.

—Te puedo decir sobre tu personalidad que aparentas una enorme fragilidad, pero que en el fondo eres increíblemente fuerte, resistente y

poderosa. Que eres arrebatadora, temperamental y extraordinariamente astuta e inteligente. Apasionada y curiosa, eres además sumamente noble y leal, sin importarte sacrificarte por la gente que amas, aunque en ello te vaya la vida...

«¡Ostras qué bonito!» le miro sonrojándome.

—Y en cuanto a tus dotes mágicas puedes mover objetos sin tocarlos, a eso lo llamamos *telequinesis*. Tienes la habilidad de entrar en la mente de los demás, adivinar sus pensamientos y transmitirles mensajes, como haces conmigo, eso se llama *telepatía*. Puedes generar fuego con las manos y lanzar esferas de este elemento, así como encender tu propio cuerpo por completo hasta convertirte en una bola incandescente que vuela por los aires. Puedes también modificar tu apariencia, como lo hago yo, y tienes el don de dominar a los demás para que hagan lo que deseas por un breve periodo de tiempo. Por último puedes invocar a cualquier criatura mágica y controlar algunos elementos de la naturaleza.

—¿En serio? ¿Una bola de fuego? ¿Criaturas mágicas? ¿Dominar a los demás?

Asiente.

—Estos son solo algunos ejemplos sencillos, tienes un mundo infinito de posibilidades a tu alcance.

—¡Madre mía, qué locura! —cubro mi rostro con mis manos.

—Lo que más temo es la habilidad innata que posees de conseguir el amor de los hombres para transformarlo en energía mágica, pues puedes llegar a vaciar a tu víctima por completo. Me inquieta que semejante poder pueda pervertirte.

—Azael... ¿crees que yo sería capaz de hacer tal cosa? —me he detenido

para lograr asimilar sus palabras, sobre todo las primeras.

—Lo he visto. Posees un alma virtuosa y muy fuerte, pero las tentaciones y el poder son demasiado succulentos para los mortales, deberás concentrarte en seguir el camino correcto y no sucumbir al mal.

—¿Lo dices con conocimiento de causa?

—Así es. Yo estaba inmerso en un mundo oscuro donde nadie osaba levantarme la voz, no tenía rival, ni siquiera conocía el miedo. Pero de repente todo cambió...

—¿Por qué cambió?

—Ahora... tengo miedo —confiesa.

—¿Tú tienes miedo, el gran serafín alfa? ¿Azael el terrible? ¡Pero eso es imposible! ¿A qué puede temer el Señor del Mal? —me burlo poniendo una voz tenebrosa.

—Déjalo, no lo entenderías —su voz refleja algo semejante a la decepción.

Continúa su camino dejándome atrás.

Creo que las clases han terminado por hoy.

¿Pero qué le ha molestado tanto? A lo mejor teme perder a sus hermanos y quedarse solo, al fin y al cabo ellos son lo más parecido que tiene a una familia. En eso no había pensado.

Me acerco hasta Suria, que camina sola. Su acompañante aparece y desaparece por momentos, es como una especie de espíritu errante.

—Suria cuéntame qué poderes tiene Cedrik —le pido intrigada ahora que ya sé los que tiene ella.

—¿Por fin te lo vas a tomar en serio? —pregunta contenta.

—¡Sí, acabo de darme cuenta de que todo esto me encanta!

—Pues me alegro. Cedrik pertenece al clan arquero, como ya sabes, él en particular se ha especializado para ser muy sigiloso y escurridizo, resulta realmente difícil de encontrar. Tiene gran habilidad con el manejo del arco, aunque no sea tan letal como otros, pero lo puede subsanar mediante sus grandes dotes de alquimia, ejercitando un gran uso de pociones y venenos. Al pertenecer al Reino del Dinero goza además de una exquisita habilidad para robar al enemigo y así ponerle en desventaja. Es un gran buscador de tesoros y un maestro del regateo.

—¡Nos vamos a forrar con él!

Ella se ríe.

—La arquería está pensada para ser hábil pero no letal. No tendrá demasiados impactos críticos, pero puede moverse con bastante soltura mientras nosotros tenemos rodeado al enemigo para rematarle. Suele llevar una armadura ligera, que le ofrece la resistencia y agilidad suficientes. La discreción se ha convertido a lo largo de estos años en la habilidad más imprescindible para Cedrik, que como bien sabes, se mueve cómodamente entre las sombras para evitar que le descubran nuestros enemigos.

—Como cuando desatasteis a Azael en aquel poblado —recuerdo una de tantas veces que aparece de la nada.

—Así es. Aunque abrir cerraduras es uno de sus puntos fuertes ¿que sería de mi amor si no pudiese abrir una cerradura imposible con la ayuda de una simple horquilla? Siempre encuentra tesoros increíbles, puede robar prácticamente de todo, proporcionándonos a los demás una extraordinaria ventaja si nuestro enemigo tiene que luchar en cueros y a puños. Ya te contaré

alguna de sus historias.

—¡Qué bueno!

—Nuestro *parlanchín* favorito —obviamente es un sarcasmo, porque Cedrik solo habla en los momentos cruciales y dando gracias —sabe comprar y vender como nadie, tanto que con su famosa habilidad en el regateo, la persuasión, la intimidación o el soborno, no nos faltará nunca dinero.

—¿Y con respecto a la magia?

—Cedrik es capaz de crear venenos que maten de un solo golpe, o que absorban completamente la magia a un mago, incluso el aguante a un guerrero. También es capaz de crear increíbles pociones para beneficiar nuestras habilidades, como la que te dio en la posada. Le gusta experimentar mezclando pócimas.

—¿Y eso no es peligroso?

—Ya se lo he advertido, pero dice que no, y ya es mayorcito para cuidarse solo.

—Ahora entiendo por qué estáis juntos, formáis un tándem perfecto —afirmo.

—Lo mismo opino yo de vosotros Noa. Los dos arcanos os eligieron a ambos para permanecer juntos eternamente, no fue al azar. He visto cómo te mira ese serafín y cómo llorabas por él.

—¡¿Qué?! ¡Estás loca! —me parto de la risa.

—¡Shhh! No hace falta que lo digas en voz alta —me tranquiliza con sus poderes, lo noto —solo tienes que escuchar a tu corazón.

—Suria no dejes que Cedrik experimente más contigo y sus pociones, en

serio, te están afectando a la cabeza.

Las dos nos reímos por mi comentario y continuamos caminando.

Nos cruzamos con un par de jabalíes rocosos que mato sin problemas con los rayos de mis manos y con un par de cofres llenos de oro.

—¡Ya estamos llegando, ahí está el palacio! —anuncia Cedrik apareciendo entre la maleza.

Levanto la vista para descubrir una gran torre blanca y resplandeciente que aparece majestuosamente por encima de las copas de los árboles.

Es simplemente maravilloso.

Capítulo 31



Vida: 120

Maná: 50

Fuerza: 150

Dinero: 280

Rango: 40

Captando de lo que va el juego, aunque no tenga mando.

E ntramos, siguiendo a Azael, en una de las grandes salas que hay en el interior del inmenso palacio, donde todo se halla vacío y en un silencio

infinito. Lo único que se escucha es el eco de nuestras pisadas al caminar sobre el cristal, resulta bastante lúgubre.

—¿No deberían estar esperándonos aquí los serafines para atacarnos? —pregunto después de haber permanecido callada demasiado tiempo para mi gusto.

—Seguramente se hayan replegado en los confines de *Catarsis*, no creo que se arriesguen a cruzar todos los reinos para dar con nosotros. Somos insignificantes para su causa, no van a perder el tiempo —asegura Azael.

—No lo entiendo, pensaba que estábamos en peligro —repongo.

—Y lo estamos, pero no precisamente por ellos.

Azael está buscando algo con la mirada, parece inquieto y por eso casi no me presta atención ¿habrá descubierto a alguien?

—Los serafines tienen miles de criaturas a sus servicios Noa, se llaman esbirros y son los que hacen el trabajo sucio, así ellos no necesitan mancharse las manos de sangre —me explica Suria.

—Entiendo. ¿Y entonces dónde están?

—Aguardando a que llegue el gran día de la Redención para salir de sus escondites —escupe Azael enojado.

—¿El día de la Redención? —investigo.

—Es un único día que se da cada quinientos lustros en el que el Gran Máster recibe a los serafines para perdonarles sus pecados. Como normalmente hay mucho que indultar, el Máster gasta casi toda su energía y su maná en purificar sus almas, por eso suele quedarse muy debilitado —declara

Cedrik.

—Están esperando a ese día para poder matarle... —auguro.

—¡Silencio! —nos interrumpe Azael con brusquedad —esos malnacidos no llegarán ni a la Puerta Sagrada, nadie va a matar a nadie —ruge nervioso.

Advierto cómo Suria me tranquiliza para que no siga hablando, es verdaderamente buena en el ilusionismo.

—Azael debe querer mucho a su padre —me susurra —le resulta inconcebible que sus hermanos quieran hacerle eso.

—¿Cuánto queda para ese día? —no puedo estarme calladita, es superior a mis fuerzas.

—Medio lustro —afirma Cedrik.

Todos permanecemos en silencio. Yo más que nada porque no tengo la menor idea de lo que es un lustro, por eso no sé si queda mucho o poco para el día *X*. Tendré que esperar a mañana para saberlo, ya que no está el horno para bollos y por hoy no pienso preguntar más.

—Escoged una habitación cada uno para pasar la noche y descansar, el palacio está despojado de peligros y ahora mismo custodiado por mi protección. Mañana a primera hora tomaremos el portal para pasar al Reino de *Orgrom* —indica Azael.

—Señor, con mis debidos respetos, antes de eso Noa debería ir a la tienda, no tiene escudo contra el fuego —le pide Suria.

—Está bien, cuando pasemos al Reino de Fuego podréis ir a la tienda los dos.

—Pero...

—¡No hay peros que valgan, a dormir! —ruge colérico.

Suria se marcha de la gran sala temblando.

«¡Joder vaya humos!» disiento mientras la sigo.

Cedrik y ella me acompañan por la gran escalinata cristalina hasta llegar a una de las habitaciones de la primera planta. Compruebo que no tiene la llave echada al girar el picaporte, así que abro la puerta sin problemas.

—Estaremos en la habitación contigua para cualquier cosa que necesites Noa —se despide Suria.

—Gracias por todo y buenas noches chicos —les digo bostezando.

Cierro la puerta tras de mí y me apoyo en ella para examinar con detenimiento la gran estancia en la que me hallo.

Los suelos son de vidrio blanco opaco, por lo tanto no se transparenta nada y no da tanta sensación de vértigo al caminar sobre ellos como si lo fueran. Las paredes que dan al exterior y el techo sí que son de cristal transparente, por eso se puede ver a través de ellos todo lo que nos rodea, algo que resulta realmente prodigioso.

Hay una gran cama de hierro forjado blanco en el centro de la habitación, que está ataviada con un dosel del que caen unas cortinas de seda del mismo color y todas las sábanas y mantas que cubren el colchón son blancas también.

«Muy virginal todo ¿me habré metido en el cuarto de la novia?» me pregunto.

—Puede que sí.

Me giro rápidamente al escuchar su voz a mi izquierda.

—¿Tú?!

—Veo que te alegras de verme —contesta sonriéndome con su espléndida dentadura, blanca también.

Está ahí tan tranquilo, apoyado en la pared junto al gran ventanal, de brazos cruzados, contemplándome. Lleva una casaca de color azul claro, de hilo, desabotonada para dejarme admirar su increíble torso, y unos pantalones marrones de un material que desconozco, pero que le sientan como anillo al dedo. Una vez más esta descalzo.

«Menos mal que tiene los pies bonitos porque si los tuviese peludos...».

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado? —la verdad es que me he quedado paralizada al verle. No sé por qué despierta tal sensación de inseguridad en mí.

—¡Sh! No levantes la voz —ordena tapándose los labios con el dedo índice —si me descubre el monstruo me matará.

—No es un monstruo —le defiendo.

—¿Entonces qué es? Nunca había visto nada semejante.

—Es... —casi se me escapa, pero en el último segundo recapacito y miento —¡un elfo!

—¡Ja! Se nota que nunca has visto un elfo, eso es claramente un demonio, además de los grandes, me darán una buena recompensa por cazarlo —se frota las manos.

—¿¡Qué?! ¡No lo permitiré! Es mi amigo —le recrimino.

—Está bien, tranquila preciosa, haré todo lo que me pidas, aunque eso implique seguir siendo pobre —levanta las manos y me observa intrigado.

—¿Qué ocurre? —pregunto nerviosa.

—¿Quién te ha hecho ese tatuaje?

Me toco el pecho con suavidad, ya no me duele, por eso me había olvidado completamente de la marca.

«A ver si mañana recuerdo preguntarle a Azael el significado, ¿por qué no me habrá comentado nada al respecto?».

—A lo mejor no le gusta lo que pone.

Clavo mis ojos en los suyos al instante.

¡Gr! ¡Todavía no me acostumbro a que me lean la mente!

—¿Tú puedes leerlo? —le pregunto suspicaz.

Suria me dijo que solo los serafines conocen este idioma.

—Claro que puedo, he estudiado en una de las escuelas más prestigiosas de magia, la calle —sonríe. —Allí me enseñaron el idioma primigenio, es verdad que no somos muchos los que lo conocemos, pero tampoco soy el único —me explica.

—¿Entonces no eres producto de mi imaginación? —tartamudeo.

Suelta un bufido y se parte de la risa.

Por fin se mueve para acercarse lentamente hacia mí, como un gran depredador sigiloso que se agita entre las sombras. El muy capullo no aparta sus ojos de los míos, sabe perfectamente que me pone nerviosa y otras muchas cosas más, por eso juega con ventaja, pues parezco una conejilla temblorosa esperando a ser devorada salvajemente por un enorme tigre de Bengala.

Llega hasta mi altura y se planta a escasos centímetros de mi cuerpo, pero sin rozarme, levanto mi cabeza para poder mirarle a los ojos. Nos retamos uno al otro. Escucho su corazón, cada vez más acelerado, aunque imagino que el

mío no se quedará atrás.

—El amor es el arma más poderosa del mundo —susurra.

—¿Qué? —pestañeo rápidamente.

Levanta su mano derecha y acaricia con uno de sus dedos delicadamente cada una de mis letras.

—Eso es lo que reza tu tatuaje —me dice con la voz ronca y ahora mirando mis labios.

—Estás bromeando —supongo.

—Es una gran verdad, una bella frase para llevarla tatuada en el alma, pues no hay batalla que el amor no pueda ganar ¿no estás de acuerdo Noa?

—No del todo...

—¿No crees en el amor? —enarca una ceja.

—No —ni siquiera lo dudo.

—No tiene por qué ser necesariamente el amor por tu pareja, hay muchas clases de amor —sugiere.

—No creo en ninguno de ellos —lo siento pero mi vida no ha sido precisamente un buen ejemplo amoroso. La familia te abandona, los amigos solo te quieren cuando les interesas y las parejas... mejor ni hablar de ellas.

—¿No crees que una energía tan poderosa merece tener nombre propio?

—Te lo repito a ver si ahora lo entiendes mejor... ¡No!

—El amor mueve montañas, el amor todo lo puede, incluso consigue que dos seres de especies distintas vean más allá de su propio físico para enamorarse de su interior ¿no te parece eso hermoso? —su voz es un canto de

sirena, me obligo a concentrarme en sus palabras para no decirle «sí cariño» a todo.

Reflexiono sobre lo que acaba de insinuar agudizando la vista.

—¿A qué te refieres?

—Obviamente a tus amigos, el arquero y la ardilla ¿tendría que referirme a alguien más? —ahora es él quien me examina con curiosidad.

—¡No! —me apresuro a responder.

—Tú y yo somos de la misma especie ¿podría decirse entonces que nuestro amor no es tan grande como el suyo? —me tantea.

—¿Nuestro amor? ¡Tú estás *chalo*! —exclamo, dándole un empujón en el pecho para apartarle de mí, tenerle tan cerca me nubla la razón —además no somos de la misma especie, tú eres del *clan cabrón* y yo del *clan ni lo sueñes*, obviamente somos incompatibles.

Evita reírse por mi ingenio.

—Creía que sentías algo por mí, de lo contrario no hubiese venido hasta aquí para buscarte, arriesgándome a morir, es la primera vez en mi vida que voy tras una mujer —alega.

—¡Yo no siento nada por nadie! Mi corazón está destrozado, no pienso permitir que un galán *buenorro* me embauque como a una quinceañera ilusa —grito.

—¿Y lo que sucedió la otra noche no significó nada para ti? —parece confuso, a éste no le han dado calabazas en su vida.

—La otra noche estaba drogada y además desapareciste, me dejaste sola en un sitio que no conocía —cosa que entonces agradecí sobremanera, pero

que ahora me viene al pelo para hacerme la ofendida.

—No supe reaccionar, perdóname, me asustaron mis sentimientos. No sabía lo que quería de la vida, pero después de estar contigo lo tengo claro, quiero estar a tu lado Noa.

—¡Ni de coña!

«¿Le estoy diciendo que no al tío más bueno del planeta?».

—¿Por qué no? Podríamos ser muy felices —intenta acercarse, pero le esquivo.

—¡Estás loco! ¿Esto te funciona con las demás mujeres? ¿Les prometes amor eterno y caen rendidas a tus pies? ¡Pues lo siento amigo pero me subestimas! —le amenazo con el dedo.

Entonces, ni corto ni perezoso, echa la cabeza hacia atrás para soltar una gran carcajada.

—¡Me has pillado! Eres demasiado lista.

Le miro con incredulidad, pero termino contagiándome de su risa.

—Eso es jugar sucio —le increpo todavía sonriendo.

—Me vuelve loco jugar sucio —ruge avanzando hacia mí.

Cuando llega me rodea entre sus poderosos brazos y me empotra contra la pared que tengo a mi espalda, pegando sus labios a los míos con un ansia voraz y sin pedir permiso.

Intento en vano resistirme, pero enseguida termino devolviéndole sus besos apasionados de la misma manera, porque me envuelve sin quererlo en esa impetuosidad que le caracteriza y me embarco a ciegas sin dudarle en su fuego salvaje y desenfrenado.

—Moría por cumplir tus deseos —ronronea contra mi boca.

Le agarro del pelo y tiro hacia atrás con fuerza para que me mire.

—Nada de amor —jadeo.

—¿Qué es eso? —sonríe malévolamente.

Vuelve a besarme como solo él sabe, es decir, haciéndome perder por completo la noción del tiempo y del espacio.

Recorre con cuidado mi cadera con sus manos y de un impulso seco me sube encima de él para que le rodee la cintura con mis piernas.

Cuando me quiero dar cuenta estamos desnudos los dos.

—¿Cómo lo has hecho? —pregunto sorprendida.

—Te queda mucho por aprender, pequeña.

No se lo piensa dos veces y me penetra sin dificultad, pues desde que le vi aparecer delante de mí estoy húmeda.

—¡Oh, joder! —suspiro echando mi cabeza hacia atrás.

Parece que sabe lo que necesito en cada momento, sexualmente hablando, pues después de las emociones tan intensas vividas en la jornada de hoy, necesitaba liberar tensiones sin cargas ni ataduras, solo sexo, del bueno, cosa que nunca había tenido hasta que le conocí.

Así es que me hace suya de mil maneras distintas, encima y debajo de mil muebles diferentes, regalándome orgasmos por doquier y disfrutando los dos de nuestros cuerpos.

No soy consciente de las horas que llevaremos practicando sexo desenfadado y desenfrenado, porque he perdido la cuenta de todo. Tan solo recuerdo quedarme profundamente dormida, sin tener fuerzas ni para respirar

mientras unos ojos naranjas me contemplaban soñolientos.

«El amor es el arma más poderosa del mundo» resuena en mi mente durante el resto de la noche.

Capítulo 32



Vida: 120

Maná: 50

Fuerza: 150

Dinero: 280

Rango: 40

Sexualmente más que satisfecha: esta sonrisa tonta dibujada en mi rostro lo acredita.

Me desperezo plácidamente entre las sábanas de seda blanca al ser consciente de la luz que invade mi habitación. Soy tan feliz que voy a estallar.

Puedo admirar el cielo y los bosques a través de la inmensa cristalera que rodea la estancia, es maravilloso. A quien se le ocurriese construir un Palacio de Cristal en medio de la nada deberían darle un premio arquitectónico.

Me incorporo de la cama con pereza, pero abro los ojos desmesuradamente al descubrir que toda la habitación está destrozada. Las mesillas volcadas con todos sus cajones fuera y esparcidos por el suelo, las sillas rotas, el armario descolgado de la pared... Lo de anoche fue mucho más que sexo bestial, todavía me ruborizo al recordarlo.

Echo un vistazo rápido al otro lado de la cama para comprobar aliviada que está vacío «¿dónde se habrá metido?», en realidad no me preocupo por él en absoluto, sé de sobra que es un golfo y que no necesita mi ayuda para nada, pues es del tipo de hombre que sabe buscarse la vida solito y eso me encanta.

«¿Pero cómo pudo entrar en el palacio?» Debía estar ya dentro cuando llegamos, pues Azael selló la cápsula protectora nada más entrar.

«¿Y cómo habrá podido salir?» Supongo que no lo habrá hecho, estará escondido en algún rincón...

Cuando hablo conmigo misma me siento un poco pirada, aunque por otra parte lo veo normal, teniendo en cuenta las circunstancias ¿con quién iba a consultar todo esto?

Entonces un pensamiento invade mi mente.

¡Azael!

¡Como le descubra lo matará!

Salto de la cama a toda prisa, salgo de la habitación y mientras corro por el pasillo hacia la gran escalinata voy poniéndome la armadura, olvidando la

capa. Bajo las escaleras de tres en tres, casi me mato.

Cuando aparezco en el gran salón, corriendo como una auténtica desquiciada y respirando como si acabase de participar en una maratón contrarreloj a vida o muerte, me encuentro con Azael sentado a la mesa, desayunando apaciblemente.

«Míralo. Solo faltan unos pajarillos cantando a su alrededor» pienso.

—¿Has visto un fantasma? —Me pregunta observándome con extrañeza mientras mastica lentamente.

Miro hacia todas partes buscando algún pie o brazo escondido tras las cortinas, pero no encuentro nada alarmante.

—¿Eh? ¡No! ¡No, no, no! —contesto rascando mi cabeza.

—¿Entonces dónde vas con tanta prisa? —continúa.

Ha dejado de comer para prestarme su absoluta atención, justo ahora que no la quiero.

—Venía a... —¿dónde se supone que voy corriendo como una loca? —¡a desayunar contigo! —pongo una sonrisa de lo más angelical y él hace una mueca de sorpresa.

—¡No me digas! ¿Con tantas ganas? —enarca una ceja.

—¡Sí! Tenía algunas dudas sobre lo que me contaste ayer y no quería que te fueses sin explicármelas —me invento mientras retiro una silla para sentarme frente a él en la mesa de mármol blanca.

—Dudas —repite. —¿Sobre qué exactamente? —ladea la cabeza y me examina con esos ojos luminiscentes.

—¡Pues sobre magia, claro, sobre magia! —mi voz es demasiado

chillona.

—¿Me puedes explicar por qué estás tan alterada esta mañana? ¿No has pasado buena noche?

«¡Oh! Precisamente por eso no es» pienso.

Me niego a mirarle porque como siga hurgando en mi mente va a descubrir el pastel, así es que comienzo a buscar entre la multitud de platos de comida que hay sobre la mesa para decidir qué como.

«Si pienso en comida no pensaré en nada más» me animo.

—¿En qué no quieres pensar Noa? Sabes que tarde o temprano voy a descubrirlo, así es que será mejor que no me mientas —refunfuña mirándome fijamente.

—Es que... —joder me va a pillar —es que me da miedo no saber lo que hay en *Orgrom*.

No contesta, se limita a vigilarme.

—Suria me contó que todo está lleno de lava y fuego y con lo patosa que soy creo que me voy a quemar —continúo.

Esta es la típica situación en la que una sigue hablando sin poder parar debido a los nervios y al final termina confesando su pecado bajo la atenta mirada reprobatoria de sus padres. O en este caso del Señor de las Tinieblas, que es peor.

—Noa —carraspea —eres una de esas personas tan inteligentes como tontas.

Me quedo aturdida ante su comentario.

—¿Qué? —musito.

—Me gustaría saber si realmente esperas que crea todas esas excusas, o lo haces por tomarme el pelo una vez más —suelta.

—No sé a qué te refieres.

Entonces se levanta de su asiento para dirigirse lentamente hasta mí, situándose a mi espalda con gran parsimonia.

—Tus labios están hinchados y tus mejillas teñidas de un más que evidente color carmesí —me pongo tensa —tus cabellos brillan más que de costumbre y están enredados, cosa que nunca antes había sucedido —me llevo la mano al pelo rápidamente y compruebo que es verdad, lo tengo todo enmarañado, ni siquiera el juego ha sido capaz de peinarlo... —tu piel rezuma sexo por los cuatro costados mujer... aunque la pregunta es... ¿¡Con quién!?

—Exige pegando un golpe sobre la mesa, haciendo temblar todos los platos y mi corazón, que casi sufre un colapso.

—¡No te importa! —me levanto yo también para plantarle cara, pegando otro golpe sobre la mesa.

Esto le rompe los esquemas, pues me mira asombrado.

—Me importa más de lo que crees —dice entre dientes.

—¿Por qué?

—Porque debo protegerte —ahora soy yo la que no me lo creo. Le encanta controlar a los demás y pretende disfrazarlo de protección.

—¡Mientes! Te recuerdo que puedo hacer lo que me dé la gana con mi cuerpo y no tengo por qué darte explicaciones ¿o es que acaso tú me las das a mí?

—Yo no pongo en peligro al grupo —se defiende.

—¿Ah no? Pues no recuerdo que yo me haya acostado con ningún mago que intente matarnos a todos ¿Y tú? ¿Podrías decir lo mismo, Señor? —le recrimino.

—¿Y cómo estás tan segura de que no es lo mismo? ¿Sabes acaso algo de ese hombre? ¿De dónde ha salido? ¿Y por qué tiene tanto interés precisamente en ti?

—¡Oh claro! —le interrumpo —¿Cómo iba a tener un hombre algún interés por mí, no? ¡Es tan ridículo pensar en eso! —Hago aspavientos exagerados con las manos hacia el cielo —te resulta mucho más sencillo pensar que a ese hombre le mueva algún oscuro motivo, que creer que simplemente se pueda sentir atraído por mí ¿verdad?

—Yo no he dicho eso —vacila.

—¡Eres un auténtico gilipollas!

Me doy la vuelta, dándole la espalda para que no pueda ver mis lágrimas y me apresuro a salir de aquí cuanto antes. Quiero estar sola, o mejor dicho, no quiero estar con él.

Una vez colocadas todas las cosas de mi habitación en su sitio, me acomodo sobre la cama, sentándome en plan indio. Haberme concentrado en poner todo en orden me ha servido para tener ocupada mi mente y no pensar en los continuos desprecios que me hace el maldito serafín.

Tampoco he reparado en si mi amante seguirá por aquí escondido o habrá podido escapar.

Sé que Azael me considera insignificante y un estorbo en su camino, pero no entiendo por qué tiene que estar continuamente machacándome por ello, no lo veo necesario.

Llaman a la puerta.

—Adelante —contesto, suponiendo que será Suria.

El pomo baja y su cabezota asoma por el hueco de la puerta. Enseguida hacen acto de presencia sus ambarinos ojos buscando los míos.

—¡Lárgate, no quiero verte! —le lanzo un cojín, pero lo frena a medio camino y éste cae al suelo.

—¿Podemos hablar? —su voz tiene un tono conciliador.

El que me pregunte en vez de entrar como un tornado en el cuarto, ya es todo un adelanto.

—¿Para qué? ¿Para que vuelvas a echarme en cara una vez más lo patética que soy? ¿Para que me trates como si fuese una mierda? —le reprocho, sin poder evitar que mis lágrimas vuelvan a brotar.

No comprendo por qué me afecta tanto su opinión, debería pasar de él. Nunca he tenido autoestima.

Me observa inquieto junto a la puerta, parece que no sabe muy bien qué hacer.

—Nunca permitas que la opinión de los demás sobre ti te impida avanzar —recita.

—¿Eso haces tú?

—Ése es el áncora de mi vida, está escrito aquí —me señala uno de los tatuajes de su musculoso pecho.

No sé qué decir, pues tiene razón, todos piensan mal de él y aún así siempre ha seguido adelante.

—Vengo a firmar la paz, si me lo permites —ha avanzado hasta la mitad

de la recámara.

—Tú y paz en la misma frase no encajáis demasiado —le recrimino mientras absorbo mis mocos.

Sonríe tímidamente.

—No tengo derecho a inmiscuirme en tus asuntos amorosos, te pido disculpas por ello.

—No, no tienes ningún derecho —le reprocho.

—Tan solo quería advertirte que no es oro todo lo que reluce, no puedes fiarte de todo el mundo y menos cuando los secuaces de mis hermanos te están buscando. No debes distraerte Noa, esto no es un juego.

Ha tomado asiento en la cama junto a mí.

—No voy a distraerme, ya soy mayorcita, aunque no confíes en mí... —¿se lo digo? —y ¿sabes? Eso me hace sentir demasiado pequeña, y por esa razón no puedo hacer magia cuando quiero, porque pienso que no seré capaz de conseguirlo —le explico sincerándome con él y pasando del tema del amante, que no nos llevará a ningún sitio.

Levanta una mano y de pronto aparece entre nosotros una luz azulada que va desapareciendo poco a poco para terminar convirtiéndose en un gran libro antiguo.

Es realmente digno de ver, alucinante, calculo que puede tener unas dos mil páginas por sus grandes dimensiones. Huele a antiguo, como a biblioteca añeja y sus pastas son de cuero marrón, con una inscripción en oro en el mismo idioma que nuestros tatuajes. También hay un dibujo de Azael a carboncillo, más bien de sus ojos, que parecen mirarme incluso a través del boceto.

Le observo intrigada.

—Este es mi Grimorio, el objeto más especial que poseo, me ha acompañado durante toda mi existencia y alberga los secretos mejor guardados de este mundo. Me gustaría que lo tuvieses tú —indica con cariño.

—¿En serio? —No logro cerrar mi boca. —¿Puedo cogerlo? —tartamudeo.

—Es tuyo —me anima.

Lo toco con sumo cuidado, acaricio su tapa superior con delicadeza, pasando los dedos sobre sus ojos dibujados.

—Eres tú.

Asiente, pero no me da más explicaciones, ni quién lo dibujó ni cuándo ni por qué. Vayamos por partes, de momento no puedo exigirle nada más. Demasiado está abriéndose al regalarme este libro.

Cojo el Grimorio para ponerlo sobre mis piernas, pero pesa demasiado y para que no se resbale y caiga al suelo, lo dejo sobre la cama con sumo cuidado. Reparo entonces en la inscripción en oro que atraviesa la portada.

—¿Qué significa? —pregunto llena de curiosidad.

«Demuéstrame que no existe el miedo» dice en mi mente.

Le miro buscando respuestas a semejante frase, pero se niega a responderlas. Decido concederle su espacio y su tiempo una vez más. Las cosas de palacio van despacio ¿no?

Entonces me fijo en que esos mismos símbolos son los que tiene tatuados a lo largo de su brazo derecho hasta llegar al hombro.

—Así es, chica lista —acaricia su brazo pensativo —no existe el miedo

Noa, está solo en tu mente.

—Pero ayer me dijiste que tienes miedo.

—Cuando estás solo en el mundo y no tienes apego a nadie todo depende únicamente de ti y de tus actos, entonces no hay cabida para el miedo. Sin embargo, cuando alguien entra en tu vida, aunque sea sin pedir permiso, intentas protegerlo y... nace el miedo a perderlo.

¡Madre mía! ¡Madre mía!

—¿Tienes miedo de perderme? —no puedo evitar preguntárselo y como diga que no se refería a mí, me lanzo por la ventana de cabeza.

Nos miramos uno al otro, con el alma al desnudo, sin importar que seamos de especies distintas, con la verdad a flor de piel y con un torbellino de sentimientos enfrentados capaz de sacudir la tierra.

—Muy a mi pesar, demasiado —sentencia.

Un calor repentino me sube por los pies hasta la cabeza, pasando por cada recóndito rincón de mi cuerpo, me ha puesto realmente nerviosa. Tengo taquicardia, me tiembla el pulso.

El gran serafín tiene miedo y éste no proviene de la multitud de monstruos y seres peligrosos que nos acechan ahí fuera, sino de mí.

«¿Cómo es posible que una criatura tan hermosa y delicada me haga sentir tan ridículo e indefenso?» se está preguntando para sí.

Entonces no aguanto más aquí sentada y me levanto para situarme entre sus piernas. Me mira algo inquieto al sentir mi contacto en su piel, no sabe qué pretendo, o al menos ni se lo imagina. Atrapo su poderosa mandíbula entre mis manos, no lo dudo ni un solo segundo, sus ojos me examinan con incertidumbre y entonces cierro los ojos para besarlo.

No podría explicar con palabras lo que siento al juntar mis labios con los suyos. Físicamente son muy suaves y carnosos, no difieren demasiado de los de un hombre. Pero el estremecimiento que invade todo mi ser al sentir su tacto, sí que no es ni parecido a nada que haya experimentado antes.

Tengo la sensación de estar flotando por el cielo, me siento liberada y especialmente espiritual. Su forma de besar es algo brutal. Aunque no parece entregarse demasiado a la causa, más bien está cohibido por algo. Y eso hace que me separe de él para comprobar de qué se trata.

Enseguida se incorpora para alejarse de mí. No entiendo nada.

—¡Esto nunca debería haber ocurrido! —ruge furioso.

Lamento que el mejor beso de mi vida no haya sido correspondido.

—¿Qué sucede? —pregunto completamente perdida.

—¡Que estoy perdiendo habilidades! —sentencia mientras sale de la habitación pegando un portazo tras él.

No me ha permitido ni siquiera impedírsele, pues las llamaradas de odio refulgían en sus ojos a modo de advertencia.

«Todavía puedo borrar sus recuerdos» escucho que se propone a sí mismo desde fuera.

Pero nunca vuelve a entrar en mi cuarto. ¡Menos mal! Porque si me borrara la memoria no recordaría que es un imbécil integral y que no tengo que volver a acercarme a él.

Me quedo tendida sobre la cama, sin entender qué le pasa ahora conmigo a este energúmeno con patas. Parecía que estaba respondiendo a mi beso, pero en el último momento... ¡zas! Se ha arrepentido y se ha frenado para huir despavorido.

¿No le gustaré?

¿En serio me estoy planteando esto cuando el único monstruo que hay aquí es él? Creo que el problema básicamente radica en que veo su interior, hace tiempo que superé la barrera del físico y por mucho que me cueste admitirlo, su interior me cautiva, me siento atraída por él como nunca antes lo había hecho por nadie. No entiendo el motivo, porque no deja de tratarme mal, pero en cierto modo mi instinto me empuja a buscarle siempre, es como una dependencia masoquista.

Sacudo mi cabeza para intentar pensar en otra cosa.

¿Estará prohibido que un serafín se enrolle con una humana? No creo que ésta sea precisamente la razón, ya que se acuesta con toda fémica allá donde va.

Supongo que los serafines no han sido creados para amar, dedican su existencia a quehaceres superiores... ¡como por ejemplo chingar con posaderas!

¡Lo odio!

Capítulo 33



Vida: 120

Maná: 50

Fuerza: 150

Dinero: 280

Rango: 40

Enfadada como nunca conmigo misma.

Nos hallamos los cuatro en el *Atalaya Bastión* que, para que os hagáis una ligera idea, puede ser como el *Empire State* de alto, aunque nunca haya estado allí.

Lo peor de todo han sido las escaleras, menos mal que no me canso porque si no, hubiese desistido de subir hace horas. Por supuesto el gran Señor del Reino Oscuro se ha reunido con nosotros una vez estando arriba, ha aparecido por uno de los laterales ascendiendo majestuosamente sin dejar de mirarme.

«¡Oh! No se puede ser más arrogante ¿cómo iba él a rebajarse haciendo lo mismo que el resto de los mortales?» le critico.

«Y parece ser que te gusta» suelta como si nada.

Lástima que lleve su armadura anti emociones puesta porque de lo contrario le hubiese asestado una buena bofetada.

Cada día me cae peor, por eso ni le dirijo la palabra, es más, me giro intentando no mirarle.

—*¡Orgrom* nos espera! —augura en cuanto pisa el cristal, señalando hacia un punto en concreto.

Desvío la mirada automáticamente hacia dicho punto y descubro asombrada que ha aparecido frente a nosotros una especie de espejo gigantesco, puede medir unos cuatro metros de alto, y contiene una curiosa espiral azulada en su interior, la cual no deja de serpentear resplandeciente por toda la superficie. Está enmarcado por dos figuras de piedra humanas que representan a dos guardianes, cada uno de ellos completamente cubierto por una capa y apoyado con ambas manos sobre una espada inmensa, que a su vez descansa sobre el suelo.

—¡Nos vemos al otro lado! —se despide Cedrik, que ha subido los tres peldaños que nos separan del portal sin que me haya dado cuenta, y atraviesa el espejo sin problemas.

Simplemente desaparece mientras la espiral azul lo absorbe.

—Noa no tengas miedo, te espero en *Orgrom* —Suria me aprieta ligeramente las manos y sonrío, imitando al arquero, aunque ella se obliga a no mirar hacia atrás y a aparentar seguridad.

Ahora nos encontramos los dos solos en este mundo, él se sitúa a mi espalda, el sonido metálico de su armadura le delata aunque esté en silencio.

Tengo la extraña sensación de estar terriblemente sola, como de costumbre. Cada vez que me he acercado a alguien más de lo socialmente permitido he terminado mal parada, por eso cada vez estoy más convencida de que terminaré siendo una triste anciana solitaria, repudiada por todos.

«Es nuestro turno» me comunica.

—¿No me digas? —respondo malhumorada. Ahora mismo soy una bomba de relojería a punto de estallar, así es que más le vale no provocarme demasiado.

«Debemos ir juntos, de lo contrario no podré pasar al otro lado» me informa a regañadientes.

Entonces me giro para mirarle a los ojos. No creo que nunca me acostumbre al impacto que me provocan.

—¿Me estás intentando decir que el *Gran Señor Supremo de todos los Reinos* —pongo una voz tenebrosa al pronunciar esto y muevo mis manos imitándole —necesita la ayuda de una insignificante humana?

Él se muerde la lengua. Sabe de sobra que como me pinche me lanzo de cabeza al portal sin él.

«Tú y yo somos polos opuestos. A ti te cuesta más pedir ayuda que aceptarla, sin embargo a mí me ocurre lo contrario» protesta.

—Siento discrepar contigo amigo, porque tú no pides ayuda, ¡tú la ordenas!

«¡Ya es suficiente! No es ni momento ni lugar para discutir esto» brama.

Así que ni corto ni perezoso me coge como a un saco de patatas a sus hombros y atravesamos juntos el umbral, mientras yo pateo y le llamo de todo.

La espiral azulada enseguida nos envuelve y comenzamos a caer al vacío, pero él no me suelta en ningún momento y, aunque me cueste admitirlo, me consuela enormemente.

Aparecemos de golpe en un paisaje completamente distinto al anterior, éste se asemeja bastante al infierno. Azael aún me sostiene entre sus brazos.

—¡Noa! —la inconfundible voz de Ágata a mi espalda hace que se me olviden todos mis males

Me remuevo violentamente para que me suelte y el susodicho me deja en el suelo de mala gana.

—De nada por salvarte el pellejo ¡una vez más! —exclamo cabreadísima.

«Nunca sabremos quién salvó a quién».

—¡Noa!

Me giro para intentar adivinar a duras penas, debido al humo oscuro que nos rodea, si son mis amigos los que se aproximan, pues hace muchísimo calor, demasiado, me falta el oxígeno, me arden los pulmones y el cuerpo entero ¡qué sofoco!

Advierto que Trok, Ágata y Killian se acercan a mí emocionados y ahora

que prácticamente los tengo encima sí que los reconozco.

—¡Chicos! —Grito abriendo los brazos.

—¡Has superado *Nhacúm!* —exclama Trok riéndose y abrazándome con muchísimas ganas, cosa que yo agradezco sobremanera, pues se nota que me tiene un gran afecto y realmente se alegra de verme.

Los ojos del serafín maldicen a mi amigo, pero ahora mismo no me importa en absoluto, es peor que el perro del hortelano.

—Me alegro de verte de nuevo Noa —Killian me da un ligero toque en la espalda y yo le sonrío.

—Igualmente Killian.

—¡Noa qué alegría estar juntos de nuevo! —Ágata me abraza también.

—Os he echado de menos —confieso —¿y Arcan? —le busco entre el humo —¿dónde está? —me preocupo, enseguida imaginando lo peor.

—Ha ido a buscar a sus hermanos, nos resultará mucho más sencillo atravesar *Orgrom* sobre un dragón que a pie —me informa Trok, todavía rodeando mi cintura.

Observo el devastador paisaje que nos rodea, es completamente negro y rojo.

—¿Por qué hace tanto calor aquí? —pregunto sudando como nunca.

—*Orgrom* es un reino únicamente compuesto por lava y fuego, ahora mismo nos encontramos sobre un volcán —me informa Cedrik —por eso es necesario que visites cuanto antes la tienda y compres un escudo inhibidor de calor, de lo contrario te deshidratarás.

Compruebo que efectivamente mi nivel de vitalidad está bajando.

—¡Vamos Noa! —Suria se cuelga de mi brazo para indicarme el camino.

—¿Vosotros no venís? —pregunto a los demás.

—Ya hemos estado, habéis llegado con un día de retraso —me informa Killian sin desaprovechar su oportunidad de echarme algo en cara.

No tardamos en llegar a la tienda, pues está muy cerca del portal.

Esta vez no se trata de una cabañita, ni tampoco es de madera, sino de un antro de piedra negra. Entramos. Todo está oscuro en su interior, como en la otra tienda, por eso mis ojos tardan un poco en acostumbrarse a las sombras, aunque enseguida diviso a otro orangután hippie tras el mostrador, lleva el mismo chaleco de flores y las mismas rastas.

¿Será el mismo?

—Bienvenidas a la tienda de *Orgrom*, donde todo es molón —recita el mono.

—Hola —le respondemos nosotras.

—Dadme los sacos —extiende sus manos.

Le entrego mi saquito y lo vuelca sobre el mostrador para que 280 monedas de oro aparezcan junto a mis niveles. Me encanta cuando hace eso.

Suria hace lo mismo, pero ella tiene 500 monedas.

—Es por el nivel, a mí me dan más monedas que a ti —me explica al ver mi expresión.

—¡Qué envidia! —bromeo y se ríe.

—Ya llegarás, todo a su debido momento.

Es asombroso cómo me voy acostumbrando a las cosas.

El orangután nos muestra la puerta para entrar a comprar y nosotras pasamos. El interior es exactamente el mismo que la otra vez, la única diferencia es que hay algunos candados abiertos que antes estaban cerrados.

Me asomo al cubículo que me recomienda Suria y de pronto mi cuerpo se traslada al vestidor, ya se me había olvidado y me vuelve a sorprender verme en una pantalla. Leo los cuadraditos que aparecen junto a mi imagen «pócimas», «armamento», «maná», «armaduras», «estrategias», «escudos», «combos», «peinados», «complementos».

—¿Qué compro Suri? —le pregunto.

—Selecciona los escudos y escoge uno protector de fuego, si no te debilitarás todo el tiempo.

La obedezco y al instante me quedo sin monedas ¡qué cara es esta tienda!

—Tienes que comprar pócimas Noa, al menos de maná y vida, las necesitarás.

—Pero no me quedan más monedas —me lamento.

—Puedes vender cosas que no utilices. Una vez dentro no me permiten darte dinero.

Me enseña una parte de los cuadraditos de la que no me había percatado, donde por lo visto se han ido acumulando varios objetos, tales como piedras de colores, zapatos y capas.

—¿Todo esto de dónde ha salido? —frunzo el ceño, pues no recuerdo haber recogido nada.

—Cuando algún ser muere deja objetos en su lugar, habrá sido entonces.

Vendo las cosas que ella me aconseja y atesoro otras doscientas monedas,

con las que compro diez pociones, cinco de maná y las restantes de vida.

—Creo que ya he comprado suficiente.

Ella se lo gasta todo en pociones, pues ya tenía un escudo ignífugo. Por cierto, menos mal que mi escudo consiste en una especie de collar metálico en forma de calavera de búfalo o animal similar con cuernos, porque ya me veía cargándolo a todas partes tipo *Capitán América*.

Cuando salimos de la tienda me asombro de lo bien que me siento ahora, pues ya no tengo esa sensación de quemazón.

—¡Vaya diferencia! —festejo.

—¿A que sí? —sonríe orgullosa.

—Siempre tienes razón en todo Suri, ¿qué haría yo sin ti?

—Pues te lo agradezco Noa —me observa pensativa, parece que está sopesando si añadir algo o no —ya que estamos sincerándonos ¿podría preguntarte algo?

—¡Lo que quieras! —me siento muy cómoda con ella, es la única que me infunde confianza absoluta, aunque, todo sea dicho de paso, dudo si esto se debe a que realmente confío en ella, o me lo provoca con su magia.

—¿Qué os ocurre a Azael y a ti? —escopeta.

—¿Por qué me preguntas eso? —me parece extraño.

—He aguardado lo suficiente como para comprobar que albergas en tu corazón un gran resentimiento hacia él, y me resulta injusto porque lo único que pretende es protegerte.

—¿Qué?! —grito indignada —¿o sea que encima la mala soy yo, en serio te pones de su parte?

Me ha sorprendido que Suria, que siempre está conmigo, me dé este repentino tirón de orejas sin venir a cuento.

—Noa no la tomes conmigo, como sabes, yo percibo los sentimientos de los demás y solo puedo confirmar que todos los sentimientos de él hacia ti son puros, no encuentro rastro de maldad en ellos. Sin embargo los tuyos...

—Suria no te equivoques —la interrumpo —únicamente le interesa mantenerme con vida porque me necesita para atravesar los portales ¿qué pureza hay en eso?

—No lo creo porque...

—¡Me lo ha confesado antes, cuando nos hemos quedado a solas, no tengo ninguna necesidad de mentirte! —la interrumpo de nuevo molesta.

—Y no lo haces... —me examina con detenimiento —¿hay algo que no me estés contando? —agudiza su mirada.

He de confesar que me siento tentada a contarle su rechazo pero finalmente me abstengo.

—No sé por qué pero intento continuamente conseguir su aprobación y lo único que consigo son críticas.

—Él es uno de los dos serafines supremos de *Catarsis*, Noa, lleva siglos recibiendo halagos y veneraciones por doquier. Con que se dignase a mirarte deberías estar agradecida, ¡cuanto más con que acceda a enseñarte!

—¡Oh sí, soy una privilegiada por tener que soportar su constante mal humor!

—¿No entiendes su grandeza, no lo ves? Somos inmensamente afortunados por tenerle de nuestro lado, eso deberías haberlo apreciado a través de Ruffus, para él Azael era como un hijo y de haber sabido que nos

está ayudando, hubiese sido inmensamente feliz.

—Echo de menos a Ruffus —suspiro apenada.

Lo conocí durante poco tiempo, pero la seguridad que me inducía su templanza no tenía parangón, era pura energía positiva y creo que todo hubiese sido mucho más fácil de haber estado entre nosotros.

—Todos lo hacemos y por eso precisamente estamos aquí, incluido ese ser al que tanto desprecias.

—No lo desprecio Suria, él se empeña en que así sea, realmente se esfuerza por obtener mi rechazo.

—¿Te puedo contar un secreto?

—¡Claro!

—Me resulta realmente asombroso poder asistir a vuestra extraña relación.

Suelto un bufido.

—¿Relación?

—Sí. Por algún motivo le infundes ternura, cosa que creíamos absolutamente imposible que albergase el Señor del Mal.

—¿Ternura dices? —ahora se me escapa una carcajada.

—Tarde o temprano lo comprenderás todo Noa, pero de momento te suplico que le concedas el beneficio de la duda, dale una oportunidad, no le juzgues tan pronto, porque te aseguro que verdaderamente se está esforzando.

—No te prometo nada.

Ella pone los ojos en blanco.

Cuando nos reunimos con los demás él no está ¿dónde habrá ido esta vez?

Capítulo 34



Vida: 120

Maná: 50

Fuerza: 150

Dinero: 0

Rango: 40

Paso de todo... ¡qué guapo es Trok!

Mientras marchamos los seis juntos por un pedregoso camino, rodeado de lava incandescente a ambos lados, nos vamos contando las emocionantes aventuras vividas en estos días.

—¡Entonces Trok sorprendió a aquel herrero y le robó la espada sin que le diese tiempo a reaccionar! —se enorgullece Killian del coraje de su compañero.

—Pues Noa consiguió que un pueblo entero la vitorease por defenderlos y la regalasen un *pegacornio*. Además mató a un arcano ¡y resucitó al mismísimo Azael! —exclama Suria.

Los tres compañeros que no han viajado con nosotros enmudecen y me observan atónitos.

—No es para tanto, la ardilla es una exagerada, ya la conocéis —le resto importancia.

Ágata entonces me examina a conciencia.

—Has aumentado muchos rangos Noa ¡es maravilloso! —profiere.

—Gracias, pero no hubiese podido hacer todo eso sin ellos —señalo a Cedrik y Suria —además el arcano fue mérito del arquero y no mío, Cedrik me salvó la vida.

Los demás oscilan sus miradas de uno a otro, intrigadísimos.

—Tú le dejaste moribundo, yo solo le di la estocada final —el modesto arquero parece no querer colgarse medallitas.

—¿Y qué hay de la posada, cuando me tenían presa? Vosotros acabasteis con ellos —recuerdo.

—¡Eso sí que fue mérito de Azael! En cuanto te vio maniatada en el suelo se lanzó de cabeza como un torbellino al rescate, nosotros tan solo le seguimos —narra Cedrik entusiasmado.

—¡Vaya, habéis hecho de todo! —murmura Killian —y yo que pensaba

que lo nuestro había sido emocionante...

—Sea lo que fuere, Noa ha mejorado visiblemente y todos seguimos vivos, por lo tanto hay que celebrarlo ¿no os parece? —vocifera Trok mirándome con cara de tentación total.

—¡Yo voto porque sí! —levanto la mano, deshaciéndome de amor por todos y cada uno de sus músculos, por su sonrisa, por sus ojos, por su cabello...

—¡Pues vamos! La posada más cercana se encuentra bastante alejada de aquí, cuando llegemos será de noche. Mañana nos reuniremos con Arcan y Azael en la cima de los dragones —propone el apuesto ángel.

De camino a la posada les pregunto cómo es posible que sepan la ubicación de cualquier sitio, pues ellos no han estado nunca en ningún reino que no fuese el suyo propio y sin embargo parecen conocerlos al dedillo, cosa que me resulta increíble, porque si a mí me soltasen aquí de repente podría perfectamente irme en la dirección contraria, ya que carezco por completo del sentido de la orientación. No hay ni un cartel, ni una triste señal, ningún navegador... ¡nada de nada!

Ágata se parte de la risa.

—¿No has activado tus mapas? —pregunta.

—¿Tengo mapas?

—¡Claro! Todos los tenemos ¿no te lo ha explicado Suria? —se miran una a la otra y la ardilla se encoje de hombros.

—¿Cómo iba a imaginar que no los tenía activados? —se excusa.

Ágata niega con la cabeza riendo. Se sitúa frente a mí y pega un chasquido con sus finas patitas, entonces, como por arte de magia, aparece en

mi campo de visión un camino con un punto rojo que se mueve por él, que supongo seré yo.

—¡Coño! —exclamo emocionadísima.

—Puedes ampliar o reducir tu campo de visión con los dedos. El mapa siempre está orientado hacia el norte, donde se encuentran los Palacios de Cristal y las posadas están señaladas con una «P» de color marrón —cuenta Suria, sintiéndose algo culpable.

Escucho con atención todo lo que me dice, toco el mapa flotante con los dedos para alejar el zoom y así puedo ver cómo es *Orgrom*. Aparece lleno de montañas rojas y no hay casas.

—¡Qué guay! —parezco una niña con juguete nuevo.

—Si sincronizas tu mapa con el nuestro podrás saber dónde nos encontramos nosotros y viceversa —añade Cedrik.

—Por eso no la encontrábamos cuando desapareció aquella noche, no tenía activado su mapa ¿cómo no se me pudo ocurrir? —le dice Suria a él.

Continuamos el viaje, ellos van charlando sin inconvenientes mientras yo voy haciendo el idiota con mi mapa. ¡Esto me va a cambiar la vida!

Cae la noche de repente, pero en este reino el cielo no es negro como en *Nhacúm*, sino de un tono rojizo debido al resplandor de las llamas y a la incandescente lava de los volcanes. El viento transporta constantemente chispas ardientes que a veces impactan contra mi cuerpo, tiñéndolo de negro.

Por fin llegamos a la posada. Es exactamente igual que las de *Nhacúm*, la única diferencia estriba en el color, que en este mundo son rojas, ¿cómo no?

«*Orgrom* debe significar gótico» supongo.

He de admitir que me produce algo de respeto entrar en ella, pues mis últimas experiencias en posadas no es que hayan sido precisamente demasiado agradables.

—¡Vamos Noa! —me anima Trok, rodeando mi cintura y empujándome levemente hacia el interior.

Me armo de valor y entro.

—¡Ay qué miedo! —exclamo nada más pasar por la puerta. Pero Suria me tapa la boca con una pata para que no diga nada más, ya me va conociendo.

Todos los aquí presentes son dinosaurios, o lagartos, o alguna especie de reptil raro, no me atrevería a apostar por ninguna opción en concreto. Tienen aproximadamente mi altura y cara de pocos amigos.

Ya que me había acostumbrado a los animales humanizados, ahora me meten en un mundo más insólito todavía. Yo por si acaso no me suelto del musculoso brazo de mi ángel protector.

—Nos vigilan como si fuésemos succulentos pedacitos de carne —susurro al oído de Trok.

—Es lo que somos, al menos tú —me contesta, sonriendo perverso.

«Ay Dios, hemos pasado de tímidas insinuaciones a descaradas indirectas, no sé cómo terminará esto».

Nos sentamos los seis alrededor de una gran mesa de madera. Ágata, Suria y Cedrik se acomodan en un banco y Killian, Trok y yo lo hacemos frente a ellos por el mismo orden, con lo cual yo tengo enfrente al arquero.

—No me queda ni una moneda chicos —admito algo avergonzada por no haber dejado nada *por si acaso*, como siempre me advertía mi tío.

—Tranquila, a mí me sobran —Trok aprieta mi rodilla por debajo de la mesa y yo pego un respingo.

No tarda en acercarse un *espinosaurio* a nuestra mesa para tomarnos nota, yo no puedo dejar de mirarlo, es un maldito dinosaurio de verdad, lo tengo delante de mis narices ¡y está escribiendo en un bloc de notas!

Como todos piden el especial de la casa, pues yo hago lo mismo ¿para qué voy a complicarme la vida?

Cuando vuelve el jurásico posadero, trae consigo un carro repleto de platos, tres de ellos con carne asada, parece cochinitillo pero dudo que lo sea, mejor no pregunto porque con el hambre que tengo me da igual.

Hinco el diente a la carne como si fuese una cavernícola. Cedrik me observa incrédulo.

—Lo tuyo va de mal en peor —comenta.

Paso de él, más que nada porque tiene razón. Tengo un hambre como no he tenido nunca, pero es que tampoco ingiero comida tan habitualmente como de costumbre. Siento un agujero negro en mi estómago constantemente difícil de colmar porque cada vez es más grande.

—¡Viéndote comer entran ganas de volverse carnívoro! —bromea Ágata mientras come tranquilamente sus semillas.

Hemos terminado la cena y ahora nos estamos bebiendo entre risas lo que yo he bautizado como *la jarra feliz*. Pues debe tener una graduación alcohólica descomunal.

—Seguro que nos han metido algún somnífero en la bebida para devorarnos ahora que tenemos la panza llena —murmuro brindando con mis amigos.

Todos se parten de risa.

—¡Al menos moriremos felices! —bromea también Trok, aunque me temo que su felicidad tiene mucho más que ver con mi anatomía que con la jarra.

Charlamos sobre los planes que tiene Arcan para llegar cuanto antes al Palacio de Cristal, donde suponemos que estará el serafín Uzzah esperándonos para acabar con nosotros, aunque no profundizamos demasiado en el tema porque estamos de buen rollo.

Poco a poco Trok y yo nos hemos ido apartando de los demás, más bien él lo ha hecho, hasta terminar en un lado del banco mientras los otros cuatro pasan olímpicamente de nosotros.

—¿Con cuántos hombres has estado Noa? ¿Estás casada? —me pregunta.

—Tú no te andas con rodeos rubio —le esquivo.

—Soy un ángel del Reino del Amor, por eso somos muy respetuosos, nos está prohibido seducir a seres emparejados —me explica.

Yo suelto una carcajada.

—¿Entonces si te dijese que estoy casada ya no me querrías seducir?

—Claro que querría hacerlo, pero desistiría, es la Ley.

Me mira con unos ojos más que sugerentes y provoca en mí unas ganas irresistibles de tocarlo. Dudo si contestarle con la verdad o con una mentira para no complicar más todavía las cosas, pues lo que ya me haría falta para terminar de volverme majara sería acostarme con Trok.

Entonces me levanto de la mesa bajo la atenta mirada de mis amigos y me dirijo hacia un espacio abierto que hay en la posada, recopilo en mi mente algunas notas musicales y decido dar al *play* para que comience a sonar una

canción mítica para mí y, desde que tengo uso de razón, mi preferida, el *Cocodrile Rock* de Elton John, nada apropiada dadas las circunstancias, pero muy yo.

Comienzo a moverme al ritmo del inconfundible *swim* que ha empezado a sonar en mi cabeza, meneando mi cadera y las manos arriba y abajo en plan sesentero, lo escucho sin ningún tipo de interferencias, a la perfección. Y es que si soy capaz de lanzar bombas de fuego por mis manos, también puedo poner la música que a mí me venga en gana ¡porque lo digo yo y punto!

¿No me dicen todos que debo creer en mí y tener fe? Pues eso es lo que acabo de hacer ¡y funciona!

Suria y Ágata no salen de su asombro, pues todavía no conocen mi lado payaso. Killian y Cedrik no son capaces de cerrar la boca. Y Trok no duda ni un solo instante en venir a bailar conmigo y en cuanto le tengo al lado imitándome, me parto de la risa al ver sus torpes movimientos.

Bailamos los dos sin prejuicios y sin importarnos lo que diga el resto del universo, porque la vida está compuesta por pequeños momentos de felicidad, momentos que tú misma tienes que crear y que me fulmine un rayo ahora mismo si esto no lo es.

Canto a voz en grito y desafinando muchísimo, mientras Trok llora de la risa al verme y se inventa la letra intentando seguir un ritmo que evidentemente él no escucha, pero que no hace del todo mal, al menos canta mucho mejor que yo, ya que mi voz parece la de un gato agonizante y la suya... pues la de un ángel, solo le falta el laúd.

*Well Crocodile Rocking is something shocking
When your feet just can't keep still
I never knew me a better time and I guess I never will*

*Oh Lawdy mama those Friday nights
When Suzie wore her dresses tight
And the Crocodile Rocking was out of sight
Laaaaaaa lalalalala lalalala la lalalala la*

Me rodea la cintura para intentar darme un beso, pero me retiro disimuladamente.

—No me has contestado —me dice algo molesto por mi rechazo.

Entonces recuerdo algo.

—Trok te da igual lo que te conteste, los ángeles no tenéis sexo ¿para qué querrías seducirme?

—No hace falta tener sexo para complacer a una mujer —susurra en mi oído con un tono más que sugerente.

Entonces clavo mis ojos en los suyos y descubro que sus pupilas están más que dilatadas, que me está devorando con la mirada y eso, junto con la gran cantidad de *ciber-alcohol* que corre por mis venas, hacen que apriete mis muslos para evitar exhalar un suspiro.

—No estoy casada, ni tengo pareja, soy libre como los pájaros, aún así no creo que esto —nos señala a ambos muy rápido con la mano —sea buena idea.

—Somos adultos Noa, yo te atraigo y tú a mí ¿por qué no permitir que nuestros cuerpos se den un caprichito? —ronronea en mi cuello, respirando entre mi cabello. Y yo tiemblo sin poder evitarlo.

—Trok no sé si lo que me provocas es producto de tu magia o lo siento de verdad —jadeo.

—¿Y qué importa eso? —su mano asciende desde mi cintura hacia la

cara interna de mi costado, rozando imperceptiblemente una zona casi prohibida y desprovista de ropa —lo que sientes es real, es puro goce carnal ¿por qué preocuparse a qué es debido?

Es cierto que cuando está cerca siento una sensación de placer extremo apoderarse de todo mi ser, pero también es cierto que es solo eso, sexo, y desde luego nada comparado a lo que siento con...

—¡Aparta tus sucias manos de ella ahora mismo!

Me giro de repente hacia la procedencia de esa voz y una sonrisilla traicionera asoma a mis labios al verle.

Trok abre violentamente sus alas blancas de plumas pomposas y resplandecientes. Todos los presentes sueltan un «oh» de admiración generalizado.

Mi fantasía sexual... (que por cierto no sé ni cómo se llama, soy lo peor ya lo sé, deberé vivir con ello), rezuma ira por los cuatro costados y me reprocha con su mirada el estar en semejante actitud erótica con el ángel macizorro.

En mi vida se ha peleado nadie por mí, ni siquiera en mis sueños y mucho menos lo han hecho dos portentos de la naturaleza de tal calibre. Me siento una diva total, la hembra alfa.

«¿Y si me pongo a bailar de nuevo?» me tanteo a mí misma.

Ahora sí que me asesina con sus ojos.

—¿Y tú quién te crees que eres para interrumpirnos? —espeta Trok molesto como nunca antes lo había visto.

—Que te lo diga ella —ruge *Mister Fantasía* apretando sus puños.

Los dos me miran y yo quiero meterme bajo alguna mesa, pero me parece que ya es demasiado tarde para eso ¿o no?

—¿Quién es este hombre Noa? —pregunta Trok algo más cariñoso al dirigirse a mí, aunque no menos enojado, pues le he contado hace un momento que era libre como un pájaro.

¡Ostras!

«¿Y ahora cómo le explico yo que este hombre aparece y desaparece de mi vida cuando le viene en gana para echarme unos polvazos celestiales y que ni siquiera sé su nombre?» muerdo mi labio inferior, buscando con la mirada alguna salida para poder huir corriendo.

—Noa —me increpa sonriente *Polvazoman* —explícale a tu querido angelito afeminado quién soy yo —sugiere en un tono sexualmente irresistible —eso mismo que estabas pensando me sirve.

—¿Afeminado? —brama Trok indignado, haciendo amago de ir a por él, pero le intercepto para que no se caldeé más todavía la situación.

Por mi mente pasan miles de pensamientos, pero el que predomina es el de hacer un trío con ambos para demostrarles a ambos que aquí la única afeminada soy yo... ¡Ay Dios! Me imagino en medio de los dos y casi enloquezco.

«¡Ni lo sueñes!» interrumpe bruscamente mis tórridos pensamientos con los suyos «solo comparto mi cuerpo con mujeres y tratándose de ti, ¡con nadie!» resuena en mi mente con una voz más enfurecida todavía que la que sale de sus labios.

¡Esa voz!

«Tú no eres quién para decidir nada sobre mí» repongo molesta «si tú

compartes yo también... ¡y si no también!» añado levantando mi dedo índice, alcoholizada perdida.

Obviamente hubiese decantado la balanza por él, porque me pone a mil con su sola presencia. Pero solo por fastidiarle voy a elegir al ángel, aunque no hagamos nada, ése será nuestro secreto.

«Si te vas con él tendré que matarle» me amenaza antes siquiera de que abra la boca.

«Entonces yo te mataré a ti, de cualquier manera estás perdido, jaque mate, ríndete» le propongo envalentonada.

Suelta una sonora carcajada.

«¿¡Tú matarme a mí?!» bufá entre risas.

—¿Quiere que me libre de él Noa? —se burla Trok indignado.

—No, gracias, puedo solita.

Me apoyo un breve instante sobre la mesa más cercana hasta que me recupero de la visión doble y del tambaleo, para poder avanzar hasta situarme en medio del pasillo que forman las mesas que nos separan.

—Acércate —le ordeno con el dedo índice.

Él obedece sumiso, sin perder en ningún momento el contacto visual conmigo. Se detiene frente a mí y me veo obligada a levantar la cabeza para mirar sus ojos.

Todos los presentes en el bar hace tiempo que han dejado de hacer lo que estuviesen haciendo para cotillear, les debo resultar muy divertida. ¡Ay lo que nos gusta un drama!

—Te advertí que no tenía tiempo para... esto —le digo.

—No me importa.

—¿Cómo no te va a importar? —a ver si resulta que me estoy haciendo flipadas mentales y en realidad no está insinuando lo que yo creo.

¡Vaya lío!

—Tengo que contarte algo que debí confesarte hace tiempo...

—¿Hace tiempo? —le interrumpo —si nos conocemos de hace tres días.

Él mira hacia todas partes, parece buscar una salida, por si acaso.

—Eso no es del todo cierto —aprieta los dientes.

—¿Cómo?

Me detengo en seco para agudizar la mirada y examinar más de cerca sus ojos.

Anaranjados.

¿Anaranjados?

¡¡¡Anaranjados!!!

—¿Cómo has pasado a este mundo? —inquiero antes de perder los nervios, pues el pensamiento que de pronto ha venido a mi cabeza no puede ser posible.

Él duda un breve instante, pero termina confesando.

—Contigo —sentencia.

Y esta palabra hace trizas lo poco que me esforzaba por mantener a salvo de mi cordura.

Un terrible fuego se apodera de mis entrañas, lo siento recorrer mis venas y paralizar mi corazón. No es fuego, es odio, un odio mucho más grande que el

que haya experimentado en toda mi maldita existencia, mucho más fuerte y poderoso.

No soy capaz de asimilar la terrible realidad que hasta ahora mismo no había conseguido ver.

—¡No habrás sido capaz! —Rujo volviéndome completamente loca por la ira que me embarga.

Suplico con todas mis fuerzas al universo que me esté equivocando y que no sea él.

Mi estafa sexual levanta las manos en señal de rendición, dando un paso hacia atrás al ver mi reacción.

—¡¡¡Ahora sí que te mataré, desgraciado!!! —Grito fuera de mí avanzando hacia él a toda prisa mientras retrocede ahora más rápido, interponiendo mesas entre nosotros.

«Noa tranquilízate» me ordena.

—¡Juro que te mataré desgraciado! —Bramo tremendamente humillada haciendo caso omiso de sus palabras.

De pronto aparezco a su lado, he recorrido la distancia que nos separaba en un abrir y cerrar de ojos. En cuanto le tengo delante lo cojo por el cuello sin que le dé tiempo a reaccionar y lo lanzo contra la pared que tiene a su espalda con todas mis fuerzas, el muro se desquebraja en mil pedazos al recibir el impacto del gran serafín.

Me cuesta respirar del cabreo que tengo, me arde el pecho y ahora sí que no es de deseo.

No lo dudo, quiero hacerle daño sea como sea, ahora mismo podría derrumbar una montaña. Me concentro en intentar inmovilizarle de pies y

manos, pues se ha puesto en pie enseguida y lo que quiero es que caiga al suelo para que una vez allí pueda estrangularlo sin piedad.

Atravieso la pared de la posada por el mismo agujero que ha hecho con su cuerpo. Nos encontramos los dos en la calle, frente a frente. Aunque a mis espaldas escucho las voces de mis amigos rogándome calma.

—No volveré a caer en tu trampa, venía a informarte de que no quiero que me vuelvas a besar —exclama enojado.

—¿¡¡Qué!!? —esto ya es muy fuerte —¡Has sido tú el que me ha besado a mí! ¡Siempre has sido tú quien me sedujo, desde la cascada! —Grito indignada al recordar cada encuentro.

¿Cómo no me habré dado cuenta?

—Eso es irrelevante —se excusa con gran indiferencia —porque tú me respondiste.

—De haber sabido que eras tú jamás me hubiese acercado a ti ¡no tienes decencia! —bramo.

Él parece muy molesto por mi confesión, pero rápidamente se tranquiliza.

«No digas bobadas, he escuchado cómo imploras por mis atenciones, he sentido cómo se aviva tu sangre y se acelera tu respiración cuando estoy cerca, hubieses hecho cualquier cosa por complacer a mi forma humana, es inútil negarlo».

—Su forma humana dice —vocífero —¡distas mucho de ser humano, lo que eres es un cretino!

Una ráfaga de meteoros sale despedida de mis manos hacia él, pero se hace invisible y no impactan contra su cuerpo. Lástima, con lo bonito que hubiese quedado agujereado por mil sitios.

Aparece de nuevo, esta vez a mi espalda y no tarda en aprisionarme entre sus brazos para inmovilizarme mientras yo pateo como una desquiciada.

«No te mientas a ti misma Noa. También percibí lo mismo ayer, cuando me besaste, y ahí no tenía forma humana».

¡Pillada!

Yo me quedo paralizada. Tiene razón. Me suelta para que pueda girarme para mirarle, para poder leer en mi mirada la verdad, porque ya me conoce y sabe que mis ojos y mi boca no suelen ir de la mano.

Me observa como nunca antes lo había hecho, con respeto.

—Por esa razón no quiero que vuelva a suceder nada entre nosotros. Tenemos una misión que cumplir y no podemos permitir que esto nos dificulte las cosas —su tono parece hasta tierno.

—¡Te odio! —le grito a la cara —¡Te odio tanto que me duele! —escucho mi propia voz desgarrada y no precisamente por el rencor, sino por un dolor insospechado que nace de lo más profundo de mi corazón.

Miles de lágrimas impías recorren mis mejillas, me siento avergonzada y terriblemente ultrajada. No le ha bastado solo con reírse de mí durante todo este tiempo, sino que también ha tenido que humillarme delante de todos mis amigos ¡y encima asegurando que soy yo la que va tras él!

No soy consciente de que estoy retrocediendo hasta que algo quema mis pies. Automáticamente desvío los ojos hacia abajo para descubrir que estoy pisando ¡lava! Me he salido del camino.

Azael y los demás me observan sin mediar palabra, pero con algo común en sus expresiones, pena.

Deseo tanto que me trague la tierra, desaparecer. No quiero que nadie

sienta pena por mí, es lo peor que podría pasarme. Así que comienzo a correr en la dirección opuesta a ellos, cada vez más rápido y con más ganas, sin importarme que una voz ensordecedora me llame a mis espaldas.

—¡Noa no! ¡Vuelve! —Grita el gran serafín desesperado.

Hago caso omiso de su llamada, necesito alejarme de todos, reclamar mi espacio, lo preciso para replantearme todo esto. Cierro los ojos tan solo un segundo para intentar borrar con este simple gesto mi desgracia.

Y caigo al vacío.

Continuará...

Epílogo

No puedo continuar corriendo porque aparezco de pronto en una sala oscura.

Miro nerviosa a mi alrededor. Esto parece una especie de quirófano, ultramoderno.

«¿Dónde diablos estoy?» me pregunto algo asustada.

«Seguramente se trate de mi habitación del psiquiátrico, le habré contado a alguien todo esto y me han encerrado, seguro» supongo para mis adentros.

Aunque no encuentro resquicios de nada que me recuerde a un hospital y la estancia es demasiado grande para tratarse de eso. Entonces una figura, en la que no había reparado hasta ahora, se mueve, tomando la forma de un ser muy alto que arrastra una capa negra. Se encuentra de espaldas a mí.

—Bienvenida Noa —su voz de ultratumba resuena por toda la sala, haciéndome estremecer.

«Ay Dios ¿en qué lío me habré metido ahora?».

Agradecimientos

En un momento como este me pregunto ¿cómo podría expresar con unas cuantas palabras el sentimiento tan grande de gratitud que siento hacia todas vosotras? Pues todas las ideas que se apalotan en mi cabeza se quedan cortas y me parecen poco.

Si me pongo a enumeraros a todas y cada una no tendría suficiente con una trilogía y si no nombro a las que estáis ahí cada día me parece feo. ¿Y si se me olvida alguien, con la cabeza de chorlito que tengo? Pues perdonadme por favor.

En primer lugar y sobre todo y por encima de todo, a mis niños una vez más, por prescindir del tiempo de vuestra madre y llevarlo siempre con una sonrisa, pero sobre todo por enseñarme a vivir en un juego eterno. A mi gran amor, por quererme como soy, eres el amor de mi vida y siempre te amaré. A mis padres por ser los padres en los que me gustaría convertirme porque son simplemente perfectos. Os quiero,

gracias por vuestro amor incondicional. Y para mi hermanito al que quiero con todo mi alma.

Una mención más que especial se merecen mi Anita y mi Mónica ¿alguna vez algún grupo de facebook ha tenido mejores administradoras? La respuesta es no. Pero además de animar el grupo cada día y no fallar ni uno solo, son ya como de mi familia. No necesito pedirles nada porque enseguida lo tengo. En esos días de bajón ellas siempre tienen una palabra de ánimo y ni un solo minuto me han dejado sola. Por eso chicas os digo que os quiero con todo mi corazón ¡sois la hostia!

Continuamos con mis loquitas de Puerto Rico, Michi, Bernice, Lisa y Maribel, gracias por ser como sois, pura chispa de la vida y un ejemplo a seguir. Os quiero.

Pilarcita, Mari, Pili y Laura B. mis nenas, las que han estado ahí desde el minuto cero y siguen estando. Os adoro a todas y cada una, gracias por tanto cariño, os quiero mucho. Clau gracias por llevar en tu foto de perfil cada libro que saco como un estandarte y estar a mi lado sin condiciones.

Carol, mi Carol, desde el primer día me llamaste famosa y me brindaste una amistad pura y sincera como pocas. Ya nos lo decimos todo cada día, pero GRACIAS y millones de *te quiero* para Chile. Ojalá algún día podamos darnos ese gran abrazo.

Noelia, Pili Doria y Emi gracias por aguantarme y no dejarme

sola en el grupo, jajaja, os adoro locas. Gracias por toda la ayuda que me dais, que no es poca.

A Tamara, Kissy, Annie, Dulce y Ada, no cambiéis nunca y os pido perdón por no estar más pendiente, aunque os tengo presentes siempre.

A Cecilia Pérez y China Yanley, por estar a mi lado incondicionalmente. Os quiero mucho mis divinas bellas.

Ceci no cambies nunca porque eres el ejemplo perfecto de que alguien importante puede ser a la par una bellísima persona, tu ayuda a todos los escritores no tiene precio. Gracias. China sé que me odias en cada portada, pero es que cada una es mejor que la anterior, eres una máquina y por toda la paciencia que tienes conmigo siempre ¡te *requetequiero*! Eres un ser humano grande y hermoso.

Tania de la Rosa, Roxy González y Cintia, mis mexicanas del alma, tan lejos pero tan cerca, porque os llevo en mi corazón siempre. ¡Ándale wey! Jajaja. Gracias por todo nenas.

Yanira, venezolana bella, me debes nuevos comentarios. No dejes de luchar, eres una valiente.

Estibaliz Molina, mi directora de merchandising, gracias por cada cosa que haces por mi cariño, por todos esos detalles que

tienes y por no negarme nunca nada. Eres una persona muy especial y espero que no me faltes nunca. te quiero mi niña.

Anna Sánchez (GRACIAS EN MAYÚSCULAS por estar cada día a mi lado y por toda la ayuda que me das, y a Dani también, besos a los dos), Belén Pinto, Inma Ferreres Molés, Eva Nicolás Cuevas (gracias nena por cada día que estás junto a mí en cada post, se agradece), María Vicente Corbalan (gracias por tu alegría y por tus sonrisas), Mónica Davila, Brenda Álvarez, Inma Gomez, Natalia Zgza, Toñi Aguilar, Pilar Sanabria, Eli Gonzalez, Sara Martín, Aura Albarracín, Mariló Molero, Veris HM, Yohana Tellez, Esperanza Garcés, Kuki Pontis, Vane Arteaga, M^a Irene Citrón, Clara Casejo Tejada, Andrea Gutierrez, Carmen RB, Lorena de la Fuente, Olga LB, Gema Sanchez Ruiz Garcia (me debeis un café), Desiré García, M. Carmen Romero Rubio, May Dior, Rosa Monteverde, Mercedes Angulo, Marie Garcia, Loli Deen, Sara García Ruiz, Floy y Pili Manzano, Silvia Cardador, Noelia Fenollar, Alejandra Alameda, Carol Álvarez, Marta Jaén, Calu Amor, Tiaré Pearl, Guada, Olimpia, Vero Nieto (Gracias por tanto mi niña, vales mucho), Sagrario, Lorena, Pili Doria, Isa Jaramillo, Cefi, Raquel Aparicio, Carolina Reyes, Ada Rodríguez, Lola Ramos, Jull Dawson, Alba Jiménez, Chloe Queen, Ana

María Gernhardt, Evelyn HG, Anabel Moreno (tocaya te adoro),
Martita (gracias por no fallarme nunca), Nira (ya somos uno más
en la familia), Tamara González, Melina Rivera, Danutza, Nuria
Pazos, Ivonne, Mariely Soo, Ana Artetxe, Ruth Sol Ferrero, Paty
Flores, Araceli de la Cruz, Yesebeth Ollarve, Lety Iniesta, Cori
Zapata (women's power), Fina Vidal, Rosario Lezma, Mary
Cambra, Liliana Elizabeth Ezcurra, Laura Chavero, Michelle
Camacho, Miriam Morales, Ny Marmolejo, Yandelera G., Beky,
Mónica, Yeka, Celia, Norkys, Patry M, Cristina Pardo, Montse
Cacho, María Alarcón, Marina Sevilla, Paqui Nieto, Roxana
Baudracco, Berenize Vázquez, Egarlys Rodríguez, Yissel R.
Ricardo, Yennely Pérez, Danitza, Marian Vázquez, Rosana del
Río, Niyireth Urrea, Ana María Barbudo, Dory Graff y Cecilia,
Nuria Fernández, Zoar Gavarrete, Tanya Martins, Encarna
Loriz, Anabel Moreno, Katia Alonso, Magaly Ramos, Lorena
Di Rado, Maria Luz Gavetti, Luz Alvarenga, Anita Tapia Soto,
Patricia Buosi, Ana María Garriz, Adela Pérez Blanque, Wanda,
Dori Crespo, Jacqueline Cruz, Beixy Estévez (gracias por todo
amore), Areli Avah, Inma Lahuerta, Patricia Muñoz, Begoña
Durán, Yenifer Ch, Yorleni, Elsa Maximiliano, Pili Jiménez,
Toñi Aguilar, Montse Ortiz, Mitera, Teresa Carou, Miriam

Cordero, Beatriz Jiménez, Elsa Castro, Saymed, Encarna Prieto, Piedad de la Vara, Victoria Antonella Brítez, Myriam Silva, Lau Lacampo, Silvia Ferrer, Estoy Hasta La Chona, Campanilla Prada, Helena Blanco, Anais Ob, Marina Torres, Maria José Sánchez y Ainhoa, Priscilla Cornieles, Paty Álvarez, Eve Castillo, Clara Díaz Benítez, Georgina Maio, Amparo Torres, Yulia Caballero, Yube Villegas, Karol Cor, Rosalba Ferragonio, Mikita Leal, Miriam Fretes, M^o Alejandra Suarez Novoa, Lourdes López, Ana Belén González, Rico, Amparo Melian, Ina Mararu, Malu Valtierra, M^a Inmaculada Vacas, Elena Panales, Karla Britany, Ana Monsalve, Marlys Lopez, Ana Rosa Buenaposada, M^a Teresa Mendoza, Dana Sánchez, M^a José Canzobre, Elisa Villafane, Elvia Madera, Afy Moreno, Olimar Torrelles, Lorna Gusmán, Isabel M^a Sierra, Patricia López, Alba Guillén, Arii Jiménez, Marian Vázquez, Analia Verónica, Isabel M^a Sierra, M^a Mercedes Mitchell, M^a Karina Fitzsimons, Eli Pedraza, Eva Nicolás, Anais Abarca, Emi Gómez, Chechu Godoy, Cinthya Ayma, Azahara, Diana Iglesias, Luna Azul, Eca Campello, Carol Fernández, Odessa Oropeza, Thania Freitas, Estibaliz Molina, Celinés Rodríguez, M^a Ángeles Teva, Gaby Rodríguez, Mari Torres, Maribel Díaz, Vale Ponce, Gemma Riancho, Pablina,

Ariel Romero, Maribel Ponce, Emily Ramos, Magda Santaella,
Marga Moreno, Verónica Villar, Patricia Orio, Noa Rodríguez,
Enith F, Yessica Angulo, Susana Orellana y tantísimas más...

Lo dicho, GRACIAS A TODAS MIS SOLO TUYAS ¡SOIS LAS
MEJORES!